

RICHARD WOODMAN

CAÑONES DE GUERRA

Tras varios años de servicio, Nathaniel Drinkwater consigue, al fin, el mando de un navío. Se trata del *Virago*, una anticuada y decepcionante cañonera, que se une a la flota británica que se dirige al Báltico para una campaña de castigo contra Dinamarca. Pero Drinkwater es ambicioso y hará todo lo posible por cambiar el curso de las cosas, dejar de servir únicamente como barco de apoyo y participar activamente en los combates que se desarrollarán en las gélidas aguas de las costas danesas.

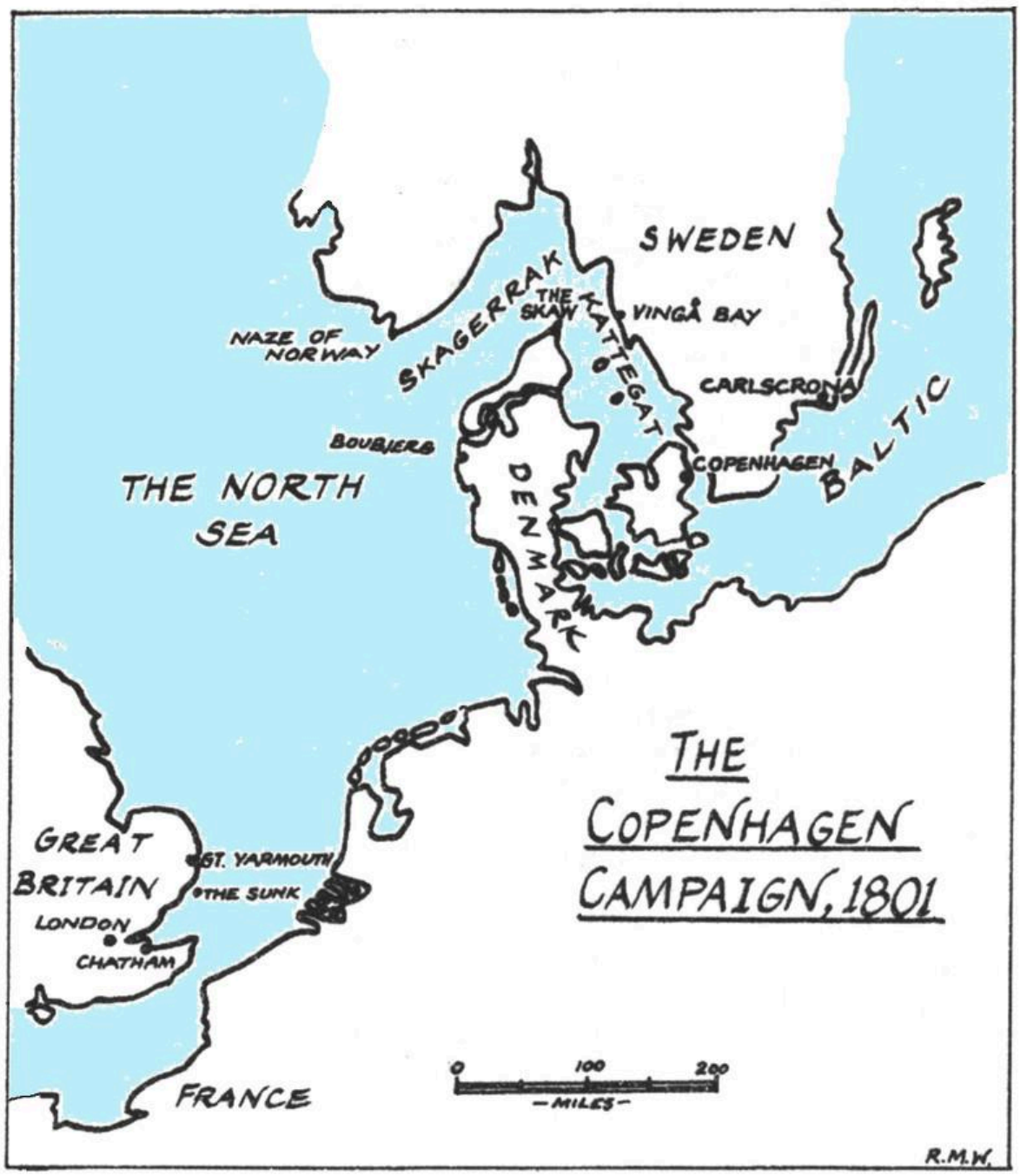
Por si todos los problemas relacionados con su nave no fueran suficientes, su hermano le pide ayuda para escapar de la horca por un asesinato que tiene ramificaciones con el espionaje francés, de modo que Nathaniel se ve obligado a embarcarle de incógnito en el *Virago*, poniendo en peligro toda su carrera y su propia vida.

Richard Woodman

Cañones de guerra

Nathaniel Drinkwater - 4

Para
OSYTH LEESTON
muchas gracias


SWEDEN
SKAGERRAK
THE SKAW
VINGÅ BAY
NAZE OF NORWAY
KATTEGAT
CARLSCRONA
BALTIC
BOUBIERG
COPENHAGEN
THE NORTH SEA
DENMARK
THE COPENHAGEN CAMPAIGN, 1801
GREAT BRITAIN
ST. YARMOUTH
THE SUNK
LONDON
CHATHAM
FRANCE
0
100
200
MILES
R.M.W.

PRIMERA PARTE

El zar Pablo

Siempre que veo a un hombre capaz de gobernar, mi corazón se inclina hacia él. Os hablo de mis sentimientos sobre Inglaterra, un país… gobernado por la codicia y el egoísmo. Deseo aliarme con vos para acabar con las injusticias de ese gobierno.

El zar Pablo a Bonaparte, 1800

Capítulo 1

Septiembre de 1800

Un pez fuera del agua

Nathaniel Drinkwater no vio el carruaje. Estaba en pie, abatido y preocupado ante el escaparate de la tienda de ropas cuando el vehículo entró en Petersfield por la carretera de Portsmouth. El cochero azotaba a sus caballos mientras se acercaban al León Rojo.

Drinkwater percibió de repente un tintineo y un crujido de arneses, el hedor a sudor de caballo, un rechinar de ruedas, una breve visión de un escudo de armas y una lluvia de suciedad mientras el carruaje atravesaba un charco a sus pies. Durante un segundo, contempló airado su casaca color ciruela y sus calzas arruinadas antes de dar rienda suelta a sus sentimientos.

—¡Eh! ¡Maldito seas, bribón hijo de perra! ¿No puedes conducir por el centro de la carretera?

El cochero miró hacia atrás, con una sonrisa en su rostro colorado, aunque el grito le había sorprendido, particularmente en la calle mayor de Petersfield.

Drinkwater no se fijó en el rostro que se asomó a la ventanilla trasera del carruaje.

—Dios mío —murmuró, notando la humedad en los muslos. Lanzó una mirada incómoda al escaparate de la tienda. Tenía la vaga sensación de que el incidente era un castigo por haber dejado solas a su esposa y a Louise Quilhampton, en busca del frescor vigorizante

de la calle, después del chaparrón que había dejado los guijarros relucientes bajo la repentina luz del sol. El agua todavía corría por las cunetas y goteaba en las tuberías. Y también en los extremos de su nueva casaca, ¡maldición!

Se frotó infructuosamente las calzas manchadas, deseando fervientemente poder cambiar su rígido cuello alto por las suaves solapas del uniforme diario de un oficial naval. Contempló con disgusto sus manos embarradas.

—¡Nathaniel!

Levantó la vista. A cuarenta yardas de distancia, el carruaje se había detenido. El pasajero había ordenado al cochero que siguiera adelante, y estaba avanzando hacia él. Drinkwater frunció el ceño, inseguro. El hombre era mayor que él, y vestía una casaca verde botella sobre unas calzas de seda, con un corbatín color crema al cuello. Su elegancia redobló la irritación de Drinkwater ante el estado de sus propias prendas. Se disponía a prorrumpir en imprecaciones por segunda vez aquella mañana cuando reconoció la atractiva sonrisa y los penetrantes ojos castaños de lord Dungarth, antiguo primer oficial de la fragata Cyclops, y a la sazón empleado en ciertas operaciones gubernamentales de naturaleza clandestina. El conde se le acercó con la mano tendida.

—Mi querido amigo, lamento terriblemente… —indicó el estado de Drinkwater.

Drinkwater se sonrojó y estrechó la mano que se le ofrecía.

—No tiene importancia, milord.

—¡Ja! —rio Dungarth—. Miente usted muy mal. Acompáñeme al León Rojo y permítame compensarle con un trago mientras cambian mis caballos.

Drinkwater dirigió una última mirada a las mujeres de la tienda. Parecían no haberse fijado en los incidentes del exterior, o habían decidido ignorar su estallido de mal genio. Agradecido, echó a andar junto al conde.

—¿Se dirige a Londres, milord?

—Sí —asintió Dungarth—. Voy al Almirantazgo a ver a Spencer. Pero ¿y usted? Me enteré de la muerte del viejo Griffiths. Su informe se abrió camino hasta mi escritorio, junto con los papeles de Wrinch en Moca. Estuve encantado de saber que el Antigone había sido enrolado en el servicio naval, aunque lamenté la huida de Santhonax. ¿Recibió usted su premio?

Drinkwater sacudió la cabeza.

—La charretera fue a parar a nuestro viejo amigo Morris, milord. Apareció en el mar Rojo como una moneda falsa… —Hizo una pausa, y luego añadió en tono resignado—: Dejé al comandante Morris tumbado en una cama de hospital en el Cabo, pero al parecer sus cartas predispusieron a sus señorías contra cualquier petición de un mando por parte de su humilde servidor.

—Ah. Cartas a su hermana, sin duda; una perra venenosa que todavía disfruta de cierta influencia gracias al fantasma de Jemmy Twitcher. —Continuaron la marcha en silencio, encontrando en el patio del León Rojo, cuyo dueño, advertido de la llegada inminente del noble por el escudo del carruaje, los condujo a una habitación privada.

—Una jarra de ron, tabernero, y dese prisa, por favor. Bien, Nathaniel, está usted algo más bronceado por el sol de Arabia, pero por lo demás no ha cambiado. Le interesará saber que Santhonax ha regresado a París. Según mis informes, ha sido nombrado teniente coronel en un regimiento de infantes de marina. Bonaparte está muy ocupado echando tierra sobre su fracaso oriental.

Drinkwater soltó una carcajada amarga.

—Ha tenido suerte de encontrar empleo… —Se detuvo y miró fijamente al conde, preguntándose si no habría sido impertinente sin proponérselo. Sonrojándose, continuó a toda prisa—: Si le digo la verdad, milord, me irrita no tener un destino. Viviendo aquí, junto a la carretera de Portsmouth, veo todos los días a los marineros acudiendo a presentarse a sus fragatas. Maldita sea, milord —continuó, habiendo llegado demasiado lejos para retirarse—, no está

en mi naturaleza pedir favores, pero estoy seguro de que en algún lugar debe haber un cúter…

—¿No preferiría una fragata o un navío de línea? —dijo Dungarth con una sonrisa.

—Aceptaría una bañera si llevara una carronada, pero creo que no soy lo bastante joven para una fragata, ni lo bastante refinado para un navío de línea. Un barco menor me daría al menos una oportunidad.

Dungarth miró astutamente a Drinkwater. Era una lástima que un oficial tan prometedor no hubiera recibido aún un nombramiento de comandante. Identificó el deseo de Drinkwater de un barco menor como un síntoma de su dilema. Quería su propio barco, un mando de teniente. Era lo único que le ofrecería una verdadera oportunidad de distinguirse. Pero los tenientes ignorados envejecían al mando de transportes, cúteres y cañoneras, empleados siempre en las tediosas misiones de escoltar convoyes o en escaramuzas pequeñas pero sangrientas que pasaban desapercibidas para el gran público. Había un toque de gris en las sienes de la melena castaña, recogida lejos de la alta frente en una coleta de marinero. Su párpado izquierdo presentaba quemaduras de pólvora como manchas de tinta, y una antigua cicatriz le recorría la mejilla izquierda. Era el rostro de un hombre habituado a las misiones duras y a las decepciones. Dungarth, ocupado en librar una guerra cada vez más impopular, comprendió que el talento de Drinkwater se estaba desperdiciando en Petersfield.

Llegó el ron.

—Es usted un pez fuera del agua, Nathaniel. ¿Qué le parecería una cañonera? —Dungarth observó la reacción en los ojos del joven. Se iluminaron inmediatamente, borrando la rigidez de su rostro y haciendo pensar a Dungarth en el guardiamarina entusiasta que había sido Drinkwater.

—Le estaría eternamente agradecido, milord.

Dungarth bebió un trago de ron y quitó importancia con su gesto a la gratitud de Drinkwater.

—No le haré promesas, pero supongo que habrá oído hablar del asunto del Freya, ¿eh? Hemos apaciguado a los daneses, pero el zar se ha ofendido ante la fuerza de la embajada de lord Whitworth a Copenhague para solucionar el asunto. Está furioso por la llegada al Báltico de barcos de guerra británicos. Se lo digo en confianza, Nathaniel, recordándole las promesas que hizo cuando servía a bordo del Kestrel…

Drinkwater asintió, sintiendo que se le aceleraba el pulso.

—Lo comprendo, milord.

—Vaubois nos ha entregado Malta. Pitt opina que Mahón es suficiente como base en el Mediterráneo, pero muchos de nosotros no estamos de acuerdo. Defenderemos Malta. —Dungarth enarcó una ceja significativamente—. El zar desea la isla, al igual que Fernando, el rey de las Dos Sicilias; pero el zar Pablo es el Gran Maestre de la orden de San Juan, y su pretensión tiene cierta validez. En el momento actual, la coalición contra Francia amenaza con estallar como una manzana podrida: Austria no ha hecho un solo disparo desde su derrota de abril en Marengo. En resumen, el zar tiene el poder de romper fácilmente toda la alianza. Y su carácter es lo bastante inestable como para llevarle a anteponer su orgullo herido a las necesidades políticas. —Hizo una pausa para tomar un trago de ron—. Recordará usted que, en nuestro último contre-temps con Su Majestad Imperial, el zar propuso resolver las diferencias entre nuestras dos naciones en combate singular con el rey. —Dungarth se echó a reír—. Esta vez se ha conformado con confiscar todas las propiedades británicas en Rusia.

Los ojos de Drinkwater se abrieron al comprender la situación.

—Veo que me sigue usted —continuó Dungarth—. Para variar, estamos remarcablemente bien informados de los acontecimientos, tanto en San Petersburgo como en Copenhague. —Sonrió, con cierto aire de felicitación irónica—. Pese a las enormes sumas de dinero que le pagamos, el zar finge preocupación por Dinamarca. La preocupación de un depredador ante su presa, pero eso es problema de los daneses. Para ser más explícito, querido amigo, la

consecuencia principal de las fobias de ese lunático es haber reavivado la antigua neutralidad armada de los estados bálticos, moribunda desde la guerra de la independencia americana. La combinación ya nos resulta conocida, y significa que los aliados del norte tendrán una fuerza apabullante dispuesta a operar al unísono con las flotas francesa y bátava. No tengo ni idea de cómo pueden entenderse el loco del zar Pablo con el Primer Cónsul Bonaparte, pero se dice que tienen un tratado secreto. Tras sus experiencias con los holandeses, Drinkwater, no le hará falta esforzarse para imaginar las consecuencias de semejante flota combinada a nuestras puertas.

—Desde luego que no —dijo Drinkwater, meneando la cabeza.

—De modo que, suceda lo que suceda… —Hubo una llamada a la puerta, acompañada del anuncio de que los caballos de refresco habían sido enganchados. Dungarth tomó su sombrero—. Suceda lo que suceda, debemos lanzar un ataque rápido y preventivo. —Le tendió la mano—. Adiós, Nathaniel. Puede confiar en que encontraré algo para usted.

—Le estoy muy agradecido, milord. Y también por las confidencias. —Se levantó, y permaneció perdido en sus pensamientos mientras el carruaje abandonaba el patio. Había transcurrido menos de media hora desde que aquel mismo carruaje le ensuciara la ropa. Sentía una excitación creciente. El Báltico era un mar relativamente poco profundo, un teatro de operaciones para barcos pequeños, una guerra para tenientes al mando de cañoneras. Su mente trabajaba a toda prisa. Pensó en su esposa, con cierta culpabilidad, y luego en Louise Quilhampton, abandonada en la tienda con Elizabeth, y cuyo hijo había regresado con él desde el mar Rojo con un garfio de hierro en lugar de la mano izquierda.

La mente de Drinkwater pasó a ocuparse de James Quilhampton, o el señor Q., como le habían conocido los oficiales del bergantín Hellebore. También se encontraba sin empleo, e impaciente por un nuevo nombramiento.

Recogió su sombrero y blasfemó entre dientes. También estaba Charlotte Amelia, a la sazón de casi dos años. Drinkwater la añoraría terriblemente si regresaba al servicio. Pensó en ella, balanceándose en el regazo de Susan Tregembo, cuando habían salido de casa una hora atrás. Y también estaba Tregembo, silencioso y preocupado por la ociosidad de su señor.

La antigua obsesión empezó a corroerle, tirando de él en dos direcciones: Elizabeth y los ojos castaños y confiados de su hija, las comodidades y la tranquilidad de la vida doméstica, contra la dureza de los deberes de un oficial naval. Siempre añoraba una de las dos cosas cuando tenía la otra a mano.

Elizabeth lo encontró saliendo del León Rojo, observando su ropa sucia y el carruaje que ascendía a toda prisa por la colina de Sheet.

—¿Nathaniel?

—¿Eh? ¿Sí, querida? —La culpabilidad lo empujó a una amabilidad exagerada—. ¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Dónde está Louise?

—No me extrañaría que se hubiera ofendido. Nathaniel, me estás ocultando algo. ¿Ese carruaje…?

—¿Carruaje, querida?

—Carruaje, Nathaniel, con un escudo de armas de tres cuervos negros sobre un campo azur. Las armas de lord Dungarth, si no me equivoco. —Pasó un brazo por debajo del de Nathaniel, mientras este le dirigía una sonrisa torcida. Era tan hermosa como la primera vez que la había visto, en el jardín de una vicaría de Falmouth, años atrás. Su ancha boca tenía una expresión levemente burlona.

—Huelo a pólvora, Nathaniel.

—Me ha desarmado usted, señora.

—No es demasiado difícil —dijo ella, apretándole el brazo—. Mientes muy mal.

—Era Dungarth —dijo él con un suspiro—. Parece probable que entremos pronto en guerra contra las potencias del norte.

—¿Rusia?

—Eres muy perspicaz. —Le sonrió cálidamente y la conversación prosiguió sin más interrupciones.

—Oh, no soy tan estúpida como algunas de mi sexo.

—E infinitamente más hermosa.

—Vaya, amable señor, no buscaba cumplidos, solo hechos. Pero no deberías juzgar mal a Louise por hablar tanto. Es una buena persona y una amiga leal, aunque ya sé que prefieres la compañía de su hijo —concluyó Elizabeth con énfasis.

—La conversación del señor Q. es más de mi gusto, desde luego…

—Bah —interrumpió Elizabeth—. No sabe hablar de otra cosa más que de vuestra maldita profesión. Vamos, todavía huelo a pólvora, Nathaniel. —Y añadió en tono de advertencia—: No cambies de rumbo.

Él respiró profundamente y le reveló las noticias de Dungarth, aunque sin dar detalles.

—De modo que será Britannia contra mundum —dijo ella al fin.

—Sí.

Elizabeth permaneció un momento en silencio.

—Este país está cansado de guerras, Nathaniel.

—Y yo no soy una excepción, pero… —Se mordió el labio, molesto por haber dejado escapar aquella última palabra.

—¿Pero, Nathaniel? ¿Pero? ¿Pero mientras haya que luchar, es imposible que los combates lleguen a una conclusión satisfactoria sin la indispensable presencia de mi esposo? ¿Es eso?

Nathaniel la miró fijamente, consciente de su esposa tenía muchos motivos de queja. Pero Elizabeth disimuló, como solo ella sabía hacerlo, y recurrió a cierto tono burlón que enmascaraba sus verdaderos sentimientos.

—¿Y lord Dungarth te ha prometido un barco?

—Como te he dicho, querida, eres muy perspicaz. Drinkwater no vio que los ojos de Elizabeth se llenaban de lágrimas, aunque ella sí percibió el entusiasmo en los de él.

Capítulo 2

Octubre-noviembre de 1800

Un caballero errante

Drinkwater se volvió al sentir que le cogían del brazo, justo en el momento de cruzar la puerta del Almirantazgo para entrar en el ruidoso manicomio que era Whitehall. La identificación del otro hombre se vio dificultada por los empujones que iban recibiendo los dos oficiales navales, además del aspecto desaliñado del recién llegado.

—¿Sam? ¡Samuel Rogers, por todos los santos! ¿De dónde diablos has salido?

—Me he pasado los dos últimos meses en las malditas salas de espera de sus señorías, sobornando a esos bastardos de chupatintas para que recomendaran mi nombre. Los muy desgraciados apenas se dignan a apartar los pies del taburete… —Rogers bajó la vista. Sus ropas estaban arrugadas y manchadas, y su pañuelo mugriento; resultaba obvio que la culpa era suya y no de los famosos empleados.

—No te he visto al entrar esta mañana. —Drinkwater quedó en silencio, avergonzado por la penuria de su antiguo compañero de barco. A su alrededor, el ruido de la multitud, los vendedores ambulantes y buhoneros, los gemidos de una pesada carreta y el traqueteo de un carruaje se combinaban con las estentóreas

órdenes de un sargento de guardias a su pelotón para enfatizar el silencio entre los dos hombres.

—De modo que tienes un barco —dijo desesperadamente Rogers. No era una pregunta. Señaló con la cabeza el sobre marrón bajo el brazo de Drinkwater.

Drinkwater fingió una carcajada.

—No estoy muy seguro. Me prometieron un bergantín, pero me han adjudicado una cañonera auxiliar. Se llama *Virago*.

—Tu propio mando, ¿eh? —espetó Rogers con la avidez de un depredador, inclinándose hacia delante, y permitiendo que Drinkwater oliera un aliento que revelaba un estómago vacío. Rogers pareció a punto de hablar, y luego torció los labios, reprimiéndose violentamente. Drinkwater le vio dominar su genio, horrorizado ante el repentino brillo de sus ojos.

—Mi querido amigo… Acompáñame. —Tomando a Rogers del brazo, Drinkwater lo guio a través de la multitud y lo metió en la primera taberna del Strand. Una vez hubo encargado la comida, observó cómo Rogers caía sobre el pastel de carne, mientras jugueteaba en su mente con una idea, sopesando las posibles consecuencias de lo que estaba a punto de decir.

—¿No puedes conseguir un barco?

Rogers sacudió la cabeza, tragando con fuerza y acompañando el último bocado de pastel con la cerveza ligera que Drinkwater había pedido para él.

—No tengo influencias, y la historia de la pérdida del *Hellebore* es demasiado conocida para recomendarme.

Drinkwater frunció el ceño. La pérdida del bergantín había sido lo bastante circunstancial para que Rogers fuera absuelto de todos los cargos, aparte de una leve advertencia, tras el consejo de guerra celebrado en Moca el año anterior. Solo los que le conocían bien sabían que su temperamento irritable podía haber contribuido a embarrancar en el arrecife de Dédalo. El propio Drinkwater había sido incapaz de detectar la refracción anormal que les había hecho

errar en el cálculo de su latitud. Rogers no había tenido toda la culpa.

—¿Cómo es posible que sea tan «conocida», Sam?

Rogers se encogió de hombros, observando a Drinkwater con desconfianza. Había sido un compañero conflictivo, enfrentado con casi todos los oficiales, incluyendo al propio Drinkwater. Estaba claro que aún sentía cierto resquemor, aunque Drinkwater había creído que sus diferencias se habían solucionado con el regreso del *Antigone* a Inglaterra.

—Lo sabes muy bien. Chismorreos, habladurías, llámalo cómo quieras. Un hombre habla con otro, este con una docena…

—Espera un momento, Sam: Appleby era un chismoso, pero está en Australia. Griffiths ha muerto. ¡Me apuesto lo que quieras a que el veneno procede de Morris! —Rogers continuó mirando a Drinkwater con desconfianza, sospechando de él, pensando que le había invitado a pastel y cerveza para tranquilizar su conciencia. Drinkwater sacudió la cabeza.

—No fui yo, Sam. —Drinkwater sostuvo la mirada del otro hasta que este la bajó—. Vamos, ¿qué te parecería ser mi segundo?

Rogers se quedó con la boca abierta. De repente apartó la cara y se inclinó hacia delante para tomar la mano de Drinkwater a través de la mesa. Su boca se movió en silencio, en busca de palabras, y Drinkwater trató de aliviar su azoramiento con preguntas.

—Tranquilo, tranquilo. No puedes estar tan desesperado. El dinero de las capturas… ¿Qué te ha ocurrido para reducirte a este estado de indigencia?

Rogers se dominó al fin, encogiéndose de hombros con algo parecido a su antigua arrogancia.

—La comida, una o dos mujeres… —Se interrumpió, avergonzado, y Drinkwater no tuvo ningún problema para imaginar la clase de diversiones a las que se habría entregado Samuel Rogers con el dinero de las capturas, tras dos años de celibato inflamando su naturaleza tempestuosa. Drinkwater le dirigió una sonrisa,

recordando los esfuerzos de Rogers en momentos de dificultad extrema, su valor personal y su furioso coraje.

—Los estómagos vacíos desesperan a los hombres —dijo observando a Rogers, que asintió muy serio. Drinkwater pidió café y se reclinó en la silla. Pensó que la lección que había recibido Rogers podía convenirle después de todo, igual que en combate su naturaleza violenta resultaría ventajosa.

—No es exactamente un destino fácil, Samuel, pero de algo estoy seguro.

—¿De qué?

—Los dos necesitamos hacerlo lo mejor posible.

Drinkwater prestó diez libras a Rogers para que pudiera vestirse de modo más presentable. Su barco estaba anclado en Clatham, y Rogers recibió instrucciones de reunirse con él en su alojamiento a la mañana siguiente. Entretanto, Drinkwater tuvo que visitar las oficinas de la Armada, y abandonó el edificio al caer la tarde, con la mente convertida en un torbellino de instrucciones, advertencias y humillaciones por pertenecer a una de las formas más bajas de la vida naval: un teniente con mando, admitido en aquellos portales de perfidia y corrupción. Fue entonces cuando tuvo su segundo encuentro del día.

Regresando al oeste por el Strand se encontró con una turba, pequeña pero violenta, que había derribado a un cochero de su pescante. Casi había oscurecido, y los gritos del tumulto se mezclaban con los chillidos más agudos de una mujer. Abriéndose paso a codazos entre los espectadores indiferentes, Drinkwater se adelantó, distinguiendo una cara pálida en la ventana del carruaje. Oyó que una mujer de la multitud decía:

—¡Le está bien empleado, por azotarle con el látigo!

Drinkwater atravesó el cordón formado en torno al carruaje, y vio a un hombretón sonriente en ropa de trabajo que sostenía las inquietas cabezas de los caballos. Los animales tenían los ojos

brillantes de terror. Casi debajo de los cascos, un cochero calvo cubierto con su capa triple rodaba por la cuneta, mientras tres hombres, uno de ellos con la mejilla lacerada, lo golpeaban con bastones.

El látigo ofensor yacía en la carretera, y el enorme tricornio del cochero fue recogido y confiscado por un muchacho harapiento, entre los gritos de diversión de sus compañeros. Varias arpías vociferaron su aprobación con sus voces agudas, mientras un par de fulanas imprecaban a la mujer del carruaje.

Drinkwater comprendió la situación con una sola mirada. Después de un breve sentimiento de pena hacia el hombre, se impuso su aversión por el desorden. No soportaba el ruido de los tumultos. Como oficial naval, era extremadamente sensible a cualquier alboroto. Londres le había estado irritando durante todo el día. Aquella última escena no hizo más que desencadenar la rabia que reprimía en su interior.

Aún totalmente vestido, se apartó el abrigo y desenvainó su espada corta. Tenía los dientes apretados, y sintió una alegría repentina y salvaje mientras clavaba el talón en las nalgas del asaltante más cercano. Un grito en el que se mezclaban la ira y el apoyo se elevó entre la multitud. El hombre cayó bajo los cascos de los caballos y se alejó rodando, entre una lluvia de insultos. Los otros dos hombres se detuvieron, jadeantes, con los bastones preparados para repeler a su atacante. Drinkwater situó un pie a cada lado del cochero, que gemía lastimeramente, y apoyó la punta de su arma en la garganta del hombre de la cara azotada. Con la mano izquierda, se palpó el bolsillo.

—Vamos —espetó Drinkwater—. Ya os habéis divertido. Dejad que la dama siga su camino.

El hombre levantó el bastón como si fuera a golpearle. Drinkwater dejó caer la moneda sobre la espalda del cochero. El brillo de la media corona atrapó la mirada del hombre, que se agachó para recogerla, pero la punta del arma de Drinkwater se apoyó en su nuca.

—Dejaréis que este hombre se vaya. Y le ayudaréis a subir al pescante. —Percibió la indignación del hombre—. Estoy muy ocupado buscando marineros para un barco del rey, amigo. Toma el dinero y ayuda a este hombre a levantarse. —Drinkwater vio que el hombre cedía, retrocedió y envainó la espada. La amenaza del reclutamiento forzoso había funcionado mejor que la plata, pero Drinkwater no lamentaba haber perdido la moneda, pues detestaba el uso del castigo corporal para aquellas trivialidades.

El hombre se levantó e hizo un gesto con la cabeza en dirección a su cómplice. El cochero fue levantado y arrojado sobre el pescante. Su sombrero había desaparecido, y el hombre se cubrió la cara con las manos mientras la multitud lo increpaba y vitoreaba. Drinkwater se volvió hacia la ventanilla.

—¿Desea que la acompañe, señora? —El rostro de la mujer parecía pálido con la escasa luz. Drinkwater no pudo oír el susurro de su respuesta, pero la puerta se abrió y el teniente subió al coche.

—¡Continúa! —ordenó al cochero mientras cerraba la puerta. Cuando hubo bajado las cortinillas, se sentó frente a la pasajera. Era poco más que una niña, todavía adolescente. Las luces amarillas del carruaje le revelaron un rostro poco agraciado que le resultó vagamente familiar. Se descubrió.

—¿No está herida?

Ella sacudió la cabeza y se aclaró la garganta.

—Yo… le estoy muy agradecida, señor.

—No ha sido nada. Creo, señora, que debería advertir a su cochero que no empleara el látigo tan a la ligera.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Va usted muy lejos? —prosiguió él.

—Al hotel Lothian, en la calle Abemarle. ¿Le queda muy lejos de su destino? Si es así, haré que el pobre Matthew le lleve adonde desee. —Empezaba a recobrar la compostura.

—No creo que haga falta —dijo Drinkwater, sonriendo—. Mi alojamiento está cerca del Strand. Puedo regresar a pie. Por favor, no se tome ninguna molestia.

—Es usted muy amable, señor. Veo que es oficial naval. ¿Puedo preguntar su nombre?

—Drinkwater, señora. Teniente Nathaniel Drinkwater. ¿Puedo saber a quién he tenido el honor de ayudar?

—Me llamo Onslow, teniente. Frances Onslow.

—A su servicio, señorita Onslow. —Se sonrieron y Drinkwater reconoció el motivo de su aparente familiaridad—. Disculpe mi curiosidad, pero ¿es usted familia del almirante sir Richard Onslow?

—Su hija, señor Drinkwater. ¿Conoce usted a mi padre?

—Tuve el honor de servir a sus órdenes durante la batalla de Camperdown. —Pero Drinkwater estaba pensando que sabía algo más sobre la señorita Onslow, algo relativo a ella misma. Sin embargo, no pudo recordarlo, y al cabo de uno o dos minutos, el carruaje dejó Piccadilly y se detuvo en la calle Albemarle.

Tras ayudarla a bajar del carruaje, rechazó la invitación de la dama para ver al almirante.

—Lamento tener cosas que hacer, señorita Onslow. Me basta con haberle sido de utilidad. —Se inclinó sobre su mano.

—No lo olvidaré, señor Drinkwater.

Drinkwater olvidó el encuentro durante los días siguientes. Estuvo inmerso en los incontables detalles de la preparación de su barco para navegar. Volvió a visitar la Oficina Naval, sobornó a empleados de la Oficina de Aprovisionamiento, escribió al capitán a cargo del Servicio de Reclutamiento en Chatham. Se hizo con toda una retahíla de libros y legajos: libros de reclutamiento, libros de enfermos y heridos, libros de contabilidad, libros de ordenanzas y directivas. Tenía que rendir cuentas a muchos: al Almirantazgo, a la Oficina Naval, a la de Aprovisionamiento, al hospital de Greenwich, y hasta al general de Ordenanzas en Woolwich. A finales de noviembre ya había saldado sus cuentas, entre quejas por la cantidad exorbitante de dinero que había tenido que emplear en sobornos para sus señorías. Acompañado de un teniente Rogers mucho más animado,

tomó la diligencia de Dover en el George de Southwark a las cuatro de la madrugada, y partió rumbo a Chatham.

Cuando la diligencia cruzó el puente de Rochester y distinguió el Medway, gris acerado y frío bajo un cielo encapotado, recordó el contenido de una carta que lord Dungarth le había enviado a su alojamiento. El conde concluía:

> *… Comprendo, mi querido Nathaniel, que no es lo que usted pensaba que estaría en mi poder conseguirle; sin embargo, debido a la particular naturaleza de la misión que le aguarda, es posible que el mando de una cañonera le sea de más utilidad en sus propósitos de ascender. El Virago es una cañonera de hecho, aunque no de nombre. Confío en su ingenio para alterar esta situación…*

Drinkwater frunció el ceño al recordarlo. Podía tratarse de meras palabras de consuelo, aunque no era propio de Dungarth malgastar palabras ni esfuerzos en apoyar la carrera de un don nadie. Lo más interesante para Drinkwater era la insinuación subyacente bajo aquellas palabras de aliento. El *Virago* había sido construido como una cañonera, aunque en aquel momento su función consistía en servir de mera lancha asistente de otras cañoneras. Aquella pérdida de categoría la convertía en un barco que podía ser comandando por un teniente, pese a que en realidad hubiera debido llevar un comandante en su alcázar. No pudo resistir un escalofrío de anticipación cuando la diligencia se detuvo frente a la entrada principal del muelle de Chatham, construida con ladrillo rojo. Mientras bajaban, llamando la atención del centinela, el viento les trajo los aromas familiares de alquitrán y sogas de cáñamo, lona almacenada y forjas encendidas, y el olor inconfundible y vigorizante de la sal descubierta por la marea.

Tras despachar a Rogers con sus baúles y una cohorte de chiquillos que los llevarían hasta una posada, Drinkwater tuvo que pasar más de una hora en la sala de espera de la oficina del comisionado, circunstancia que anuló la ventaja que tenía por el madrugón y recordó a Drinkwater que tenía el estómago vacío.

Finalmente, un quisquilloso secretario, que obviamente tenía objeciones a codearse con tenientes, tuvieran o no mando, le concedió diez minutos.

—Es una de las lanchas preparadas para servir a las cañoneras —dijo, con el tono lánguido cada vez más de moda entre la aristocracia—. Como tal vez sepa usted, su barco fue construido como una cañonera en el cincuenta y nueve, mientras que las demás lanchas son barcos carboneros requisados. Ya tiene los palos asignados, y los efectos de carpintería y artillería están listos para cargarse. El dique de aprovisionamiento ya conoce sus necesidades. Solamente le hará falta, teniente, informar al comisionado cuando su barco esté listo y recibir las órdenes de cargar combustibles, carcasas, pólvora y el resto de materiales del Arsenal… —Sacudió un pañuelo con aire negligente, reclinándose en la silla y cruzando las piernas. Drinkwater salió en busca de Rogers, pensando que si todo estaba tan bien preparado como le había dicho el hombre, se habían mostrado inusualmente eficientes.

Quince minutos más tarde, con Rogers a su lado, estaba sentado al timón de un bote del puerto, sintiendo los suaves movimientos de la caña bajo su codo. El viento soplaba con fuerza sobre el agua, levantando pequeñas olas grises y puntiagudas y sacudiendo las gotas de los remos. El sol empezaba a descender por el cielo occidental.

—Está en el extremo interior del muelle oeste —dijo brevemente el barquero mientras remaba contracorriente. Drinkwater y Rogers estudiaron la hilera de barcos anclados en grupos de dos y tres entre las boyas. La marea gorgoteaba en torno a sus proas redondeadas. Dos grandes barcos de noventa y ocho cañones se erguían fuera del agua, sin piezas de artillería ni efectos navales, anclados sin armamento y solo con los mástiles inferiores. A su popa vieron cuatro fragatas a la espera de dotación, con los aparejos parcialmente instalados, pero con la pintura sin restaurar, y con algunas portas abiertas para conseguir ventilación o hacer las veces de chimeneas provisionales. Las cubiertas estaban desordenadas,

con cuerdas de ropa tendida revelando la presencia a bordo de las esposas, que vivían en el barco con los «subalternos residentes»: artilleros, contramaestres, carpinteros y timoneles. Drinkwater reconoció dos presas holandesas, maltrechas y decrépitas, capturadas en Camperdown, y recordó haber anclado allí al *Cyclops* en el ochenta y tres. Entonces había muchos más barcos, toda una flota que acababa de quedarse ociosa con el fin de la guerra americana. El barquero interrumpió sus pensamientos.

—Gire el timón ahora, por favor, señor. Está detrás de este.

Drinkwater estiró el cuello. Empezaron a virar bajo la popa de un balandro con marcas de proyectiles. La marea atrapó al bote, y los dos remeros redoblaron sus esfuerzos para contrarrestarla. Drinkwater observaba ansiosamente, esperando ver aparecer la popa del *Virago*.

Capítulo 3

Noviembre-diciembre de 1800

La cañonera

La riqueza de la decoración grabada en la popa le llamó la atención. Estaba agrietada y sin pintar ni dorar, pero su presencia le proporcionó una agradable sorpresa. El brillo de las velas de sebo se filtraba por las ventanas de la popa. El bote chocó con el costado. Drinkwater alargó la mano hacia la escala y trepó hasta la cubierta.

Estaba desierta. No había mástiles ni cañones. La pintura de las escotillas se estaba desconchando; las dos escaleras que unían las cubiertas estaban protegidas con lonas. En el crepúsculo otoñal, el espectáculo resultaba deprimente. Oyó que Rogers chasqueaba la lengua detrás de él mientras alcanzaba la barandilla y, por un instante, los dos oficiales permanecieron mirando a su alrededor, con los impermeables aleteando bajo la brisa.

—Hay mucho trabajo que hacer, señor Rogers.

—Sí, señor.

Drinkwater se dirigió a popa, ascendió a la toldilla y apartó la cobertura de la escalera. Le llegó un tufo a comida y a humanidad mal lavada, junto con un rumor de conversación. Drinkwater descendió por la empinada escala, giró hacia popa en la oscuridad estigia de una antecámara sin iluminar y abrió la puerta del camarote principal. Rogers entró en la estancia detrás de él.

El efecto de su entrada fue instantáneo. Los ocupantes del camarote se quedaron helados. Si Drinkwater había sentido cierta irritación al ver velas encendidas en su camarote, la escena que en aquel momento se le presentaba era un verdadero motivo de enfado. Observó la mesa con su mantel grasiento, el desorden de platos y cazuelas, los restos de comida, las botellas vacías y caídas. Su mirada estudió a los comensales. En el centro haraganeaba un tipo pequeño y rechoncho, con una casaca bien cortada y camisa de encaje. Había sido interrumpido en sus caricias a una mujer con el corsé suelto, medio tumbada encima de él, en cuyos labios rojos las carcajadas se habían convertido en una mueca. También había otros dos hombres en torno a la mesa, con el atuendo en varios estados de desorden, y cada uno de ellos tenía sentada en el regazo una mujer con los hombros desnudos. Había un zapato de mujer sobre la vinagrera, y varios tobillos visibles bajo enaguas mugrientas.

La mayor de las mujeres, sentada sobre las rodillas del hombre rechoncho y bien vestido, fue la primera en recuperarse. Se irguió, movió los hombros en un gesto claramente muy ensayado, y su pecho desapareció de la vista.

—¿Quiénes son ustedes, caballeros? —Las otras mujeres siguieron su ejemplo; hubo un rumor de algodón, y el zapato desapareció.

—Los tenientes Drinkwater y Rogers, señora. ¿Y usted? —La voz de Drinkwater era gélidamente correcta.

—La señora Jex —dijo ella, provocando risitas a cada lado—, recién casada con Héctor Jex, mi esposo —añadió, entre más risitas —. Mi marido es el sobrecargo de este barco. —Había cierta altanería de propietaria en su voz. El señor Jex permanecía en silencio tras la voluptuosa silueta de su esposa.

—¿Y los demás?

—El señor Matchett, timonel, y el señor Mason, segundo contramaestre.

—¿Y las damas? —preguntó Drinkwater, con énfasis irónico, estudiándolas.

—Amigas mías —replicó la señora Jex.

—Comprendo. ¡Señor Matchett!

—¿Señor? —dijo Matchett, recuperando la compostura.

—¿Dónde están los demás subalternos residentes?

—Ejem. No hay maestro artillero, ni contramaestre.

—¿Cuántos hombres tenemos?

—Sin contar a los segundos, que son cuatro, tenemos dieciocho marineros. Todos tienen más de sesenta años. Eso es todo…

—Bien, caballeros; yo estaré al mando del *Virago*. El señor Rogers será el segundo de a bordo. Vendré mañana por la mañana a tomar posesión. Espero encontrarles cumpliendo con su deber. —Les dirigió una larga mirada, giró sobre sus talones y ascendió por la escala. Oyó que Rogers decía algo detrás de él cuando volvió a sentir el frío de la oscura cubierta.

Mientras se dirigían a la escala y el bote que les aguardaba, apareció una figura ataviada con un delantal, con los enormes brazos en mangas de camisa pese al gélido viento. Se llevó la mano a la frente.

—Disculpe, señor. Willerton, el carpintero. ¿Ha visto a todas esas putas en la popa? No lo tolere, señor. Recibirán el castigo que merecen por sus pecados. El barco no tiene ningún problema, señor, está en tan buen estado como el día que lo construyeron. Puede llevar dos morteros de trece pulgadas sin que se le agriete un solo travesaño… no tiene ningún problema…

Todavía algo impresionado por el encuentro, Drinkwater le dio las gracias, pensando, mientras ocupaba su asiento en el bote, que era evidente que había varias facciones enfrentadas en el *Virago*, y que llegaría a conocerlas en los días que se avecinaban.

«Se le ordena tomar el mando sin demora del *Virago*, al que debe preparar para zarpar con toda premura…».

Siguió leyendo bajo el azote del viento, con el nombramiento aleteando en sus manos. Cuando hubo terminado, contempló el

semicírculo de oficiales subalternos, que presentaban un aspecto mucho mejor de pie con los sombreros en la mano. El azul sobrio de sus casacas parecía el único toque de color contra la pintura desconchada y los tablones desnudos del barco. Estaba claro que se habían esforzado por corregir la impresión recibida por su nuevo comandante la noche anterior. Drinkwater pensó que merecían cierto reconocimiento por ello.

—Buenos días, caballeros. Me alegro de ver que las aventuras de la pasada noche no les han impedido cumplir con sus deberes. —Miró a su alrededor. Los dieciocho marineros de Matchett, descalzos y tiritando en sus camisas de algodón y pantalones sueltos, permanecían con las lijas en una mano, y los sombreros de estoquinete en la otra. Drinkwater les saludó con una antigua fórmula. Trató de que sonara como si lo dijera de veras, aunque sintió que empezaba a enfurecerse de nuevo.

—Cumplan con su deber, marineros. No tienen nada que temer. —Se dirigió a popa.

El camarote estaba recogido. Todo lo que quedaba de la noche anterior eran la mesa y las sillas. Rogers lo siguió al interior. Drinkwater le oyó suspirar.

—Hay mucho trabajo, Sam.

—Sí —dijo Rogers en tono neutro. Desde un camarote adyacente, el sonido de una tos fue ahogado a toda prisa, y el aire olía aún a una mezcla de sudor y agua de colonia.

Drinkwater regresó a la antecámara y abrió la puerta del camarote adyacente. No había nadie, aunque la presencia de un baúl, ropa de cama y un sombrero de dos picos demostraba que estaba ocupado. Probó con la puerta del camarote de enfrente. Se abrió. La señora Jex se estaba vistiendo. Fingió una sorpresa decorosa, y luego le dirigió un gesto mínimo y seductor. Sus encantos eran muy obvios, y, en el silencio que siguió, Drinkwater oyó que Rogers tragaba saliva detrás de él. Cerró la puerta y se volvió a su segundo.

—Avise al señor Jex, señor Rogers. Luego recorra todo el barco. Quiero un informe detallado sobre su condición, necesidades y provisiones disponibles. Vuelva dentro de una hora.

Entró en el camarote y se sentó. Contempló el espacio vacío, percibiendo la corriente de aire que entraba silbando por las portas desnudas. La emoción de su primer mando empezaba a marchitarse. La cantidad de trabajo que había que hacer era impresionante. La breve esperanza de elevar la categoría del *Virago*, como había sugerido lord Dungarth, le pareció, en aquel momento, totalmente imposible. Luego recordó el extraño encuentro con el señor Willerton, aquella lealtad instintiva hacia su barco. Casi pueril a su modo patético, y sin embargo, tan potente para el carpintero como los placeres de la carne para los juerguistas de la noche anterior. Drinkwater se animó con aquel recuerdo, y, al mejorar su humor, la corriente de aire en torno a sus pies le pareció algo menos molesta, y el camarote algo menos inhóspito.

El señor Jex llamó a la puerta del camarote y entró.

—Ah, señor Jex, siéntese, por favor.

La casaca de uniforme de Jex estaba elegantemente cortada, y llevaba un anillo de oro en el dedo. Sus manos parecían algo hinchadas, y sus mejillas tenían las manchas coloreadas propias de los bebedores. Los Jex, al parecer, eran sibaritas en su estilo de vida. Nathaniel observó que el dinero no parecía faltarles.

—Cuando estuve en la Oficina Naval, señor Jex, no me informaron de que hubiera sido usted nombrado sobrecargo de este barco. ¿Puedo preguntar cuánto tiempo hace que ocupa este puesto?

—Un mes, señor. —Jex habló por primera vez. Su voz tenía el tono inexpresivo de la completa seguridad.

—Su esposa continúa a bordo, señor Jex…

—Es costumbre…

—Es costumbre pedir permiso.

—Pero lo he hecho, señor. —Jex dirigió una mirada inexpresiva a Drinkwater.

—¿A quién, si puedo saberlo?

—Mi pariente, el comisionado del astillero, me ofreció el nombramiento. Serví como sobrecargo asistente en el *Conquistador*, el barco insignia del almirante Roddam, señor, durante toda la guerra americana.

Drinkwater reprimió una sonrisa. El evidente intento de Jex de amenazarle con su familia había quedado reducido a la nada por su última revelación.

—Qué interesante, señor Jex. Si mal no recuerdo, el *Conquistador* fue el barco guardián del Nore durante varios años. Su experiencia en tierra debe ser, por lo tanto, considerable. —Drinkwater observó cierta tensión en los labios del otro hombre—. No quiero ver hombres en cubierta sin la ropa apropiada, señor Jex. Un oficial de su experiencia debería haberse ocupado ya de ello. —Jex abrió la boca para protestar—. Si puede encargarse del asunto y traerme mañana por la mañana una lista de todas las provisiones de a bordo, podremos discutir su futuro en este barco. —La indignación centelleó claramente en los ojos de Jex, pero Drinkwater no había acabado aún. Con el tono de voz más agradable que pudo conseguir, añadió—: Entretanto, estaré encantado de permitirle tener a su esposa a bordo. Tal vez querrá cenar con todos los oficiales. Así tendremos la oportunidad de comentar los progresos del aprovisionamiento, y la presencia de una dama siempre resulta estimulante.

Los ojos de Jex se convirtieron de pronto en rendijas. Drinkwater no había puesto ningún énfasis especial en la palabra «dama», pero había algo sospechoso en el comportamiento de la señora Jex.

—Eso es todo, señor Jex. Y tenga la amabilidad de llamar al señor Willerton.

Transcurrieron varios días, y Drinkwater mantuvo a Jex en un estado de incertidumbre sobre su futuro. Los hombres aparecieron vestidos con jerseyes y chaquetas, de modo que estaba claro que Jex tenía cierta influencia con los comerciantes del muelle. Drinkwater se sintió complacido por su primera victoria.

Escuchó en silencio mientras Rogers le hablaba de los retrasos habituales en el puerto, las promesas incumplidas, la falta de dedicación, los sobornos, la corrupción. Escuchó mientras Rogers le insinuaba con mucho tacto que necesitaba fondos para apresurar las cosas, que había pocos marineros disponibles para un barco tan poco importante, y que los que se les asignaban eran los desechos de otras embarcaciones. Drinkwater vivía dominado por los problemas de la falta de dinero y hombres. Su precioso capital ya había disminuido más de lo que había sido su intención inicial y, hasta el momento, había conseguido poco más que un primer oficial presentable, unos cuantos documentos necesarios para aprovisionar el barco, conseguidos solo a través del soborno a funcionarios, y provisiones suficientes para su camarote durante una semana. Además de otros sobornos a los oficiales del muelle a cambio de los artículos necesarios para un barco de guerra, aún tenía que comprar ropa de trabajo adecuada para sus hombres, algo de pintura para que el aspecto de su barco no lo avergonzara por completo, y unos cuantos artículos para su propio consumo: una docena de pollos vivos, una gallina ponedora y una o dos cajas de *blackstrap*. Suspiró, volviendo a escuchar a Rogers con su catálogo de quejas de primer oficial. Cuando terminó, Drinkwater le sirvió un vaso del oporto barato que se vendía en Chatham como *blackstrap*.

—Continúa, Samuel, estamos progresando. —Señaló el montón de papeles sobre la mesa.

Rogers asintió, y luego se inclinó hacia delante para añadir en voz más baja:

—He descubierto algo sobre nuestro amigo Jex.

—¿Oh?

—Más bien sobre su esposa, en realidad. Parece que después de la última guerra, Jex se dedicó al tráfico de esclavos. Como sobrecargo, ganó mucho dinero y se acostumbró a la buena vida. —Había un toque de malicia en la voz de Rogers mientras sorbía su vino; estaba considerando el destino de otro hombre arruinado por los excesos—. Creo que invirtió de modo poco prudente y perdió

mucho dinero. Ahora, tras pasar algún tiempo en dificultades muy serias, está tratando de arreglar sus finanzas con las prebendas de un nombramiento de sobrecargo y el matrimonio con su esposa. —Rogers hizo una mueca despectiva—. Aunque no era precisamente una fulana, regentaba una casa discreta en Dock Road. Me han dicho que era un local muy lucrativo.

—Y su posición en un barco del rey le sirve a *madame* Jex para conseguir cierta respetabilidad. Sí, me había fijado en los aires de grandeza de la señora —concluyó Drinkwater, sonriendo mientras se le ocurría una idea. Tras tomar una decisión, golpeó la mesa con una mano—. Sí, ya lo tengo, funcionará muy bien. Tenga la amabilidad de pedir al señor Jex que venga.

Jex apareció, y Drinkwater le ofreció una silla. Su aire de seguridad se había desinflado ligeramente, y había sido sustituido por la testarudez. El sobrecargo cruzó los brazos sobre el estómago y observó a su comandante con los ojos entrecerrados.

—He tomado una decisión sobre usted y su futuro. —Drinkwater habló claramente, consciente del silencio procedente del camarote contiguo. La señora Jex lo oiría todo con facilidad a través del delgado mamparo—. Su influencia en el astillero es algo a tener en cuenta, señor Jex. Sería un estúpido si no me aprovechara de sus habilidades e intereses en esa dirección… —Drinkwater observó con satisfacción que Jex empezaba a relajarse—. Le pido que no duerma fuera del barco hasta que este tenga las provisiones suficientes para ochenta hombres durante tres meses. Su esposa puede vivir a bordo con usted. Se le permitirá quedarse con la octava parte habitual del coste de las provisiones, pero no toleraré un beneficio personal que exceda del doce y medio por ciento. Redactará el contrato de costumbre con la Oficina Naval, y recibirá siete libras al mes mientras figure en los libros del barco. Hasta que la dotación esté completa, puede pedir un salario para su esposa, pero ella se encargará de mantener limpio mi camarote hasta que llegue mi asistente. Se asegurará usted de que las provisiones del astillero sean buenas, de que no estén pasadas ni almacenadas en barriles

rotos. Puede comprar de su propio bolsillo la ropa de trabajo y el tabaco para los hombres. Como parte de esta asignación, comprará usted cien chaquetas nuevas, cien pares de guantes y una buena cantidad de medias y sombreros de lana, junto a unas cuantas pieles de oveja curadas, en los establecimientos que usted decida. En resumen, debe usted aprovisionar el barco con ropa de abrigo para toda la dotación. ¿Me comprende?

Jex tenía la boca abierta. En los minutos precedentes, su expresión había sufrido varios cambios dramáticos, pero el puesto de sobrecargo, incluso en el más pobre de los barcos de su majestad británica, era muy codiciado, como fuente de riqueza y oportunidades constantes. Drinkwater aún no había terminado con el desdichado.

—Por supuesto, no hemos mencionado aún el precio que se acostumbra a pagar al capitán de un barco de guerra a cambio de su puesto. ¿Pongamos cien? Vamos, ¿qué le parecen mis términos?

—Noventa.

—Guineas. Mi última oferta, señor Jex.

Drinkwater observó cómo el rostro del sobrecargo se retorcía lentamente mientras calculaba. Sabía que no podría acabar con la corrupción en los muelles, ni con el asunto de la octava parte del sobrecargo, pero podía sacar cierto beneficio del sistema. Había cierta justicia poética en el plan de Drinkwater. La riqueza de la señora Jex procedía de los breves excesos sexuales de una multitud de infortunados marineros. Era el momento de que estos recibieran cierta compensación.

El *Virago* estaba en un estado algo más ordenado uno o dos días después. Tanto Matchett como Mason, pese a la desafortunada escena de unos días atrás, resultaron ser trabajadores diligentes. Con una tercera parte de las noventa guineas de Jex, Drinkwater pudo «adquirir» cierta cantidad de pintura, alquitrán, aguarrás, estopa, colofonia y brea para poner el casco en condiciones.

También adquirió pintura dorada, e hizo que Rogers instalara un andamio colgante en la popa, para reavivar las agrietadas hojas de acanto que flotaban sobre el yugo.

Mientras Drinkwater permanecía sentado en su camarote, con el impermeable puesto y la mesa cubierta de listas, órdenes, peticiones y encargos, manejando la pluma y enviando diariamente a Mason al astillero o a la oficina de correos por asuntos del barco, Rogers recorría la cubierta superior o aterrorizaba a los capataces de los astilleros con torrentes de imprecaciones malsonantes, que conseguían despertar una reacción incluso entre los que utilizaban las mejores tácticas dilatorias. Los tenderos y empleados que se quejaban de sus insultos normalmente obligaban a Drinkwater a disculparse en su nombre. De modo que aprendió a mantener cierta actitud educada que disfrazaba su desprecio hacia aquellos intermediarios corruptos. Con algo de dinero conseguía a menudo hacer cambiar de opinión al ofendido empleado, obteniendo así lo que el barco necesitaba.

Drinkwater hacía rondas diarias por el barco. Frente a los camarotes de los oficiales bajo la toldilla se abría un espacio enorme. Servía al mismo tiempo de bodega y de lugar para las hamacas de la tripulación. Los enjaretados cubrían la sección inferior, donde se estibaban los barriles de cerdo, guisantes, harina, avena, pescado y agua. Desde la cubierta a la sobrequilla, en los espacios entre los dos mástiles, había dos enormes afustes para los morteros. Aquellas enormes estructuras estaban construidas con pesados tablones cruzados, fijados y adheridos con cáñamo entre cada tablón para absorber los impactos. Drinkwater sospechaba que se esperaba de él que los desmantelara, pero nadie le había dado la orden específica de hacerlo, y sabía que los proyectiles vacíos, o carcasas, se estibaban en las aberturas entre los tablones. Conservaría aquellos espacios para los proyectiles, y por lo tanto los afustes, porque sin ellos, con o sin oportunidades, el *Virago* sería poco más que un barco de carga. Los pañoles, el taller del carpintero y los camarotes de Matchett y Willerton estaban bajo el castillo de

proa, mientras que bajo los alojamientos de los oficiales en la popa estaban la santabárbara, el pañol de los licores, el de las mechas y el del pan. Debajo del camarote del propio Drinkwater se encontraba el pañol de la pólvora, al que se accedía a través de una escotilla de la que él poseía la única llave.

No transcurrió mucho tiempo antes de que Drinkwater consiguiera anclar al *Virago* en el muelle del Arsenal, pero continuaba desesperado por falta de hombres que se encargaran de los trabajos de izar y montar las ocho carroñadas de veinticuatro libras, y los dos cañones largos de seis libras que constituirían el armamento del barco. Recibieron cierta asignación de los guardias del Nore, y otra del servicio de reclutamiento, pero todavía les faltaban treinta hombres para completar la dotación. Tras grandes esfuerzos, durante la segunda semana de diciembre, las carroñadas estaban sobre sus cureñas, los versos ligeros sobre sus monturas, y los dos cañones largos en las portas de popa del camarote de Drinkwater. La aparición de los dos grandes tubos de los cañones negros y fríos, sobre los que no dejaba de concentrarse la humedad, fue un baño de realidad para la señora Jex y para el propio Drinkwater. Para la señora Jex, fueron una molestia en la simetría doméstica de la estancia, y a Drinkwater le recordaron que lo más probable era que una cañonera fuera perseguida, no que persiguiera a nadie.

El *Virago* formaba parte del grupo de cañoneras construidas al principio de la guerra de los Siete Años. Era fortísima, con ligazones del tamaño de las de un barco de guerra. Aunque solo medía ciento diez pies de eslora, podía desplazar trescientas ochenta toneladas. Navegaría con la línea de flotación baja una vez cargado, y Drinkwater comprendió que contrastaría fuertemente con el ágil cúter *Kestrel* o el manejable bergantín *Hellebore*. Se había visto reducida a mera lancha auxiliar tras la construcción de una clase más nueva de cañoneras, completadas durante la guerra americana. Empleadas normalmente en las tareas rutinarias propias de los balandros, las cañoneras solo llevaban sus dos morteros cuando

debían utilizarse en un bombardeo. Para ello, se cargaban morteros, pólvora, carcasas y proyectiles en el Arsenal de la Artillería Real en Woolwich, junto a un oficial subalterno y un destacamento de artilleros. Los morteros arrojaban sus proyectiles, o bombas, desde los enormes afustes que Drinkwater había dejado instalados en el *Virago*. Los afustes eran capaces de disparar de través, un adelanto que había revolucionado los aparejos de las cañoneras. A partir de 1759, se había dejado atrás el aparejo de queche. Ya no era necesario prescindir del palo trinquete, ni lanzar los proyectiles por encima de la proa, afinando la puntería con una codera en el cable del ancla. Se conseguía mayor precisión con el afuste travesero, y mejor calidad de navegación con el aparejo de tres palos.

De todos modos, pensó Drinkwater mientras hacía una de sus inspecciones diarias, las cañoneras eran destinos muy poco populares. El *Virago* había disparado su último mortero en Le Havre en el año de su construcción. Y las misiones de escolta en un barco lento y pesado diseñado para protegerse a sí mismo mientras huía eran tan populares como la guardia en cubierta durante las noches de lluvia. De modo que, aunque la intrusión de los cañones en el camarote significaba un paso hacia la promoción, también simbolizaba las severas limitaciones del mando de Drinkwater.

Sin embargo, trataba de animarse con la reflexión de que el *Virago* navegaría acompañado de toda una flota, la flota destinada a la «expedición secreta» mencionada en todos los periódicos, en dirección al «destino desconocido» que, con toda certeza, era el Báltico.

Mientras el señor Matchett fijaba los molestos cañones de seis libras, quejándose de la falta de un oficial subalterno artillero, Drinkwater se enteró del colapso de la Coalición. El armisticio franco-austríaco había terminado, las hostilidades continuaban, y los austríacos habían sido derrotados en Hohenlinden. De repente, el Báltico se había convertido en un barril de pólvora.

Aunque Bonaparte, a la sazón primer cónsul, triunfaba por toda Europa, Inglaterra miraba hacia el otro déspota. Sádico, pervertido y

desequilibrado, el zar Pablo era el blanco de todos los ojos. La frustración de sus ambiciones en Malta le había llevado a desconfiar de Gran Bretaña, pese al cuarto de millón de libras que esta le pagaba, además de un añadido mensual de setenta y cinco mil libras para mantener a los cuarenta y cinco mil soldados rusos en el campo de batalla. Cuando Napoleón repatrió generosamente, a expensas francesas, a cinco mil prisioneros de guerra rusos después de que Gran Bretaña se negara a pagar su rescate, el zar Pablo abandonó a sus aliados.

La influencia del zar en el Báltico era inmensa. Rusia había aplastado al imperio sueco en Poltava un siglo atrás, y Dinamarca era demasiado vulnerable para no doblegarse ante el viento del este. Su propio rey estaba desequilibrado, y el príncipe heredero, Frederick, era un joven dominado por sus ministros.

Cuando el zar resucitó la neutralidad armada, insistió en que la Armada Real no debía poder registrar barcos neutrales, particularmente en busca de artículos navales, las exportaciones de las costas bálticas más necesarias en Gran Bretaña y en Francia. Los estados bálticos deseaban comerciar con quien les conviniera y, bajo el águila bicéfala de los Romanov, iban a poder hacerlo; el bloqueo naval británico quedaría inutilizado, y Francia saldría triunfante, con el control de todos los mercados de Europa. Con el águila rusa a punto de extender sus garras para lisiar a la impotente Turquía, el efecto de su influencia en el Báltico acabaría con Gran Bretaña de un solo golpe.

Drinkwater dedujo que aquellos eran los argumentos del conde Bernstoff, ministro del príncipe heredero Frederick. Y aunque Rusia era el verdadero enemigo, estaba claro que la Armada Real no podía entrar en el Báltico dejando en su retaguardia a una Dinamarca hostil.

Drinkwater tosió cuando unas nubes de humo de la estufa se esparcieron por el camarote.

—Le ruego, señora Jex, que no lo intente más. Prefiero llevar el abrigo puesto que asfixiarme por culpa de esa cosa. —Se inclinó con impotencia sobre la mesa, llena de papeles como de costumbre.

—No tira bien, señor Drinkwater. Es por el viento. Desde luego, moriré de una pulmonía si no me congelo antes. —Sorbió por la nariz como si estuviera resfriada.

—Tal vez, señora, si llevara usted más ropa… —sugirió secamente Drinkwater.

Ella le dirigió una mirada gélida. Sus intentos iniciales de flirtear con él habían cesado en cuanto se enteró del trato que había hecho con su esposo. Drinkwater volvió a inclinarse hacia la tediosa tarea del inventario, casi agradecido por la interrupción de una llamada a la puerta, aunque la ráfaga de aire helado le hizo blasfemar en silencio al revolver los papeles de su escritorio.

—Disculpe, señor…

—Señor Willerton, entre, entre y cierre la puerta. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesitamos una dama, señor.

—¿Una dama? ¡Ah! ¿Se refiere a un mascarón?

—Sí, señor.

Drinkwater frunció el ceño. Era una trivialidad, y una trivialidad muy cara, que tendría que pagar de su bolsillo, ya que había gastado el resto de la contribución del señor Jex en barriles de chucrut. Sacudió la cabeza.

—Me temo que no será posible, señor Willerton. Tenemos una decoración muy hermosa y, de acuerdo con las ordenanzas, como estoy seguro de que usted sabe, los barcos inferiores a la tercera clase no pueden llevar mascarones individuales. La mayoría se conforman con un león… —Se interrumpió, consciente de que el señor Willerton no solo era testarudo, sino que sus convicciones eran lo bastante fuertes para oponerse a su comandante. La cabeza casi calva del señor Willerton se estaba moviendo.

—No servirá, señor. Los barcos sin mascarón traen mala suerte, señor. Estuve en el *Brunswick* en la batalla del Uno de Junio, señor.

Los malditos gabachos derribaron el sombrero del duque de un disparo. Le atamos uno de encaje y enviamos al *Vengeur* al fondo del mar, señor. Un barco sin mascarón es como un duque sin sombrero.

Drinkwater miró al anciano a los ojos. No había rastro de burla en su mirada. El señor Willerton hablaba con la autoridad de las sagradas escrituras.

—Bien, señor Willerton, si esa es su opinión…

—Lo es, señor, y también la de los hombres. Hemos hecho una colecta de quince chelines.

—¡Por mi alma! —La estupefacción de Drinkwater no era fingida. Junto a la comprensión de que sus preocupaciones financieras le estaban volviendo tacaño, le llegó la reflexión de que la petición del carpintero y la respuesta de su tripulación, tan escasa y variopinta, decía mucho a favor del barco. De repente, se reprochó a sí mismo su avaricia. Si aquellos hombres temblorosos que había visto en cubierta cuando leyó su nombramiento en el pasamanos tenían el suficiente *esprit-de-corps* para organizar una colecta para un mascarón, lo menos que él podía hacer era apoyarles. Trató de disimular cualquier evidencia de emoción, pero el breve silencio no había pasado inadvertido. El señor Willerton aprovechó su ventaja.

—He averiguado, señor, que una virago es una mujer malhumorada y furiosa que escupe fuego. —Drinkwater observó un discreto movimiento de sus ojos en dirección a la señora Jex, cubierta de hollín sobre la humeante estufa. Como antigua propietaria de un burdel, seguro que tendría una o dos frases selectas para intercambiar con los hombres en situaciones poco propias de una dama.

—Creo que tiene usted razón, señor Willerton —replicó gravemente Drinkwater, ahogando una carcajada repentina.

—He visto una buena pieza de pino, señor, pero cuesta ocho chelines. Y además, está la pintura.

—Muy bien, señor Willerton. —Drinkwater se llevó una mano al bolsillo y depositó una guinea sobre la mesa—. Para pagar la mano

de obra, pero tenga cuidado a la hora de elegir a la modelo.

Sus ojos se encontraron durante un segundo. Los de Willerton eran de un azul cándido e ingenuo, inocentes como los de un niño.

Capítulo 4

Diciembre de 1800-enero de 1801

Un asunto de familia

El teniente Drinkwater estaba de mal humor, debido a su exasperación ante los retrasos y prevaricaciones del astillero, además de sus pequeñas frustraciones, preocupaciones financieras y decepciones domésticas.

Estas últimas le habían afectado especialmente, pues, al acercarse la Navidad, se había prometido a sí mismo pasar uno o dos días en una posada en tierra, en compañía de su esposa. Se suponía que Elizabeth viajaría a Chatham con Tregembo y su baúl, pero le había escrito diciendo que no se encontraba demasiado bien, y que la atemorizaba su nuevo embarazo. Ya había sufrido un aborto, y Drinkwater le respondió insistiendo en que no se arriesgara a perder el niño; sería mejor que permaneciera en la seguridad de su hogar con Charlotte Amelia y Susan Tregembo.

Tregembo llegaría en cualquier momento. El gaviero, que años atrás había trabado amistad con el joven guardiamarina Drinkwater, se había convertido en su criado y confidente. También esperaban la llegada del guardiamarina señor Quilhampton. Por consideración a Louise, Drinkwater había dejado a su hijo en casa al partir hacia Londres. Más tarde, había enviado instrucciones al joven de que reforzara el reclutamiento para el *Virago*. Drinkwater aguardaba con impaciencia a aquellos marinos.

Pero no solo necesitaba hombres. Con la llegada de la Navidad, el astillero estaba cada vez más parado. Necesitaba mástiles y palos, pues sin ellos el *Virago* continuaría inmóvil como un tronco, condenado a esperar las decisiones del astillero. Y Drinkwater no estaba nada seguro de que el señor Jex no se estuviera vengando de él a través de la influencia de su pariente, el comisionado. A medida que transcurrían los días de espera, Drinkwater se volvía más irritable, menos tolerante con la señora Jex y menos afable con Rogers. Le preocupaba que sus hombres pudieran desertar, y era presa de los nervios cada vez que enviaba una partida a buscar madera con la marea baja. Sin poder abandonar el barco por orden del Almirantazgo, permanecía sentado y abatido con el abrigo puesto, contemplando los bajíos monótonos y gélidos.

Sus aprensiones respecto al primer oficial aumentaron. La irascibilidad de Rogers empezaba a irritar a los subalternos, y las dudas de Drinkwater sobre su idoneidad para el puesto crecían día a día. Ya habían discutido por causa de unos azotes. Drinkwater había decidido que la relajación de la disciplina, habitual a bordo de un barco de guerra anclado, convertía el supuesto delito del hombre en una simple falta de respeto. La llamada a la puerta le hizo volver en sí.

—¡Adelante!

—¡Me presento a bordo, señor!

—¡James! ¡Por Dios que me alegro de verle! ¿Trae hombres? ¿Y noticias de mi esposa?

James Quilhampton se acercó a la estufa humeante para calentarse. Era un joven alto y delgado, al que la casaca de uniforme empezaba a quedarle corta. Tenía unas piernas como zancos y el cuerpo levemente encorvado. Cualquiera que le hubiera tomado por un adolescente algo ridículo hubiera cambiado de opinión al ver el pesado garfio de hierro que llevaba en lugar de la mano izquierda.

—Sí, señor; traigo quince hombres, una carta de su esposa y un cirujano. —Se hizo a un lado, sacando una carta de su pecho.

Tomando la misiva, Drinkwater levantó la vista para ver a una segunda figura entrando en su camarote.

—Lettsom, señor, el cirujano; mi título y mi nombramiento. —Drinkwater echó una ojeada a los papeles que le ofrecía el recién llegado. Lettsom era un hombre maduro, pequeño y de aspecto de persona meticulosa, nariz grande y mirada comprensiva. La casaca de su uniforme estaba limpia, aunque con algún reflejo y unos bolsillos demasiado grandes y abultados.

—Ah, veo que sirvió usted con Richard White, señor Lettsom. Habla muy bien de usted.

—¿Conoce usted al capitán White, teniente Drinkwater?

—Desde luego. Ambos fuimos guardiamarinas en el *Cyclops*. Lo vi por última vez en el Cabo, cuando estaba al mando del *Telemachus*.

—Serví con él en el bergantín *Roisterer*. Lo destinaron al Telemachus poco después.

—No me cabe duda de que nos entenderemos, señor Lettsom. —Drinkwater rebuscó entre los papeles de su mesa—. Tengo aquí algunas órdenes para usted. Encontrará a los hombres en un estado bastante razonable. He ordenado que les cambien toda la ropa, para tratar de contener las fiebres. Por lo que respecta a la dieta, he obligado al sobrecargo a comprar una buena cantidad de chucrut. Su olor es impopular, pero estoy seguro de que es efectivo contra el escorbuto. —Lettsom asintió y miró los documentos.

—Es usted discípulo de Lind, señor Drinkwater. Le felicito.

—Soy de la opinión de que gran parte del sufrimiento de los marineros en general es innecesario.

Lettsom sonrió irónicamente al vehemente Drinkwater.

—Haré lo que pueda, señor, pero todo depende del estado de los hombres:

Si los hombres enferman, a mí acudirán;
Yo los cuido, los sangro y los hago sudar;
Algunos vivirán, aunque otros morirán,

Y yo se lo permito; a mí, ¿qué más me da?

Drinkwater se echó a reír tras un segundo de desconcierto.

—Un poema que mi primo hace pasar por suyo, señor —explicó Lettsom—; es un médico de cierta fama entre la buena sociedad, pero de integridad insuficiente para no atribuirse el mérito de haber escrito el poema. Lamento decirle que lo plagió de su humilde servidor. —Lettsom hizo una inclinación burlona.

—Muy bien, señor Lettsom, creo que nos entenderemos… Y ahora, caballeros, si me perdonan…

Abrió la carta de Elizabeth con impaciencia y empezó a leer, olvidando por un rato las preocupaciones del barco.

Mi querido esposo:

Te escribo con gran tristeza para decirte que no podremos vernos por Navidad. Sufro por el embarazo, y me preocupa nuestro hijo. A juzgar por los problemas que causa, estoy segura de que será un niño. Charlotte parlotea continuamente…

Había una página dedicada a las hazañas de su hija y un mechón de su cabello. Supo que el retraso en la partida de Tregembo se debía a la preparación de su regalo de Navidad, y que Louise Quilhampton había encargado su retrato a Gastón Bruilhac, un *sous-officier* francés en libertad bajo palabra, capturado por Drinkwater en el mar Rojo, y que había pintado un retrato muy admirado de su captor durante el viaje de regreso. Había otros chismes de la ciudad, y Elizabeth le manifestaba su desaprobación por los métodos de reclutamiento del señor Quilhampton. Luego, dejada para el final en un estilo muy propio de su esposa, una noticia inquietante en el penúltimo párrafo:

El pasado martes recibí a un extraño visitante: tu hermano Edward, a quien no había visto en los últimos cinco o seis años. Iba acompañado de una

mujer francesa muy hermosa y alegre, una fugitiva de los sans culottes. Hablaba con ella en un francés excelente, y expresó un gran interés por verte por cierto asunto privado. Le expliqué tu paradero, pero no quiso hacerme más confidencias. Admito que me inquietó su actitud…

Drinkwater levantó la vista con el ceño fruncido para encontrar a Quilhampton todavía en el camarote.

—¿Quería decirme algo, señor Q.?

—Perdone, señor, pero tengo los bolsillos vacíos. Los gastos de viaje de los hombres, señor.

Drinkwater suspiró.

—Sí, sí, por supuesto. ¿Cuánto?

—Cuatro libras, diecisiete chelines y cuatro peniques y medio, señor. He llevado las cuentas muy estrictamente…

Los problemas del barco volvieron a rodearlo, apartando a su hermano de su mente.

El señor Easton, el oficial de derrota, con un título recientemente expedido por la Trinity House y otro igualmente nuevo de la Oficina de la Armada, se unió a ellos el último día del siglo. Seis días después, Drinkwater recibió a bordo a su último oficial subalterno. Habían servido juntos anteriormente. El señor Trussel era un hombre enjuto, con los hombros inclinados y la piel amarillenta. El cabello lacio le caía hasta los hombros desde los lados y la parte trasera de la cabeza, aunque tenía la coronilla calva.

—Me presento a bordo, señor Drinkwater —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Que Dios le bendiga, señor Trussel. Ya empezaba a desesperar, pero llega usted justo a tiempo. Por favor, sírvase un vaso de *blackstrap*. —Indicó la botella que había sobre la bandeja en un extremo de la mesa, recordando la legendaria sed del señor Trussel, que él atribuía a la continua proximidad de la pólvora.

—Las carreteras estaban horribles, señor —dijo Trussel, sirviéndose un vaso del vino oscuro y barato—. Tengo entendido que somos un escampavía, señor, un transporte de bombas.

—Exactamente, señor Trussel, y por lo tanto necesitamos desesperadamente un artillero. Voy a apoyarme mucho en usted. En cuanto el aparejo esté instalado, nos han ordenado dirigirnos a Blackstakes para cargar las municiones y artículos reglamentarios. Por supuesto, para entonces habrá terminado usted sus preparativos en la santabárbara. Willerton, el carpintero, tiene cierta cantidad de tablones a bordo y ya ha empezado a trabajar en ellos. No hace falta que le diga que no se podrá clavar ni un solo clavo en cuanto haya un grano de pólvora a bordo.

—Lo comprendo, señor. —Hizo una pausa—. He visto al señor Rogers en cubierta. —La afirmación contenía cierta sorpresa. Trussel había sido el artillero del bergantín *Hellebore* cuando Rogers lo hizo naufragar en el mar Rojo.

—El señor Rogers está resultando un primer oficial muy eficiente, señor Trussel. —Drinkwater hizo una pausa, observando el rostro de Trussel, estudiadamente neutro—. Bien, le agradecería que se ponga manos a la obra sin más retrasos; el tiempo es esencial.

—Una cosa más, señor —dijo Trussel, levantándose.

—Sí, ¿de qué se trata?

—¿Llevaremos un destacamento de artilleros?

Drinkwater asintió.

—He recibido un aviso a tal efecto. La costumbre es que embarquen en cuanto el armamento esté cargado.

—¿De modo que vamos al Báltico, señor?

—Puede usted hacer las conjeturas que desee —dijo Drinkwater con una sonrisa—. No tengo más órdenes que la de cargar pólvora en Blackstakes.

Trussel esbozó a su vez una sonrisa comprensiva.

—Tengo entendido que lord Nelson va a embarcar en una expedición secreta. Estaba en los periódicos cuando pasé por

Londres. —Volvió a sonreír, consciente de que su noticia había sido una sorpresa para el teniente.

—Lord Nelson… —murmuró Drinkwater, y transcurrieron unos instantes antes de que volviera a inclinarse sobre su trabajo.

—Le felicito, señor Willerton. —Drinkwater contempló el colorido mascarón que descansaba contra el diminuto castillo de proa del *Virago*. El producto de las habilidades de Willerton con el martillo y el escoplo era la habitual mezcla de insinuación cruda y obscenidad leve. El medio busto representaba a una mujer de mirada furiosa, con la cabeza echada hacia atrás. Una boca demasiado hermosa se abría violentamente, revelando el bulto de una lengua escarlata, como la lengua de fuego que debió surgir originalmente de los morteros del *Virago*.

El arte del señor Willerton había añadido al rostro de la arpía los pechos erguidos e insolentes de una virgen, demasiado grandes para ser naturales, pero lo bastante eróticos para satisfacer la lascivia de sus compañeros de barco. Pero era el brazo derecho el que mejor revelaba el genio del señor Willerton. Mientras que el izquierdo se inclinaba hacia popa, el derecho se doblaba bajo un exagerado pecho, con el índice recto en la posición universalmente utilizada para abroncar. La «dama» era al mismo tiempo una arpía sensual y una esposa arisca, una virago escupidora de fuego muy apropiada a una cañonera. Era una lástima, pensó Drinkwater mientras asentía con aprobación, que el barco no tuviera la consideración de tal.

Los hombres asignados por el teniente Rogers para ayudar a Willerton a instalar el mascarón sonreían apreciativamente, mientras el carpintero sorbía aire con un particular silbido.

—Digna de un barco de primera clase, señor Willerton. Una verdadera virago. Me alegro de que siguiera usted mi consejo —añadió en voz más baja.

Willerton sonrió, mostrando una hilera de dientes cariados y ennegrecidos.

—La mano derecha, señor, fíjese en la mano derecha. —Sus ojos azules centellearon maliciosamente.

Drinkwater observó el dedo acusador. Tal vez hubiera en él algo que recordaba a la señora Jex, pero no le pareció identificable. Dio su autorización formal a Willerton para que instalara el mascarón y se dirigió a popa.

Un fuerte viento del este inclinaba el casco del *Virago* hacia el otro lado del río mientras su pesada silueta permanecía anclada. Se habían instalado los tres mástiles inferiores, y el cordaje, previamente montado en tierra y preparado para ser izado a bordo, había sido encajado sobre los tamboretes y tensado contra la mesa de guarnición con vigotas y acolladores. Las sogas dobles de cáñamo para los estayes de trinquete, mayor y de mesana estaban izadas y tensadas. Rogers y Matchett se encontraban en aquel momento levantando el mastelero mayor, con un andarivel fijado al molinete de barril frente al castillo de proa, y los linguetes tintineando satisfactoriamente mientras el mastelero ascendía pulgada a pulgada.

Drinkwater echó a andar hacia la popa, pasando junto a los grupos sudorosos de marineros novatos y veteranos, que sufrían las iras y burlas de los segundos oficiales, y rodeando las pilas y barriles contados por el señor Jex, para ascender a la baja toldilla. Dirigió una mirada al otro lado del río, donde el señor Quilhampton se acercaba con el bote procedente del astillero, remolcando la verga mayor desde el depósito. Sobre la toldilla con su enorme timón, una marca de la antigüedad del *Virago*, ondeaba la enseña. En su cantón superior llevaba la nueva bandera de la Unión, con la cruz de San Patricio añadida tras el reciente tratado de anexión con Irlanda. Durante un segundo la estudió con curiosidad, observando un cambio fundamental en algo que había llegado a considerar casi sagrado, algo por lo que luchar y tal vez por lo que morir. No había pensado demasiado en el tratado ni en sus implicaciones, aunque su mente ordenada lo encontraba eminentemente sensato, igual que la

intención de Pitt de emancipar a los católicos de aquella desdichada isla.

Descendió por la escala hacia su camarote, había echado a la señora Jex. El veintisiete de enero, el Almirantazgo había ordenado que una escuadra de cañoneras con sus lanchas auxiliares se concentrara en Sheerness. El astillero había asumido sus responsabilidades. Había que hacerlo todo con la máxima urgencia, antes de que Sus Señorías empezaran a hacer preguntas al comisionado.

Tregembo estaba colgando el regalo de Elizabeth, que había motivado el retraso en su llegada a bordo. Drinkwater lo observó, curiosamente conmovido. La habilidad de Bruilhac como retratista quedaba mostrada en una Elizabeth fresca y sonriente y una Charlotte Amelia regordeta y seria. De repente, sintió que lo embargaba una oleada de orgullo y ternura. Desde su posición en la mesa, aquellas dos figuras amadas lo contemplaban, iluminadas por la luz que entraba en el camarote por las ventanas de popa detrás de él, una luz móvil que, incluso en los días nublados, nunca entraba en el camarote sin reflejarse en el mar.

El señor Quilhampton interrumpió su ensoñación.

—La verga mayor está en el costado, señor, y había una carta para usted en la entrada principal. —Le entregó el papel, y Drinkwater rompió el adhesivo.

Mi querido Nathaniel:

Te agradecería que te reunieras conmigo en la posada del Zorro Azul esta noche.

Tu hermano:

Edward

Levantó la vista.

—Señor Q. Tenga la amabilidad de pedir al primer oficial que tenga un bote preparado para mí a las cuatro campanadas.

El Zorro Azul estaba lejos del astillero, en un callejón probablemente más conocido por sus burdeles que por la reputación de sus posadas. Pero el establecimiento parecía bastante limpio, y el tabernero se mostró muy correcto, sin demostrar sorpresa cuando Drinkwater le preguntó por su hermano. El hombre lo acompañó a una sala privada en el piso superior.

Edward Drinkwater se levantó para recibirlo. Era de una estatura similar a la de Nathaniel, de constitución más pesada y con la tez de un tono más vivo. Su atuendo era elegante y, aunque no resultaba llamativo, tendía a los extremos de color y decoración dictados por la moda del momento.

—¡Nathaniel! Mi querido hermano, has sido muy amable al venir.

—Edward. Ha pasado mucho tiempo. —Se estrecharon las manos.

—Demasiado, demasiado… Tengo algo de clarete caliente, que me cuelguen si no hace más frío aquí que en Londres… toma, un vaso te hará entrar en calor. ¿Tu barco está casi listo, pues?

Nathaniel asintió mientras tomaba un sorbo de vino caliente.

—Entonces parece que llego justo a tiempo, justo a tiempo.

—Perdóname, Edward, pero ¿a qué viene esta misteriosa urgencia?

Edward se pasó un dedo por debajo del pañuelo del cuello con evidente vergüenza. Evitó la mirada de su hermano y pareció tener dificultades para escoger las palabras. Levantó varias veces la cabeza para hablar, solo para pensarlo mejor.

—Maldita sea, Ned —intervino Drinkwater con impaciencia—. O es por una mujer o es por dinero; maldición, ningún hombre se alteraría tanto por otro motivo.

—Las dos cosas, Nat, las dos cosas. —Edward aprovechó la oportunidad, y las palabras empezaron a salir atropelladamente de su boca—. Es una larga historia, Nat, que se remonta a más de diez años atrás. Recordarás que, cuando murió mamá y tú te casaste, me

fui a Enfield a trabajar para un vendedor de caballos de la India. Aprendí mucho sobre caballos; a papá también se le daban bien. Al cabo de un tiempo dejé de trabajar allí, y me ofrecieron un empleo en Newmarket, también con caballos. Yo era demasiado corpulento para participar en las carreras, pero hice apuestas y durante bastante tiempo conseguí dinero suficiente para ir tirando. Tuve suerte. Mucha suerte. Hice una apuesta muy grande en cierta ocasión, y gané bastante dinero para vivir como un caballero durante un año, tal vez dos si tenía cuidado. —Suspiró y se pasó una mano sobre el rostro sudoroso—. Tras la revolución francesa, cuando los *aristos* empezaron a llegar, hubo toda clase de oportunidades. Tenía una cuadrilla de amigos. Recibimos lecciones de esgrima de un marqués arruinado, prestamos algo de dinero a una vieja solterona con la garantía de sus joyas, reclamamos la deuda… bueno, en resumen, mi suerte continuó.

»Entonces conocí a Pascale. Era de familia noble, pero estaba arruinada. Se convirtió en mi amante. —Hizo una pausa para beber, y Drinkwater, observándolo, pensó que había llevado una vida muy distinta a la suya. Había rasgos comunes, perceptibles solo si uno sabía identificarlos. La niñez de ambos había estado dominada por la rigidez y la falta de dinero de su madre, viuda desde que su padre alcohólico había muerto al caer de un caballo. Nathaniel siempre había sido cuidadoso con el dinero, y no había tenido escrúpulos en rapiñar unas cuantas monedas de oro en un barco americano capturado cuando era un guardiamarina medio muerto de hambre, ni en aprovecharse un poco del bien provisto señor Jex. Pero mientras que él había heredado la astucia de su madre, Edward demostró en su narración toda la imprudencia de su padre.

—Las cosas me fueron bien durante un tiempo. Continué jugando y, con un modesto alojamiento y la compañía de Pascale, conseguí llevar una buena vida. Entonces mi suerte cambió. Sin motivo aparente, empecé a perder. Fue algo increíble. Perdí mi seguridad, mis amigos, todo.

»Nathaniel, solo veinte libras me separan de la pobreza más absoluta. Pascale amenaza con dejarme, pues ha recibido una oferta mejor… —Quedó en silencio.

—¿Para ser la amante de otro hombre?

El silencio de Edward resultó muy elocuente.

—Comprendo. —Drinkwater sintió que una ira sorda se apoderaba de él. No bastaba con la gran suma de dinero que había desembolsado para aprovisionar a la maldita cañonera de su majestad británica *Virago*. No bastaba con que las exigencias del servicio requirieran su constante presencia a bordo hasta el momento de zarpar, sino que el inútil de su hermano tenía que aparecer para tratar de aprovecharse de su buen carácter.

—¿Cuánto quieres?

—Quinientas libras serían…

—¡Quinientas! Dios mío, Edward, ¿de dónde crees que puedo sacar quinientas libras?

—Oí que habías ganado dinero con las capturas…

—¿Con las capturas? Dios, Ned, tienes una cara muy dura. ¿Sabes cuántas cicatrices recibí a cambio de ese maldito dinero, cuántas noches sin dormir, cuántas horas de angustia…? No, por supuesto que no lo sabes. Tú has estado viviendo bien, jugando y pasando el rato con putas como el resto de la nobleza de este país, mientras los marineros y oficiales navales se pudren en sus ataúdes de madera. Maldita sea, Ned, tengo una esposa y familia de la que preocuparme antes que nada. —Su estallido de ira empezó a calmarse.

Sin levantar la vista, Edward murmuró:

—También supe que habías recibido una herencia.

—¿Dónde diablos oíste eso? —Su voz sonó llena de furia.

—Oh, me enteré en Petersfield. —Era muy posible. En todas las ciudades había chismosos conocedores de los asuntos ajenos. Era cierto que había recibido una herencia considerable de su antiguo capitán, Madoc Griffiths—. Dicen que fueron tres mil libras.

—Pueden decir lo que quieran. Ya no son mías. Casi todas están en un depósito para mis hijos, y el resto se lo he cedido a mi esposa. —Hizo otra pausa, y Edward levantó la vista, decepcionado pero sin rastro de arrepentimiento.

De repente, Drinkwater pensó que la cantidad necesaria para equipar un barco, incluso uno poco importante como el *Virago*, era algo inconcebible para Edward. Empezó a arrepentirse de su poco fraternal estallido, y a sentirse egoísta; la conciencia aún le remordía por el modo en que había tratado a Jex, por muchos barriles de chucrut que le hubiera permitido comprar.

—Escucha, Ned, he puesto más de doscientas libras de mi bolsillo para equipar mi barco. Por eso recibimos una parte del dinero de las capturas, y también por las heridas que recibimos al servicio de un país indiferente. Tú hablas de lecciones de esgrima, pero no sabes lo que es tener que matar a un hombre antes de que te mate él. Te parece que mi uniforme es una especie de talismán que me abre las puertas de los salones de buen tono, mientras que no soy más que un modesto marinero, teniente o no. Ned, ni siquiera me encuentran digno de arrastrarme bajo las botas de un alférez de caballería de doce años, cuyo nombramiento le ha costado dos mil libras. —Toda la amargura de su profesión salió a la superficie, sustituyendo su furia por la hiel de la experiencia.

Edward permaneció en silencio mientras volvía a llenar los vasos. Al cabo de unos momentos, Nathaniel se levantó y se dirigió a una mesita. Extrajo una pequeña tablilla y un lápiz del bolsillo trasero de su casaca. Empezó a escribir, tras pedir cera y una vela.

Después de sellar la carta, se la tendió a su hermano.

—De veras, esto es todo lo que en conciencia puedo darte.

Y se marchó, tomando el sombrero sin más palabras, dejando a Edward preguntándose por el importe y sin esperar a recibir las gracias.

Mientras atravesaba la habitación en dirección a la calle, iba demasiado absorto para reparar en el señor Jex, que estaba bebiendo en el bar.

Capítulo 5

Enero-febrero de 1801

El pirobolista

Drinkwater levantó el altavoz.

—Tiren un poco más del gancho de trinquete, por favor, señor Matchett. —Trasladó su atención al combés, donde el contramaestre comprobaba el trabajo de los hombres—. Pueden amarrar las brazas mayores, señor Easton.

—A la orden, señor.

El *Virago* se deslizó corriente abajo, dejando el astillero a estribor y a los barcos desarmados a babor.

—En buena vela.

—En buena vela, señor —repuso Tregembo desde el timón. Drinkwater, todavía escaso de hombres, había nombrado timonel al de Cornualles.

Llegaron al final del muelle, deslizándose bajo la colina arbolada de Upnor.

—¡Timón arriba!

El *Virago* viró lentamente por delante del viento. Drinkwater hizo un movimiento de cabeza en dirección a Rogers.

—¡Amantillen las vergas! —gritó Rogers a los hombres de las brazas mientras el *Virago* dejaba el viento en la popa, tomando velocidad corriente abajo impulsado por la marea, bajo la vela de trinquete, las tres gavias y la vela de estay del mastelero de

trinquete. Esta última aleteaba de momento, cubierta por la vela de trinquete.

Viraron al sureste frente a Cockham Reach. El río se ensanchó, y su orilla norte se alejó hacia la popa, desplazada por la línea baja de la isla de Hoo. Pasaron junto a la hilera de barcos prisión, con sus cascos viejos y desfigurados, rotos, negros y siniestros. Los marineros hacían girar las vergas cada vez que el barco tomaba una curva del canal, y los oficiales permanecían atentos durante la primera maniobra del viejo barco. Rodearon el fuerte de Darnetness.

—Icen la vela mayor, señor Rogers.

—A la orden, señor. ¡Verga mayor! ¡Suelten! ¡Suelten! ¡Atención a las amuras y escotas, marineros de agua dulce! ¡Aprisa! ¡Cuidado, maldita sea, hay una arruga en el puño de escota! ¡Se encallará en el motón principal, maldito señor Quilhampton!

El *Virago* tomó velocidad, y la marea permitió que Drinkwater se hiciera la ilusión de estar al mando de algo mejor que aquella bañera. Sonrió para sí. Aunque era lento, el *Virago* poseía suficiente envergadura para mantener adecuadamente el rumbo, y probablemente maniobraría bien en un canal. Pasaron junto a Kethole Reach, y Rogers braceó las vergas de nuevo cuando el viento viró un punto al norte. Al oeste, el cielo empezaba a clarear, y unos rayos de luz casi horizontales empezaron a abrirse paso a través de la capa de nubes, centelleando frente a ellos donde el fuerte de Garrison Point y el astillero de Sheerness relucían contra la monotonía de los pantanos e islas.

—Carguen las velas cuando amantillemos en Saltpan Reach, señor Rogers. —Bajó el catalejo. Había media docena de siluetas de casco bajo ancladas frente a la isla de Deadman, a una milla de Sheerness. Eran cañoneras estacionadas cerca de las santabárbaras de Blackstakes.

Los hombres habían empezado a charlar en la crujía.

—¡Silencio! —espetó Rogers.

Drinkwater observó cómo se agrandaba la hilera de cañoneras.

—Icen las velas mayores, por favor.

Rogers vociferó, Quilhampton tocó el silbato y Matchett gritó. El pesado pliegue de lona se elevó por encima de la cabeza de Drinkwater mientras este estudiaba las cañoneras con el catalejo, buscando un lugar donde anclar el *Virago*.

Estaban frente al primer barco, en cuya cubierta había aparecido un grupo de oficiales curiosos. Había un espacio entre las cañoneras cuarta y quinta, suficiente para que el *Virago* pudiera virar. Drinkwater sintió un escalofrío de emoción. Podía seguir corriente abajo y echar el ancla con toda seguridad al final de la hilera, pero aquel espacio resultaba muy tentador.

—¡Hombres a las brazas, señor Rogers! ¡Timón abajo!

—¡Timón abajo, señor!

El *Virago* viró a estribor, con las vergas crujiendo en los racamentos, y la vela de estay del trinquete se llenó con un chasquido.

—¡Arriba las brazas, maldita sea! —espetó, y luego se dirigió al timón—. ¡En buena vela!

—En buena vela, señor —replicó el impasible Tregembo.

Drinkwater ciñó el *Virago* todo lo posible, mientras la marea lo empujaba implacablemente corriente abajo. Si calculaba mal, chocaría contra la cañonera de popa. Podía ver a un grupo de hombres en su proa, sin duda igualmente conscientes de la posibilidad. Estudió la posición relativa del palo trinquete del otro barco. Se movía lentamente hacia popa; podrían conseguirlo.

—Ancla lista, señor —murmuró Rogers.

—Muy bien. —De repente, estaban a la altura de la proa del otro barco.

—¡Timón abajo! —El *Virago* viró de nuevo a estribor, mientras las velas temblaban y se sacudían. Consiguió acabar el giro, con el agua gorgoteando bajo su proa mientras avanzaba contra la marea, dejando a los ansiosos espectadores en popa y acercándose al siguiente barco.

Drinkwater observó la orilla hasta que vio que su movimiento cesaba.

—¡Todo en facha! ¡Suelten!

Sintió que el casco se sacudía cuando el ancla cayó de la serviola y observó cómo el cable corría por la cubierta, cómo golpeaba a un novato en el tobillo y lo derribaba entre las risas de los marineros.

—Dele fondo a sesenta brazas, señor Matchett. —Hizo un movimiento de cabeza en dirección a Rogers—. Carguen y aferren velas.

El señor Easton fue abajo a marcar su fondeadero en la carta de navegación, y cuando el barco estuvo bien anclado, Drinkwater se reunió con él. Contemplando la carta, Drinkwater se sintió satisfecho de que ni el barco ni la tripulación le hubieran decepcionado.

Su satisfacción duró poco. Una hora más tarde, se encontraba frente al capitán Martin, comandante de la cañonera de su majestad *Explosion*, oficial al mando de la escuadra de cañoneras concentradas en Sheerness. El capitán Martin era muy poco amigo de que sus subordinados mostraran tendencias a querer progresar en sus carreras haciéndose notar.

—Su maniobra, teniente, no solo ha puesto en peligro su propio barco, sino también el mío. Ha sido, señor mío, un acto caprichoso e irresponsable. Tal comportamiento no puede tolerarse, y dice mucho sobre su carácter. Me sorprende que le hayan confiado un mando, señor Drinkwater. Un hombre responsable del transporte de grandes cantidades de pólvora en una misión especial debe ser estable, siempre reflexivo, y nunca, nunca, debe poner en peligro su barco.

Drinkwater sintió que la sangre le subía a las mejillas mientras Martin continuaba.

—Además, ha mostrado usted muy poca diligencia en la preparación de su barco. Tenía motivos para esperar que se uniera a mi escuadra hace varios días.

Martin contempló a Drinkwater con un par de ojos azul pálido que resaltaban en un rostro delgado de color apergaminado. Drinkwater se tragó la sensación de injusticia y el orgullo herido.

Sintiéndose como un guardiamarina azotado, aplicó la resistencia del sollado, aprendida años atrás.

—Si mi conducta le ha desagradado, me disculpo, señor. No tenía intención de causarle ninguna preocupación. Respecto al asunto de mi aprovisionamiento, solo puedo decir que hice todos los esfuerzos posibles para apresurarlo. Me lo impidieron los oficiales del astillero.

—Los oficiales del astillero tienen su propio trabajo, señor Drinkwater. No esperará usted que concedan prioridad a una lancha cañonera… —Consciente de que había ofendido al otro hombre (probablemente Martin estaría emparentado con algún intermediario corrupto de los astilleros), Drinkwater no pudo resistir la oportunidad.

—Precisamente eso es lo que quería decirle, señor —dijo secamente. El labio superior de Martin se plegó levemente, un signo obvio de contrariedad, y Drinkwater añadió a toda prisa—: Sin ánimo de ofender, señor.

Miró fijamente al comandante, que finalmente dijo:

—Ahora, con respecto a sus órdenes para la próxima semana…

—Su diversión ha resultado muy provechosa, señor Q. —dijo Drinkwater dejando el cuchillo y el tenedor sobre el plato vacío.

—Gracias, señor. ¿Le ha gustado más el ánade o la cerceta?

—Creo que la cerceta era mejor. Señor Jex, transmita mis felicitaciones al cocinero.

Jex asintió, con la boca todavía llena. Drinkwater paseó la mirada alrededor de la mesa. El espacio era escaso; además de los oficiales había dos cañones de persecución y dos carroñadas de veinticuatro libras en las portas laterales de popa.

Se retiró el mantel, y el asistente dejó la botella de *blackstrap* frente a Drinkwater. Hicieron el brindis de costumbre y retiraron un poco las sillas. Aparecieron uno o dos cigarros. Trussel sacó una larga pipa de sacristán y Willerton se introdujo subrepticiamente en la boca un trozo de tabaco. Lettsom tomó rapé, y Drinkwater pensó

que, aparte de él mismo, Rogers y el señor Quilhampton, todos los presentes (solo faltaba el señor Mason, a la sazón en cubierta) tenían más de cuarenta y cinco años, posiblemente más de cincuenta. Ello era una consecuencia de que hubiera mayoría de oficiales subalternos en el *Virago*, pero hacía que Drinkwater se sintiera, en ocasiones, algo más viejo de lo que le correspondía por edad, condenado a pasar la vida en compañía de hombres maduros. Suspiró, recordando la actitud del capitán Martin. Luego recordó otra cosa, algo que había reservado para aquel momento.

—Por cierto, caballeros, cuando he estado a bordo del *Explosion* esta mañana, me he enterado de una noticia de Londres que nos afectará a todos. ¿Lo sabe alguien?

—Sabemos que el almirante Ganteaume salió de Brest con siete barcos de línea —dijo Rogers.

—Sí, los malditos vientos del este. Pero he oído que Collingwood salió en su persecución —añadió Matchett. Drinkwater sacudió la cabeza.

—¿Se refiere, señor, a que se habla de defender el Támesis arrojando al agua bloques de piedra? —preguntó ingenuamente Quilhampton.

—No, jovencito, nada de eso. —Miró a su alrededor. Nadie parecía tener ninguna idea—. Me refiero a que Billy Pitt ha dimitido, y el portavoz señor Addington debe formar un nuevo gobierno… —La noticia fue recibida con exclamaciones de sorpresa y desaliento.

—Bueno, no tendrá demasiada importancia, Addington era el portavoz de Pitt…

—No me extraña que no hayan llegado nuestras órdenes…

—De modo que el rey no ha querido emancipar a los papistas…

—Y ha hecho muy bien…

—Vamos, señor Rogers, no puede usted pensar eso…

—Sí, señor Lettsom, desde luego que lo pienso, malditos sean…

—¡Caballeros, por favor! —Drinkwater golpeó la mesa con la mano. Aquella comida tenía el propósito de fomentar la unidad—. Tal

vez deseen saber quién será el jefe del Almirantazgo. —Los rostros se volvieron hacia él—. Saint Vincent, con Markham y Troubridge.

—¿Y quién sustituirá a Saint Vincent en el Canal, señor?

—Lord Cornwallis.

—¡Ah, Billy Blue! Bueno, esa es una buena noticia —dijo Lettsom —, y tengo entendido que Saint Vincent irá a por la cabeza del maldito sir Andrew Snape Hammond. Ha prometido reformas, y Hammond es un maldito corrupto. Recemos porque empiece por Chatham.

—Brindo por eso, señor Lettsom —dijo Drinkwater, sonriendo.

—¿Qué dice usted, Jex? —dijo el cirujano volviéndose hacia el sobrecargo—. Ha terminado el trabajo sucio justo a tiempo, ¿eh? —Hubo una carcajada en torno a la mesa. Jex se sonrojó.

—Debo protestar… señor…

—Creo que eso es injusto, señor Lettsom —dijo Drinkwater, aún sonriendo—. Tenga en cuenta que el señor Jex ha pagado el chucrut.

—Los hombres no se lo agradecerán, por bien que vaya contra el escorbuto.

Drinkwater ignoró la mirada de sobresalto y horror de Jex. No vio que se convertía en una expresión de resentimiento.

—¿Y los otros miembros del gabinete? —preguntó Lettsom.

—Lo he olvidado, señor Lettsom. Solo que ese bribón de Vansittart será secretario adjunto del Tesoro, o algo así. Eso es todo lo que recuerdo.

—Bueno, los malditos políticos se olvidan de nosotros. ¿Por qué íbamos nosotros a recordarlos? —El rostro sofocado de Rogers reflejaba la aprobación de su propia broma.

—¡Ya lo tengo! —dijo Lettsom de repente, chasqueando los dedos mientras cesaban las carcajadas.

—¿Qué es lo que tiene, señor mío? —preguntó Quilhampton con horror burlón—. ¿Sífilis? ¿Gonorrea?

—¡Un epigrama, caballeros, un epigrama! —Se aclaró la garganta mientras varios comensales golpeaban la mesa pidiendo silencio.

Lettsom adoptó una postura de declamación.

> Si las piedras salvan del peligro,
> dos lugares están bien seguros:
> El primero, la boca del río;
> el segundo, el banco del Tesoro.

—¡Bravo, bravo! —lo vitorearon, golpeando la mesa y sin reparar en el rostro extraño que apareció en la puerta. Drinkwater fue el primero en verlo, junto con el de Mason detrás de él. Hizo un gesto pidiendo silencio.

—¿Qué sucede, señor Mason?

Los oficiales reunidos se volvieron a mirar al recién llegado. Llevaba una casaca azul abierta, revelando adornos escarlata. Sus calzas eran blancas, y llevaba un sombrero de dos picos bajo el brazo. Tenía un rostro redondo y colorado, cubierto de cabello rojizo que le crecía a lo largo de las mejillas, y, aunque llevaba la barbilla afeitada, tenía la apariencia de necesitar un rasurado constante para mantener la barba bajo control. La cabeza le surgía de los hombros, como un proyectil de doce libras en el pasabalas.

—Que me aspen, es una maldita langosta —dijo Rogers en tono ofensivo, y aunque el hombre llevaba el uniforme azul de la Artillería Real, su tono apopléjico prestó cierta veracidad al recibimiento.

—El teniente de artillería Tumilty, señor —dijo Mason, llenando el silencio, mientras el oficial artillero miraba agresivamente a su alrededor.

Drinkwater se incorporó.

—Buenos días, teniente. Por favor, siéntese. Señor Tumilty, por aquí. ¿Viene a unirse a nosotros, pues? —Hizo circular la botella por la mesa, y el asistente trajo un vaso. Los demás ocupantes del camarote estudiaron al extraño con curiosidad mal disimulada.

Tumilty llenó su vaso, lo vació y lo volvió a llenar. Luego clavo unos ojos feroces y diminutos en Drinkwater.

—Debo preguntar si está usted al mando de este barco. —Su acento era obstinadamente irlandés.

—Así es, señor Tumilty.

—¡Entonces es cierto! Que Dios me ayude, es cierto. —Volvió a beber largamente.

—¿Qué es cierto, señor Tumilty? —preguntó Drinkwater, empezando a sentirse exasperado por los rodeos del artillero.

—Pese a todas las apariencias, y si me disculpa usted, señor, con su rango de teniente, esto no puede ser una cañonera. ¿Es eso cierto?

Drinkwater se sonrojó. Tumilty había puesto el dedo en la llaga.

—El *Virago* fue construido como cañonera, pero en este momento su misión es la de lancha auxiliar…

—Aunque en su estructura no hay ningún problema —gruñó el silencioso señor Willerton.

—¿Responde eso a su pregunta? —añadió Drinkwater, ignorando la interrupción.

—Sí, que Dios me ayude, así es —asintió Tumilty—. Y no voy a fingir que me gusta, teniente, en absoluto. —De repente, soltó violentamente el sombrero sobre la mesa—. Que el diablo se los lleve, ¿es que no saben que me están desperdiciando? Soy el mejor artillero del servicio. —Parecía a punto de echarse a llorar, mientras contemplaba los rostros estupefactos que le rodeaban en busca de algún signo de asentimiento. Drinkwater se sintió tentado de disculparle por su conducta; estaba claro que Tumilty estaba sufriendo las consecuencias de algún incidente en Woolwich, y que maldecía a sus superiores del Arsenal Real.

—Caballeros, compadézcanme, se lo ruego. Me veo condenado a trajinar pólvora como cualquier grumete descalzo. ¡Yo, convertido en recadero!

—Me parece, señor Tumilty, que, para emplear una frase hecha, estamos todos en el mismo barco. —Un murmullo de asentimiento acogió las palabras tranquilizadoras de Drinkwater.

—¡Pero yo, señor! ¡Con toda seguridad, soy el mejor pirobolista de toda la maldita artillería!

Capítulo 6

Febrero de 1801

Pólvora y munición

—La pirobología, teniente Drinkwater, es el arte de arrojar fuego. Es un arte al mismo tiempo científico y alquímico, y por eso los oficiales de mi profesión no podemos comprar nuestros nombramientos como el resto del ejército.

Drinkwater y Tumilty estaban junto a la toldilla, observando los trabajos de los hombres que manejaban los aparejos de los penoles, izando barril tras barril de pólvora del bote situado al lado del barco. Habían cargado ya la pólvora y munición ordinarias, además de los efectos de artillería naval para las carroñadas y cañones largos en la santabárbara de Blackstakes. A la sazón, estaban estibando los efectos reglamentarios, enviados desde Woolwich, al lado del Támesis. De vez en cuando, Tumilty interrumpía su monólogo para gritar instrucciones a su sargento y bombardero que, junto a los hombres del *Virago*, pugnaban por izar el cargamento a bordo antes de que el viento arreciara aún más.

—No, señor, nuestros nombramientos son otorgados por el propio general, y un capitán de artillería puede tener más experiencia que un oficial de campo, por supuesto. No le estoy preguntando si le parece un sistema justo, señor Drinkwater, pero sí le digo que un hombre puede ser un experto en su trabajo y continuar siendo un mero teniente.

—No seré yo quien se lo discuta, señor Tumilty —dijo Drinkwater secamente, aunque con una sonrisa.

—La pirobología es un arte muy antiguo. La fundó el mismísimo Arquímedes en el sitio de Siracusa, y los griegos tenían sus propios proyectiles incendiarios. Ahora dígame, señor Drinkwater: ¿me equivoco al pensar que a usted le gustaría practicar también el lanzamiento de proyectiles?

Drinkwater contempló al menudo irlandés. Se estaba acostumbrando a su forma retorcida y casi oriental de decir las cosas.

—Creo que tal vez los dos nos sentimos algo frustrados, señor Tumilty.

—Y el carpintero asegura que el maderamen del barco es sólido. —Drinkwater asintió y Tumilty añadió—: No hay que tomarlo a la ligera, señor; la cámara de un mortero de trece pulgadas tiene una capacidad de treinta y dos libras. Pero cualquier carga que pase de las veinte destrozará los tablones del afuste en muy poco tiempo, y puede hacer explotar el mortero.

—Pero no tenemos mortero, señor Tumilty.

—Cierto, cierto, pero no ha desmantelado usted los afustes, señor Drinkwater. Y bien, me pregunto a qué puede deberse.

Drinkwater se encogió de hombros.

—Me di cuenta de que contenían el espacio para los proyectiles, y di por sentado que debían continuar en su sitio…

—Y nadie le ordenó que los desmantelara, ¿eh?

—Correcto.

—Bien, pues ha sido una suerte, señor Drinkwater, una gran suerte para los dos. ¿Qué me diría si instalara un par de morteros en esos afustes?

Drinkwater frunció el ceño en dirección a Tumilty, que lo observaba con expresión astuta.

—Creo que no le entiendo.

—Mire allí. —Tumilty señaló el bote. La última eslinga de pólvora en grano, con sus marcas escarlata en el barril, estaba saliendo de la

bodega, inmediatamente después de las cargas de pólvora molida, en dirección a la santabárbara del *Virago*. La tripulación del bote estaba retirando otro fragmento de lona y levantando las escotillas para revelar dos enormes siluetas negras.

—Morteros, señor Drinkwater, uno de trece pulgadas que pesa ochenta y dos quintales, y otro de diez pulgadas que pesa cuarenta y un quintales. ¿Por qué no los instalamos en los afustes?

—Supongo que serán piezas de repuesto.

Tumilty asintió. Drinkwater sabía que las demás cañoneras ya tenían sus propios morteros instalados, pues había examinado los del *Explosion*. No parecía haber ningún argumento contra la idea de montarlos en los afustes, aunque se suponía que debían almacenarlos en la bodega. Después de todo, el *Virago* había sido diseñado para llevarlos. Se preguntó qué diría Martin si se enteraba, como sin duda ocurriría a su debido tiempo.

—Maldita sea, señor Tumilty, está oscureciendo. Subamos esas bellezas a bordo como usted sugiere. Tal vez llevarlas en los afustes sea más seguro que tenerlas sueltas en la bodega.

—Así me gusta, señor Drinkwater, así me gusta, desde luego.

—¡Señor Rogers! Acérquese un momento, por favor.

Rogers ascendió la escalerilla.

—¿Señor?

—Tenemos dos morteros para cargar, recambios para la escuadra. Quiero instalarlos en los afustes. ¿Me ha comprendido, Sam? Con dos morteros instalados, tal vez podamos hacer algo más que llevar recados.

Una chispa de entusiasmo prendió en los ojos de Rogers.

—Me gusta la idea, que me cuelguen si no. —Miró rápidamente a Tumilty, todavía desconfiando del artillero que parecía ocupar una posición cuestionable a bordo de un navío del rey. El irlandés miraba absorto hacia barlovento.

—Será difícil con el viento arreciando, pero probablemente amainará después de ponerse el sol. Prepare las tres vergas inferiores e instale contrapalanquines; luego ponga asideros triples

en los aparejos de verga y estay sobre los dos afustes. Que Willerton abra las escotillas y encere las coberturas. Suba las tres vergas, monte dos palanquines en cada una y amárrelo todo bien. Con eso debería bastar.

—¿Cuánto peso, señor?

—Ochenta y dos quintales para el afuste de popa y…

—Cuarenta y uno en el de delante…

—El de proa, señor Tumilty.

—Le ruego que me disculpe, señor Rogers.

Rogers se alejó a toda prisa, llamando a Matchett y Willerton.

—Es un hombre susceptible, señor Drinkwater.

—Estamos de acuerdo en muchas cosas, especialmente en que a los dos nos gustaría añadir la palabra «capitán» a nuestro nombre, pero creo que hubo mucha mala sangre entre la artillería y la Armada la última vez que se llevó a cabo una operación como esta.

—Desde luego, yo no sé nada de eso, señor —replicó Tumilty, con aire de inocencia herida.

El *Virago* crujía y se inclinaba a estribor mientras el peso ascendía en los aparejos. El sol se había puesto, y los hombres se afanaban en el crepúsculo. La masa negra del mortero de diez pulgadas, de algo menos de cinco pies de longitud, colgaba sobre el aligerado bote.

Junto al molinete, el señor Matchett supervisaba a los hombres de los barrotes. Se habían instalado aparejos en vergas y estayes, con las sogas girando en direcciones opuestas, de modo que, a medida que el peso se aligeraba en los penoles, aumentaba en los aparejos de estay. El estay mayor, con sogas dobles, se curvó un poco a causa del peso, y Rogers hizo descender el mortero lo más rápidamente posible. Los hombres del señor Willerton, provistos de espeques, ayudaron a instalar el enorme cañón de hierro en su lugar, y cerraron las coberturas de los muñones. El *Virago* volvió a enderezarse, aunque se había hundido unas pulgadas en la proa.

—¡Desmóntenlo todo, retiren los aparejos de proa y preparen los de popa!

Ocurrió como había predicho Drinkwater. El viento había amainado, y el primer mortero había sido izado sin problemas. El señor Tumilty había dejado los asuntos náuticos para la Armada, y se había encerrado con su sargento y el señor Trussel para inspeccionar el estibado de la pólvora y cerrar con llave los pañoles de proyectiles, pólvora y mechas, así como el espacio destinado a rellenar los cartuchos, que Willerton había recubierto con los tablones suministrados por el astillero de Chatham.

Los aparejos suspendidos de las vergas mayor y de mesana fueron instalados y enganchados a las eslingas, cuidadosamente preparadas en torno al mortero de trece pulgadas. A continuación, se engancharon los dos aparejos centrales. Para ocuparse del peso adicional del mortero mayor, Drinkwater había ordenado que estos últimos fueran fijados a los mástiles mayor y de mesana, pensando que el estay de mesana era insuficiente para la tarea.

Los cables fueron dirigidos de nuevo hacia proa, y el peso quedó colgando. Hubo algunos crujidos ominosos pero, al cabo de media hora, los muñones se asentaron en el afuste, y el señor Willerton aseguró el segundo grupo de coberturas. La sección deslizante de las escotillas de los morteros fue corrida, y las lonas ajustadas. Los últimos rayos de luz del día desaparecieron entre las nubes del oeste, y los hombres, rezongando o charlando según sus inclinaciones, se retiraron abajo.

Por primera vez, desde los días de desilusión que habían seguido a su llegada al barco, Nathaniel Drinkwater volvía a sentirse, al menos en parte, dueño de su destino.

—Bien, señor Tumilty, tal vez quiera hacer inventario de la artillería reglamentaria a bordo.

—Desde luego. Tenemos doscientas carcasas de trece pulgadas, doscientas de diez pulgadas, ciento cuarenta carcasas redondas de

cinco orificios para las piezas de trece libras, y cuarenta carcasas oblongas para las de diez. Cinco mil proyectiles redondos de una libra, los mismos que para los versos…

—¿Para qué los quiere? —preguntó Rogers.

—Bueno, señor Rogers —dijo Tumilty, bajando su lista con aire tolerante—, si la cámara de un mortero de trece pulgadas se llena con un par de centenares de esos diablillos, caerán como una lluvia de hierro sobre las trincheras, o sobre las posiciones abiertas, o sobre una playa, o dondequiera que haya que eliminar al enemigo. Para continuar, hemos cargado doscientos barriles de pólvora, con un surtido de cilindros y pólvora molida. Tengo tres cajas de pedernal, cinco de mechas, seis rollos de mecha rápida de estambre, una buena cantidad de colofonia, aguarrás, azufre, antimonio, nitro, alcohol, mica y oropimente rojo para las bengalas, fuegos azules y bolas de fuego. Desde luego, señor Rogers, está usted sentado sobre un polvorín mortífero.

—¿Y tiene todo lo necesario?

Tumilty asintió con la cabeza.

—¿Está usted satisfecho, señor Trussel?

—Sí, señor, aunque me gustaría que el señor Willerton construyera otra caja para la pólvora. La nuestra tiene agujeros, y si está pensando usted en… bueno, si es posible que disparemos uno o dos morteros, nos hará falta para llevar la pólvora a los cañones.

—El señor Trussel tiene razón, señor Drinkwater. El agujero más pequeño en una caja de pólvora deja un rastro desde los cañones hasta la santabárbara en un abrir y cerrar de ojos. Si el rastro se enciende, la explosión será aún más rápida.

Se echaron a reír ante el humor diabólico de Tumilty; el montaje de aquellos horribles morteros los había intoxicado un poco a todos.

—Muy bien, caballeros. Mañana veremos si el barco se ha hundido demasiado, y esperemos que Martin no diga nada.

—Esperemos que el capitán Martin tenga cuidado con sus propios morteros y no los sobrecargue, para que no tengamos que cederle los nuestros —dijo Tumilty, sonándose la roja nariz. Y siguió diciendo

—: ¿Y contra quién piensa que dispararemos esos proyectiles, señor Drinkwater?

—Bueno, no es ningún secreto que el Báltico es nuestro destino más probable, caballeros. —Drinkwater contempló sus rostros expectantes bajo la luz oscilante de la linterna. A partir de los cuadernos que había heredado del viejo Blackmore, oficial de derrota de la fragata *Cyclops*, había aprendido muchas cosas sobre el Báltico. Blackmore había estado al mando de una goleta que transportaba madera—. Si el zar convoca a las armadas del norte, tendremos que ocuparnos de los daneses y los suecos, además de los rusos. Si no lo hace, siguen quedando los rusos. Tienen bases en Revel y Cronstadt; ahora están heladas, pero Revel se deshiela en abril. Por lo que respecta a los suecos de Carlscrona, confieso que sé poco sobre ellos. Y sobre los daneses de Copenhague… —Se encogió de hombros—. No creo que nos convenga tenerlos a nuestra retaguardia.

—Estamos casi a finales de febrero —dijo Trussel—. Si hemos de luchar contra los daneses antes de que los rusos salgan del hielo, tendremos que movernos pronto.

—Sí, y con ese bastardo indeciso de Hyde Parker al mando, es posible que lleguemos demasiado tarde —añadió Rogers.

—Sí, me inclino a pensar que serán los rusos —asintió Tumilty, tirándose del vello de las mejillas.

—Bueno, dicen que Hyde Parker va a casarse con una jovencita, de modo que sigo diciendo que llegaremos tarde. —Rogers se frotó el lado de la nariz con aire lúgubre.

—Dicen que tiene edad para ser su hija —sonrió Trussel.

—Viejo verde.

—Viejo afortunado.

—Eso es lo que pasa cuando uno está al mando en las Antillas, con derecho a cobrar la octava parte reservada para el almirante en el puesto más rico del servicio —añadió el hasta entonces silencioso Easton.

—Bien, bien, caballeros, no nos incumbe con quién vaya a casarse el almirante Parker —dijo Drinkwater—. Tengo entendido que es posible que Nelson sea su segundo, y él no tolerará retrasos.

—Tal vez, tal vez, señor; pero estaría dispuesto a apostarme algo —concluyó Rogers poniéndose en pie. Había captado la señal de Drinkwater, y dio la reunión por terminada.

—Esperemos que llegue pronto la orden de dirigirnos al punto de encuentro en Yarmouth, caballeros. Y ahora, les deseo buenas noches a todos.

Capítulo 7

Febrero de 1801

Batalla frente al Sunk

El teniente Drinkwater se arrebujó en su impermeable, tiritando a causa de los efectos de la fiebre baja que le causaba un dolor intolerable en la cabeza y los ojos. El viento del oeste había cubierto todo el cielo de nubes bajas, para convertirse finalmente en una galerna, provocando chubascos en toda la ruta de la escuadra, que pugnaba por salir del estuario del Támesis y adentrarse en el mar del Norte.

El horizonte visible quedaba limitado por uno de aquellos chubascos, que siseaba sobre las olas y obligaba al *Virago* a escorarse a sotavento mientras avanzaba bajo su ímpetu. Un torbellino de agua espumeaba junto a los imbornales de sotavento, salpicando el interior del barco a través de las portas cerradas, y Drinkwater podía oír los gruñidos de los timoneles, con el peso de todo el cuerpo apoyado contra la inclinación de la cubierta y la feroz resistencia del enorme timón. El chasquido de los motones revelaba el lugar donde el cabo aflojaba la presión sobre los palanquines de retenida. Drinkwater volvió a estremecerse, sorprendido del frío que sentía en la espalda, en contraste con el ardor de su frente.

Sabía que podía ser el tifus, la fiebre de los barcos, traído a bordo por un descuido en el reclutamiento, pero era muy meticuloso con la higiene de su cuerpo, y en los últimos días no había

encontrado piojos ni pulgas sobre su persona. Ya había soportado los síntomas durante cinco días, sin que apareciera la temible «erupción». Lettsom se había deshecho en atenciones, obligándolo a beber infusiones medicinales, sin querer comprometerse con ningún diagnóstico. La no aparición del sarpullido llevó a Drinkwater a deducir que podía haber contraído la fiebre de los pantanos a causa de las nieblas del Medway. Dios sabía que se había expuesto en exceso al frío y el agotamiento en sus esfuerzos por aprovisionar el barco, y la estufa de su camarote había sido desterrada junto con la señora Jex antes de cargar la pólvora.

Pensó en la advertencia que había recibido de Martin, y el recuerdo lo hizo mirar hacia delante, por debajo del pie curvado de la vela del trinquete, donde el *Explosion* marchaba hacia el nordeste, por delante de las cañoneras y las tres lanchas auxiliares. Lo que vio solo sirvió para inquietarle más.

—¡Señor Easton! —gritó, con repentina aspereza—. ¿Es que no ve que el comodoro nos está haciendo señales?

Martin, el epítome de la prudencia rayana en lo asustadizo, estaba reduciendo velas, cargando las mayores, y tomando rizos dobles en las gavias y la vela de estay delantera. Drinkwater ordenó a Easton que redujera la lona del *Virago* de modo similar, y repitió la señal a los barcos de popa. Disimuló su furia, seguro de que Martin era una cruz con la que les tocaría cargar. Como oficial superior, había mostrado una gran insistencia en recibir tratamiento de «comodoro» durante la breve travesía de Sheerness a Yarmouth. Aquella pedantería provocaba el desprecio y la irritación de Drinkwater. También era consciente de que Martin no era simplemente un oficial superior entrometido. Estaba claro que cualquier progreso que Drinkwater esperara conseguir con aquella misión tendría que vencer la oposición del capitán Martin, que parecía decidido a frustrar las ambiciones del teniente. Drinkwater se desprendió de sus lúgubres pensamientos, la melancolía profesional conocida como «el diablo azul», y contempló el vuelo de una gaviota junto al *Virago*, cabalgando sobre el aire turbulento perturbado por

el paso del barco. Cerrando las alas con un ruido casi imperceptible, el ave se desvió de repente a un lado y se alejó hacia el surco bajo de la ola que se levantaba junto a la cuadra de babor del *Virago*.

—Vela reducida, señor.

—Muy bien, señor Easton. Tenga la bondad de prestar más atención al comodoro, particularmente con esta visibilidad.

Easton se mordió el labio.

—A la orden, señor.

—¿Cuándo estaremos frente a la baliza de Gunfleet?

—En cuestión de una hora, señor.

—Gracias.

Easton se volvió y Drinkwater inspeccionó su barco. Su primera impresión había sido correcta. El barco era increíblemente sólido, pese a su escaso tamaño. Ello se debía a sus enormes escantillones, pero también era fácil de manejar, y le resultaba un primer mando altamente satisfactorio.

Miró a popa, hacia el resto de la escuadra. El *Terror*, el *Sulphur*, el *Zebra* y el *Hecla* eran apenas distinguibles. El *Discovery* y las otras dos lanchas cañoneras, barcos carboneros de la región de Tyneside, estaban perdidos entre la lluvia, más al suroeste. La cañonera restante, el *Volcano*, se encontraba en algún lugar por delante del *Explosion*.

Vio que una de las lanchas cañoneras surgía entre la lluvia en la popa del *Hecla*. Era un carbonero con aparejo de barca, confiscado por la Oficina de Ordenanzas y equipado como barco de transporte para el destacamento de la Artillería Real, unos ocho oficiales y ochenta hombres que, junto a la media docena de carpinteros de la Torre de Londres, manejarían los morteros cuando llegara el momento. El teniente Tumilty se encontraba a bordo, sin duda inmerso en un debate vehemente y bucólico con sus colegas «pirobolistas» sobre los aspectos más abstrusos del lanzamiento de fuego.

Drinkwater sonrió para sí, añorando la compañía del otro hombre. Sin duda, tendrían tiempo para ello más tarde, cuando

llegaran a Yarmouth, y de nuevo cuando entraran en el Báltico.

Una ráfaga de viento más fuerte levantó la espuma de una ola y la derramó sobre la cuadra del *Virago*. Una gota fría se abrió paso por el cuello de Drinkwater, recordándole que no era imprescindible que pasara todo el día en cubierta. El Swin ya se había abierto para convertirse en el Canal del Rey, mezclado con el Barrow Deep. Easton levantó el catalejo y miró hacia el norte. La lluvia les impediría ver el Naze y su torre. Drinkwater rebuscó en su bolsillo trasero y extrajo su propio catalejo. Recorrió el mismo arco del horizonte, viendo que se volvía indistinto, gris y borroso al ser oscurecido por un nuevo chubasco. Esperó pacientemente a que pasara, y volvió a mirar. En aquella ocasión, Easton fue más rápido.

—A un punto a proa de la cuadra, señor.

Drinkwater vaciló. Entonces lo vio: un poste sobre el que descansaba una jaula de madera, encima de la cual apenas pudo distinguir una mancha borrosa y horizontal. Sabía que aquella mancha era un enorme pez de madera.

—Muy bien, señor Easton. Por favor, tome la posición y anótela en su cuaderno.

Un cuarto de hora más tarde, la baliza de Gunfleet desapareció en la popa, oculta por la lluvia, y el viento arreció a medida que se acercaba la noche.

A medianoche, la galerna estaba en su apogeo, y la escuadra se desperdigó. Drinkwater había anclado el *Virago*, con dos cables a cada lado. Aunque habían dejado atrás los bancos de arena que se adentran en la boca del Támesis, todavía tenían que superar las Gabbards, y los bajíos de Galloper y Shipwash, perdidos entre la tumultuosa oscuridad a sotavento.

La fatiga y la ansiedad de la noche parecían haberse acentuado a causa de la fiebre, y Drinkwater se sentía poseído por una notable energía, por la que era consciente de que tendría que pagar un alto precio más adelante; sin embargo, se dedicó a dar órdenes a sus oficiales y a sondear con frecuencia para asegurarse de que no estuvieran arrastrando el ancla. A las seis campanadas de la guardia

media, la atmósfera se aclaró y fueron recompensados con la visión de las luces del barco alarma frente al Sunk. Aliviado, Drinkwater se dirigió abajo, derrumbándose sobre la litera con el impermeable mojado y los pies aún calzados. Solo el sombrero cayó de su cabeza, rodando hasta un húmedo rincón bajo la cureña de una carroñada.

El teniente Rogers relevó al señor Trussel a las cuatro de la madrugada.

—El viento está amainando, señor —añadió Trussel tras hacer el traspaso de la guardia al teniente.

—Sí.

—Y está virando un poco. El capitán dijo que lo despertáramos si viraba, señor.

—Muy bien. —Rogers se frotó la boca con el dorso de la mano, y deslizó la jarra de peltre, ya vacía de café, en el estante inferior de la bitácora. Levantó la vista hacia la oscura mancha del gallardete en el calcés, y luego la bajó en dirección a la oscilante brújula. Realmente, el viento estaba virando.

—¡Señor Q.!

—¿Señor?

—Avise al capitán de que el viento está virando, al noroeste media al oeste, y amainando un poco, según creo.

—A la orden, señor.

Las nubes empezaban a aclararse a barlovento, y algunas estrellas eran visibles. Rogers cruzó la cubierta para consultar la tabla de los rumbos y llamó al calcés para comprobar si se veía algo desde allí.

Drinkwater apareció en cubierta unos cinco minutos después. Había necesitado un gran esfuerzo para obligar a sus piernas agarrotadas y doloridas a obedecerle.

—Buenos días, señor.

—Buenos días —gruñó Drinkwater—. ¿Alguna señal del comodoro o del barco alarma del Sunk?

—No hay rastro del comodoro, pero el Sunk aún está a la vista. El barco se ha agarrado bien al ancla.

—Muy bien. El viento está amainando, ¿no es así?

—Sí, cada vez es más flojo.

—Llame a los hombres, entonces: nos prepararemos para levar anclas.

Drinkwater se dirigió a popa y apoyó las manos en el coronamiento, respirando grandes bocanadas de aire fresco y tratando en vano de reanimarse con el amanecer. A su alrededor, el barco cobró vida. Los chasquidos de las gavias al ser soltadas y cargadas, y el golpear sordo de los barrotes del molinete al ser enrollados. No había violinista a bordo del *Virago*, y los hombres empezaron a cantar en voz baja mientras empujaban el cabestrante entre el repicar de los linguetes. El cable empezó a ascender lentamente.

Habían anclado al nordeste del Sunk, bajo el refugio parcial del banco de Shipwash, y el *Virago* cambió de rumbo cuando su proa empezó a notar el tirón del ancla. Empezaba a percibirse cierta claridad en el cielo hacia el este. Drinkwater se liberó de los últimos rastros de sueño y se volvió hacia la proa.

—¿Qué rumbo está tomando?

—Dos puntos a babor, señor, y virando. —La voz de Matchett les llegó desde el castillo de proa. Drinkwater tamborileó con los dedos sobre la barandilla de la toldilla.

—Arriba y abajo, señor.

—¡Ancla levada!

—Drizas de las gavias, aprisa… ¡halen las brazas de estribor, rápido! ¡Suelten la braza mayor de estribor, maldita sea!

Las gavias, braceadas en facha, se llenaron de viento incluso antes de que sus vergas hubieran alcanzado la elevación apropiada. El *Virago* empezó a hacer una bordada a popa.

—¡Vela de estay de la gavia del trinquete, en facha a babor, señor Matchett! —El barco empezó a virar—. ¡Timón a sotavento!

—Timón a sotavento, señor.

—Amúrese a babor, señor Rogers, rumbo norte-nordeste.

Dejó a Rogers para que volviera a izar las vergas y estabilizara el nuevo rumbo del *Virago*. Estarían a salvo y anclados en la rada de Yarmouth antes de que hubiera pasado otra noche. A su alrededor, los ruidos del barco, el repicar de los motones, el crujido del timón, el aleteo de las velas y el repicar de los linguetes le revelaron que Rogers estaba estabilizando el *Virago* en su rumbo norte. Se preguntó cómo les habría ido a los demás miembros de la escuadra durante la noche, y pensó que el «comodoro» Martin sería un hombre ansioso y exasperado aquella mañana. La idea lo divirtió, aunque fue inmediatamente contrarrestada por la imagen de Martin y los demás barcos anclados en las radas de Yarmouth, esperando la llegada del *Virago*.

El barco se escoró, y su estela empezó a burbujear bajo la popa al adquirir velocidad. Instintivamente, Drinkwater apoyó su peso sobre una cadera, se volvió y empezó a recorrer el lado de barlovento de la toldilla. Los hombres de guardia en la popa aflojaron las escotas de la vela cangreja: cuatro hombres tesando los puños de escota al extremo del largo botalón por las cargaderas dobles.

—Rumbo norte-nordeste, señor.

—Muy bien, Sam. La cubierta es suya, continúe.

Rogers ordenó a Matchett que llamara a retirar las hamacas. La rutina diaria del *Virago* había empezado definitivamente. Drinkwater se dirigió de nuevo a proa y se detuvo junto al aparejo de mesana de babor junto a la toldilla. Trató de distinguir el faro de Orfordness, pero algo llamó súbitamente su atención, una irregularidad en el punto de encuentro, casi indiscernible, entre el mar y el cielo al norte de ellos. Rebuscó en su bolsillo trasero y extrajo su catalejo de Dolland.

—¡Señor Rogers!

—¿Señor?

—¿Qué opina de aquellas velas? —preguntó Drinkwater sin bajar el catalejo—. Allí, a medio punto de la amura de babor.

Rogers levantó su propio catalejo y permaneció un momento en silencio.

—Penoles altos —murmuró—, podrían ser pesqueros de Harwich, pero no es ningún barco de nuestra escuadra, si eso es lo que está pensando.

—No es lo que estoy pensando, Sam. Mire otra vez, y con detenimiento.

Rogers soltó un silbido. Una de las velas que se aproximaban había cambiado de rumbo, desviándose un poco al este, y ambas aumentaban de tamaño por momentos.

—¡Son lugres, por Dios!

—Y, si no me equivoco, nos están persiguiendo, Sam. *Chassemarées* franceses, que nos han tomado por un barco mercante lento y gordo. Me apostaría algo a que han estado ocultos bajo el Ness durante toda la noche.

—Serán mucho más rápidos que esta bañera, maldita sea, y estarán llenos de hombres.

—Y son manejables como yates —añadió Drinkwater, recordando los dos cañones de persecución de popa de su camarote y su tripulación sin entrenar. Tendría que luchar, porque era imposible huir de unos enemigos tan veloces.

—Vire el barco, Sam, ahora mismo. No sea estúpido, hombre, no podemos enfrentarnos a dos barcos de Dunquerque. Trataremos de alcanzar el final del banco y nos dirigiremos a Harwich.

Rogers cerró la boca y se volvió para cubrir de insultos a los hombres concentrados en el combés, que estaban subiendo las hamacas y almacenándolas bajo las redes. El primer oficial los ahuyentó como un zorro entre gallinas.

Drinkwater consideró su situación. Si se quedaba quieto, se arriesgaba a ser alcanzado, mientras que al huir no solo tendría la ventaja del alcance de sus cañones, superior al del enemigo, sino que podía atraer a los lugres lo suficiente para dispararles con las carroñadas. Si podía huir el tiempo suficiente para llegar al Sunk y Harwich, era posible que los lugres abandonaran la persecución; los

corsarios eran reacios a luchar contra enemigos muy fuertes, y en el puerto de Harwich había un barco guardián.

Cargaron la vela cangreja otra vez mientras la popa del *Virago* atravesaba el viento. Drinkwater trató de ocultar el temblor de sus manos, que se debía tanto a la fiebre como a la aprensión, mientras pugnaba por mantener las imágenes de los lugres en la lente circular de su catalejo. Gracias a la media luz, se habían acercado bastante antes de ser avistados. Estaban apenas a una milla de distancia, mientras Rogers abroncaba a los gavieros, demasiado lentos al soltar los juanetes para su gusto.

—Daos prisa, malditos gandules, os espera una prisión francesa si no dejáis de hacer el vago…

—Perdone, señor.

Drinkwater había chocado con un marinero agazapado, que esparcía arena por la cubierta. Dejó de estudiar al enemigo y observó la disposición de las velas. Easton estaba al timón, todavía frotándose los ojos soñolientos.

—Pondremos rumbo a Harwich en cuanto hayamos pasado el banco de Shipwash, señor Easton. Permanezca atento a la posición del barco alarma.

—A la orden, señor.

La luz aumentaba por minutos, y Drinkwater volvió a mirar a popa. Pudo ver los cascos bajos y largos, los mástiles curiosamente inclinados y la enorme cantidad de lona desplegada por los lugres. No estaba nada seguro del resultado de la empresa, y los dos corsarios se acercaban rápidamente.

Drinkwater regresó a proa. Rogers informó de que el barco estaba listo para la acción.

—Muy bien, señor Rogers. Estará usted al mando de los dos cañones del camarote. Les haremos todo el daño posible antes de que se acerquen. Probablemente se situarán cada uno en una cuarta y tratarán de abordarnos.

Rogers y Easton asintieron.

—Señor Easton, el timón es suyo. De vez en cuando, puedo ordenarle que afloje un poco o que orce medio punto para permitir al señor Rogers apuntar mejor.

—Sí, señor, comprendido.

—El señor Mason en la batería de babor, y el señor Q. en la de estribor. Fuego rápido después de la primera andanada. Para ello, esperen a la orden. Señor Rogers, puede disparar a discreción.

—Y cuanto antes mejor.

Drinkwater ignoró la interrupción de Rogers.

—¿Todo claro, caballeros?

Hubo una sucesión de asentimientos, movimientos de cabeza y sonrisas nerviosas.

Drinkwater se detuvo junto a la toldilla. Los marineros estaban agrupados en la crujía, y las dotaciones se habían arrodillado junto a sus carroñadas. Todos miraban a popa con aire expectante. Habían hecho pocas prácticas de artillería desde la partida de Chatham, y Drinkwater era muy consciente de su falta de preparación. Esperaba que los marineros experimentados lo hicieran lo mejor posible.

—Muchachos, hay dos corsarios franceses acercándose a toda velocidad por la popa. Son más rápidos que nosotros. Les daremos todo el hierro que puedan tragar antes de que se nos echen encima. Un gabacho lleno de hierro no sirve para nada… —Hizo una pausa y tuvo la satisfacción de oír una carcajada nerviosa ante el pobre chiste—. Pero si nos abordan, quiero verles a todos bien atareados con esas picas y machetes… —Se interrumpió y les dirigió lo que esperaba que fuera una sonrisa confiada y sanguinaria. De nuevo se sintió aliviado al ver algunas sonrisas y al oír el principio de un débil vítor.

—Cumplan con su deber, muchachos —les dijo, asintiendo con la cabeza. Se volvió a los oficiales—. Caballeros, a sus puestos.

De repente, se le ocurrió que estaba desarmado.

—Tregembo, tráigame las pistolas y la espada de mi camarote, por favor.

Miró a popa y con un repentino sobresalto vio que los dos lugres estaban mucho más cerca. El más próximo se dirigía a la cuadra de sotavento del *Virago*, la de babor.

—Dios mío —murmuró para sí Drinkwater, tratando de contener un violento temblor que no deseaba que nadie tomara por miedo.

—Aquí tiene, señor. —Tregembo le tendió la maltrecha espada francesa, y Drinkwater se despojó del impermeable para colgarlo en el brazo extendido de Tregembo. Se abrochó la espada y tomó las pistolas.

—Las he cebado, señor; y he puesto un pedernal nuevo en esta, señor.

—Gracias, Tregembo. Y buena suerte.

—Sí, señor. —El hombre se alejó a toda prisa con su impermeable y reapareció casi al momento junto al timón.

Un surtidor de agua se levantó junto a ellos, y luego otro, algo más adelante.

—Estamos a tiro, señor —dijo Easton junto a él—. Serán cañones largos de nueve libras.

—Sí —dijo brevemente Drinkwater, consciente de que su mando podía ser muy breve, y su inversión en el *Virago* dinero malgastado. Una incómoda visión de las fortalezas de Verdún y Bitche apareció en su mente sin previo aviso. Blasfemó de nuevo en voz baja, maldiciendo su suerte, la fiebre y la larga espera.

Bajo sus pies sintió un leve zumbido cuando Rogers ordenó a las dotaciones de los cañones que los acercaran a las portas de popa. Pensó brevemente en los dos retratos colgados del mamparo delantero, y luego los olvidó por completo cuando el rugido de los cañones del *Virago* resonó en sus oídos.

No vio la caída de la bala, ni la del segundo cañón. Por lo menos, Drinkwater estaba seguro de que Samuel Rogers haría todo lo que pudiera.

Al cuarto disparo, apareció un agujero en la vela de mesana del lugre más cercano. Junto a Drinkwater, Easton se golpeó con el puño en la palma de la mano derecha, lleno de satisfacción.

—Ocúpese del timón, señor Easton —dijo Drinkwater, y captó la mirada decepcionada del otro hombre, mientras Easton se volvía para abroncar a los timoneles.

El lugre más cercano les estaba alcanzando rápidamente, y su posición relativa le situaba cada vez más cerca de la cuadra, a una velocidad más que perceptible.

—¡Orcen un punto, señor Easton!

—A la orden, señor.

La inclinación del *Virago* remitió un poco, y los dos cañones de Rogers abrieron fuego en rápida sucesión.

Drinkwater observó atentamente. Le pareció ver una lluvia de astillas en algún lugar de la crujía del barco francés. Luego, Mason apareció a su lado.

—Perdone, señor, pero puedo hacer que los cañones traseros de babor disparen contra ese, señor. —El enemigo abrió fuego en aquel mismo instante, y un zumbido llenó el aire, junto con un siseo cuando la munición doble y la metralla azotaron la cubierta del *Virago*. Drinkwater oyó gritos de agonía, y aparecieron las primeras manchas de sangre mientras su mirada trataba de valorar los daños infligidos a su barco.

—Muy bien, señor Mason… —Pero Mason había desaparecido; yacía en la cubierta moviendo las piernas en silencio, con el rostro contorsionado por el dolor.

—¡Usted! Lleve abajo al señor Mason. Ordene al señor Q. que abra fuego con ambas baterías. Fuego independiente…

Sus últimas palabras se perdieron entre los crujidos de la arboladura y el rugido de los disparos enemigos. El mástil mayor había sido alcanzado y estaba suelto, oscilando como un palo de escoba.

—¡Vela mayor, señor Easton! Y arríen las gavias al instante… —Los hombres estaban ya empezando a manejar aparejos y escotas. Podía oírse el extraño acento de Matchett mientras empujaba a los marineros hacia los puños de escota y los brioles, entre un torrente de insultos ricos y expresivos. Mientras las carroñadas abrían fuego,

el *Virago* aminoró la velocidad, y de repente el lugre de sotavento se encontró sobre ellos.

Una hilera de picas y espadas apareció a lo largo de su barandilla.

—¡Abordaje! —rugió Drinkwater mientras los dos cascos rechinaban al entrar en contacto. Un gancho cayó sobre la barandilla, y Drinkwater desenvainó la espada y cortó la cuerda.

Vio que los hombres que transportaban a Mason lo dejaban caer en la escalerilla mientras salían corriendo en busca de machetes.

—¡Dios mío! —exclamó Drinkwater con repentina furia mientras los franceses saltaban la barandilla. Su espada cortó a derecha e izquierda, y le pareció que tenía a una docena de enemigos frente a él. Sacó una pistola y disparó a uno en la frente; y luego solo fue consciente del siseo de las espadas acercándose peligrosamente a su rostro, y de los golpes y sacudidas en los músculos de su brazo cuando el acero chocaba contra el acero.

La respiración siseaba en su garganta; la fiebre le había provocado una actitud sanguinaria más intensa y prolongada de lo habitual. La claridad y frescura mentales, tan necesarias en el combate y procedentes de algún pasado primigenio y aterrador, lo hicieron revivir al fin. La larga y temerosa espera había concluido, y, al comprender que había salido ileso de aquellos terribles primeros segundos, se sintió invadido por un distanciamiento que parecía totalmente ajeno a la horrible realidad del combate cuerpo a cuerpo. Se sentía dueño de una extraordinaria energía nerviosa, que solo podía deberse a su estado febril. Parecía poseer poderes maravillosos y demoníacos; la espada cantaba en su mano, y la carnicería le provocaba una alegría salvaje y arrolladora.

No se dio cuenta de que Tregembo y Easton se acercaban corriendo. No vio a James Quilhampton, en la cubierta inferior, todavía disparando una y otra vez a quemarropa contra el lugre francés, con sus dos carroñadas de veinticuatro libras. Tampoco vio a Rogers aparecer en cubierta con las dotaciones de los cañones de estribor, que habían conseguido desmantelar el otro lugre a

suficiente distancia; ni se percató de que la persistencia de Quilhampton había causado tantos destrozos a su adversario más cercano que el comandante enemigo había decidido retirarse, comprendiendo que se enfrentaba a un rival demasiado poderoso.

No sabía que los hombres del *Virago* se habían sentido inspirados por la visión de su capitán sin sombrero, con un pie sobre la barandilla, golpeando a los corsarios como un diablo encarnado.

Drinkwater solo se dio cuenta de que todo había terminado cuando no quedaron más franceses que matar, y bajo sus pies empezó a abrirse una separación creciente entre los dos cascos. Jadeante, se miró las manos; tenía el brazo derecho mojado de sangre hasta el codo. Estaba empapado del sudor causado por la fiebre y el esfuerzo. Observó cómo su adversario se alejaba a popa, con las velas sueltas. Estaba muy bajo en el agua, hundiéndose rápidamente. Varios hombres nadaban a su alrededor; supuso que se trataba de los últimos en abandonar el *Virago*. Tambaleándose como si estuviera ebrio, buscó el segundo lugre. Su palo trinquete había desaparecido, y la tripulación había empuñado los remos para acudir en ayuda de su inutilizado compañero.

Drinkwater oyó un vítor a su alrededor. Los hombres gritaban y sonreían, cubiertos de sangre entre heridos y muertos. Rogers se acercó a él, con una sonrisa de felicidad en el rostro. Hubo otro vítor a estribor, y el *Virago* pasó junto al casco rojo del barco alarma anclado frente al Sunk, con su gran enseña de la Trinity House recortada contra el horizonte, y cuya tripulación les saludaba desde las barandillas.

—Esos bastardos llevaban más de tres días rondando por aquí —oyó gritar a su capitán en el dialecto de Essex al pasar junto a ellos.

—Creo que les hemos dado lo suyo, malditos sean —dijo Rogers, mientras cesaban los vítores. La cabeza de Drinkwater se despejó al comprender que estaba tiritando violentamente. Consiguió esbozar una leve sonrisa. El barco y su compañía habían superado la primera prueba; habían ganado la primera batalla juntos, pero tenían un palo

mayor medio roto que reparar, una gavia que asegurar y una verga mayor que instalar.

—¿Tratamos de virar y capturar una presa, señor? —preguntó el siempre esperanzado Rogers.

—No, Sam, el capitán Martin no aprobaría una acción tan atolondrada. Ponga rumbo a Yarmouth, debemos entrar ya en el Shipway. Esos lugres no atracarán el barco alarma; ya tienen bastantes problemas. Señor Easton, trace un rumbo para pasar junto a Orfordness, por favor. Ocúpese de que Willerton fije esa maldita verga antes de que se afloje más, y, por el amor de Dios, que alguien lleve a ese pobre Mason donde el cirujano.

Drinkwater se había agarrado a la barandilla para no caerse. Sentía un terrible deseo de dirigirse abajo, pero le quedaba una última cosa que hacer.

—¡Señor Q.!

—¿Señor?

—Tráigame enseguida la lista de bajas a mi camarote.

SEGUNDA PARTE

Sir Hyde Parker

¡Si estuviera usted aquí, solo para vernos! Había oído hablar de las maniobras frente a Ushant, pero lo nuestro supera todo lo visto. Ojalá todo esto acabe pronto, estoy realmente harto.

Nelson, marzo de 1801

Capítulo 8

Febrero-marzo de 1801

Una obligación ilegítima

—¡Agárrenlo! —espetó Lettsom a sus dos asistentes, que pugnaban por sostener a Mason contra la mesa del camarote. Unas cuantas linternas iluminaban la escena mientras Lettsom, en mangas de camisa y con el delantal manchado de sangre, volvía a inclinarse sobre su tarea.

Pese a la dosis de láudano, Mason siguió retorciéndose mientras el cirujano le hurgaba la herida en el bajo vientre. La carne amoratada y sanguinolenta era visible, igual que la abertura irregular en la ingle, donde la había perforado la astilla.

Drinkwater se apoyó en el mamparo. Desde la batalla contra los lugres de aquella mañana había dormido cinco horas y había tratado de combatir la fiebre con media botella de *blackstrap*. El *Virago* se encontraba a salvo, anclado en la rada de Yarmouth, en compañía de un grupo creciente de barcos, que pertenecían en parte a la recién creada flota del Báltico y en parte a la escuadra de Texel del almirante Dickson. Drinkwater se encontraba mejor, y la ausencia del *Explosion* había contribuido a animarle.

Mason había sido el último de los tres heridos graves en recibir la atención de Lettsom. Un marinero había perdido un brazo. Otro, igual que Mason, había recibido severas heridas a causa de las astillas. Otros ocho hombres habían sufrido heridas superficiales, y

habían muerto cuatro marineros. Los siete cadáveres franceses que habían quedado a bordo habían sido arrojados por la borda sin ninguna ceremonia frente a Lowestoft.

Para intervenir a Mason, Lettsom había decidido esperar a que el *Virago* hubiera alcanzado la relativa estabilidad del fondeadero. Sabía que la larga astilla de roble que había penetrado en el cuerpo de Mason solo podría extraerse con éxito en tales condiciones.

Drinkwater lo observaba ansiosamente. Sabía que Lettsom tenía dificultades. Por su naturaleza, la astilla tendía a desprender diminutas fibras de madera que actuaban como barbas. Debido a que estas arrastraban fragmentos de tela al interior de la herida, la posibilidad de una extracción limpia era remota. La posición de la mandíbula de Lettsom y el sudor que perlaba su frente daban testimonio de su preocupación.

Lettsom levantó la tienta, insertó un pequeño fórceps y extrajo una astilla de madera con un suspiro. La sostuvo cerca de la luz y la estudió con atención. Drinkwater le vio tragar saliva y cerrar los ojos por un momento. No lo había conseguido. Se frotó la boca con la mano, en un gesto casi desesperado, dejando una mancha de sangre sobre su rostro. Luego encogió los hombros, derrotado.

—Acuéstenlo en mi hamaca —dijo Drinkwater, comprendiendo que mover a Mason más de lo absolutamente necesario podría matarlo. Lettsom lo miró a los ojos y sacudió la cabeza. Los dos hombres permanecieron inmóviles mientras los cirujanos asistentes ataban compresas absorbentes sobre la herida y acostaban a Mason sobre la hamaca en forma de caja. Lettsom se aclaró las manos y dejó caer su apestoso delantal sobre el mantel, mientras sus ayudantes limpiaban la mesa y se llevaban el temible baúl de instrumental médico del camarote de Drinkwater. El capitán sirvió dos vasos de ron y tendió uno al cirujano, que se dejó caer en una silla y lo vació de un trago.

—La astilla estaba rota —dijo Lettsom al fin—. Se había alojado entre la vena y la arteria ilíaca externa. Ambas estaban intactas. Eso me daba una posibilidad de salvarlo… —Hizo una pausa, miró a

Drinkwater, y volvió a bajar los ojos—. Fue un pequeño milagro, señor Drinkwater, y podía haberlo conseguido, pero he metido la pata. No, no me contradiga, se lo ruego. Un extremo de la astilla rota ha quedado incrustado en la vena; la hemorragia era oscura y venosa. En cuanto quiera moverse, la astilla se desplazará y le perforará la vejiga. Una parte de sus calzas y ropa interior habrán penetrado en su cuerpo.

—Ha hecho usted todo lo posible, señor Lettsom. Nadie puede hacer más.

Lettsom levantó la vista. Sus ojos relucieron con súbita furia.

—No ha sido suficiente, señor Drinkwater. Maldita sea, simplemente no ha sido suficiente.

Drinkwater pensó en el ocurrente epigrama con que Lettsom se había presentado. El pobre hombre estaba tragando un cáliz de amargura en aquel momento. Se inclinó y volvió a llenar el vaso de Lettsom. Drinkwater también estaba algo ebrio, y sentía la necesidad de compañía.

—Cumplió usted con su deber…

—¡El deber, bah! ¡Tonterías, señor! Todos ocultamos nuestras patéticas carencias detrás del «deber». La realidad es que he metido la pata. Tal vez debería seguir hurgando en las tripas del pobre tipo hasta que muera en mis manos.

—No puede conseguir lo imposible, señor Lettsom.

—No, tal vez no. Pero me gustaría haber podido hacer más. Morirá de todos modos, y tal vez pueda darle al menos la oportunidad de recobrar el sentido el tiempo suficiente para ponerse en paz con el mundo.

Drinkwater asintió, contemplando el bulto que yacía inerte sobre su cama. Sentía un débil zumbido en los oídos. La fiebre no le molestaba aquella noche, pero le parecía flotar por encima de su silla.

—No creo que un hombre deba desnudar su alma ante un sacerdote, señor Drinkwater —continuó Lettsom, apoderándose de la botella—. Ni siquiera sé si existe un ser omnipotente. Un hombre

no es más que tripas metidas en un pellejo. Ningún experto en anatomía ha descubierto el alma, y la chispa divina es apenas perceptible en la mayoría de personas. —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la hamaca—. Mire con qué facilidad se extingue. ¿Qué cantidad de Todopoderoso cree usted que contiene ese hombre, para apagarse de ese modo? —añadió, con repentina vehemencia.

—Usted no fue el responsable de la herida del señor Mason, señor Lettsom —dijo Drinkwater con un esfuerzo—. Esos lugres…

—Esos lugres, señor, eran simplemente un síntoma de la maldad del hombre. ¿De qué demonios va esta maldita guerra, eh? El rey de Dinamarca está loco, Gustavo de Suecia está loco, el zar Pablo es un lunático peligroso y criminal, y todos esos maníacos están dirigiendo a su gente contra nosotros. Y, en el nombre de Dios, ¿quién nos manda a nosotros salir a castigar a los daneses, suecos y rusos por las alocadas ambiciones de sus reyes? Señor Drinkwater, incluso se rumorea que nuestro amado rey Jorge tampoco sabe demasiado bien lo que se hace. —Lettsom se golpeó la cabeza significativamente—. Somos arrastrados como paja por el viento. Mason recibe una herida, y yo meto la pata en la extracción como un estudiante. Y esto es todo, señor Drinkwater. Uno puede filosofar sobre la providencia, o cómo quiera llamarle, mientras tenga el vientre libre de astillas, pero eso es todo…

Calló, y Drinkwater no dijo nada. Su propia creencia en el destino se basaba en argumentos parecidos a los que expresaba Lettsom. Pero no podía obligarse a aceptar los fríos cálculos de la mente científica, no podía estar de acuerdo con la ausencia de propósito que propugnaba el cirujano.

Ambos estaban ebrios, pero en aquel estado de ebriedad breve y curiosamente lúcida que es imposible conservar y que desaparece una vez alcanzada. En aquel momento de claridad, Drinkwater se vio a sí mismo como un cobarde.

—Tal vez —dijo finalmente Lettsom—, los franceses acertaron al ejecutar al rey Luis, como nosotros al primer Carlos. La lástima es

que sustituimos una república por una monarquía y nos sometimos voluntariamente a la estafa de la política parlamentaria…

—¿Acaso simpatiza usted con los rebeldes americanos, señor Lettsom?

El cirujano dirigió una mirada astuta a su joven comandante.

—¿No le gustaría vivir en un mundo donde la habilidad fuera más útil a un hombre para ascender que su nacimiento o influencias, señor Drinkwater?

—Ahora habla como un igualitario. ¿Sabe? Ustedes, los matasanos, gozan de una posición única en relación al resto de nosotros. El manejo del bisturí les confiere una tremenda ventaja moral. Como los sacerdotes, tienden ustedes a pontificar…

—La superioridad moral se concede a cualquier hombre con un vaso en la mano…

—Sí, señor Lettsom, y cuando nos levantemos mañana por la mañana, el mundo será igual que esta noche. Imperfecto en todos sus aspectos, pero extrañamente hermoso y lleno de maravillas ocultas, cruel y áspero con sus batallas que librar y galernas que capear. Hay más honestidad en la boca de un cañón que en cualquier otra parte. Los reyes y sus ambiciones no son más que una manifestación de las turbulencias del mundo. Como científico, hubiera esperado de usted que aceptara la tercera ley de Newton. Es la que gobierna todos los esfuerzos de la humanidad, señor Lettsom, y no describe precisamente una existencia tranquila.

Lettsom dirigió a Drinkwater una mirada de sorpresa.

—No tenía ni idea de que mi capitán fuera un filósofo, señor Drinkwater.

—Aprendí el arte de un cirujano, señor Lettsom —replicó secamente Drinkwater.

—Sus diarios, señor Q. —dijo Drinkwater, tendiendo la mano para recibir los cuadernos. Abrió el primero y pasó las páginas. La escritura era grande y llena de borrones, y las páginas estaban arrugadas a causa de la humedad.

—Fueron rescatados del naufragio del *Hellebore*, señor —dijo el guardiamarina.

Drinkwater asintió sin levantar la vista, ahuyentando las imágenes que acudían a su mente. Tomó un diario posterior. La caligrafía había madurado, las entradas eran más breves, menos líricas y más profesionales. De vez en cuando aparecía algún dibujo: «*Disposición de las vergas en un barco de luto*». Drinkwater sonrió con aprobación al descubrir una nota sin terminar sobre morteros.

—¿No completó esto, señor Q.?

—No, señor. El señor Tumilty nos dejó antes de que pudiera acabar de importunarle.

—Comprendo. ¿Cómo estibaría usted los toneles, señor Q?

—Con el tapón hacia arriba y la barriga libre, señor.

—Un barco se encuentra al norte del ecuador. Para hallar la latitud, dado que la inclinación del sol es hacia el sur y la altitud del meridiano es demasiado reducida para darnos la distancia correcta al zenit, ¿cómo aplicaría la distancia al zenit a la inclinación del sol?

—La inclinación se sustrae de la distancia al zenit, señor, para obtener la latitud.

—Un barco está ceñido al viento en la amura de babor, con viento del suroeste y marejada. Usted está de guardia y se da cuenta de que el cielo empieza a volverse azul a barlovento. ¿Qué le preocuparía y qué pasos daría para evitarlo?

—Que el barco pudiera quedar en facha si el viento viraba al noroeste. Ordenaría al timonel que mantuviera la proa un punto más a barlovento de lo que exigiera el viento.

—¿Bajo qué circunstancias no podría hacerlo?

El rostro de Quilhampton se arrugó de preocupación, y el muchacho se mordió el labio.

—¿Y bien, señor Q.? Está usted casi en facha, señor mío.

—Yo… er…

—Vamos. ¿Bajo qué circunstancias no podría dejar que la proa del barco se pusiera en facha? Vamos, use la imaginación.

—Si hubiera algún peligro a sotavento, señor —dijo Quilhampton con repentino alivio.

—¿Qué haría entonces?

—Virar el barco, señor.

—Ha esperado demasiado tiempo, señor mío, la proa del barco está en ángulo muerto… —Drinkwater contempló la película de sudor en la frente del guardiamarina. Había evidencias suficientes de la imaginación de Quilhampton en los libros que Drinkwater tenía entre manos, y el guardiamarina parecía devorado por la ansiedad en su alcázar imaginario.

—¿Avisar al capitán, señor? —sugirió Quilhampton esperanzado.

—El capitán está incapacitado y usted es el primer oficial, señor Q.; no puede esperar que nadie le saque de este lío.

—Estirar la bordada a popa y tratar de amurar el barco a estribor, señor.

—¿Algo más? —Drinkwater miró fijamente al guardiamarina—. ¿Y si no consigue estirar la bordada a popa?

—Usaría el ancla, señor.

—¡Al fin! Nunca subestime las propiedades de las anclas, señor Q. Si pierde un ancla, sus acciones no serán cuestionadas por un consejo de guerra, pero la cosa cambia si pierde usted el barco. Un hombre prudente, sabiendo que podría quedar empeñado, se prepararía para virar por avante con el ancla de babor. ¿Sabe cómo virar por avante con un ancla?

Quilhampton tragó saliva, y su prominente nuez se agitó en torno al sucio pañuelo que llevaba al cuello.

—Solo por encima, señor.

—Ocúpese de investigar el asunto en detalle. Ahora bien, ¿cómo se orienta la escandalosa del mastelero?

—Se apareja el botalón y se dobla la driza. Se izan las drizas y la amura, manteniendo fijo el extremo de la escota inferior. Un hombre en la verga inferior se encarga de enjuncar la vela. Se iza la driza y la amura. La escota corta se fija alrededor de la mecha del botalón y se asegura a la parte superior.

Drinkwater sonrió, reconociendo aquellas palabras.

—Muy bien, señor Q. Debido a la muerte del señor Mason, le asciendo a segundo contramaestre en funciones. Asumirá usted las tareas de Mason. Por favor, llévese sus diarios.

Desestimó con un gesto las palabras de agradecimiento de Quilhampton.

—No me dará las gracias cuando sus deberes le resulten difíciles o me sienta insatisfecho de su rendimiento. Vaya a investigar cómo virar por avante con un ancla en ese excelente manual suyo.

Drinkwater tomó la pluma y volvió a la tarea que había interrumpido deliberadamente al llamar a Quilhampton.

«*Apreciado señor*», empezó a escribir, «*lamento profundamente que mi triste deber me obligue a informarle de la muerte de su hijo…*».

El *Explosion*, y el resto de la escuadra, llegaron a la rada de Yarmouth durante los dos días siguientes, para unirse al creciente número de barcos de guerra británicos allí anclados. La mayor parte de cañoneras se habían desviado a sotavento a causa de la galerna, y Martin se limitó a asentir con la cabeza cuando Drinkwater le presentó su informe. La actividad de la flota se redujo a esperar, mientras los oficiales se apoderaban ávidamente de los periódicos para descubrir cualquier pista de las intenciones del gobierno respecto a la crisis en el Báltico.

Un buen número de oficiales británicos que habían servido en la armada rusa regresó a Gran Bretaña. Uno de ellos en particular llegó a Yarmouth: el capitán Nicholas Tomlinson, que había visto reducida su paga a la mitad tras la guerra americana y había servido con los rusos durante el mismo período que el americano John Paul Jones. Acudió a ofrecer sus servicios al comandante en jefe. El almirante Parker, cómodamente encerrado en la posada del Luchador con su joven esposa, se negó a recibir a Tomlinson.

No llegaban órdenes de Parker ni de Londres. Aquel era el asunto que ocupaba a los oficiales del *Virago* mientras cenaban en ausencia de su capitán.

—El teniente Drinkwater está tratando de averiguar algo sobre las intenciones de nuestros superiores, ya sea a través de Martin o de cualquier otro que pueda saber algo —explicó Rogers, mientras ocupaba su lugar en la cabecera de la mesa del camarote y hacía un gesto con la cabeza al asistente.

—Tengo entendido que el rey pilló un fuerte resfriando el día del Ayuno y Humillación Nacionales —dijo el señor Jex con su estilo recargado—, el día trece del mes pasado.

—La Farsa Nacional —le corrigió Rogers con sarcasmo.

—Creo que pilló un resfriado de cabeza —añadió el cirujano, con fuerte énfasis.

—En cualquier caso, tendremos que esperar al besamanos de Addington o a que Parker salga de la cama —dijo Easton.

—A la edad de Parker, tardará mucho tiempo en levantarse, con una novia joven en la cama —añadió Lettsom con una sonrisa, atacando al almirante, más vulnerable que el rey.

—A la edad de Parker, tardará mucho tiempo en levantarla, querrá usted decir, señor Lettsom —gruñó ásperamente Rogers.

—Sí. Me pregunto quién agotará a quién, porque dieciocho años contra sesenta y cuatro es un combate muy desigual.

—Experiencia contra entusiasmo, ¿eh?

—Más bien impotencia contra ignorancia. Pero esperen, siento la presencia de la musa. —Lettsom hizo una pausa—. No sé a quién echar la culpa de nuestras desdichas.

Esto eleva los sueños liberales:
El gobierno no puede gobernar,
la flota espera la orden de zarpar
y Addington los estornudos reales.

La rima fue celebrada con un vítor, pero Lettsom sacudió la cabeza con aire insatisfecho.

—No me acaba de gustar. Prefiero al almirante como motivo de inspiración:

No es porque sea lento en disparar
Por lo que se conoce al almirante;
Como le cuesta el ancla levantar
Le llaman caballero inoperante.

Hubo más aplausos para el cirujano, y todos estuvieron de acuerdo en que el segundo epigrama era mucho mejor que el primero.

—Pero la dama no es estúpida, señor Lettsom, y yo no apostaría por su ignorancia —dijo Rogers cuando cesó la hilaridad—. Parker izó su bandera en las Antillas. Es el almirante más rico de la lista. Se supone que su fortuna asciende a cien mil libras, y todo lo que ella tiene que hacer es soportar unos cuantos años al viejo cerdo gruñendo entre las sábanas antes de que todo caiga en sus manos. Ha hecho una buena boda, y quiero brindar por lady Parker. Hay muchos hombres que se casarían por el mismo motivo, ¿eh, señor Jex? —Rogers hizo una mueca lasciva en dirección al sobrecargo.

Jex lanzó una mirada venenosa al primer oficial. Su conducta durante el combate contra los lugres no había sido exactamente valerosa, y llevaba unos días temiendo convertirse en el blanco de las burlas de los oficiales.

—Ah, el señor Jex conoce bien la victoria entre las sábanas, y está acostumbrado a buscarla entre las velas, ¿eh? —Hubo otra carcajada general. Tras la batalla frente al Sunk, Jex había sido descubierto escondido abajo, entre las velas de repuesto.

—Es usted muy poco amable con el señor Jex, señor Rogers. Sé de buena tinta que estaba buscando su honor —dijo Lettsom, mientras Jex abandonaba el camarote rojo como una remolacha.

—Adelante. Sí, señor Q. ¿Qué sucede? —La voz de Drinkwater sonaba exhausta.

—Disculpe, señor, pero el vicealmirante está entrando en el fondeadero. —Drinkwater levantó la vista. Los ojos del joven brillaban—. Lord Nelson, señor —añadió, muy excitado. Drinkwater no pudo resistirse al entusiasmo contagioso de Quilhampton.

—Gracias, señor Q. —dijo con una sonrisa. El héroe del Nilo afectaba de un modo extraño la actitud de sus subordinados. Drinkwater recodó su breve encuentro en Siracusa, donde el mismo entusiasmo contagioso parecía haber invadido a toda la flota de Nelson, pese a sus vanas maniobras en persecución de Bonaparte. Era una lástima que aquel espíritu no se encontrara presente en su grupo de barcos, suspiró Drinkwater. El escándalo por su historia con la esposa de Hamilton y su pomposo desfile por Europa tras la victoria de Aboukir habían hecho fruncir el ceño a muchos de los colegas de Nelson, pero Drinkwater estaba harto de papeleo, y se envolvió el cuello con una bufanda bajo su impermeable para reunirse con los hombres que vitoreaban al menudo almirante en la barandilla del *Virago*, mientras el *Saint George* cruzaba la entrada de la rada de Yarmouth.

El barco de guerra llevaba una bandera azul en el mastelero de trinquete, y llegaba en compañía de otros dos barcos. Apenas hubo soltado el ancla de la esperanza, su cañón atronó en saludo a la bandera de Parker, disparando simbólicamente hacia el palo mayor de la fragata de sesenta y cuatro cañones *Ardent*, en espera de la llegada del verdadero barco insignia de Parker. El comandante de la flota seguía acomodado en la posada del Luchador, y Nelson debía haberse enterado de ello, porque su barcaza fue vista poco después dirigiéndose al muelle de embarque. Más tarde se rumoreó que, aunque recibió una bienvenida muy cordial del comandante en jefe, Parker se negó a hablar de los planes para la flota en su primera reunión.

Aunque al parecer había perdido la cabeza y el corazón por Emma Hamilton, Nelson nunca había permitido que el amor interfiriera en su deber. Pronto se supo en la flota que sus críticas a Parker eran francas, escatológicas y demoledoras. El descontento de Nelson corrió como un reguero de pólvora, y por todas partes se oían chistes groseros, particularmente entre los marineros, que aguardaban bajo el frío viento y tiritaban en sus gélidas baterías mientras sir Hyde Parker disfrutaba del fuego de su chimenea en su dormitorio de la posada. Además del epigrama de Lettsom, circularon muchos más chistes, sobre todo juegos de palabras relacionadas con el nombre del establecimiento donde se alojaba Parker. Los hombres los repetían en bodegas y baterías, en sollados y camarotes. Nelson había ofrecido una cena la noche de su llegada, donde expresó su preocupación por las posibles consecuencias del retraso. Su impaciencia no mejoró con el transcurso de los días.

Los preparativos finales para la partida de la expedición estaban concluidos. Casi ochocientos hombres del Cuadragésimo Noveno de Infantería, junto a una compañía de fusileros, habían embarcado al mando del coronel Stewart. Once capitanes mercantes del Báltico y todos los miembros de la Trinity House de Kingston-upon-Hull se habían unido a ellos con el propósito de pilotar la flota a través de los peligros del mar Báltico. El lunes nueve de marzo llegó el *London*, el barco insignia de Parker, y su bandera fue trasladada a bordo con gran ceremonia a las ocho de la mañana del día siguiente. El almirante continuó en tierra.

Más tarde, aquel mismo día, llegó a Yarmounth un mensajero del Almirantazgo dando a Parker la orden de zarpar, pero este siguió dando largas. Su esposa había organizado un baile para el viernes siguiente, y, para complacer a su Fanny, Parker aplazó la partida de la flota hasta después del acontecimiento.

Aquella noche, el teniente Drinkwater también recibió un mensaje, garabateado en un trozo de papel mugriento:

Nathaniel:

Te suplico que bajes a tierra a las ocho en punto de esta noche. Debo verte por un asunto de la máxima urgencia.

Te ruego que no ignores mi petición; te esperaré en la orilla oeste del transbordador de Yare.

Ned

La palabra *debo* estaba fuertemente subrayada. Drinkwater levantó la vista hacia el barquero que había traído la nota y se había negado a entregársela al señor Quilhampton, en pie con aire protector y desconfiado tras el harapiento barquero.

—El hombre insistió en que se la diera a usted en persona, señor —dijo el barquero, con el melódico acento de Norfolk.

—¿Cómo era el hombre que le ha dado la nota?

—Bueno, diría que era un criado, señor. No un caballero como usted, señor, aunque ha sido generoso con el dinero de su amo… —La implicación estaba bastante clara sin necesidad de mirar a la cara del hombre. Drinkwater sacó una moneda de su bolsillo.

—Tome. —Se la tendió al barquero, mientras contemplaba la nota con el ceño fruncido. Despidió al hombre—. Señor Q.

—¿Señor?

—Un bote, por favor, dentro de una hora.

—A la orden, señor.

—Y ni una palabra de esto a nadie, señor Q., haga el favor. —Clavó en Quilhampton una mirada amenazadora. Si Edward se enfrentaba a la penuria en cuestión de semanas, no quería que todo el mundo lo supiera.

Un fuerte viento del este azotaba la llanura al sur de la ciudad. El pueblo de Gorleston exhibía unas pocas luces en la otra orilla mientras Drinkwater se dirigía al transbordador. La oscuridad había llegado temprano, y la fuerza del viento le había obligado a despedir al bote hasta la mañana siguiente. A la media guinea que le había

costado la nota, probablemente tendría que añadir el coste de una noche en tierra. El amor fraternal se estaba convirtiendo en un lujo muy caro que no podía permitirse. Y además, pensó mientras el barquero levantaba el puño, tendría que añadir un penique para el maldito transbordador.

Mientras ascendía por la orilla opuesta, permitió que los otros pasajeros pasaran delante de él. No vio a nadie esperando; luego una sombra se separó de un gran arbusto que crecía junto al río.

—Maldita sea, Ned. ¿Eres tú?

—Calla, por amor de Dios.

—¿A qué diablos estás jugando?

—Tengo que hablar contigo… —Edward surgió de entre las sombras, plantándose de repente frente a Drinkwater. Bajo un abrigo oscuro, Drinkwater pudo distinguir el brillo pálido de una camisa. El cabello de Edward estaba en desorden y volaba en torno a su rostro. Incluso en la penumbra distinguió su aspecto desaliñado. Era el «criado» que había hablado con el barquero.

—En nombre de Dios, ¿qué…?

—Camina despacio, Nat, y por amor del cielo evítame más comentarios. Tengo un problema. Un problema terrible… —Edward se estremeció, aunque su hermano no pudo saber de si de frío o terror.

—Bueno, vamos: ¿qué pasa? No tengo toda la noche. —Pero claro que la tenía—. ¿Es por el dinero, Edward?

Oyó el débil tintineo del oro en una bolsa.

—No, aquí tengo lo que me queda. No es gran cosa… Nat, estoy arruinado…

Drinkwater quedó estupefacto.

—¿Quieres decir que has perdido más de doscientas cincuenta…? ¡Dios mío, no voy a darte más!

—Dios, Nat, lo que quiero no es dinero.

—Bueno, ¿y qué diablos es?

—¿Puedes llevarme a tu barco? ¿Esconderme? Llevarme a donde tengas que ir. Sé hablar francés. Dicen que como un alemán. Por el

amor de Dios, Nat, eres mi única esperanza, te lo ruego.

Drinkwater se detuvo y se volvió hacia su hermano.

—¿De qué diablos va todo esto, Ned?

—Soy un fugitivo de la ley. De la más dura de las leyes, Nat. Si me capturan… —Se interrumpió—. Nat, cuando supe que tus barcos se estaban concentrando en Yarmouth, y llegué para encontrar al *Virago* anclado frente a la orilla… tuve la esperanza de que…

—¿De qué eres culpable? —preguntó Drinkwater, mientras una fría certeza se apoderaba de su corazón.

—Asesinato.

Hubo un largo silencio entre los dos hermanos. Finalmente, Drinkwater dijo:

—Cuéntame qué ocurrió.

—¿Te hablé de la chica? ¿Pascale?

—Sí.

—La encontré en la cama con su maldito marqués.

—¿Y a quién mataste?

—A los dos.

—¡Dios mío! —Drinkwater se alejó unos pasos de su hermano, con el cerebro como un torbellino. Como en aquel momento del Strand, su instinto del orden se revolvió contra la perspectiva de abandonar a su hermano al cadalso. Pensó en su madre, luego en su esposa y en su hija, en una desconcertante sucesión de imágenes que apartaron de su mente la necesidad de tomar una decisión y solo sirvieron para confundirle más. Edward era el culpable de los crímenes de Edward, y debía sufrir el peso de la ley; pero Edward era su hermano. Además, proteger a Edward lo convertiría en cómplice, mientras que la ejecución de Edward aseguraría su ruina profesional.

Blasfemó entre dientes. En un arrebato de pasión, Edward había asesinado a un inútil aristócrata francés y a su prostituta. ¿A cuántos franceses había matado Nathaniel en el cumplimiento de su deber? Recordó las palabras de Lettsom sobre el deber y volvió a blasfemar.

Pero aquellos eran los juicios morales de una moralidad no aceptada, una moralidad que podía resultar atractiva a Lettsom y a su religión humanista al estilo de Paine. A la luz más cruda de la justicia inglesa, no tenía elección: Edward era un criminal.

Las vanas elucubraciones de la noche anterior, mientras él y Lettsom intercambiaban ocurrencias sobre el cuerpo moribundo de Mason, regresaron para enfrentarse a él como un chiste monstruosamente irónico. Se sentía como un hombre a punto de ahogarse. ¿Qué pensaría Elizabeth de él si acompañaba a su hermano en su ascenso al cadalso? ¿Comprendería su quijotismo si ayudaba a escapar a Edward? ¿Era su deber hacia Edward más importante que el que debía a su esposa?

—Nat, te ruego…

—No apruebo lo que has hecho. Me pones ante un grave problema con la justicia.

Se le ocurrió una idea. Al principio no fue más que un plan sin esbozar, nacido gracias al pensamiento súbito y feroz de que tal vez serviría para acabar con la vida de su hermano. Edward tendría que someterse al juicio más cruel del destino.

—¿Cuánto dinero te queda?

—Cincuenta y cuatro libras.

—Tienes que devolvérmelas. El dinero no te hará falta. —Oyó un suspiro de alivio—. Me acompañarás a bordo del barco, y te enrolaré en el libro como Edward Waters, novato voluntario. Cuenta a tus compañeros que eres bígamo, que has seducido a una chica joven estando casado, y una historia así bastará para que comprendan tu silencio y tu malhumor. No tratarás de acercarte a mí, ni me hablarás a menos que yo te dirija la palabra. Si infringes las normas que imperan a bordo, no serás inmune al látigo. Por lo que a mí respecta, has acudido a mí mientras estaba en tierra y te has presentado voluntario para el servicio. Como me falta personal, he aceptado tu ofrecimiento. ¿Comprendes?

—Sí, Nat. Y gracias, gracias…

—Creo que tendrás poco que agradecerme, Ned. Dios sabe que no hago esto solo por ti.

Capítulo 9

Martes, 10 de marzo de 1801

Masa de pudin

Drinkwater despertó en el frío del amanecer. Por un inexplicable reflejo del cerebro humano, se había dormido instantáneamente la noche anterior, pero al despertar tenía la mente inquieta y activa, y el cuerpo cubierto de sudor, no debido a la fiebre sino al miedo.

Su primera sensación fue que algo iba horriblemente mal. Tardó un minuto en separar la ensoñación de la realidad, pero cuando recordó la magnitud de los hechos se sintió escandalizado ante su propio comportamiento. Saltó de la hamaca, arrastró la manta por el camarote y se dejó caer sobre el maltrecho sillón que había heredado como parte del mobiliario del *Virago*.

Mientras contemplaba la oscuridad, transcurrió algún tiempo antes de que dejara de maldecirse a sí mismo por estúpido y aceptara los acontecimientos de la noche anterior como hechos consumados. Los efectos residuales de la fiebre le agudizaban la imaginación hasta tal punto que, durante un rato, su aislamiento amenazó con impedirle pensar lógicamente. Al cabo de cierto tiempo se serenó y empezó a examinar sus actos tras regresar al barco.

El primer punto a su favor era que él y Edward habían vuelto en un bote alquilado en el río Yare. El barquero les había cobrado un buen precio por el pasaje a través de los rompeolas, y Edward se había llevado un buen chapuzón como introducción a la vida naval.

Drinkwater había insistido en que su hermano dejara el abrigo en la orilla del Yare, pensando que era preferible que pareciera un indigente. El fugitivo había presentado un aspecto lo bastante aterido, mojado y desaliñado para no despertar ningún comentario sobre la posibilidad de que existiera alguna conexión entre los dos hombres. De hecho, el silencio entre ellos fue interpretado como desdén por parte de Drinkwater, hasta el extremo de que uno de los remeros ofreció un trozo de lona al tembloroso Edward. Y recordó haber oído un comentario entre dientes sobre los «malditos oficiales» al más anciano de los dos barqueros, mientras trepaba ágilmente por el costado del *Virago*.

Se preguntó si no habría exagerado al llegar a la cubierta, pues el oficial de guardia, que daba por sentado que el capitán se quedaría en tierra hasta el día siguiente, no había preparado correctamente el grupo de recepción. La vergüenza de Trussel resultaba evidente, y Drinkwater compadeció al timonel que no hubiera avistado el bote a tiempo.

Trussel se había disculpado profusamente, y Drinkwater lo había cortado con brusquedad.

—No tiene importancia, señor Trussel. He bajado a tierra por una estupidez, y me alegro de estar de vuelta. —Drinkwater se volvió hacia la popa, y ya tenía un pie sobre la escala de la toldilla cuando pareció acordarse de algo—. Oh, señor Trussel —dijo, mirando hacia la baradilla, sobre la que había aparecido la empapada silueta de Edward. Obviamente, había recibido un buen remojón al saltar del bote, e incluso en las tinieblas podía verse la oscura mancha de sangre en torno a sus pies. Estaba tiritando, patéticamente inseguro.

—Este tipo me ha importunado en tierra. Que me cuelguen si no se ha presentado voluntario; no me extrañaría que estuviera huyendo de algún marido celoso. Búsquele algún lugar para dormir esta noche, y que comparezca ante Lettsom y el primer oficial por la mañana.

Oyó que Trussel asentía y supo que el recibimiento de Edward sería cruel. Trussel no se alegraría de tener que preparar mantas y

una hamaca a aquellas horas, y Jex, el oficial de intendencia, se mostraría muy desagradable al ser despertado para complacer al artillero. La propia irritación de Trussel por no haber cumplido bien con su deber en cubierta solo era otro factor añadido a la posibilidad de que Edward se convirtiera en chivo expiatorio. Sin embargo, bajo el frío aire de la madrugada, Drinkwater deseó que su fingida despreocupación hubiera sonado más genuina a Trussel y los demás hombres de guardia que a sus propios oídos.

Hizo ademán de buscar el pedernal para encender una linterna, pero comprendió que no podía permitir que los hombres de guardia supieran que estaba despierto por el resplandor de la claraboya. Continuó sentado hasta que el amanecer invernal arrojó su fría luz pálida a través de las ventanas del camarote, reluciendo de modo casi imperceptible sobre el braguero de los cañones de popa. Luego se levantó y pidió agua caliente. Los hombres empezaban a salir a baldear la cubierta. Una vez afeitado y vestido, su mente se tranquilizó un poco. Había trazado un plan para salvar el pellejo de Edward y su propio honor. Cuando estuvo listo para ponerlo en práctica, había luz suficiente para escribir en el camarote.

El viento del este había amainado durante la noche, y el día amaneció soleado y lleno de brisas suaves, resaltando claramente los detalles de la flota, y dando a los colores brillantes de las insignias, banderines y banderas de señales un aire de feria campestre, bastante contradictorio con su propósito militar. Si Drinkwater hubiera estado menos preocupado por su dilema, tal vez se habría percatado de lo irónico de la situación, pues la misión del Báltico parecía haber sido aplazada mientras se hacían los preparativos para el baile de lady Parker. En torno al *Saint George* se había congregado un grupo de esquifes de capitanes madrugadores; insectos acuáticos reunidos en torno al núcleo de las críticas contra la actitud frívola del comandante en jefe de la flota.

Recorriendo la diminuta toldilla, Drinkwater se resistió al impulso frecuente de tocar la carta sellada que llevaba en el bolsillo. Debía haber llamado a su propio bote media hora antes, pero sentía una

curiosidad morbosa por ver cómo le iría a su hermano durante su primera mañana en la Armada Real. Edward tenía un incentivo muy poderoso para mantener la boca cerrada, y Drinkwater se lo había advertido justo antes de llamar al barquero junto a la playa la noche anterior.

—Si los hombres descubren que el hermano de su capitán está entre ellos, te harán la vida tan imposible que desearás no haber pedido mi protección.

Si Edward había dudado de su hermano entonces, tuvo poco motivo para ello durante aquella mañana. Graham, el segundo contramaestre de la guardia de babor, le estaba dando a probar la cuerda de azotes mientras empujaba al nuevo recluta hacia la popa, donde le esperaba el señor Lettsom, sentado en el braguero de un cañón, a punto para realizar el examen médico al recién llegado.

Drinkwater interrumpió su paseo junto a la barandilla de la toldilla.

—¿Ese es el hombre nuevo, señor Lettsom?

—Sí, señor. —Lettsom levantó la vista hacia su comandante. Drinkwater ignoró a su hermano, aunque sentía los ojos de Edward fijos en él.

—No quiero que este tipo traiga fiebres a bordo. Dios sabe de qué agujero habrá salido, pero si ha solicitado dormir a bordo del *Virago* es que antes vivía en una perrera.

Lettsom sonrió con tal aire de complicidad que Drinkwater pensó que su interpretación debía resultar creíble. Con fingida indiferencia, continuó su paseo mientras Lettsom ordenaba:

—¡Desnúdese!

Mientras Drinkwater paseaba arriba y abajo, iba captando imágenes de su infortunado hermano. Primero desnudo y tembloroso, más tarde rociado alegremente con una manguera de baldeo por marineros sonrientes, y finalmente inclinado mientras Lettsom lo examinaba en busca de piojos.

—¿Y bien, señor Lettsom?

—No hay rastro de gonorrea, sífilis o ladillas, señor. Buenos dientes, no hay hernias, aunque tiene un color algo enfermizo. Buen pulso, sin fiebre. Sano como una manzana. Lavado de pies a cabeza en el océano alemán, y apto para el servicio en la Armada de su majestad británica.

—Muy bien. Ah, señor Rogers… —Drinkwater se tocó el sombrero en respuesta al saludo de Rogers.

—Buenos días, señor.

—Tengo un hombre nuevo para usted. Se presentó anoche, y yo sabía que aún le faltaban hombres. Dios sabe qué le habrá inducido al servicio voluntario, pero un esposo airado o una mujer insoportable pueden llevar a un hombre a estos extremos.

—No serás un delincuente, ¿verdad? —preguntó Rogers con una voz atronadora que hizo brotar el sudor en la espina dorsal de Drinkwater.

Ya avergonzado de su desnudez, Edward no levantó la vista.

—N… no…

La cuerda de Graham le azotó las nalgas, y el segundo contramaestre gruñó:

—No, señor.

—No, señor.

Drinkwater había tenido suficiente.

—Llévelo delante, Graham, este hombre tiene frío. Los voluntarios son bastante raros; no hay necesidad de maltratarlos. Ocúpese de que lave toda la ropa que ha traído a bordo y de que el sobrecargo le entregue ropa de trabajo, incluyendo una chaqueta. Oh, y haga que le corten el pelo.

—A la orden, señor.

Graham se llevó a Edward hacia la proa. Drinkwater tuvo una última idea. Más tarde pensó que el instante elegido fue el momento culminante de su representación.

—Por cierto, ¿cómo se llama?

—Waters, señor. Edward Waters.

—Muy bien, Waters. Cumpla con su deber, y no tendrá nada que temer. —La antigua fórmula tenía un nuevo significado, y los dos hermanos se miraron por un momento; luego Drinkwater le indicó que se retirara con un movimiento de cabeza, y Graham se alejó con «Waters».

Drinkwater continuó con su paseo, consciente de que estaba temblando de alivio. Cuando se hubo calmado, pidió su esquife.

Great Yarmouth es una ciudad construida con forma de parrilla, incrustada en el estrecho istmo entre el mar del Norte y el río Yare que fluye hacia el sur, en paralelo con el mar desde las Broadlands, y luego vira de repente, como renunciando a su independencia y rindiéndose al océano. A lo largo de su historia, la desembocadura se había movido en más de una ocasión, y la población había tenido que excavar un dique que preservara la boca del río y asegurara su prosperidad.

La parte amurallada de la ciudad antigua tenía calles que avanzaban de norte a sur, junto a los muelles que bordeaban el Yare y una carretera costera contigua a la playa. Formando un ángulo recto con las calles había callejones orientados de este a oeste, del mar al río, y Drinkwater se perdió irremisiblemente entre ellos antes de encontrar la posada del Luchador en la plaza del mercado.

Pasó junto a ella tres o cuatro veces antes de decidirse a poner en práctica su plan. La metáfora de que tanto daba ser ahorcado por un cordero como por un rebaño cruzaba por su mente con una persistencia inquietante, pero entró en la sala común y pidió una taza de café. Se la sirvió una chica de aspecto agradable, con el cabello castaño y una sonrisa lo bastante atractiva para distraerlo. Se relajó un poco.

—¿Es todo, señor? —preguntó ella, y su melodioso acento se elevó al pronunciar la última sílaba.

—No, muchacha. ¿Tienes papel, pluma y tinta? Y, ¿serías tan amable de averiguar si lady Parker se encuentra en sus aposentos?

La muchacha asintió.

—Oh, sí, señor. Lady Parker está en su habitación; espera a la modista dentro de media hora, y está haciendo los preparativos para el baile de gala del viernes, señor…

—Gracias —la interrumpió bruscamente Drinkwater—. El papel, por favor.

La muchacha se sonrojó e hizo una inclinación, alejándose a toda prisa mientras Drinkwater sorbía su café y lo encontraba sorprendentemente delicioso.

Cuando regresó la camarera, le pidió que esperara mientras escribía una nota en la que el teniente Drinkwater solicitaba permiso para visitar a lady Parker en cuanto le fuera posible. Se sentía algo molesto por tener que emplear aquel tono respetuoso con una chica de dieciocho años, pero también esperaba que el baile de gala no la hubiera hecho olvidar a su salvador en el Strand.

Entregando la nota y un chelín a la camarera, la observó mientras se alejaba, con la cabeza llena de Dios sabe qué suposiciones. Regresó al cabo de unos minutos, con la agradable noticia de que lady Parker tendría el placer de recibir al teniente Drinkwater inmediatamente.

Encontró a la dama ataviada con una elegante bata de mañana que no hubiera hecho quedar mal a Elizabeth en las Asambleas de Portsmouth. El rostro vulgar de la muchacha no mejoraba con la cofia de encaje que llevaba. Drinkwater prefería con mucho la moda francesa del cabello descubierto, y no pudo por menos que estar de acuerdo con el apodo que lord Saint Vincent había dedicado a la dama: Masa de Pudin. Pero, de algún modo, la misma fealdad de lady Parker le facilitaba la tarea. Su nuevo rango social la haría esperar ser tratada con deferencia, y, en su inexperiencia, aún no habría aprendido a distinguir la sinceridad de la adulación.

Drinkwater se inclinó sobre su mano.

—Ha sido usted muy amable al recibirme. —Hizo una pausa y miró significativamente hacia una puerta que comunicaba con la

habitación adyacente, y por la que les llegaba el tono bajo de unas voces masculinas—. Espero no estarla molestando…

—Nada de eso. Gracias, Annie, puedes retirarte. —La muchacha se marchó, y lady Parker se sentó junto a una mesa. Se movía con cierta rigidez, como si fuera muy consciente de su posición. De repente, Drinkwater sintió cierta compasión por ella, y se preguntó si ya habría aprendido a lamentar no poder comportarse como una chica de dieciocho años.

—¿Una taza de chocolate, teniente?

Le pareció que sería de mala educación rechazarla, pese a su reciente café.

—Es usted muy amable.

—Por favor, siéntese.

Le indicó la silla frente a la suya, y se volvió a la bandeja, con su elegante tetera de plata y sus delicadas tazas de porcelana.

—Mi enhorabuena, lady Parker. En nuestro último encuentro, no relacioné su nombre con el del almirante Parker. Debe usted perdonarme.

Ella sonrió, y Drinkwater observó que sus ojos se iluminaban de modo muy atractivo.

—Tenía la esperanza, señor, de que viniera a visitarme como un amigo y no como a la esposa de su almirante…

El golpe fue asestado con mucha suavidad, y Drinkwater reconoció en ella cierta astucia mundana de la que no la hubiera creído capaz. Ello le reafirmó en su propósito.

—Nada más lejos de mi intención, señora. Ciertamente, he venido a verla a usted, y el asunto no tiene ninguna relación directa con su esposo. No vengo como amigo, sino como suplicante.

—¿Ninguna relación directa, señor Drinkwater? ¿Y como suplicante? Estoy dispuesta a hacer lo que esté en mi mano por usted, pero no estoy segura de entenderle.

—Perdóneme, lady Parker. No he debido importunarla de este modo, y ciertamente me estoy aprovechando de haber podido serle de utilidad. Lo cierto del asunto es que tengo un mensaje que deseo

entregar en Londres. Es un asunto al mismo tiempo privado y público; tiene que permanecer en secreto, pero es de interés público.

Ella bajó la taza, y Drinkwater supo, por el destello en sus ojos, que había despertado su curiosidad natural. Continuó:

—Sé que puedo confiar en su discreción, señora, pero he trabajado para los servicios especiales. Su propio padre podría confirmarle este hecho, aunque dudo de que su marido lo sepa. En cualquier caso, por favor, confirme el asunto con el destinatario de la carta antes de entregarla, si lo desea. —Extrajo de su abrigo la carta, pesadamente sellada, y se la tendió. Ella vaciló.

—Va dirigida a lord Dungarth, en su dirección privada…

—¿Y el asunto es de interés público?

—Así lo creo. —Tenía las axilas empapadas, pero ella tomó la carta, y Drinkwater estaba a punto de relajarse cuando oyó el sonido de voces procedentes de la otra habitación. Vio que los ojos de ella se desplazaban ansiosamente hacia la puerta, y luego regresaban a su rostro. Frunció el ceño.

—Teniente Drinkwater, espero que no esté tratando de estropear mi baile.

—Lo siento, señora, pero no la entiendo.

—Ciertos caballeros son de la opinión de que sería de interés público que yo no celebrara mi baile este viernes; están insistiendo en que sir Hyde debe zarpar de inmediato, e incluso amenazan con escribir a Londres al respecto.

—¡Cielo santo, señora, mi carta no tiene ninguna relación con la flota! Nunca tendría la presunción de… —Al parecer, la había apaciguado—. El asunto está relacionado con temas del extranjero —añadió, con aire misterioso—. Lamento no poder darle más detalles.

—No, no, claro que no. ¿Y simplemente desea que entregue esto a lord Dungarth?

—Sí, señora. Me consideraría en deuda con usted si lo hiciera.

Ella sonrió, y de nuevo sus ojos se iluminaron.

—No habrá ninguna deuda, señor Drinkwater, con la condición de que me prometa que asistirá a mi baile.

—Sería un gran placer, señora. ¿Puedo pedirle que me reserve un baile?

—Por supuesto, teniente.

Drinkwater se levantó. Los ruidos de la otra habitación parecían hostiles, y deseaba marcharse antes de que se abriera la puerta.

—Sería mejor que nadie supiera de la existencia de la carta, lady Parker —dijo, señalando el pliegue sellado sobre la mesa.

—Mi modista llegará pronto… —Alargó la mano hacia su bolso y ocultó la carta justo en el momento en que la puerta se abría de golpe. Mientras Drinkwater tomaba el sombrero, se encontró cara a cara con un hombre bajo y sofocado, cubierto con una chaqueta gris. Meneaba la cabeza en dirección a alguien que tenía detrás.

—No, maldita sea, no… Ah, Fanny, querida mía… —Vio a Drinkwater—. ¿Quién diablos es este?

—Te presento al teniente Drinkwater, querido Hyde. —Drinkwater hizo una inclinación.

—¿De qué barco, señor mío? —Los ojos de Parker eran hostiles.

—La cañonera *Virago*, señor. Me he tomado la libertad de…

—El teniente Drinkwater no se ha tomado ninguna libertad, querido. Fue él quien me rescató de aquella chusma en el Strand el pasado octubre. Lo menos que podía hacer era presentártelo.

Parker pareció desinflarse levemente. Se volvió a medias hacia el hombre de la otra habitación, cuya identidad era aún desconocida para Drinkwater, y luego de nuevo hacia el teniente.

—Muy agradecido, desde luego, teniente. Y ahora, si me disculpa…

—Por supuesto, señor. Ya me marchaba… —Pero había un destello en los ojos de lady Parker, y Drinkwater, agradecido y sorprendido por la habilidad de su intervención, sospechó que se estaba divirtiendo.

—El teniente Drinkwater sirvió con mi padre en Camperdown, Hyde. Estoy segura de que es digno de que lo tengas en cuenta.

Parker le dirigió otra mirada hostil, y Drinkwater se preguntó si estaría pensando que trataba de usar a su esposa para conseguir influencia. Claramente, el otro hombre opinaba algo parecido, porque apareció en el umbral con expresión desaprobadora. La sorpresa del reconocimiento azotó a Drinkwater como un puñetazo. Si había pensado que Parker lo miraba con malos ojos, estaba claro que Nelson se había formado una opinión aún peor.

—Si quiere usted su baile, sir Hyde, y su esposa necesita sus entretenimientos, la flota y yo nos iremos al diablo. Pero se lo he dicho varias veces, el tiempo lo es todo; cinco minutos pueden marcar la diferencia entre una victoria y una derrota.

Capítulo 10

10 y 11 de marzo de 1801

Una verdad enmascarada

Drinkwater estrenó la tarde del martes recorriendo su toldilla, mientras el cielo se cubría y el viento viraba al oeste. El encuentro con lord Nelson lo había dejado furioso y resentido. Trató de calmar su rabia por el hecho de que Nelson lo hubiera tomado por una de los «entretenimientos» de lady Parker. La visión del menudo almirante, con la manga prendida de su casaca de encaje dorado, su boca curiosamente expresiva en su rostro pálido y prematuramente desgastado, con el único ojo sano iluminado por el desprecio, había ejercido un efecto sobre el teniente Drinkwater que este aún trataba de analizar. Le parecía haber recibido el golpe de una andanada, tan devastadora era la desaprobación de Nelson. La segunda emoción, mucho más poderosa, y capaz de apartar de su mente todas las preocupaciones por su hermano, era la desesperación que sentía por haberse granjeado la mala opinión de Nelson.

Descubrió que la promesa de sir Hyde Parker de «tener en cuenta la conducta del teniente para complacer a mi esposa», que de ordinario le hubiera dado motivos de satisfacción, no le consolaba en absoluto. Nelson le había dado la espalda cuando ambos abandonaron la posada del Luchador, y Drinkwater acusaba el desprecio casi con la intensidad de una herida física.

Drinkwater empezaba a comprender la naturaleza de la magia de Nelson. La había visto dos años atrás en Siracusa, dando vida a una flota agotada que había sido derrotada por la mala suerte y el mal tiempo, tras la ruptura del bloqueo de Tolón por parte de los franceses, con una persecución demasiado celosa que les había llevado a adelantar al enemigo sin saberlo. Pero Nelson los había vuelto a conducir al este, para aplastar a Brueys en Aboukir, en lo que ya se conocía como la victoria del Nilo. Y Drinkwater parecía haber sido condenado como un epítome de todo lo que Nelson despreciaba en Parker y los hombres de su tipo.

Debido a la injusticia de la acusación, Drinkwater ardía en deseos de corregir la mala interpretación de Nelson.

Mientras paseaba arriba y abajo, comprendió que su caso era desesperado. Empezó a lamentar haber pedido a Dungarth un mando propio. ¿Qué esperanza podía tener de distinguirse en aquella vieja bañera que era en realidad el *Virago*? Aquellos dos morteros que Tumilty había instalado tan astutamente en sus afustes no eran más que una farsa. En aquella expedición no habría ninguna «oportunidad»; solo trabajo sucio, ausencia de liderazgo y una gloriosa debacle que divertiría a toda Europa. Los barcos no habían recibido órdenes de la flota, nadie tenía instrucciones de zarpar. Todo era confusión, mientras unos cuantos amigos de Nelson habían formado una camarilla dentro de la jerarquía de la flota que amenazaba con desbaratar toda la misión.

Además de la desmoralización de los oficiales, estaban los resfriados, fiebres, dolores y reumatismos experimentados por muchos marineros. La famosa flota del Báltico tenía la constitución de un organismo en avanzado estado de descomposición. La misma condición de Drinkwater era otro síntoma de aquella decadencia.

Aquella misma mañana, a su regreso de la orilla, Rogers había llevado a un hombre a popa por escupir en cubierta. Aunque Drinkwater sospechaba que el hombre había sido víctima de un ataque incontrolable de tos violento, había ordenado que prepararan el enjaretado y que le administraran una docena de azotes. Pero

unas horas más tarde se sintió avergonzado, sin que le consolara la reflexión de que muchos capitanes hubieran ordenado tres docenas, y se vio forzado a admitir el desagradable hecho de que los acontecimientos de los últimos días le habían insensibilizado. Había observado el rostro de Edward mientras Cottrell era azotado. Su hermano solo había levantado la vista en una ocasión. Nathaniel comprendió que había azotado a Cottrell como ejemplo para Edward, y maldijo la crueldad de un mundo que ponía semejantes trampas a los hombres.

Pero el ataque de autocompasión del teniente Drinkwater no duró demasiado. Era una consecuencia inevitable del aislamiento del mando, y su antídoto, cuando apareció en la persona de un guardiamarina del *Explosion*, resultó muy bienvenido. Se le invitaba a cenar en la cañonera al cabo de una hora. La idea de disfrutar de la compañía de sus iguales, aunque fueran unos iguales tan desagradables como Martin, era preferible a su morboso aislamiento.

Resultó una cena sorprendentemente alegre. Tras una o dos copas de jerez, Drinkwater se relajó lo suficiente para ahuyentar al «diablo azul». Si tenían que ir a la guerra, sería mejor disfrutar el momento. Podía estar muerto antes de un mes. Si llegaban a zarpar, por supuesto; aquel era el gran tema de conversación entre los oficiales de las cañoneras. La flota bullía de rumores que hacían las delicias de los oficiales navales y artilleros apretujados en el camarote de Martin. Se decía que lord Nelson había escrito directamente al conde de Saint Vincent, el Primer Lord. Al parecer, el baile de lady Parker y el retraso que estaba causando eran el tema de la carta del almirante. Un ambiente de regocijo casi infantil se apoderó de la reunión. Todos esperaban con impaciencia el resultado de la misiva, discutiendo si sería la sustitución de Parker por Nelson o la orden de zarpar.

Drinkwater intercambió comentarios con dos tenientes canosos que estaban al mando de las otras lanchas y que normalmente

trabajaban para la Oficina de Transportes. Ambos tenían más de sesenta años, y Drinkwater se dirigió enseguida hacia Tumilty y los otros oficiales de artillería, de una edad más cercana a la suya. El alegre teniente English, destinado en el *Explosion*, le ofreció sus condolencias por la aparente animosidad de Martin, y maldijo su propia mala suerte por haber sido asignado a aquel barco. Fitzmayer del *Terror* y Jones del *Volcano* parecían decididos a insultar al almirante Parker, y emprendieron un ingenioso intercambio de *double entendres* militares, destinados a sembrar las dudas sobre la capacidad del almirante para cumplir como marido. La broma empezaba a resultar vieja. Con el capitán teniente Peter Fyers, del *Sulphur*, aprendió algunas cosas sobre las defensas de Copenhague, donde había servido Fyers el año anterior, a bordo de una cañonera enviada como parte de la embajada de lord Whitworth. El capitán teniente Lawson, destinado al *Zebra*, se explayaba sobre los escandalosos excesos y pasatiempos pervertidos de la difunta emperatriz Catalina, y sobre el sadismo aún menos atractivo de su hijo el zar Pablo, «el autor», según dijo, «de nuestras actuales desdichas, y que Dios maldiga a su majestad imperial».

—Parece que hay cierta hostilidad hacia los reyes entre los oficiales del rey —observó Drinkwater a Tumilty, pensando en las tendencias regicidas de su propio cirujano.

—Ah —explicó Tumilty, con su inevitable lógica irlandesa—, pero nosotros no somos exactamente oficiales del rey, mi querido Nathaniel. Como te dije, nuestros nombramientos proceden del Jefe de Ordenanzas, ¿comprendes? Somos profesionales, igual que tú. —Hizo una pausa para beber de su vaso—. Somos pirobolistas que usarían la pólvora y la munición contra el mismo cielo si el diablo llevara una casaca de general. Nos motiva la ciencia, Nathaniel, y al diablo la política. Y somos soldados, desde luego.

Drinkwater no estaba seguro de si aquello se aplicaba a todos los oficiales de artillería reunidos en el sofocante camarote del *Explosion*, pero ciertamente se aplicaba al teniente Thomas Tumilty, cuyas ansias por arrojar proyectiles explosivos contra cualquiera lo

bastante imprudente como para provocarle parecían consumirle con una pasión que lo hacía chisporrotear como una de sus propias mechas.

—Y tengo una noticia para ti de tipo personal. Nuestro amigo el capitán Martin se ha enterado de que nuestros morteros están montados. No me sorprendería que te lo mencionara… —Los ojos de Tumilty se convirtieron en rendijas, y el vello de sus mejillas se erizó mientras encogía las mejillas con desaprobación burlona. Tomó otro vaso de la bandeja del asistente y se volvió con un guiño muy evidente mientras se acercaba el capitán Martin.

La aparición del comandante en aquel momento resultaba inquietante, pero Drinkwater descartó la suposición de que Tumilty hubiera pretendido algo más que advertirle.

—Y bien, señor Drinkwater, ¿ansioso por probar sus morteros contra el enemigo?

—Si tengo la oportunidad, me gustaría poder prestarle toda la asistencia que esté en mi poder, señor —repuso Drinkwater, diplomáticamente.

—¿No se le ordenó guardar los morteros en la bodega, señor Drinkwater? —preguntó Martin, con una expresión de extremo desagrado en su cara pálida.

—No, señor —replicó Drinkwater con perfecta sinceridad—; la existencia de los afustes me hizo suponer que los morteros podrían instalarse con toda seguridad. No estorbarán en las maniobras de la cañonera, y estarán a punto si algún otro barco los necesita. Almacenados en la bodega, podrían haber quedado debajo de otros…

—Muy bien, señor Drinkwater —espetó Martin—, ya me ha dado su punto de vista. —Pareció a punto de volverse, irritado por las hábiles réplicas de Drinkwater, pero recordó otra cosa y preguntó de repente—: ¿Cómo diablos consiguió el mando del *Virago*?

—Fui nombrado por el Almirantazgo, señor…

—Quiero decir, señor Drinkwater —dijo Martin, con fuerte énfasis —, ¿por influencia de quién fue aceptada su solicitud?

Drinkwater se sofocó de ira repentina. Comprendía que las decepciones profesionales de Martin podían ser muy grandes, pero nadie podía acusarle de representar el ascenso meteórico del protegido de un almirante.

—No creo ser el protegido de nadie, señor —dijo, con formalidad gélida—, aunque he prestado cierto servicio a sus señorías de naturaleza muy poco usual.

Drinkwater era consciente de que estaba fanfarroneando, pero vio que Martin se desinflaba levemente, como si hubiera descubierto la razón de su animosidad en la respuesta de Drinkwater.

—Y, ¿de qué naturaleza fue ese servicio, señor Drinkwater? —El tono de Martin era sarcástico.

—Servicios especiales, señor. No estoy autorizado a comentarlo. —Los ojos de Martin se abrieron un poco más, aunque era imposible determinar si ello se debía a la actitud de Drinkwater o a que se sentía impresionado. En cualquier caso, Drinkwater no tendría que explicar que los servicios especiales habían consistido en ser el segundo del cúter *Kestrel*, recogiendo a algún espía en una playa francesa, sin ninguna misión más emocionante que las actividades nocturnas en ciertas playas británicas, relacionadas con el «comercio libre».

—¿Servicios especiales? ¿Se refiere a los servicios secretos, señor Drinkwater? —Martin hizo una pausa, como si tomara una decisión —. ¿Para el departamento de lord Dungarth, tal vez?

—Tal vez, señor —contemporizó Drinkwater, consciente de que aquel era un buen momento para que apareciera el nombre de lord Dungarth, y de que podría usarlo con cierta ventaja en sus planes para Edward.

Las mejillas de Martin evidenciaron auténtica furia.

—Soy muy consciente de las actividades de lord Dungarth, Drinkwater. No se me ha ignorado tanto que… —se interrumpió, consciente de que había elevado la voz y de que había revelado más sobre sí mismo de lo que pretendía. Martin miró a su alrededor, pero los demás oficiales estaban concentrados en sus propias

conversaciones. Tosió, avergonzado—. ¿Conoce bien a lord Dungarth? —preguntó, en tono casi indiferente.

—Sí, señor —replicó Drinkwater, aliviado de que el chaparrón hubiera pasado—. Navegamos juntos en la fragata *Cyclops*, durante la guerra americana. —Drinkwater comprendió que era necesario mostrarse conciliador, especialmente dado lo acuciante del problema de Edward—. Le ruego me disculpe por haberme mostrado evasivo, señor. No sabía que estuviera usted familiarizado con las actividades de lord Dungarth.

—No fue usted el único oficial que sirvió en sus operaciones clandestinas, señor Drinkwater —asintió Martin.

—Y tal vez —dijo Drinkwater en voz baja, envalentonado por el jerez—, tampoco fui el único en acabar decepcionado. —Observó que los ojos de Martin se entrecerraban mientras el comandante digería las implicaciones del comentario de Drinkwater, que añadió —: No me culpará entonces por haber montado esos morteros, ¿verdad, señor?

Durante un segundo, Drinkwater no estuvo seguro de cuál sería el resultado de su salida de tono. Entonces vio que el fantasma de una sonrisa aparecía en el rostro de Martin.

—¿Y trata usted todavía con lord Dungarth?

Drinkwater asintió. El conocimiento de que el teniente todavía despertaba el interés del noble empezaba a hacer que Martin lo mirara de modo distinto.

—Muy bien, señor Drinkwater. —Martin se volvió.

Drinkwater exhaló un suspiro de alivio. El antagonismo de Martin hubiera hecho doblemente peligroso cualquier plan para el futuro de Edward. Tal vez a partir de aquel momento Martin se mostraría menos hostil. Captó la mirada de Tumilty por encima del borde del vaso del irlandés, que le guiñó un ojo descaradamente. Drinkwater dominó el deseo de echarse a reír, pero no de auténtica diversión. Había cierto componente de histeria. Elizabeth tenía razón: no servía para mentir, y toda aquella tensión empezaba a hacer sus efectos.

Drinkwater regresó al *Virago* algo ebrio. La cena había resultado sorprendentemente buena, y Drinkwater descubrió que había sido pagada en su mayor parte por la generosidad de los oficiales de artillería, que habían tenido el buen sentido de complacer a sus colegas navales. Solo un poco más tarde, hundido en su sillón y contemplando su espada, colgada de un gancho, le pasó por la mente el irrelevante pensamiento de que no la había limpiado desde la batalla con los lugres franceses. Mandó llamar a Tregembo.

Cuando el timonel regresó veinte minutos más tarde, con la antigua espada francesa reparada con una piedra de afilar de Willerton, parecía deseoso de conversación.

—Perdone, señor, pero ¿ha comprobado los pedernales de las pistolas?

—No, Tregembo. —Drinkwater sacudió la cabeza para librarse de los efectos del vino—. Encárgate de ello, por favor. Creo que podrás arreglarles la punta sin tener que cambiarlos.

—Tenemos pedernales de sobra a bordo, señor —dijo Tregembo en tono de reproche.

Drinkwater consiguió sonreír.

—Ah, sí, se me olvidaba que somos un arsenal flotante. Haz lo que consideres conveniente, entonces.

Tregembo había traído consigo dos pedernales nuevos y los sacó de la funda. Empezó a manipular las dos llaves de chispa.

—¿Cree que zarparemos pronto, señor?

—Eso espero, Tregembo, eso espero.

—Dicen que nadie sabe adónde vamos, señor, aunque hay rumores de que lucharemos contra los rusos. —Hizo una pausa—. Es un poco confuso, señor, porque fueron nuestros aliados en el Texel en el noventa y siete.

—Bueno, ahora no son nuestros aliados, Tregembo. Secuestraron a marineros británicos. Por lo que respecta a zarpar, no he recibido

órdenes. Creo que el gobierno todavía negocia con las potencias del Báltico.

Drinkwater suspiró cuando Tregembo emitió un resoplido de incredulidad.

—Dicen que lord Nelson tampoco conoce las intenciones de la flota.

—Dicen muchas cosas, y casi todas son tonterías, Tregembo, deberías saberlo.

—Sí, señor —dijo Tregembo, aceptando solamente que Drinkwater había hablado, no que creyera una sola palabra de lo que había dicho. Se hizo un silencio mientras Tregembo guardaba la primera pistola en su estuche forrado de gamuza verde.

—Ese voluntario, señor, el que usted trajo a bordo anoche. ¿Lo he visto antes? —Drinkwater sintió que se le helaba la sangre y que la cabeza le daba vueltas a causa del vino y la copiosa comida. No había pensado que Tregembo pudiera descubrirle. Miró al otro hombre, pero este estaba guardando la segunda pistola en su estuche—. Su rostro me resulta familiar, señor.

De repente, Drinkwater se maldijo a sí mismo por estúpido. ¿Cómo era la frase de Corneille sobre necesitar una buena memoria después de mentir? Tregembo aún no se había marchado de Petersfield durante la visita de Edward a Elizabeth. Era muy probable que hubiera visto a Edward, incluso que le hubiera hecho entrar en la casa. Y era casi seguro que él o su esposa Susan habrían sabido que el visitante de su señora era el hermano del señor.

—Familiar, ¿en qué sentido? —preguntó, para ganar tiempo.

—No lo sé, señor, pero lo he visto en algún lugar… —Drinkwater miró fijamente a Tregembo. El aspecto de Edward se había alterado drásticamente. La ropa y los modales hacen al hombre, y Edward había perdido el cabello, además de la autoestima. También estaba perdiendo peso a causa de la escasez de comida y el ejercicio desacostumbrado. Era posible que Tregembo solo sintiera simple curiosidad. Podía creer que había visto a Edward en muchos lugares, como la fragata *Cyclops* o el cúter *Kestrel*, antes de relacionarlo con

Petersfield. Por otro lado, podría ser que recordara exactamente quién era Edward y estuviera perplejo sobre los motivos del hombre para presentarse voluntario en el barco del propio Drinkwater.

Drinkwater pensó que, si las autoridades descubrían lo que había hecho, era posible que solo pudiera confiar en Tregembo. Y tal vez también en Quilhampton. Con un sobresalto, recordó que James Quilhampton conocía la existencia de la misteriosa nota de Edward.

Drinkwater había empezado a sudar, y se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo mirando fijamente a Tregembo para no hacerle algún tipo de confesión. Tragó saliva, optando por una confidencia en la que pudiera enmascarar la verdad.

—Es posible que lo hayas visto antes, Tregembo. ¿Se lo has mencionado a alguien más?

Tregembo sacudió la cabeza.

—No, señor.

—¿Recuerdas al mayor Brown y nuestras misiones a bordo del *Kestrel*? —Tregembo asintió—. Bueno. Waters tiene cierta relación con el mismo tipo de asuntos. No sé más detalles.

—Pero lo vi en Petersfield, señor. Ahora lo recuerdo.

—Ah, comprendo. —Drinkwater se preguntó de nuevo si Elizabeth habría mencionado el parentesco de Edward—. Su llegada debió inquietar a mi esposa, ¿eh? Bueno, estoy seguro de que no esperaba encontrarme ausente. —Drinkwater hizo una pausa; todo aquello era cierto—. Sea lo que sea lo que hayas oído sobre ese hombre, Tregembo, te ruego que lo olvides. ¿Me comprendes?

—Sí, señor.

—Te estaría muy agradecido si pudieras evitar cualquier referencia a él. —Luego añadió, como si se le hubiera ocurrido de repente—: Y también te lo agradecería lord Dungarth.

—¿Y por eso lo azotaron, eh, señor?

—Exactamente —asintió Drinkwater.

Tregembo sonrió.

—Gracias, señor. Será usted comandante antes de que acabe esta misión, recuerde mis palabras.

Luego se volvió para salir del camarote, y Drinkwater se sintió inexplicablemente conmovido.

Drinkwater se acostó temprano. Los efectos de la cena le hacían sentirse soñoliento. Sentía deseos de buscar el olvido en el sueño. Poco después de media noche se percató de que alguien lo llamaba, como desde una gran distancia.

Despertó, lentamente, para encontrar a Quilhampton enfocándole la cara con una linterna.

—¡Señor! ¡Señor! ¡Fuego de bengalas y tres disparos del *London*, señor! Repetidos por el *Saint George*. ¡La señal de zarpar, señor, la señal de zarpar!

—Eh, ¿qué ha dicho?

—Fuego de bengalas y tres disparos…

—Ya le he oído, maldita sea. ¿Qué señal?

—La de zarpar, señor. —El entusiasmo de Quilhampton era un desperdicio a aquellas horas de la noche.

—Regrese a cubierta, señor Q., y vuelva a leer las órdenes de esta noche, por el amor de Dios.

—A la orden, señor. —El abatido Quilhampton se retiró, y Drinkwater se levantó para enjuagarse el mal sabor de boca. No era culpa de Quilhampton. Nadie en la flota había tenido la posibilidad de estudiar las señales especiales del almirante, y aquello decía poco en favor de la organización de la expedición. Drinkwater escupió con disgusto en el cuenco colocado sobre su baúl. Una llamada a la puerta anunció el regreso del suboficial.

—¿Y bien?

—La señal de levar anclas, señor.

—Dirigida a…

—Los barcos de línea con dos anclas.

—¿Y cuántas anclas tenemos nosotros?

—Una, señor.

—«Una, señor». La señal de zarpar se dará al amanecer. Despierte a todos los hombres una hora antes. Que los de su guardia monten los barrotes del molinete. Y haga que suelten las gavias en los brioles, preparadas para izarlas, y que aflojen las ligaduras de las velas delanteras.

—A la orden, señor.

Drinkwater se retiró a dormir. Había un viejo dicho en el servicio. Rogó a Dios porque fuera cierto: todas las deudas quedaban pagadas en cuanto se izaban las gavias.

No sabía que un mensajero del Almirantazgo había reventado tres caballos para entregar a Parker la orden directa de zarpar de Saint Vincent, ni que lady Parker regresaría a Londres antes de lo esperado.

Capítulo 11

11-18 de marzo de 1801

Nadir

—¡Menudo espectáculo! —dijo alegremente Rogers mientras observaba cómo los grandes barcos levaban anclas. Las desdichas de los demás siempre le entusiasmaban. Era uno de sus rasgos menos atractivos. Drinkwater se estremeció en su impermeable, preguntándose si su sangre llegaría a espesarse alguna vez tras su servicio en el mar Rojo, y cuánto tiempo más tendrían que esperar. Eran las nueve en punto, y los hombres del *Virago* llevaban en sus puestos desde el amanecer, aguardando su turno para levar anclas y dirigirse al mar a través de la puerta de Saint Nicholas.

La señal de levar anclas había creado cierta confusión, ya que nadie estaba seguro de cuál debía ser el orden de navegación. Hacia el extremo norte del fondeadero, dos barcos de guerra se habían tocado, pero el grueso de fragatas y balandros había zarpado sin problemas, dirigidos por el hermoso *Amazon*, comandando por Edward Riou. Al sureste, siguiéndole a través de la rada, y rodeando el banco de Scroby, iba el antiguo navío de la Compañía de las Indias Orientales *Glutton*, que, en su única cubierta, llevaba unas carroñadas cuya potencia había sorprendido tanto a una escuadra francesa que había logrado vencer a todos sus enemigos. Su extraño aspecto quedaba desmentido por la pericia del hombre que estaba al mando. «Bounty» Bligh atravesó el fondeadero con un desprecio casi

visible por su reputación. Drinkwater conocía a Bligh, y había servido con él en Camperdown. Otro veterano de Camperdown, el barco de cincuenta cañones *Isis*, avanzaba en compañía del incomparable *Agamemnon*, el antiguo navío de sesenta y cuatro cañones de Nelson. El orden de navegación se fue al garete cuando los grandes barcos cruzaron el banco como pudieron. El *Saint George*, de noventa y ocho cañones, con la insignia azul de vicealmirante de Nelson en el mastelero de trinquete, ya estaba izando los juanetes; sus gallardetes se balanceaban como monos en los mástiles, mientras una banda tocaba en la toldilla. Las notas de *Rule Britannia* flotaron sobre el agua.

A pesar de sí mismo, Drinkwater sintió un escalofrío involuntario en la espina dorsal al paso de Nelson, incapaz de resistirse al genio del otro hombre pese a su situación personal con respecto a él. Incluso Rogers permaneció en silencio, mientras que los ojos de Quilhampton brillaban como los de una niña.

—Aquí llegan los otros —dijo Rogers, mientras los demás barcos de setenta y cuatro cañones cruzaban la rada: el *Ganges*, el *Bellona* y el *Polyphemus*. Luego llegó el *Monarch*, el barco insignia del padre de «Masa de Pudin» en Camperdown, y el resto, todos izando los juanetes, y con las velas mayores en los brioles, listos para desplegarlas en cuanto se hubieran salvado satisfactoriamente las dificultades de la puerta de Saint Nicholas.

—El *Invincible* va hacia el norte, señor —observó Easton, señalando hacia el extremo de Caister del fondeadero, donde los cúteres y bergantines salían por la puerta de Cockle.

—Espero que lleve un piloto a bordo —dijo Drinkwater, pensando en las dificultades que había encontrado al atravesar aquel mismo paso con el *Kestrel* años atrás.

—Algunos barcos de intendencia también van en esa dirección —dijo Quilhampton, imitando el modo de hablar de Drinkwater.

—Sí, señor Q. Permanezca atento a la señal del *Explosion*.

—A la orden, señor.

—Martin sigue haciéndose pasar por comodoro —dijo Rogers a Easton en un susurro. El suboficial soltó una risita—. Eh, miren, alguien ha perdido el botalón de foque… —No pudieron distinguir de qué barco se trataba, pues estaba detrás de otro navío, pero el *London* de Parker había sido prácticamente el último barco en zarpar.

—El viejo bastardo tiene problemas para sacar el ancla del barro —rio Rogers, haciendo un sonido onomatopéyico que despertó una carcajada lasciva en la toldilla del *Virago*.

—Espero, señor Rogers, que esta sea la última broma que tengamos que oír sobre las nupcias del almirante —dijo Drinkwater, recordando a la muchacha de rostro vulgar en quien había confiado. Por lo menos, podía defender su honor en su propia cubierta—. De hecho —añadió, con repentina aspereza—, prohíbo hacer más chistes al respecto ahora que estamos en el mar bajo las órdenes de sir Hyde.

Drinkwater se llevó el catalejo al ojo e ignoró a Rogers, que dirigió una mueca exagerada a Easton por detrás de él. Quilhampton se echó a reír, con lo que se perdió la señal del *Explosion*.

Drinkwater había visto la insignia aleteando en el peñol del juanete, donde el viento la abrió para hacerla visible a las cañoneras.

—Leven ancla, señor Matchett. ¡Icen las velas de estay de trinquete!

El ancla ya estaba recogida, y solo tardaron unos minutos en largarla hasta la parte inferior del casco.

—¡Ancla levada, señor!

—¡Drizas de las gavias, señor Rogers! ¡Brazas a sotavento! —Se volvió al señor Quilhampton, aún sonrojado por no haber distinguido la señal del *Explosion*—. Ocúpese de las brazas de barlovento, señor Q.

—A la orden, señor. —El muchacho corrió hacia la proa para redimirse.

—¡Velas de estay de estribor! ¡Aprisa, maldita sea!

—Ancla a la vista, señor.

Sobre la gavia, los racamentos crujían contra los masteleros engrasados mientras las vergas se elevaban. La lona se sacudió, se llenó de grandes bultos irregulares y volvió a sacudirse y a llenarse mientras se orientaban las vergas. Drinkwater contempló satisfecho la nueva verga mayor.

—¡Mantengan el rumbo!

—Mantenemos el rumbo, señor. —El *Virago* tomó velocidad, y alcanzó al *Zebra*, que aún no había largado el ancla.

—Timón a estribor. —Drinkwater se volvió para asegurarse de que la orden era obedecida. El gran timón fue empujado hacia babor, y el *Virago* empezó a virar a estribor, con lo que su bauprés dejó de apuntar al *Zebra*.

—Rumbo sureste medio sur. —Drinkwater miró hacia estribor y se quitó el sombrero. Vio que Tumilty, a bordo del *Anne Reed*, le devolvía el saludo.

—Rumbo sureste medio sur, señor —informó Tregembo.

—Rumbo sureste medio sur, señor —repitió Easton, el oficial de derrota. Drinwkater ahogó una sonrisa. Se sentía casi feliz. Se alegraba de estar al fin en marcha, y en su propia cubierta. Se negó a mirar atrás, hacia los tejados y campanarios de Great Yarmouth, con sus recuerdos del imperio de la ley, que tanto respetaba y que había infringido recientemente.

La reflexión lo llevó a buscar a su hermano mientras los hombres aseguraban la cubierta y ajustaban las velas según las exigentes instrucciones de Rogers. Lo descubrió al fin, con un pantalón de trabajo y una camisa a cuadros, tirando del aparejo del ancla, una tarea para hombres sin experiencia, supervisado por el señor Matchett desde las cadenas de estribor. Los marineros novatos apoyaron la uña del ancla en su varadero, y los más veteranos saltaron al lado exterior de la barandilla para pasar las trincas.

—Será mejor usar el escandallo mientras cruzamos la puerta, señor Easton; de lo contrario, la marea nos empujará hacia Corton, y hoy no tengo ganas de embarrancar.

—A la orden, señor. ¡Snape! ¡Mueva el trasero hacia las cadenas mayores con un escandallo!

—Vela trinquete, señor Rogers. Y que Quilhampton ice la cangreja cuando atrapemos el viento del banco de Scroby.

Drinkwater consultó su reloj. Eran las once en punto. Un barco se acercaba desde el sur, y Drinkwater comprobó su número con sus señales privadas. Era el *Edgar*, del capitán George Murray, que se unía a la flota. Recordaba a Murray como el frustrado capitán de la torpe fragata *La Nymphe*, que no había podido entrar en acción durante la batalla del día de San Jorge frente a la costa de Bretaña. Con un sobresalto, Drinkwater comprendió que habían transcurrido siete años. Había sido su primera batalla a cargo de un barco, el cúter *Kestrel*, mientras su comandante, el teniente Madoc Griffiths, se encontraba en su camarote bajo los efectos de la malaria.

A mediodía, Drinkwater comprobó la entrada de Easton en la pizarra y envió la guardia abajo. Pese a la confusión imperante en la flota, la pequeña escuadra de Martin se mantenía en sus puestos aceptablemente. Estaba claro que Martin pretendía sacar un nombramiento de capitán de aquella expedición.

—¿Qué rumbo, señor? —preguntó formalmente Easton.

Drinkwater sonrió débilmente. La flota estaba harta de incertidumbre.

—Solo tengo órdenes de dirigirnos al Naze de Noruega, señor Easton, como les dije ayer.

—Hongos, señor Easton —dijo alegremente Rogers—. Eso es todo lo que somos, hongos.

—¿Hongos, señor Rogers? —dijo Easton, con el ceño fruncido.

—Sí, hongos, señor Easton. Nos mantienen a oscuras y nos alimentan de mierda.

—Le digo que tengo razón, «Huesos». —El olor a ron era intenso en el aire.

El señor Jex había arrastrado al cirujano hacia la oscuridad estigia de la bodega del *Virago*, con el pretexto de hacerle examinar la calidad de un barril de chucrut. El tono familiar que utilizó para dirigirse a Lettsom solo sirvió para enfatizar lo mal que había juzgado al cirujano. Escuchando las observaciones exageradamente despectivas que utilizaba habitualmente Lettsom, Jex había supuesto que este podría convertirse en un aliado. Parte del deseo de Jex de encontrar un confidente se debía a su aislamiento, después de que quedara al descubierto su conducta en la batalla del Sunk. Lettsom manifestaba aborrecer la guerra y las maquinaciones del Almirantazgo, una actitud corriente entre los mejores cirujanos, producto de la costumbre de mantener a los hombres educados en una especie de limbo social, como meros suboficiales entre colegas de intelecto muy inferior.

Jex había decidido que, puesto que no podría escapar a las insinuaciones de cobardía, le convenía interpretar el papel de objetor de conciencia. Tras completar así su rehabilitación a sus propios ojos, aunque a los de nadie más, empezó a buscar el modo de conseguir sus fines. Pero Jex tenía una mente acostumbrada al cálculo, y la facilidad con que desempeñaba aquella función le impedía ver sus limitaciones en otros campos. Era un hombre que se consideraba listo sin serlo. Por lo tanto, era peligroso enfrentarse a él, y Drinkwater le había ofendido.

La estupidez del señor Jex le llevaba a creer que ciertos hechos que habían llegado a su conocimiento eran un signo providencial de que su nueva filosofía de cuáquero gozaba de la aprobación divina, y que los poderes deductivos que había empleado para llegar a aquella conclusión demostraban que era un hombre de intelecto igual al del cirujano; de ahí que se hubiera dirigido a él con su apodo familiar.

Era una lástima que una mente tan habilidosa cuando se trataba de buscar provecho para sí misma, y de calcular la octava parte de las raciones de los desdichados marineros (en su propio beneficio), fuera al mismo tiempo una mente que disfrutara entrometiéndose en

los asuntos ajenos. Guardaba rencor al teniente Drinkwater desde que este demostró más astucia que el sobrecargo en el tema de su nombramiento. Drinkwater lo había intimidado y humillado ante sus propios ojos. Jex no había esperado que el destino tuviera la gentileza de ponerle en las manos unas armas como las que a la sazón poseía, pero creyó encontrar en ellas una confirmación más de sus habilidades superiores.

Todo había empezado cuando fue despertado de su hamaca a la una de la madrugada por un airado señor Trussel. El artillero había traído un nuevo recluta, y Jex le había dejado muy claro lo que opinaba de ser despertado para ocuparse de las necesidades de semejante escoria. Su discurso había sido tan vehemente que había levantado la linterna hasta el rostro del recién llegado. Jex era incapaz de analizar la naturaleza precisa de la expresión que había encontrado, pero el hombre no parecía estar tan asustado como hubiera debido, solo aterido de frío. Las sospechas de Jex despertaron cuando el hombre no se acoquinó delante de él.

Jex lo había visto a su llegada a bordo, antes de que le cortaran el pelo y perdiera peso, cuando todavía iba vestido con sus calzas de caballero. En aquel momento, Jex no reconoció a Edward, simplemente se fijó en él. Y como se había fijado en él, continuó observando a «Waters». Rogers había alojado a Edward Drinkwater entre los «bomberos», el lugar destinado a los marineros más ineptos y poco experimentados, cuyo deber era bombear agua en las mangueras desplegadas por el sobrecargo.

La cosa podía haber quedado allí si Jex no hubiera bajado a tierra en busca de provisiones para el camarote en Yarmouth poco antes de la orden de zarpar. Sintiendo cierta curiosidad, había comprado un periódico, una extravagancia que podía permitirse. De no haber comprado el periódico, tal vez nunca hubiera establecido la conexión entre el nuevo «voluntario» y el hombre que había visto en el Zorro Azul, un hombre que había entrado en el bar inmediatamente después de que el teniente Drinkwater abandonara la taberna.

El *Correo de Yarmouth* informaba: «Un terrible crimen doble, perpetrado recientemente sobre la persona de un noble francés emigrado, el marqués de la Roche-Jagu, y su hermosa amante, la señorita Pascale Eugenie Vrignaud. El despreciable acto había tenido lugar en las habitaciones del marqués en Newmarket. El aristócrata había muerto de una herida de espada en el lado derecho del cuello, que le había seccionado el trapecio, la arteria carótida y la vena yugular. La señorita Vrignaud había sido asesinada de una herida en la sien izquierda, que la había dejado inconsciente al instante y que había resultado en una severa hemorragia en la cavidad craneal. El doctor Ezekiel Cotton, de Newmarket, era de la opinión que ambos habían muerto del mismo golpe…».

Jex sacó la conclusión correcta de que los amantes habían sido sorprendidos en el acto sexual, y de que el asesino había golpeado una sola vez. Pero fue el último párrafo el que llenó el corazón del señor Jex de justa ira: «Un tal Edward Drinkwater, que había sido visto recientemente en compañía de la señorita Vrignaud, había desaparecido desde entonces. Se le describía como un hombre de estatura mediana y figura corpulenta, con la tez rojiza y cabello castaño y sin empolvar».

El señor Jex había leído la noticia con gran interés; su curiosidad y astucia habían despertado, y recordó al hombre del Zorro Azul.

—Le digo que tengo razón —repitió Jex.

Lettsom levantó la vista del barril abierto.

—A este chucrut no le pasa nada; los barriles siempre huelen mal cuando se acaban de abrir.

Lettsom se irguió.

Para evitar el escorbuto,
el capitán ha decidido
que nos dará coles frescas
y chucrut envejecido.

—Haga que se lo coman, señor Jex, el capitán tiene razón…

—No, no, señor Lettsom. Maldita sea, no me ha estado escuchando. Me refiero a esta noticia del periódico. —Empujó el *Correo de Yarmouth* bajo las narices de Lettsom. El cirujano lo tomó con impaciencia y atrajo hacia sí la linterna. Cuando hubo terminado, levantó la vista hacia el sobrecargo. Los ojos porcinos de Jex centelleaban.

—¿Está relacionando a nuestro comandante con el hombre desaparecido?

—Exactamente. De modo que ya ve a qué me refiero.

—No, no lo veo. ¿O cree que soy una especie de hierofante, capaz de leer las mentes de los hombres?

Jex no se arredró ante el insulto incomprensible.

—Suponga que el asesino…

—Ni siquiera este panfleto difamatorio afirma que el hombre desaparecido fuera el autor del asesinato. —El matiz legal pasó inadvertido para Jex.

—Bueno, suponga que fuera el asesino, y que estuviera emparentado con el capitán…

—Cielo santo, señor Jex: no tenía ni idea de que tuviera usted una imaginación tan activa. —Lettsom hizo además de marcharse, pero Jex lo retuvo.

—Y suponga que el capitán lo trajera a bordo durante la noche…

—¿Qué quiere decir exactamente? —Lettsom volvió a observar las astutas facciones del sobrecargo.

—¿Por qué si no iba el teniente Drinkwater a hacer que azotaran a su hermano? ¿Eh? Le estoy diciendo que Edward Waters es el hombre buscado por ese crimen de Newmarket. —Palmeó el periódico con el dorso de la mano. Lettsom permaneció unos instantes en silencio, y Jex aprovechó su ventaja. Lettsom ignoraba que la adquisición de los fondos de Jex por parte de Drinkwater había enfrentado al sobrecargo con el comandante. Jex se había resentido por aquella extorsión, ignorando el hecho de que sus propios ingresos eran igualmente inmorales.

—Bien, ¿me ayudará, entonces? —preguntó Jex, revelando a Lettsom el motivo de su viaje a la bodega y el grado de estupidez de Jex.

—¿Yo? No, señor, no le ayudaré. —Lettsom estaba indignado. Volvió a hacer ademán de abandonar la bodega, y de nuevo Jex lo retuvo.

—Si tengo razón, y usted se niega a ayudarme, habrá obstruido la acción de la justicia…

—Jex, escúcheme con mucha atención —dijo Lettsom—. Si conspira contra el capitán de un barco de guerra, será usted culpable de motín, y puede acabar en la horca.

Lettsom se retiró a su camarote y sacó su flauta. Hacía varias semanas que no la tocaba, y lamentó instantáneamente su falta de práctica. No tenía demasiado talento, y tocaba pocas veces en otra compañía que no fuera la de su esposa. Ensayó una o dos escalas antes de empezar una melodía compuesta por él mismo mientras su mente se concentraba en sus preocupaciones del momento.

El señor Lettsom era un hombre de frivolidad superficial y aparente indiferencia, actitudes que había adoptado al principio de su vida naval como defensa contra la crueldad del servicio. Había descubierto que le servían para mantener a la gente a distancia, y, a excepción de su esposa y tres hijas, lo prefería. La experiencia de vivir como segundo cirujano durante la guerra americana había acabado con sus sentimientos compasivos hacia los sufrimientos de la humanidad. En general, los demás suboficiales le parecían ignorantes, llenos de prejuicios e insoportablemente egoístas; sus superiores se le antojaban orgullosos, altaneros e incompetentes, y sus inferiores insensibilizados y sujetos a subdivisiones similares según su propia jerarquía interna.

Con sus pacientes, Lettsom aplicaba desapasionadamente los resultados de su creciente experiencia. Tenía fama de buen cirujano porque su índice de éxitos estaba dentro de la media y no bebía en exceso. Su frívola indiferencia no facilitaba la formación de amistades íntimas, y normalmente se le dejaba tranquilo, aunque

sus versos solían granjearle la aclamación popular en la mesa. Raras veces hacía amigos; sus relaciones profesionales, en su mayor parte, eran del tipo de la que disfrutaba con Rogers, una especie de consideración mutua basada en un respeto superpuesto al desagrado.

Pero la verdadera naturaleza del señor Lettsom era distinta. Solo su familia conocía sus pasiones más profundas. Su esposa comprendía bien su desesperación ante lo inadecuado de sus habilidades, su resentimiento por la inferioridad de la cirugía frente a la «medicina» y su rabia contra la charlatanería de los doctores, socialmente superiores. Una larga observación de las pretensiones de la humanidad le había revelado su verdadera ignorancia.

En cierto sentido, la suya era una mente simple. Creía que la humanidad era esencialmente buena, y que las instituciones y divisiones que los hombres imponían a los hombres habían corrompido el material original. Pensaba que la humanidad podría ser salvada por unos cuantos hombres sabios, y que la tradición igualitaria inaugurada en la época de su abuelo había marcado el camino para la llegada de las fuerzas irresistibles de la revolución francesa.

Drinkwater había acertado: Lettsom era un igualitario y un seguidor de Tom Paine. No compartía la extendida creencia de Drinkwater, según la cual las agresiones y excesos de la revolución la habían hecho inaceptable; defendía que la propia naturaleza del hombre convertía aquellas cosas en inevitables, igual que la supuesta defensa de los principios de la ley, el orden y la libertad en la Armada Real se hacía a costa de latigazos, reclutamientos forzosos y un millar de pequeñas tiranías impuestas sobre los individuos. Unos cuantos hombres buenos…

Dejó de tocar la flauta, perdido en sus pensamientos. Si Jex había descubierto la verdad, Lettsom temía por Drinkwater. Pese a sus diferencias políticas, el cirujano admiraba al joven teniente, y lo veía como un hombre con cualidades humanistas que se tomaba el mando como una responsabilidad y no como una oportunidad. Las

pruebas de Jex, de ser ciertas, le parecían una especie de heroísmo quijotesco en contra de la ley establecida. Drinkwater había arriesgado su futuro por ayudar a su hermano, y ello despertaba cierta solidaridad en Lettsom, como si revelara la simpatía secreta del teniente por sus propios ideales. Con la sabiduría de la edad, Lettsom concluyó que las simpatías inconscientes de Drinkwater habían quedado expuestas ante él, y sintió que su admiración por el joven aumentaba.

Volvió a tomar la flauta y empezó a tocar mientras le asaltaba otra idea. Si el nuevo voluntario era realmente el hermano de Drinkwater, Lettsom no pensaba interferir, y al diablo con Jex. No le resultaba difícil comprender semejante crimen pasional, particularmente si había acabado con un marqués, uno de esos parásitos arrogantes que habían atraído sobre sí mismos las iras de los hambrientos, destruyendo la paz del mundo.

—Señal del barco insignia, señor.

—Muy bien.

—Número ciento siete, señor. —Hubo una pausa para que Quilhampton tratara de leer el libro de señales mientras el viento hacía revolotear las páginas.

—Acercarse al almirante, tanto como lo permita el estado del tiempo y las circunstancias.

—Muy bien. —Las circunstancias permitirían poco más que una obediencia simbólica a la orden de Parker. Desde las primeras horas del lunes, dieciséis de marzo, una feroz galerna había empezado a soplar del oeste suroeste. Nevaba desde el amanecer, y hacía mucho frío. Los grandes barcos tuvieron que reducir a velas de capa y arriar los mastelerillos. Sobre las nueve en punto, la cañonera *Alecto* había descubierto una vía de agua y se había separado, escoltada por el lugre Rover.

Drinkwater ordenó repartir la ropa de abrigo que había encargado prudentemente en Chatham, cuando Lettsom le informó

de que casi todos los hombres sufrían de toses, catarros o inflamaciones de garganta. Su propia preocupación se centraba en no topar con algún otro barco entre los chaparrones de nieve que les cegaban frecuentemente. La flota empezó a utilizar los cañones de señales.

—¿Reducimos velas, señor? —preguntó ansiosamente Easton, gritándole en el oído.

Drinkwater sacudió la cabeza.

—El barco aguanta bien, señor Easton; son las ventajas de un casco pesado.

—A la orden, señor.

El *Virago* navegaba y flotaba muy bien. Pese al constante balanceo, el movimiento era cómodo, y Drinkwater no se preocupó en ningún momento por los palos. Aunque cada vez que descendían gran parte del bauprés quedaba sumergido, los cables apenas se resentían.

—Navega como un auténtico lobo de mar, señor Easton. ¿Qué velocidad marcaba la barquilla la última vez?

—Seis y medio, señor.

—Bastante bien.

—Sí, señor.

Dos horas más tarde quedó patente la prudencia de no haber reducido velas. En un momento de calma entre nevadas, vieron que el *London* había izado el número ochenta y nueve.

—Los barcos de popa y de la retaguardia de la flota deben izar más velas.

—Sí, muy bien. A nosotros no nos hace falta, pero me pregunto si los de detrás habrán podido verlo.

Media hora más tarde, Parker dejó de insistir.

—Número ciento seis, señor. Hemos de virar, primero los barcos más a popa y a sotavento, y ceñirnos al viento en la otra amurada.

—Oh, Dios mío —dijo Rogers, que llegaba a cubierta para relevar a Easton—. Esto será como soltar un gato en un palomar.

—Es suficiente, señor Rogers —dijo rápidamente Drinkwater—. Por lo menos, el almirante ha tenido la previsión de dar la orden durante el cambio de guardia, cuando todos los hombres deberían estar en cubierta.

Y la flota británica continuó frente a la costa danesa, soportando el frío del anochecer temprano, ignorante de su paradero exacto y todavía sin órdenes específicas para el Báltico.

El frío continuó hasta el día siguiente, mientras Parker hacía sus cálculos y se ponía al pairo con frecuencia para echar la sonda.

—Me apuesto algo a que esos malditos pilotos a bordo del *London* estarán discutiendo ferozmente sobre dónde diablos estamos —rio Rogers mientas cedía la cubierta a Trussel, que, como oficial de más graduación después del de derrota, tenía asignado el mando de una guardia. Eran las ocho de la mañana, y la galerna no daba muestras de amainar, aunque el viento había virado un punto. Hacía más frío que el día anterior, y empezaban a aparecer las grietas en la piel y los sabañones de agua salada.

—Ese es un recién llegado, ¿no, señor Rogers? —preguntó Drinkwater, apareciendo en cubierta. Señalaba un barco de setenta y cuatro cañones, que apareció entre la niebla con su número y una bandera blanca en el palo de mesana. Rogers no se había percatado de que el barco no formaba parte de la flota; avanzaban hacia el nordeste de nuevo con las velas reducidas, y los barcos se movían como espectros entre los chaparrones.

—Er… ah… sí, señor —dijo, sonrojándose.

—El *Defiance*, señor —dijo rápidamente Quilhampton—. Del vicealmirante Graves señor. El capitán es Richard Retalick.

—Gracias, señor Q. —Quilhampton evitó la mirada furiosa que le lanzó Rogers, y supo que el primer oficial le exigiría más tarde una explicación de por qué, si era tan listo, no había informado del avistamiento al oficial responsable de la guardia.

La mañana continuó, animada solo por la llamada al trago de ron. La miserable hilera de hombres encogidos en sus chaquetas, con sus labios agrietados, ojos enrojecidos y narices congestionadas, era la prueba viviente de que las condiciones eran pésimas. El único fuego permitido a bordo de un barco cargado de dinamita era el de la cocina, y el calor que esparcía por el barco era rápidamente arrebatado por las corrientes de aire. Los oficiales no estaban mucho mejor; su única ventaja real era la posibilidad de beber más, fortificándose así contra el frío. El señor Jex, cuyos deberes rara vez lo obligaban a salir a cubierta, se aprovechaba particularmente de aquel privilegio.

Edward Drinkwater había recibido su lote de prendas de abrigo gracias a que su hermano había tenido la previsión de abastecerse de ellas pensando en el servicio bajo aquellas condiciones. Le había resultado sorprendentemente fácil adaptarse a la vida bajo cubierta. Era un hombre de constitución fuerte, que podía permitirse perder peso, y su físico había resistido bien durante los pocos días que llevaba a bordo. Su sociabilidad natural y su experiencia en vivir gracias a su ingenio le habían enseñado a sacar el mejor partido de las circunstancias, mientras que sus contactos con el mundo de las carreras de caballos le habían familiarizado con los estratos más bajos de la sociedad del momento, además de con «la gente fina». La culpabilidad que sentía por lo que había hecho aún no le había afectado, y aunque en ocasiones le asaltaba el dolor por Pascale, este desaparecía rápidamente, borrado por su última imagen de ella, con el rostro extático bajo su amante. Revivía su reacción de aquel segundo cien veces al día, tomando la espada y dejándola caer con furia ingobernable en el torbellino de su imaginación.

Las rigurosas exigencias de sus deberes, combinadas con la necesidad de ser cauteloso para no delatar a su hermano, y por lo tanto a sí mismo, le habían dejado poco tiempo para meditar sobre asuntos morales. Una vez bajo cubierta, el agotamiento físico le vencía rápidamente, y el temor a la ley, que había motivado su huida a Yarmouth, se evaporó a bordo del *Virago*. Supo por sus

compañeros de mesa de la abundancia de criminales refugiados en la Armada, y que el servicio no renunciaba fácilmente a aquellos muertos vivientes; no podía permitírselo si quería mantener sus muros de madera firmes contra la perniciosa influencia de la Francia republicana. Edward había confiado en su hermano con la fe ciega de los irresponsables, y Nathaniel no le había defraudado. No sabía hasta qué punto Drinkwater había arriesgado su carrera, su familia, incluso su vida. Por lo que Edward había visto de la Armada Real, el capitán de un barco de guerra dictaba su propia ley. Se consideraba afortunado por tener un hermano en tal posición, y confió su destino a las capaces manos de Nathaniel.

Respecto al cambio en sus circunstancias, Edward tenía temperamento de jugador, y lo aceptaba como una inconveniencia temporal. Estaba seguro de que no duraría para siempre, y de aquella sensación de provisionalidad obtenía cierta satisfacción. Sus compañeros no prestaron especial atención al silencioso recién llegado, pues convivían todos los días con excentricidades mayores que la suya. Pero sus movimientos no pasaron desapercibidos para el señor Jex.

—Vamos, dense prisa con ese barril, maldita sea. —El señor Jex observaba a los tres marineros novatos que pugnaban por sacar el barril estibado, sudando por el esfuerzo de controlarlo mientras el barco se balanceaba. La gruesa figura del señor Jex se dignó sostenerles en alto la linterna cuando finalmente consiguieron ponerlo en pie.

—Ábranlo, vamos, ábranlo —ordenó con impaciencia, indicando a uno de los hombres que tomara el cincel prestado por el señor Willerton. Observó cómo Waters se inclinaba para tomar la herramienta, y despidió a los otros dos con un gesto de la cabeza. Las cosas estaban saliendo mejor de lo que había supuesto. Waters gruñó mientras movía el aro interior de la tapa, y Jex acercó más la linterna para leer el número marcado en la parte superior del barril.

—Ábralo de una maldita vez. —Jex también estaba sudando, preocupado de repente por la idea de encontrarse a solas en la bodega con un asesino. Tuvo que obligarse a recuperar su fugaz actitud de superioridad moral. Las circunstancias parecieron acudir de nuevo en su ayuda. Waters retrocedió, asqueado por el hedor que surgió del barril de cerdo salado. La familiaridad de Jex con aquel olor le ayudó a recobrarse.

—No está acostumbrado al mal olor, ¿eh? Demasiado habituado a los lugares confortables —Jex hizo una pausa para poner énfasis—, a los alojamientos confortables como los del Zorro Azul, ¿eh, señor Drinkwater? —Los ojos diminutos de Jex centellearon a la luz de la linterna, estudiando el rostro de Edward, en busca de una reacción de culpabilidad provocada por su acusación.

Pero el sobrecargo iba a sufrir una decepción. Aquella pausa leve y enfática había puesto a Edward en guardia. El rápido instinto que en él era la intuición del jugador, mientras que en su hermano se revelaba como una veloz inteligencia, le hizo levantar la mirada con expresión de sorpresa.

—Se equivoca usted, señor —dijo, con el acento rural de su juventud en Middlesex—, mi nombre es Waters. —Sonrió—. No estoy emparentado con el capitán, señor Jex. —Sacudió la cabeza como sorprendido por el error, y centró su atención en el interior del barril, como si desestimara rápidamente el asunto.

Jex quedó desconcertado, repentinamente inseguro de sí mismo, y sin embargo…

Waters levantó la vista. Jex todavía lo observaba.

—Y lo que ha dicho del Zorro Azul… No sé nada de ese lugar. ¿Es una taberna? De veras, si pudiera permitirme vivir en una taberna no estaría a bordo de este barco, señor.

Aquello era cierto, pensó Edward, mientras luchaba por mantener un tono de voz tranquilo, aunque aterrado en su interior por haber sido descubierto. Pero Jex no estaba satisfecho.

—¿De modo que es usted voluntario?

—Así es, señor.

—¿Y por qué se presentó voluntario?

—Problemas de mujeres, señor Jex, problemas de mujeres.

—Ya sé… —empezó Jex, con un deseo cruel y repentino de provocar a aquel hombre para que cometiera algún acto de insubordinación que lo llevara al enjaretado, donde sería azotado por su propio hermano. Pero sus intenciones se vieron perturbadas por la llegada del señor Quilhampton, con el mensaje de que el sobrecargo debía presentarse ante el teniente Rogers sin demora. Había perdido su oportunidad, y Edward decidió permanecer doblemente vigilante, para evitar al sobrecargo en lo posible, e incluso, si era necesario, para tomar medidas personalmente.

Drinkwater contempló el bergantín que se acercaba por el este con la bandera de alarma en el palo trinquete. Le recordó al *Hellebore*. Pasaría cerca de la popa del *Virago* en su camino hacia el *London* para hablar con el almirante.

—El *Cruizer*, señor, bergantín de dieciocho cañones, como nuestro viejo *Hellebore*.

—Estaba pensando justamente eso, señor Trussel. —Los dos hombres observaron la llegada del barco, y vieron que el capitán saltaba a las cadenas mayores con un altavoz. Drinkwater había coincidido con James Brisbane en Yarmouth, y levantó el sombrero para saludarlo.

—¡Buenas tardes, Drinkwater! —gritó Brisbane mientras su barco pasaba a toda prisa—. Hemos avistado tierra al otro lado de Boubjerg. ¡Debemos estar veinte leguas más al sur de lo que pensábamos! —Les saludó con la mano y saltó hacia el interior, mientras su bergantín recorría las últimas dos millas que lo separaban del barco insignia.

—¡Dios mío! —murmuró Drinkwater. ¡Sesenta millas! Un grado de latitud; pero no era extraño, puesto que no habían visto sol, luna ni estrellas desde que zarparon de Yarmouth. Lo que sí resultaba sorprendente era que el grueso de la flota continuara junta.

Un poco más tarde, el barco insignia dio una señal, disparando sus cañones para enfatizar la importancia de la orden. La flota viró al noroeste, y volvió a avanzar junto a la costa.

Al día siguiente llegó el *Elephant* con la noticia de que el *Invincible*, al que habían visto partiendo de la rada de Yarmouth por la salida de Cockle, había naufragado en el banco de Haisbro, con la pérdida de la mayor parte de la tripulación. Cuando la noticia recorrió la flota, Drinkwater se sintió invadido por una sensación de desastre inminente; le parecía que los malos augurios ponían en peligro toda la empresa. Y sus temores por Edward y por él mismo solo parecían aumentar la fuerza de sus aprensiones.

Aquella noche el tiempo dio señales de moderarse. Poco después de oscurecer, cuando se encontraba escribiendo en su diario a la luz de una linterna oscilante, Drinkwater fue perturbado por una llamada a la puerta de su camarote.

—¿Sí?

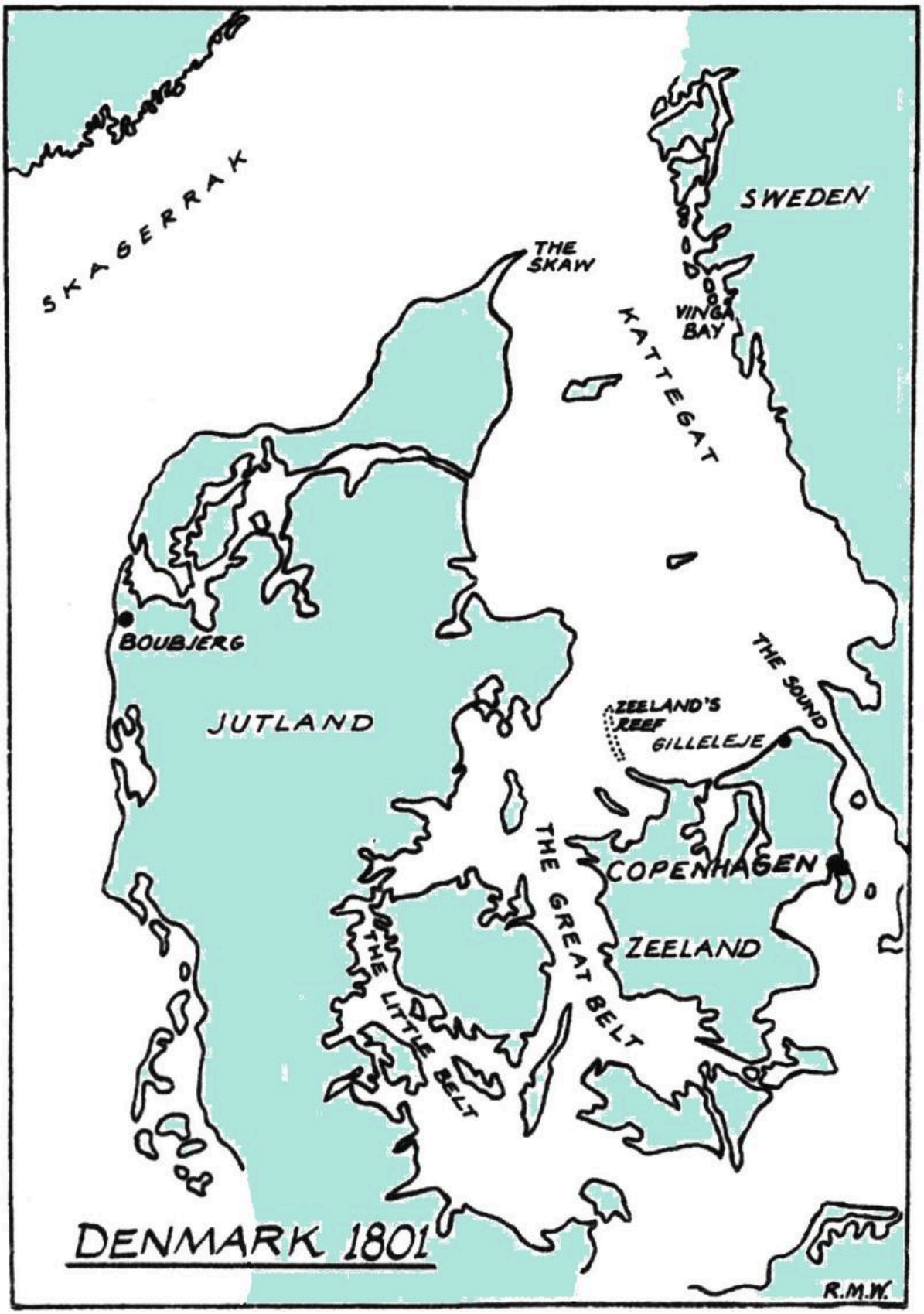
Entró el señor Jex. Estaba sofocado y olía a ron. Llevaba en las manos lo que parecía un periódico.

—¿Sí, señor Jex? ¿Qué sucede? —Jex no replicó, pero tendió el periódico a Drinkwater. Sin conformarse con las respuestas de Waters, Jex había comprendido que la astucia del novato era demasiado para él. Y el sobrecargo temía a un hombre de quien sospechaba que era un asesino. Disimuló su temor con el argumento de que el teniente Drinkwater era con quien realmente deseaba ajustar cuentas. El ron le devolvió el valor para actuar.

Drinkwater se inclinó sobre el papel. Mientras leía, sintió como si una mano gélida le oprimiera las entrañas. El color huyó de su rostro, y su frente se cubrió de sudor. Trató en vano de ahuyentar la imagen que la descripción le trajo a la mente.

De algún lugar por encima de él le llegó la voz de Jex, que hablaba con el celo virtuoso de un arcángel.

—Sé que el hombre a quien trajo a bordo en Yarmouth es su hermano. Y que lo buscan por asesinato.


SKAGERRAK
SWEDEN
THE SKAW
VINGA BAY
KATTEGAT
BOUBJERG
JUTLAND
THE SOUND
ZEELAND'S REEF
GILLELEJE
COPENHAGEN
THE GREAT BELT
ZEELAND
THE LITTLE BELT
DENMARK 1801
R.M.W.

Capítulo 12

19-23 de marzo de 1801

Un buen rodaballo

El camarote se llenó con un silencio solo enfatizado por el crujido de la lona del *Virago* al abrirse camino en el mar. La cabeza del timón resonaba en la limera que corría por el centro del yugo, entre las ventanas y los cañones de persecución de popa.

Drinkwater cruzó los brazos para ocultar el temblor de sus manos y se reclinó en su silla, todavía contemplando el periódico sobre la mesa. Su contenido revelaba todo el asunto, y precisamente Jex lo había averiguado. Levantó la vista y sintió una furia repentina ante la mirada de satisfacción en los rasgos porcinos del sobrecargo. Su resentimiento por encontrarse en una posición tan forzada, por culpa de Edward y de aquel hombrecillo desagradable en pie frente a él, se combinó con su cansancio para tratar de encontrar la salida a una situación insostenible. Su ira se desató, empeorada por la conciencia de la necesidad de mentir.

—¡Maldita sea, señor mío, está usted borracho! ¿A qué demonios cree que está jugando con sus ultrajantes acusaciones? ¿Eh? Vamos, ¿qué tiene que decirme?

—El marinero Waters es su hermano…

—¡Por el amor de Dios, señor Jex! ¿Qué demonios le hace pensar eso?

—Les vi juntos en el Zorro Azul, un establecimiento que me gusta frecuentar.

Drinkwater comprendió en aquel momento una parte del acertijo relativo a cómo había descubierto Jex su engaño. Mientras luchaba por pensar en un modo de salir del atolladero, continuó atacando la certidumbre del sobrecargo. Emitió una risa breve, forzada y sin humor, que parecía un ladrido.

—¡Ah! ¿Y cree usted que castigaría a mi hermano? ¿Eh? ¿Que ordenaría que lo azotaran Matchett y sus hombres?

—Si hubiera cometido un asesinato… —Jex señaló con la cabeza el periódico que yacía entre ambos.

Drinkwater se inclinó hacia delante y apoyó ambas manos sobre el *Correo de Yarmouth*.

—Señor Jex —dijo, con aire de aparente paciencia—, no puede demostrar que exista ninguna relación entre un hombre que afirmó ser mi hermano en una taberna de Chatham, el autor de este asesinato y un marinero patético que se alistó voluntario en Yarmouth.

—Pero la semejanza de los nombres…

—Una coincidencia, señor Jex. —Los ojos de ambos hombres se encontraron, mientras cada uno buscaba una debilidad en su rival. Drinkwater vio duda en el rostro de Jex; la vio surgir a través de la seguridad inducida por el alcohol. Jex había perdido la ofensiva. Drinkwater aprovechó su ventaja.

—Voy a ser franco con usted, señor Jex, porque su equivocación es altamente sediciosa y contraria a las Ordenanzas de Guerra. —Hizo una pausa, viendo que la idea también cruzaba por la mente de Jex—. Veo que me comprende. Pero seré todo lo franco que pueda. Hay un pequeño misterio en todo esto. —Se mostró deliberadamente vago, y pudo ver que Jex tenía el ceño fruncido—. No hace falta que le diga que las Sociedades Liberales de Inglaterra, señor Jex, esas organizaciones que trató de instaurar el señor Chauvelin en el noventa y uno para fomentar la revolución entre nosotros cuando era el embajador francés, continúan muy activas.

Están llenas de espías franceses, y puede estar seguro de que una flota del tamaño de la nuestra en Yarmouth ha sido vista por muchos ojos, incluyendo ojos hostiles que sin duda habrán vigilado nuestros movimientos con interés…

Drinkwater sonrió para sí. Jex era un falso patriota, un «tory» de la peor especie. Un traficante de influencias, celoso de sus privilegios, ansioso por mantener el status quo y buscar su propio beneficio, mientras aspiraba al ascenso social. Para los hombres del odioso tipo de Jex, el temor a la revolución superaba al temor a la sífilis.

—No puedo decir más, señor Jex, pero he tenido cierta experiencia en tales asuntos… puede verificarlo con el cabo Tregembo, si no es capaz de aceptar la palabra de un caballero —añadió.

Jex permaneció en silencio, en busca de cualquier ventaja que pudiera conseguir en la telaraña de palabras que estaba tejiendo Drinkwater. No sabía dónde estaba el misterio: en el hombre del Zorro Azul, en el marinero Waters o en el asesinato donde los nombres coincidían tan sospechosamente. El ron lo estaba confundiendo, y no acababa de comprender dónde había ido a parar la superioridad de que había gozado unos minutos atrás. Su intención había sido presionar a Drinkwater para que le devolviera el dinero, o al menos establecer cierta presión sobre el capitán que pudiera aprovechar en beneficio propio. Se había sentido muy seguro de sus argumentos mientras los ensayaba una hora antes. Pero de repente se enteraba de que existía un misterio que no comprendía, pero que era vagamente peligroso para él, de la verdadera autoridad de Drinkwater y del impresionante poder de las Ordenanzas de Guerra, que incluso un mero teniente podía invocar contra él. La inteligencia de Jex lo había abandonado. Solo la astucia podría sacarle de aquel atolladero.

—No estoy…

—Señor Jex —dijo bruscamente Drinkwater, repentinamente harto de aquella farsa—, está usted bebido. Ya he confiado en usted

más de lo que hubiera debido, y le conmino a que sea discreto respecto a lo que le he dicho. No me han gustado sus motivos ni su modo de llamar mi atención sobre este asunto. —Se levantó—. Buenas noches, señor Jex.

El sobrecargo se volvió justo cuando la popa del *Virago* se hundía pesadamente en el surco de una ola. Jex se tambaleó y se agarró al borde de la mesa.

Drinkwater sonrió de repente.

—Tómese su tiempo, señor Jex, y tenga cuidado. Después de todo, si Waters es un asesino, podría usted terminar arrojado por la borda cualquier noche oscura. Esas cosas ocurren. —Drinkwater, que no sabía nada de la cobardía del sobrecargo, había tocado el único nervio que poseía Jex. La posibilidad de acabar muerto o herido no se le había pasado por la cabeza al solicitar el puesto de sobrecargo a bordo del *Virago*. De hecho, en aquel momento parecía haber pocas posibilidades de que el barco se hiciera a la mar de nuevo. Pero desde que había visto la agónica muerte y las horribles heridas de Mason, pensaba a menudo en la muerte mientras yacía en su hamaca solitaria con forma de ataúd.

Drinkwater observó cómo el sobrecargo se alejaba del camarote. Se sentía como un espadachín que acabara de conseguir una parada afortunada, desviando una espada que parecía a punto de penetrar en su guardia. Pero había permitido que su oponente se recobrara.

Ignoraba si Jex había hablado con Edward, y solo podía esperar que la explicación de Tregembo, que estaba seguro de que Jex le pediría a su debido tiempo, no lo traicionara. Pero aquella era su única coartada. Descubrió que las manos volvían a temblarle una vez solo. Desde el mamparo que tenía delante, los retratos de Elizabeth y Charlotte Amelia lo contemplaban impasibles, haciendo que su frente se cubriera de sudor al comprender la enormidad de sus actos. Se preguntó hasta qué punto habría logrado disimular el asunto tras la pantalla de humo del deber. ¿Qué era lo que había dicho Lettsom sobre utilizar el deber para disimular la incapacidad propia? Se encogió de hombros para librarse del recuerdo. Aquellos

matices filosóficos eran irrelevantes. No había más remedio que seguir adelante, y de algo estaba seguro: no tenía otra alternativa que continuar con su mentira. Ni tenía tiempo de esperar a recibir la respuesta de su misiva a lord Dungarth. Tendría que desembarcar a Edward muy pronto.

La mañana siguiente amaneció hermosa y despejada. El viento había virado al noroeste, y la flota avanzaba hacia el este. Los pequeños bergantines fueron remolcados por los barcos de guerra. Poco después del amanecer, toda la inmensa masa de barcos, avanzando a seis o siete nudos, distinguió a estribor la línea baja de la costa danesa, primero de un tono azul gris, y más tarde verde pálido con un borde de espuma blanca. A las nueve en punto de la mañana del diecinueve de marzo, la flota empezó a pasar junto al faro de Skaw, y viró al sureste, adentrándose en el Kattegat. Los daneses habían apagado el faro durante la noche, pero a la pálida luz de la mañana su torre era una referencia muy clara para los barcos mientras cada uno orientaba las vergas. A la una en punto, Parker ordenó a la fragata *Blanche* que se adelantara y consiguiera noticias de los progresos de Nicholas Vansittart, que había partido de Harwich quince días atrás en el paquebote de Hamburgo con una oferta final para el conde Bernstoff, el primer ministro danés.

Tras las incomodidades de los pasados días, el sol les resultó cálido y alentador. Los primeros oficiales de toda la flota pusieron a los hombres a lavar la ropa y las hamacas. Las redes y el cordaje bajo de los barcos pronto empezaron a relucir con el balanceo de camisas y pantalones. La visión de la costa enemiga a estribor provocó sonrisas y bromas en los castigados rostros de los hombres. Los oficiales estudiaban su monótona silueta a través de los catalejos, como si pudieran distinguir en ellos su destino.

Al parecer, la sensación de orgullo colectivo, capaz de animar a los marineros británicos y hasta el momento ausente de la flota de Parker, no había muerto, sino que se encontraba simplemente

adormecida, y despertó gracias a la cualidad veraniega del día. Aquella recuperación del ánimo quedó patente en el mismo Nelson, siempre sensible a la moral de sus hombres. Cuando el viento amainó al caer la tarde, hizo preparar su barcaza, y los ojos inquisitivos de la flota lo observaron acercarse al poderoso *London*. Uno de sus hombres había pescado un inmenso rodaballo, y se lo había obsequiado al diminuto almirante manco.

En un gesto típicamente impetuoso bajo el que podía distinguirse un propósito inflexible, Nelson ofreció el pescado personalmente a su superior. Aquello rompió el hielo entre ambos hombres. Cuando la historia se extendió por la flota, Lettsom compuso su ya esperado poema:

> Nelson está dispuesto a adelgazar,
> y regalar a Parker su pescado,
> si Parker se conforma con cenar
> y dejar a lord Nelson de encargado.

Pero el señor Jex no había participado de la euforia general al pasar frente al Skaw. Había dormido mal, y despertado con una resaca de ron que le provocaba un fuerte dolor de cabeza. Había olvidado por completo los convincentes argumentos que la noche anterior le habían persuadido de que el teniente Drinkwater estaba en sus manos. Su mente solo comprendía que había sido derrotado. Para Jex, aquello era como un deshonor.

Poco después del cambio de guardia a las ocho de la mañana, mientras los curiosos sobre cubierta contemplaban el faro de Skaw, Jex fue en busca de Tregembo y le ofreció un trozo de tabaco.

—Gracias, señor —dijo este, contemplando al sobrecargo con desconfianza.

—Tregembo, ¿no es cierto?

—Sí, señor. —Tregembo mordió un pedazo de tabaco y empezó a masticarlo.

—Hace mucho que conoce al teniente Drinkwater, ¿eh, Tregembo? —El cabo asintió—. ¿Cuánto tiempo?

—Conocí al señor Drinkwater cuando era guardiamarina, a bordo de la fragata *Cyclops*, con el capitán Henry Hope… durante la guerra americana.

—¿Y lo ha tratado desde entonces?

—No, señor. Volví a encontrarlo cuando me destinaron al cúter *Kestrel*, señor, en los servicios especiales.

—Servicios especiales, ¿eh?

—Sí, señor, muy especiales… en la costa francesa, tras el estallido de esta guerra. —Una expresión astuta había aparecido en los ojos del de Cornualles—. Trabajo para el señor Drinkwater, señor…

—Ah, sí, por supuesto, entonces tal vez pueda usted decirme si el señor Drinkwater tiene un hermano, ¿eh? —Tregembo estudió al orondo y calculador oficial, y recordó lo que había dicho Drinwkater sobre Waters y lo que había descubierto en Petersfield. Hizo rodar el tabaco sobre su lengua.

—¿Un hermano? No, señor, el teniente no tiene ningún hermano, señor Jex, señor.

—¿Está seguro?

—He estado con él constantemente durante los últimos nueve años, y nunca he oído que tuviera ningún hermano.

—Y ese servicio especial…

—Sí, señor, servimos en el bergantín *Hellebore*, bajo las órdenes de lord Nelson. —Tregembo recordaba lo que le había dicho Drinkwater, y empezó a mostrarse mucho menos colaborador en cuanto comprendió a dónde quería ir a parar Jex.

—Bajo las órdenes de lord Nelson, ¿eh? Bien, bien… De modo que Drinkwater está bien considerado en ciertos sectores, ¿eh?

—Sí, señor, conoce muy bien a lord Dungarth. —Tregembo estaba tan orgulloso de la relación de Drinkwater con el noble como Jex impresionado.

—En ese caso, es sorprendente que siga siendo un simple teniente, Tregembo.

—Disculpe, pero es una auténtica vergüenza… Es una larga historia, señor, pero el señor Drinkwater azotó a un pederasta en el *Cyclops*, y el bastardo se vengó de él impidiendo su nombramiento… —Una sonrisa cruzó el rostro de Tregembo—. Al menos, pensó que se había vengado, pero terminó en un hospital en el Cabo, señor. —Se inclinó hacia delante, moviendo el tabaco con las mandíbulas mientras hablaba—. Si un hombre sabe lo que le conviene, no se interpondrá en el camino del teniente.

—El viento sigue arreciando, señor, y no me gusta el aspecto que tiene. —Rogers se sostenía el sombrero, y el impermeable aleteaba en torno a él mientras miraba a barlovento. Las cortinas blancas de cellisca recorrían la cubierta, apenas visibles bajo la luz de la linterna de bitácora. Ambos oficiales se tambalearon cuando el *Virago* tiró de su ancla, virando frente al viento, sacudiendo el casco y tensando el cable.

—Pónganle otro cable, Sam —gritó Drinkwater al oído de Rogers —. Habrá más espacio para virar.

El buen tiempo no había durado todo el día. Apenas había anclado la flota en la bahía de Vinga cuando el viento traicionero había virado y arreciado. A medianoche soplaba una galerna completa del oeste suroeste, manteniéndolos atrapados contra una costa a sotavento, y amenazándoles con estrellarles contra la costa sueca.

Drinkwater contempló las formas grises y negras de los hombres mientras se movían por la cubierta. Se alegraba de haberles podido proporcionar ropa de abrigo. Aquella noche ninguno dormiría demasiado, y era lo mínimo que podía hacer por ellos. Estaban a medio tender el segundo cable cuando vieron el primer cohete de señales. Ello les recordó que, en la ruidosa oscuridad, más allá del reducido límite de su horizonte visible, había otros hombres en otros

barcos, sufriendo como ellos. El arco de chispas acabó en un siniestro resplandor azul que flotó en el cielo brillando débilmente, iluminando los mástiles inferiores del *Virago* antes de morir.

—Alguien en apuros —gritó Easton.

—¡Cuide de que no seamos nosotros, señor Easton! ¡Eche el escandallo por la borda, a ver si hemos tocado fondo!

De repente, una voz anónima gritó en la proa:

—¡Cuadra de estribor! ¡Atención cuadra de estribor!

Drinkwater levantó la vista y vio una pirámide de mástiles y perchas y el débil destello de una gavia a medio izar sobre una masa de oscuridad negra: la interposición de un gran casco entre él y las olas salvajes que habían sido visibles un momento antes.

—¡Corten el cable! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones. En la proa, un hombre de reflejos rápidos tomó un hacha de debajo del castillo de proa. Drinkwater esperó solo el tiempo suficiente para asegurarse de haber sido entendido antes de volver a gritar—: ¡Drizas de velas de estay en el mastelero de trinquete! ¡Suelten y arríen! ¡Escotas a estribor! —Hubo un segundo de suspense, y luego el terrible crujido y la sacudida cuando el barco extraño cruzó ante su proa, llevándose por delante su bauprés. Era un barco enorme, con la cubierta llena de gritos y confusión.

—¡Cristo! ¡Es el jodido *London*! —gritó Rogers, que había entrevisto la oscura insignia del palo mayor. Drinkwater solo pudo distinguir las tres franjas pálidas de sus baterías, y el hecho de que su paso estaba arrastrando al *Virago* hacia babor. Hubo más gritos, incluyendo el acento inconfundiblemente noble de un teniente en el barco insignia, preguntándoles por el altavoz qué diablos estaban haciendo allí.

—¡Tratando de permanecer anclados, cabeza hueca! —vociferó Rogers mientras un último crujido en la proa reveló el punto donde el *Virago* había conseguido arrancar su bauprés de las cadenas mayores del *London*. El marinero desconocido consiguió cortar las últimas hebras del cable.

—Estamos en movimiento, Easton, siga atento al escandallo.

En un instante, Easton colocó una linterna en las cadenas, y Quilhampton corrió a popa informando de que la vela de estay del trinquete estaba en su sitio.

—La escota todavía está a sotavento, señor…

—Suéltenla y orienten hacia atrás la de sotavento.

—A la orden.

La proa del *Virago* había perdido el viento, gracias al *London*. Drinkwater tendría que virar a barlovento, sin tropezar con los bajíos de sotavento.

—La cangreja, Rogers, icen la maldita cangreja o la popa se desviará demasiado… —Rogers gritó pidiendo hombres, y Drinkwater saltó al combés. Deseó estar al mando de un cúter como el viejo *Kestrel*, capaz de deslizarse a barlovento como el filo de un cuchillo. De repente, la resistente y manejable proa del *Virago* se encontraba en una trampa mortal.

—¡Señor Matchett! ¿Aguantará un foque, o el bauprés está demasiado destrozado?

—Supongo que podríamos izar algo…

—Encárguese —espetó Drinkwater—. ¡Eh! ¡Ustedes, echen una mano con las velas de estay! —Atacó las ligaduras de la vela de estay de mesana, y cuando dos hombres hubieron acudido en su ayuda, avanzó hacia delante, hasta el pie del palo trinquete, donde se guardaba la vela mayor de estay. Sus manos le parecían torpes y afeminadas mientras gruñía tratando de aflojar los gélidos nudos, hasta que más hombres corrieron a asistirlo al ver lo que estaba haciendo.

—¡Drizas, muchachos! Arriba… ya sube, ¡rápido ahora! ¡Ahora podremos maniobrar como en un yate! —Se volvió hacia la popa—. Arríen la gavia mayor, Graham, navegará mejor con esta lona…

—A la orden, señor.

—¡Capitán, capitán, señor!

—¿Sí? ¡Tregembo, estoy aquí!

—El oficial de derrota dice que estamos a punto de embarrancar…

—¡Dios mío! —Corrió a popa, donde Easton estaba inclinado hacia el exterior, completamente empapado a la luz de la linterna, a causa de una ola que les había rociado, a él y al sondador. Drinkwater le agarró el hombro, y Easton levantó la vista del escandallo. Meneó la cabeza.

—Vamos a embarrancar, señor.

—¡Mierda! —Trató de pensar y se asomó por la borda. El débil círculo de luz emitido por la linterna le mostró el mar, en un instante a diez pies por debajo de él y al siguiente casi junto a las cadenas. Pero las hileras de burbujas de aire que se desplazaban a sotavento desde las crestas de las olas avanzaban hacia popa; el *Virago* podría salir por avante. Recordó la carta, los bajíos del extremo sur de la bahía. Palmeó el hombro de Easton.

—Continúe, señor Easton.

Luego saltó al interior y se dirigió a la toldilla.

—¡En buena vela!

A estribor, otro cohete azul se elevó en el aire, y se dio cuenta de que la cellisca había cesado. Pudo ver las siluetas oscuras de otros barcos, subiendo y bajando, con el destello de alguna vela aquí y allá cuando alguno trataba de avanzar a barlovento, mientras otros luchaban por permanecer anclados. Recordó su consejo a Quilhampton respecto a las anclas. Se había quedado sin una de ellas, y, aunque no había perdido el barco, todavía no lo había salvado.

Un momento después los envolvió otra cortina de agua. Levantó la vista hacia el gallardete. El *Virago* avanzaba al menos un punto más arriba sin las velas redondas, y Matchett había conseguido izar un foque sobre lo que quedaba del bauprés. Se preguntó cuánto se desviarían a sotavento, y trató de estudiar la estela, pero no pudo ver nada. Se preguntó que habría sido del *London*, y qué le estaría pareciendo aquella noche al viejo Parker. Tal vez «Masa de Pudin» habría enviudado antes del amanecer. Parker no sería el primer almirante en hundirse con su barco. No sabía si el almirante Totty había sobrevivido al naufragio del *Invincible*, pero Balchen había

perecido con el *Victory* en Caskets cincuenta años tras, y Shovell había muerto en la playa de las Scilly tras el naufragio del *Association*. Pero el pobre Parker podía encontrar un final ignominioso, como prisionero de los suecos.

—Menuda noche, señor. —Rogers se le acercó. Había perdido el sombrero y tenía el cabello aplastado contra la cabeza.

—Menuda noche, Sam.

—Hemos izado toda la vela posible delante y detrás. Parece que navega bastante bien.

—Lo conseguirá —dijo Drinkwater muy serio—. Si podemos cruzar el extremo de la bahía, lo conseguirá.

—El viejo Willerton se ha colgado de la borda en la amura de trinquete.

—¿Para qué?

—Para ver si su «dama» seguía en su sitio.

—¿Y continúa allí? —preguntó Drinkwater, presa de una repentina ansiedad supersticiosa.

—Sí. —Rogers se echó a reír, y Drinkwater se sintió aliviado, antes de reprocharse a sí mismo su estupidez.

—Llame a la ración de ron, Sam, los pobres diablos lo merecen.

El *Virago* superó el extremo de la bahía, y el amanecer encontró a sus hombres empapados, ateridos y con los ojos enrojecidos, mirando ansiosamente a popa y a ambos lados. De los cincuenta y ocho barcos que habían anclado en la bahía de Vinga, solo treinta y ocho habían permanecido juntos. Avanzaban lentamente hacia barlovento, en ocasiones acercándose peligrosamente unos a otros al cambiar de amurada, formas grises balanceándose sobre un mar gris, en el que había aparecido un nuevo elemento, algo que añadía aún más peligro a su situación: témpanos de hielo.

Muchos de los ausentes eran los miembros más pequeños de la flota, particularmente los bergantines, pero la mayor parte de cañoneras seguían en la compañía, y el *Anne Reed* apareció bajo la cuadra de estribor del *Virago*. En cuanto pudieron salir a alta mar, pusieron rumbo al sur.

El viento viró ligeramente al día siguiente; luego, al dar la primera campanada en la primera guardia, pasó a soplar del sur y volvió a arreciar. Dos horas más tarde, el *Virago* entró, siguiendo a los barcos más resistentes, en el fondeadero de Skalderviken, refugiándose junto al Koll. Drinkwater se dejó caer en su hamaca solo para ser despertado a las cuatro de la madrugada. El viento había adquirido fuerza de tormenta. Incluso a sotavento de la costa, el *Virago* hundía su proa redonda en el mar y la espuma lo cubría de delante atrás, golpeando en el rostro a los incautos y provocando fuertes dolores al evaporarse. La lluvia y la cellisca aumentaban la incomodidad, y Drinkwater consiguió añadir un segundo cable a la única ancla que le quedaba. Al amanecer, en lugar de montar un nuevo bauprés, los fatigados hombres se encontraban arriba, arriando los mástiles de juanete, bajando las pesadas vergas inferiores en sus jarcias y atándolas a las barandillas.

Cuando los hombres se encontraban ya extenuados por las horas de lucha contra los elementos, el viento amainó. Siguió disminuyendo durante la tarde, y justo después de media noche, el *Saint George* disparó la señal nocturna de levar anclas. Nelson, ansioso por continuar la guerra, a pesar de, o tal vez a causa de la desaparición de Parker, se vio frustrado antes de que la flota pudiera moverse. El viento volvió a arreciar, y los cables, laboriosamente izados, fueron lanzados de nuevo.

Nelson repitió la señal de levar anclas a las siete de la mañana, y, en aquella ocasión, el viento se mostró complaciente. Una hora y media después, los restos de las escuadras británicas en el Báltico zarparon de Skalderviken y pusieron rumbo al sur, hacia Copenhague y el estrecho de Sund.

A mediodía, la galerna había cesado. El *London* se reunió con ellos, junto a algunos otros barcos. El barco insignia había embarrancado sobre unos bajíos no cartografiados frente al castillo de Valberg, y el *Russell* había sufrido una experiencia similar tratando de remolcar al bergantín *Tickler*. Ambos habían salido

ilesos. Menos afortunado fue el bergantín *Blazer*, que también embarrancó en Valberg y fue capturado por los suecos.

La flota estaba al pairo cuando Parker se les unió para aguardar los resultados de la embajada de Vansittart. Justo antes de oscurecer, avistaron el *Blanche*, que se acercaba desde el sur. La noticia que traía era aguardada con impaciencia por unos hombres hartos de perder el tiempo.

Capítulo 13

24-28 de marzo de 1801

Oficiales indecisos

Un hombre puede preocuparse a muchos niveles, y Drinkwater no era una excepción. En cada instante de su vida, dormido o despierto, latía la inquietud por su barco y su comportamiento dentro de una flota tan numerosa. Bajo aquella preocupación constante yacía la creciente convicción de que la expedición se había postergado demasiado. En los dos días transcurridos desde que el *Blanche* se reuniera con la flota, había circulado una buena cantidad de rumores alarmantes. Se supo que los términos de Vansittart habían sido rechazados por el conde Bernstorff y el gobierno danés. Tanto Vansittart como Drummond, el embajador británico acreditado ante la corte danesa, habían recibido sus pasaportes y la orden de salir del país. Se aconsejó a los súbditos británicos residentes en Dinamarca que abandonaran el territorio, mientras que la armada sueca, ya en posesión de su primera captura británica, el *Blazer*, hacía sus preparativos bélicos en Carscrona. Peor aún, se decía que los rusos estaban avanzando a través del hielo en Revel.

Pero era la inactividad de su propio almirante lo que más preocupaba a los británicos. Cada hora que el comandante en jefe dejaba transcurrir les privaba del efecto sorpresa, y cada hora que la flota permanecía ociosa servía para que aumentaran los chismes y rumores, que se propagaban desde los botes a las baterías y las

cubiertas inferiores. Vansittart había dado a Parker órdenes formales de comenzar las hostilidades, para advertirle a continuación de los formidables preparativos realizados en Copenhague. Drummond enfatizó la determinación danesa, y predijo que el vacilante Parker saldría escarmentado. Tras la primera reunión a bordo del *London*, en la que Nelson estuvo presente, Parker había excluido a su segundo y al vicealmirante Graves de las futuras consultas. En lugar de ello, se había entrevistado con los pilotos de la Trinity House de Hull, que se mostraron tan aprensivos como el almirante, y manifestaron a Parker que solo estaban familiarizados con la navegación a través del Sund, y que no podrían asumir la responsabilidad del paso por el Gran Belt. Nelson, que consideraba que los rusos eran la mayor amenaza, opinaba que una derrota del zar destruiría automáticamente toda la alianza del Báltico, y, por ello, deseaba llevarse un destacamento de la flota a través del Gran Belt y atacar directamente Revel. Había presentado sus recomendaciones por escrito, y Dommett, el capitán de la flota, había salido del camarote de Parker, con el rostro convertido en una máscara agónica, para revelar a los oficiales reunidos en el alcázar del *London* que Parker había desestimado todas las sugerencias del vicealmirante Nelson.

Era una historia que había corrido por la flota como un reguero de pólvora, y, junto con el rumor surgido del *Blanche* sobre los preparativos daneses, contribuyó a la sensación de que llegaban demasiado tarde.

El teniente Drinkwater era presa de aquellas y otras preocupaciones mientras permanecía en la toldilla del *Virago* durante la gélida mañana del veintiséis de marzo. Observaba por el catalejo un gran bote que hacía ondear la bandera roja de Dinamarca junto a una bandera blanca de tregua, mientras se abría paso entre los cincuenta y dos barcos británicos anclados frente a Nakke, a la entrada del Sund.

Entretanto, en el camarote principal del *London*, un joven ayuda de campo muy seguro de sí mismo, con un mensaje del gobernador

Stricker, que estaba en Elsinore, hizo saber a Parker que, si sus cañones no eran mejores que su pluma, más le valía regresar a Inglaterra. Había doscientos cañones pesados en el castillo de Cronenburgo, además de una guarnición de tres mil hombres, y Parker, habituado a las aguas claras de las Antillas, temía las noches oscuras y los témpanos de hielo. La vacilación de Parker resultó evidente para el joven oficial danés, y las expresiones de preocupación de los oficiales del *London*, que aguardaban en el frío exterior, le llevaron a deducir que compartían las aprensiones de su almirante.

Drinkwater empezó a recorrer la toldilla del *Virago* mientras los hombres de guardia haraganeaban en la cubierta, enrollando cables innecesariamente y quitando las incrustaciones de óxido de una caja de municiones situada en la escotilla del mortero de popa. Los marineros rezongaban entre dientes, y su tono reflejaba exactamente el estado de ánimo de toda la flota.

Dos días atrás, tras hablar con Parker, Vansittart y Drummond habían sido enviados a Inglaterra en el lugre *Kite*. Drinkwater había aprovechado la partida del lugre para enviar una carta a lord Dungarth, y el tema de la misiva era la principal preocupación que latía bajo todos sus pensamientos en las horas de vigilia. Desde su conversación con Jex, se había esforzado por encontrar una solución al problema de Edward. Sudando al pensar en su culpabilidad, en cómo recibiría lord Dungarth la carta que le haría llegar lady Parker, y en lo que sabía Jex, se había pasado horas trazando un plan, considerando todas las posibilidades y los diversos modos en que el resto de los hombres podrían interpretar cualquier circunstancia. Aquellos retrasos constantes le negaban la oportunidad de desembarcar a Edward. Los últimos días habían resultado angustiosos, empeorados por el mal tiempo, el frío constante y las continuas preocupaciones sobre la flota.

Por primera vez en meses sufrió una pesadilla, el aterrador espectro de una mujer vestida de blanco que se erguía sobre su cuerpo, tendido entre el sonido de las cadenas. Con la ilógica

fatalidad de los sueños, la mujer parecía elevarse más y más por encima de él, sin disminuir jamás de tamaño, mientras su cabeza de Medusa se convertía en el rostro sonriente de alguien conocido. Despertó tiritando y empapado de sudor, con el corazón latiéndole violentamente. Obedeciendo algún impulso inconsciente, se levantó, vestido solo con su camisón, encendió la linterna del camarote y extendió un rollo de lona que extrajo del fondo de su baúl de marinero. La pintura empezaba a agrietarse, pero, a la luz de la linterna, el rostro que apareció era perfectamente identificable: el rostro de su sueño. El retrato era mayor que los dos que colgaban en su mamparo delantero. Representaba a una joven con el cabello color caoba recogido sobre la cabeza. Había perlas incrustadas en su peinado, que parecía al mismo tiempo casual y estudiado. Sus hombros níveos estaban desnudos, y sus pechos eran apenas visibles tras una fina tela de gasa. Los ojos grises miraban directamente al espectador, y Drinkwater se estremeció, no de frío, sino por la sensación de que alguien había caminado sobre su tumba. La hermosa Hortense Montholon había sido desembarcada en una playa francesa durante los últimos días de paz. Durante meses, se había hecho pasar por una aristócrata exiliada, enviando información de Inglaterra a su amante Edouard Santhonax en París. Había sido devuelta a Francia por lord Dungarth, y se había casado con Santhonax cuando este escapó tras la batalla de Camperdown.

Drinkwater se había hecho con el retrato gracias a la captura de la fragata francesa *Antigone* en el mar Rojo. El barco había estado al mando del propio Santhonax, y, aunque este había escapado de nuevo, Drinkwater había conservado el cuadro. Lo había dejado en el fondo de su baúl, arrancado de su marco de madera y oculto a su mujer, pues era poco probable que Elizabeth comprendiera su fascinación. Pero, para Drinkwater, el retrato simbolizaba algo más que la representación de una mujer atractiva. El rostro de Hortense Santhonax era el rostro del enemigo, no el de los rubios daneses sino una manifestación de la fuerza que en aquellos días recorría todo el continente europeo.

Drinkwater aún no podía verlo con objetividad, pero el atractivo liberal de la revolución francesa había quedado atrás. Incluso aquellos republicanos recalcitrantes, los americanos, se habían desmarcado del desprecio por la legalidad con que los franceses imponían su política exterior y de las órdenes que daban a sus maltrechos, irresistibles y rapaces ejércitos. Recordó algo que le había dicho Dungarth la noche que habían desembarcado a Hortense en la playa de Criel: «Nueve décimas partes de la humanidad están motivadas por una combinación de egoísmo y apatía. Solo la décima parte busca el poder, y un pueblo prudente se protegerá contra ella. En Francia, esa décima parte está ahora al mando». Mientras permanecía tiritando a la luz del amanecer, Drinkwater entrevió el futuro. Aquella ruptura con Dinamarca, fueran cuales fueran las siniestras motivaciones de las estepas rusas, era solo el síntoma de un cáncer mayor, un cáncer que se alimentaba de una filosofía doctrinaria de validez espuria. Estaba inmerso en una poderosa lucha entre la moderación y el exceso, y su vida espartana le había inculcado una intensa aversión a cualquier tipo de exceso.

Una fuerte llamada a la puerta le hizo enrollar el retrato.

—¿Qué ocurre?

—El almirante ha dado la señal de prepararse para levar anclas, señor. —Era la voz de Quilhampton—. El viento es fuerte y del oeste, señor, y acaban de dar las ocho campanadas en la guardia media.

—Muy bien, llame a todos los hombres. Subiré enseguida.

El día siguiente fue un desastre. Bajo un viento creciente que causó problemas a los barcos menores a la hora de levar anclas, la flota se había puesto en marcha al amanecer. Dirigida por la fragata *Edgar*, de setenta y cuatro cañones y con la obra muerta pintada de amarillo, avanzaron hacia el oeste, a lo largo de la costa norte de la isla de Zelanda, llana y monótona. El capitán del *Edgar*, George Murray, había explorado recientemente el Gran Belt, y sir Hyde Parker había decidido finalmente usar aquel paso para entrar en el Báltico. El comandante en jefe no conservó su determinación durante mucho tiempo. En la estela del *Edgar*, algo más cerca de la

costa que el grueso de la flota, los barcos más pequeños viraron fatigosamente a barlovento. Por delante del *Virago* iban las siete cañoneras, y en su popa el resto de las lanchas. A las once en punto, mientras Drinkwater consultaba su carta, escuchaba el monótono cántico del sondador y hacía alguna comprobación en el cuaderno viejo y gastado que había llegado a su posesión años atrás, como parte del legado de Blackmore, el *Zebra* chocó contra el arrecife de Zelanda.

Alarmado por el grito del vigía, Drinkwater observó cómo el mastelerillo de trinquete caía por la borda, y ordenó que su nave virara al momento. Poco después, el *Edgar* usó las banderas para dar al *Virago* la orden de ayudar al *Zebra*, y Drinkwater envió a sus botes con dos mástiles de repuesto atados a las regalas para arrastrar su ancla.

Había observado cómo Rogers remaba sobre el inquieto mar gris, y no había tenido más remedio que permanecer ocioso hasta que, justo antes de oscurecer, los esfuerzos combinados de los botes de las cañoneras consiguieron liberar al *Zebra* del arrecife.

Mientras Drinkwater pasaba la tarde anclado, Parker había recibido una noticia aún más alarmante. Alguien del barco insignia había informado al comandante en jefe de que habría que correr riesgos aún mayores si se pretendía cruzar el Gran Belt con la flota. Alarmado por la noticia y por el accidente del *Zebra*, Parker anuló su propia orden, y la flota tuvo que regresar al fondeadero frente a Nakke. El *Virago*, escoltando al *Zebra*, había vuelto a echar el ancla a medianoche, y, a la sazón, a la gélida luz de la mañana siguiente, Drinkwater contemplaba el lugar donde el señor Quilhampton y un grupo del *Virago* ayudaban a la gente del *Zebra* a instalar un nuevo mastelerillo de trinquete.

En su propio alcázar, el señor Matchett estaba dando los últimos toques al barbiquejo de su nuevo bauprés. En el resto del *Virago*, la sensación de impotencia y desesperación flotaba como una nube.

Finalmente, Drinkwater vio que el bote danés se apartaba del costado del *London*, y, aunque durante toda la tarde, mientras dormitaba en su camarote, le fueron llegando noticias de que Murray, Nelson, Graves y otros oficiales continuaban a bordo del barco insignia, no sucedió nada más.

Drinkwater despertó de su sueño sobre las cuatro de la mañana. Más tarde no pudo explicar por qué, pero había tomado una resolución respecto al problema de Edward. No toleraría más retrasos. Mandó llamar a Quilhampton y a Rogers.

—Ah, señor Rogers, quiero que tenga la lancha preparada una hora antes de amanecer, con un barril de galleta, además de barricas de agua, mástiles y velas. Quiero una tripulación seleccionada esta misma noche, digamos de seis hombres, con Tregembo como marinero jefe. El señor Quilhampton estará al mando del bote, y yo lo acompañaré. En el caso improbable de que continuemos ausentes cuando se dé la señal de levar anclas, tomará usted el mando. Le dejaré la orden por escrito cuando me marche.

—Muy bien, señor. ¿Puedo preguntar…?

—No, no puede.

Rogers pareció ofendido y se volvió sobre sus talones. Drinkwater lo volvió a llamar.

—No quiero especulaciones poco respetuosas sobre este asunto, Sam. Haga el favor de recordarlo.

—A la orden, señor. —Drinkwater enarcó las cejas y contempló significativamente a Quilhampton.

—Lo mismo vale para usted, señor Q.

—Sí, señor.

—Muy bien. Ahora ordene al voluntario Waters que acuda a popa. Usted, señor Q., montará guardia a la puerta de mi camarote y se encargará de que no nos molesten.

Rogers abrió la boca para protestar, lo pensó mejor y salió del camarote. Drinkwater aguardó la llegada de Edward, y ocupó su

tiempo rebuscando en una bolsa de lona que se había hecho traer al camarote por un curioso señor Jex.

Una llamada a la puerta fue seguida por la cabeza del señor Quilhampton.

—Aquí está Waters, señor.

—Muy bien, hágalo pasar.

Edward entró en el camarote y se detuvo con aire incómodo, mirando a su alrededor con cierta timidez. De repente, Drinkwater pensó que con uno o dos meses más, Edward se habría convertido en todo un marinero. Ya estaba delgado y en forma, y no llevaba el tiempo suficiente comiendo raciones saladas para que se le notaran los efectos. Pero lo que más llamó la atención de Drinkwater fue su actitud. Cuatro meses atrás se habían encontrado como iguales; pero en aquel camarote, Edward mostraba toda la incomodidad inherente a quien se siente socialmente inferior. La idea avergonzó un poco a Drinkwater.

—¿Cómo estás? —preguntó, con demasiada brusquedad para que Edward percibiera algún cambio en su extraña relación.

—Muy bien… señor.

—¿Cómo te han tratado?

—Igual que a todos tus marineros —replicó Edward con cierta amargura—. No tengo queja.

Drinkwater ahogó una réplica cortante y sirvió dos vasos de vino. Tendió uno a Edward y se dirigió a la puerta.

—Señor Q., que traigan ahora mismo de la cocina una jofaina de agua caliente.

—¿Una jofaina de agua caliente, señor? —Captó el destello en la mirada de Drinkwater—. Er, sí, señor.

—Siéntate, Ned, siéntate. —Drinkwater cerró la puerta—. Tus circunstancias están a punto de cambiar. No puedo decirte si será para bien, pero escucha atentamente lo que voy a decirte. —Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos—. Jex, el sobrecargo, te ha descubierto. Vio un maldito artículo sobre el asesinato en un

periódico, y también te vio en el Zorro Azul, en Chatham. ¿Lo sabías?

Edward asintió.

—Ignoraba cómo lo había descubierto, pero vino a hablar conmigo.

—Espero que no…

—¿Confesara? ¡Dios mío, no! Simplemente me hice el tonto, como cualquier marinero en presencia de un oficial. —El fantasma de una sonrisa cruzó por el rostro de Edward—. ¿Qué hiciste con el señor Jex? —Su intranquilidad era evidente.

Drinkwater suspiró.

—Mentí, Ned, mentí. Negué que fueras mi hermano, dije que el nombre del sospechoso era una coincidencia, y luego le di a entender que podía haber algo misterioso en todo este asunto, pero que no era asunto suyo… ¡Adelante!

Un pesado silencio se apoderó del camarote mientras Quilhampton hacía entrar al asistente con la jofaina de agua. Tanto el marinero como el oficial tuvieron dificultades para disimular su curiosidad. En cuestión de momentos habría corrido por todo el *Virago* que Waters, el novato voluntario, estaba bebiendo vino con el comandante del barco. Pero a Nathaniel ya no le importaba. Tal vez cierta despreocupación aparente prestaría credibilidad a lo que se proponía. Edward no pareció fijarse, sino que se limitó a esperar a que los intrusos hubieran salido para estallar:

—¿Qué demonios es eso de que le dijiste que había algo misterioso…?

—Maldita sea, Ned, he mentido por ti, he arriesgado mi carrera, he abusado de mi posición de mando y tal vez he puesto en peligro toda mi vida a causa del maldito afecto fraternal. ¿No crees que una simple negativa solo hubiera servido para aumentar las sospechas de Jex? No puedo contarlo entre mis oficiales más leales, quiere vengarse de mí. Pero no es lo bastante estúpido para arriesgarse a contravenir las Ordenanzas de Guerra con sus sospechas, ni lo bastante listo para no estar algo confundido por lo que le dije. Tal

vez reflexionará y llegará a la conclusión de que le he engañado; si es así, su rencor aumentará. Pero para entonces ya te habrás ido.

Edward meneó la cabeza.

—No comprendo…

—Mis artículos de afeitado están sobre ese baúl —dijo, indicándole un rollo de algodón—; aféitate mientras hablamos. Bien, escribí a lord Dungarth desde Yarmouth. Estuve a sus órdenes hace algunos años en operaciones secretas en las costas de Francia y Holanda. Es el jefe de los espías; se considera un titiritero, y es posible que pueda encontrarte algún empleo…

—¿Qué diablos le dijiste sobre mí, por el amor de Dios? —dijo Edward mientras se enjabonaba.

—Solo que una persona a quien conocía estaba ansiosa por servir a su país, había solicitado mi protección y hablaba bien francés. Que esa persona podría resultar valiosa para un servicio patriótico en un estado báltico. Lord Dungarth es lo bastante inteligente para sacar sus propias conclusiones…

—Especialmente si lee los periódicos —murmuró Edward mientras la cuchilla recorría su mejilla bronceada. La aclaró en el agua y se volvió hacia su hermano—. De modo que voy a convertirme en una marioneta bailando al son que toque lord Dungarth, ¿eh?

—No me parece que tengas motivos de queja, Edward —dijo Drinkwater con vehemencia—. Yo creo que es preferible a bailar en el cadalso. —Drinkwater dominó su enfado ante la peculiar irritación de Edward y se sirvió otro vaso de vino.

—Voy a desembarcarte en la costa danesa. Debes conseguir un caballo y dirigirte a Hamburgo. El paquebote de Harwich atraca allí cada quince días, y cuando el *Kite* partió hacia Inglaterra con los diplomáticos, se llevó también unas cuantas cartas. Entre ellas había una para lord Dungarth, donde le decía que la persona sobre la cual le había escrito anteriormente recibiría sus instrucciones del capitán del paquebote bajo el nombre de «Waters».

—¿Y crees que alguien puede haber abierto esas cartas?

—Lo dudo. Con la segunda no pueden incriminarnos, y la primera la envié por correo especial. Para ser exactos, a través de la esposa del comandante en jefe.

—¡Dios mío!

—Es lo mejor que puedo hacer por ti, Ned, porque tengo que desembarcarte. —Había estado a punto de decir «librarme de ti», pero se contuvo.

—Sí, por supuesto. ¿Cuánto tiempo debo esperar en Hamburgo?

—Yo creo que unos dos meses… Tienes que estar en el puerto cuando atraque el paquebote de Harwich.

—Y después de eso, ese lord Dungarth me abandonará como quieres hacer tú. —Los dos hermanos se miraron fijamente.

—Tienes razón, Ned —dijo Drinkwater en voz baja—. Y lo siento mucho.

Edward se encogió de hombros.

—Necesito dinero.

Drinkwater asintió y metió la mano en el baúl.

—Puedes llevarte el dinero que te quité en Yarmouth, más veinte soberanos míos. Me gustaría pensar que si algún día estás en posición de saldar tu deuda… Respecto a la ropa, tendrás que conformarte con esto. —Vació una bolsa de lona, de la que cayeron camisas, pantalones, zapatos y una arrugada casaca azul.

—¿La ropa de un muerto?

—Sí, llamado Mason.

—Parece que has pensado en todo…

Drinkwater ignoró el tono sarcástico.

—Será mejor que te lleves su espada y su pistola. He cambiado el pedernal y aquí tienes una caja de cartuchos con otro de recambio, además pólvora y balas para media docena de disparos. —Observó cómo Edward se ponía una de las camisas y se probaba los zapatos. Le sentaban razonablemente bien—. Si eres prudente, tendrás fondos suficientes para comprar un caballo y alojarte durante el viaje. Te sugiero que hables solo en francés. Una vez en Hamburgo deberás confiar en la suerte.

—Suerte —repitió irónicamente Edward, poniéndose la casaca de Mason—. Necesitaré gran cantidad de ella… y si la suerte me falla, como ha hecho otras veces, siempre puedo volarme la tapa de los sesos, ¿eh, Nathaniel? —Se volvió para descubrir que su hermano se había ido y que el camarote se estaba llenando con la luz gris del amanecer.

Drinkwater miró hacia popa, en dirección a la silueta oscura del *Virago*, mientras la primera luz del día empezaba a iluminar el fondeadero. Un viento gélido les soplaba en el rostro mientras el bote, con las escotas orientadas, avanzaba hacia el sureste, a través de los barcos anclados. La única ventaja derivada de la multitud de retrasos que habían sufrido durante las últimas semanas era que un bote moviéndose por el fondeadero no llamaría demasiado la atención. Había habido demasiadas idas y venidas entre los barcos para que su viaje despertara sospechas.

La tripulación del bote llevaba los rostros cubiertos a causa del frío. Junto a él, en la popa, estaba sentado Edward, contemplando la costa cada vez más cercana e ignorando las miradas de curiosidad de sus antiguos compañeros. Tenía una mano en la regala y la otra en torno al petate, la espada y el sombrero de dos picos de Mason.

Los dos hermanos permanecían en silencio. No había habido ninguna despedida formal. Drinkwater había regresado al camarote simplemente para anunciar que el bote estaba listo.

La ingratitud de Edward había dolido a Nathaniel. No podía imaginar las emociones que desgarraban a su hermano, cómo la comparación de sus situaciones se había exacerbado debido al abismo social que los había separado durante la breve estancia de Edward en el barco. Y Edward, para quien la existencia precaria se había convertido en una forma de vida, tampoco podía imaginar hasta qué punto Nathaniel lo había arriesgado todo por él. Los hombres acostumbrados a jugar y vivir gracias a su ingenio, que solo pueden culparse a sí mismos por sus infortunios, suelen buscar

chivos expiatorios. Pero Drinkwater no comprendía nada de todo aquello, y pensaba que las negras perspectivas que amenazaban a su hermano eran las causantes de su actitud.

Quilhampton amuró el bote de nuevo hacia el mar bajo la luz creciente. La costa baja de Zelanda era claramente visible hacia el sur, y al cabo de media hora volvieron a virar y apuntaron a tierra, hacia donde el horizonte arbolado quedaba interrumpido por las siluetas afiladas de los tejados y el campanario de Gilleleje. Drinkwater dio un codazo a Quilhampton y señaló hacia el pueblo. Quilhampton asintió.

Cuarenta minutos más tarde arriaron la vela y sacaron los remos, acercando el bote a tierra en una playa a sotavento.

Drinkwater avanzó playa arriba junto a Edward. Ninguno de ellos dijo una palabra. Tras ellos, Quilhampton silenció un murmullo de especulación entre la tripulación del bote.

Los dos hermanos pasaron junto a los botes pesqueros varados en la playa. En el pueblo cantó un gallo, y empezó a elevarse una columna de humo, revelando la primera actividad del día. Un hombre salió de un excusado de madera y levantó la vista, atónito.

—Creo que me marcharé ahora —dijo Edward, con la voz desprovista de emoción.

—Muy bien —replicó Nathaniel, en tono igualmente inexpresivo y formalmente naval.

Edward hizo una pausa; luego agarró con ambos puños el petate de lona que llevaba al hombro, evitando la necesidad de estrechar la mano a su hermano. Le dirigió una inclinación de cabeza, se volvió y empezó a alejarse. Drinkwater permaneció inmóvil, observando su marcha. El hombre del excusado había reaparecido, en la puerta de una cuidada casa de madera. Con él había una mujer de cabello rubio y un chal azul sobre los hombros. Ambos contemplaban al extraño que se acercaba. Edward no hizo ningún intento de esconderse, sino que se acercó a ellos y se descubrió. La mujer se ocultó detrás de su esposo, pero a los pocos minutos, durante los cuales quedó claro que Edward estaba haciéndose entender por el

danés, la curiosidad la hizo asomar la cabeza de nuevo. Aunque ambos miraron en dos ocasiones hacia Drinkwater, Edward no se volvió, y, al cabo de un instante, Nathaniel emprendió el regreso al bote.

El viento que empujó la barcaza del *Virago* durante su regreso no era favorable para que la flota intentara cruzar el Sund. Pero el día resultó más movido de lo que podía parecer cuando la noticia corrió por todas las salas de oficiales y baterías de la flota. Sobre las diez de la mañana, el comandante en jefe empezó a izar señales para que diversos barcos enviaran sus botes. Siguieron unas horas durante las cuales, sobre un mar gris y agitado, los botes de la flota se dedicaron a ir y venir, al mando de guardiamarinas ateridos de frío y cargados de notas y órdenes, mientras los agotados marineros tiraban de los remos para vigorizar su circulación.

El frío era intenso; tras una rara primavera temprana, el invierno había regresado. En Inglaterra los narcisos, que habían florecido en el calor de principios de marzo, se helaron sobre sus tallos, un augurio del norte que no pasó desaparecido entre las mujeres ignorantes y abandonadas que esperaban con impaciencia las noticias de la famosa expedición al Báltico.

Pero un aire nuevo transformó gradualmente los agotados barcos. Las grandes fragatas izaron los pesados botes de fondo plano que habían remolcado laboriosamente desde Inglaterra, y los cargaron con cañones de veinticuatro libras. El Cuadragésimo Noveno destacamento de infantería, al mando del coronel Stewart, improvisó prácticas de mosquete por encima de las hamacas, mientras se decía que los fusileros estaban dispuestos a acertar al ojo derecho del zar. Incluso las cañoneras se contagiaron de aquel rejuvenecimiento. Los destacamentos de artillería recibieron órdenes de abandonar sus lanchas y subir a los barcos donde entrarían en acción.

El rostro rubicundo y sonriente del señor Tumilty apareció en la borda, y el pelirrojo irlandés estrechó con entusiasmo la mano de Drinkwater.

—Vaya, señor Drinkwater; espero que ustedes, los marineros, nunca intenten hacer nada en secreto; estoy seguro de que toda la población de Dinamarca nos ha visto paseando arriba y abajo por la costa. —Drinkwater sonrió, pensando en su propia expedición privada, que había tenido lugar solo una o dos horas antes.

—Me alegro mucho de verle, señor Tumilty, pero ¿a qué se debe esta repentina actividad?

—¿No lo sabe? Bueno, el almirante Parker ha decidido al fin permitir que lord Nelson se salga con la suya. Las cañoneras deben unirse a una escuadra al mando del lord Nelson. Y estoy seguro de que iremos a Revel o a Copenhague, querido amigo.

—¿Iremos con las cañoneras, entonces?

—Sí, Nathaniel. Dicen que Nelson ha estado mortificando al pobre almirante hasta que este ha cedido para librase de él. —Tumilty se estremeció y se frotó las manos—. Dios, hace frío. Desde luego, un hombre capaz de embarcar para buscar fortuna iría al infierno en busca de placer…

—Bueno, señor Tumilty. Vaya a ver al señor Jex. Transmítale mis respetos y pídale que le entregue una chaqueta, y pieles de oveja para sus hombres. Creo que tendremos suficientes.

—Eso es muy amable por su parte, Nathaniel, muy amable. Y hará más calor que en las entrañas del mismo infierno cuando encendamos esas grandes calderas negras que tiene usted ocultas bajo esas escotillas —añadió, frotándose de nuevo las manos, en aquella ocasión de entusiasmo.

—Disculpe, señor, un mensaje del almirante… —Drinkwater aceptó el paquete de Quilhampton y observó que el bote se alejaba del costado del barco. En su alegría por la aparición de Tumilty, no lo había visto llegar. Leyó la orden:

«*Los barcos relacionados al margen deben…*». Drinkwater estudió la lista. En la parte inferior encontró al *Virago*. «*… formar*

una escuadra en misión especial bajo mi mando… Los barcos situados bajo mis órdenes deben izar las escotas y preparar las anclas de reserva, dejándolas junto a la borda, listos para zarpar en cualquier momento… los oficiales al mando deben estar especialmente atentos a las siguientes señales… Número catorce, ancla en la popa…». Estaba firmado con la curiosa caligrafía zurda del almirante: *Nelson y Brontë*.

—¡Señor Rogers!

—¿Señor?

—El vicealmirante trasladará su barco insignia al *Elephant* esta mañana.

—¿Para qué diablos?

—Tiene menos calado que el *Saint George*, señor Rogers. Ordene a los oficiales de guardia que presten especial atención a las señales del *Elephant*. Formaremos parte de un destacamento a las órdenes de Nelson…

La repentina actividad de la flota y la partida de Edward se habían combinado para disipar la depresión de Drinkwater. De repente, se sintió ridículamente eufórico, un sentimiento compartido por el alegre Tumilty, cuya sonrisa parecía a punto de desaparecer en sus orejas.

—Tocaremos una buena música en honor de esos bribones, señor Rogers, desde luego, un hermoso *basso profundo* con algún *crescendo* ocasional que los hará saltar como imbéciles.

—Esperemos no llegar demasiado tarde, señor Tumilty —dijo Rogers, que aún no había perdonado a Drinkwater por su misterioso comportamiento en el asunto de Waters.

—Disculpe, señor, pero me envía el señor Trussel con unas órdenes recién llegadas, señor.

—Gracias, Tregembo. —Drinkwater tomó el paquete y rompió el sello.

—Perdone, señor, pero ¿puedo hablar, señor?

—¿Qué sucede?

—Es bien sabido en todo el barco que el hombre a quien desembarcamos ayer era un espía, señor.

Drinkwater miró al de Cornualles. Ambos se entendieron.

—El señor Jex vino a hablar conmigo hace unos días, señor. Le costó dos trozos de tabaco descubrir que no tiene usted ningún hermano, señor.

—Gracias.

—Ahora, con su permiso, señor, comprobaré su espada y sus pistolas, señor.

—Están bien, gracias, Tregembo. No las he utilizado desde la última vez que las trataste.

—Las comprobaré, de todos modos.

Drinkwater se inclinó sobre las nuevas órdenes. Eran instrucciones generales a las cañoneras, que debían colocarse bajo las órdenes del capitán Murray, del *Edgar*. Se creía que serían utilizadas contra la fortaleza de Cronenburgo. Había también una nota de Martin. La apretada caligrafía del comandante llamaba la atención de Drinkwater sobre el hecho de que se sospechaba que el *Zebra* había sufrido daños en el arrecife de Zelanda, y que tal vez pudiera prestar un servicio a Drinkwater. Nathaniel pensó que podía leer la idea implícita bajo aquella fatua expresión; se suponía que él, Drinkwater, era amigo íntimo de lord Dungarth. Drinkwater se preguntó qué haría Martin si supiera que el teniente, cuyo favor trataba de conseguir, acababa de ayudar a un asesino a escapar de la horca.

Por la tarde, el bergantín *Cruizer* recibió la orden de enviar un bote a tierra con una última pregunta al gobernador Stricker en Cronenburgo con respecto a sus intenciones si la flota británica trataba de cruzar el Sund. Aquella nota reveló a todo el mundo, incluyendo el comandante danés, que Parker seguía vacilando.

A la mañana siguiente, sábado veintiocho de marzo, el viento viró al oeste y la temperatura subió. El sol brillaba, y la flota levó anclas, izando toda la vela en un intento de entrar y cruzar el Sund. Pero el

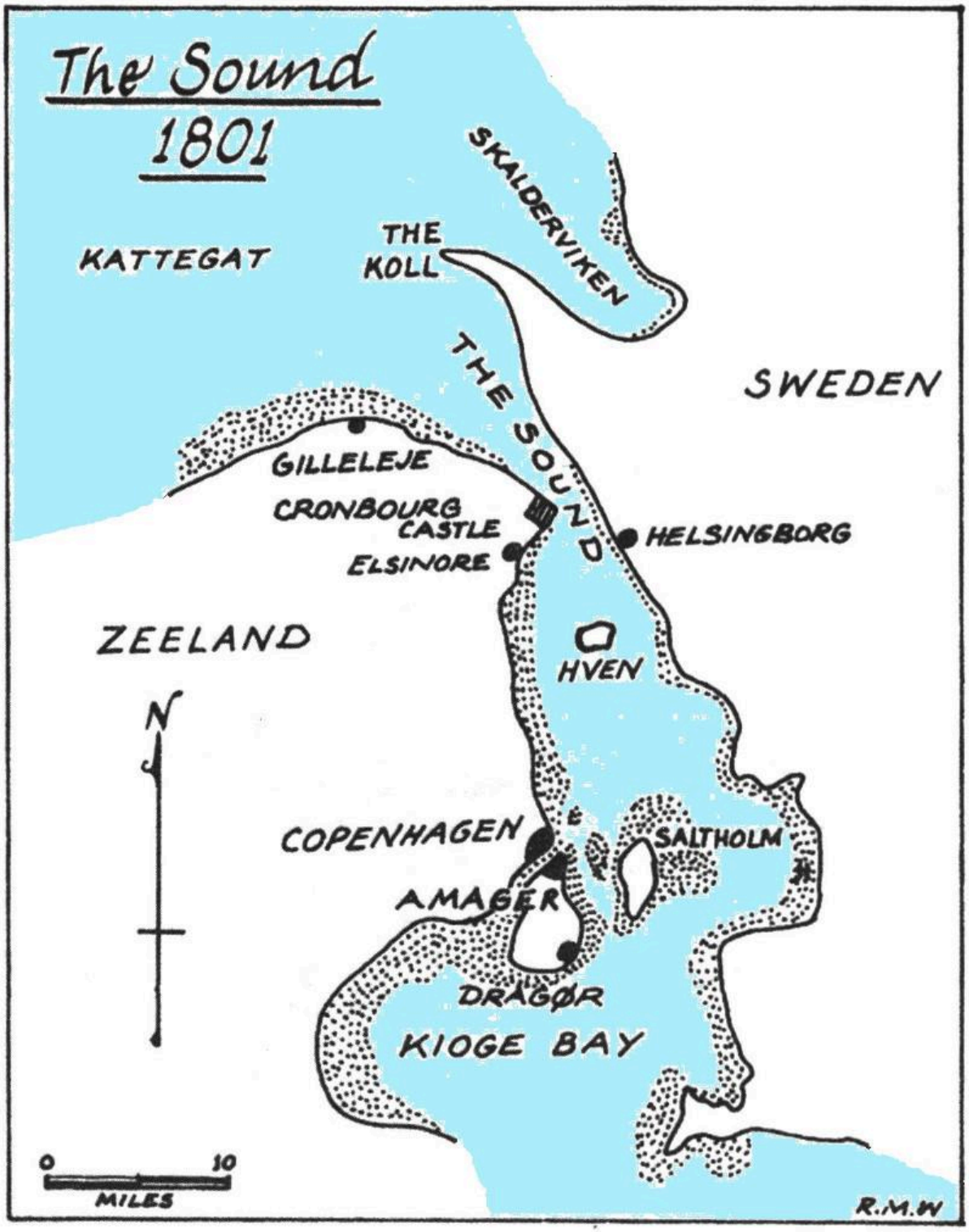
viento amainó, y las corrientes contrarias impidieron el paso de los pesados barcos de guerra, de modo que Parker, al saber por Brisbane del *Cruizer* que Stricker se había reído en su cara, no se atrevió a arriesgar sus barcos frente a los cañones pesados de la fortaleza. Una vez más, la flota echó el ancla, y en el camarote del *Virago* aquella noche se discutió sobre cuánto tiempo tardaría el anillo del ancla en desgastarse de tanto pasar por la caña.

TERCERA PARTE

Lord Nelson

Es una misión peligrosa; y este día puede ser el último para cualquiera de nosotros en cuestión de minutos. Pero no te confundas; por nada del mundo quisiera estar en otra parte.

Nelson, Copenhague, dos de abril de 1801


The Sound
1801
SKALDERVIKEN
KATTEGAT
THE
KOLL
THE SOUND
SWEDEN
GILLELEJE
CRONBOURG
CASTLE
ELSINORE
HELSINGBORG
ZEELAND
HVEN
N
COPENHAGEN
SALTHOLM
AMAGER
DRAGØR
KIOGE BAY
0
10
MILES
R.M.W

Capítulo 14

29-30 de marzo de 1801

El Sund

—Dos disparos del barco insignia, señor.

—Muy bien. ¿Qué hora es?

—Faltan pocos minutos para medianoche, señor; el viento ha virado un poco al oeste.

Drinkwater se puso la chaqueta y corrió a cubierta. Levantó la vista hacia el gallardete del calcés y asintió con aprobación cuando Rogers informó de que los hombres se preparaban para lavar anclas.

—Cacen las gavias, señor Rogers, y prepárense para izar las velas delanteras. ¡Señor Easton!

—¿Señor?

—¿Tiene a un hombre en las cadenas?

—Todo listo.

—Muy bien.

—Si algo sabemos hacer es levar la maldita ancla en mitad de la noche —dijo Rogers en un susurro teatral.

—¡Ah del *Virago*!

—¿Hola? —Drinkwater se dirigió a la barandilla para distinguir la silueta borrosa de un suboficial en pie en la popa de un esquife.

—El capitán Murray desea que se acerquen más a tierra hacia el castillo de Cronenburgo, señor. Las cañoneras deben prepararse para bombardear al amanecer.

—Gracias. —Drinkwater se volvió hacia el interior del barco—. ¿Pueden distinguir al *Edgar* en esta niebla?

—Sí, señor, acaba de izar linternas.

Drinkwater vio el resplandor rojo del oropimente en la popa del *Edgar*.

—Una bengala, señor, la señal de levar anclas.

—Muy bien. ¡Señor Matchett!

—¿Señor?

—¡Arriba!

Las gavias del *Virago* se llenaron mientras el ancla ascendía y el agua empezaba a gorgotear en torno a su proa redonda. Manteniendo una cuidadosa vigilancia para evitar una colisión, Drinkwater orientó el viejo barco hacia el sureste, en la estela del *Edgar*. A cada lado, unas siluetas oscuras bajo el pálido resplandor de las gavias indicaban el paso de las otras cañoneras, que avanzaban lentamente, listas para arrojar su fuego contra los intransigentes daneses. Entonces, apenas una hora después de haber emprendido la marcha, el viento viró, retrocediendo de forma implacable y empezando a soplar en su proa.

—Las gavias tiemblan, señor.

—¡Brazas, señor Easton, maldita sea!

—Brazas, a la orden, señor… es inútil, señor, el viento está virando.

El disparo de cañones en la oscuridad frente a ellos y el resplandor rosado de dos bengalas junto con un cohete azul indicaron lo inevitable.

—¡Brazas mayores, señor Easton, timón abajo y prepárense para echar el ancla!

De nuevo el ancla cayó por la borda, de nuevo el cable del *Virago* pasó por el escobén y de nuevo la tripulación subió a arriar la gavias, seguros de que al día siguiente tendrían que volver a izar el cable. No estaban lo bastante cerca para bombardear como pretendía Murray.

Durante toda la mañana, Drinkwater aguardó la orden de levar anclas mientras el ligero viento retrocedía un poco. A lo largo de la tarde, el resto de barcos se acercaron un poco a tierra, y al anochecer toda la flota había echado al ancla a cuatro millas al noroeste del castillo de Cronenburgo. Drinkwater estudió la orilla. La silueta oscura de la fortaleza era indistinta, pero la costa de Zelanda era más boscosa que a la altura de Gilleleje. Los pueblos de Hellebaek y Hornbaek eran visibles, este último con un llamativo campanario que parecía de juguete mientras el sol se deslizaba hacia el oeste para crear un ocaso llameante. Se reflejaba no solo en los pueblos de Dinamarca, sino en pequeños puntos de fuego metálico y en los planos sonrosados de piedra iluminada por el sol, donde los cañones de la fortaleza sueca de Helsingborg en la orilla opuesta del Sund se asomaban en sus troneras.

Los hombres permanecieron silenciosos en cubierta, contemplando la costa danesa, donde podían verse figuras a pie y a caballo. Aquí y allá podía verse algún carruaje donde la población de Elsinore acudía a ver de cerca aquella curiosidad, los pesados cascos de los barcos británicos, con el dibujo de sus mástiles y vergas recortado contra el ocaso rojo sangre. Parecía otro presagio, y favorable para los daneses. La imagen de aquellos barcos moviéndose por un elemento color sangre no pasó desapercibida para Drinkwater, que la anotó en su diario antes de devolver su atención a la manchada libreta que había consultado cuando la flota había puesto rumbo al Gran Belt.

El libro era uno de los que habían llegado a sus manos tras la muerte del señor Blackmore, el anciano oficial de derrota del *Cyclops*. Drinkwater había sido su mejor alumno a bordo de la fragata, y el anciano había legado sus cuadernos y su cuadrante al joven guardiamarina. Los cuadernos estaban escritos con gran meticulosidad, e inspiraron a Drinkwater a escribir en su propio diario de modo muy detallado. Blackmore había hecho varias

exploraciones, y había copiado cartas extranjeras, particularmente del Báltico, una zona que conocía bien, pues había capitaneado un barco mercante escandinavo.

Drinkwater estudió la carta del Sund. Las murallas de Cronenburgo estaban claramente marcadas, junto con los arcos de fuego de las baterías, y una nota que afirmaba que su alcance no superaba la milla y media. El Sund medía dos millas y media de anchura, y la flota no podía esperar salir ilesa si recibía fuego cruzado desde Helsingborg y Cronenburgo.

Drinkwater estaba familiarizado con aquella corriente. Ya los había frustrado varias veces, corriendo normalmente hacia el norte pero dejándose influir por el viento con poco efecto sobre las mareas. Los bajíos de Disken se encontraban en una zona intermedia, pero no presentarían problemas a la flota. Eran los cañones de Cronenburgo los que causarían daños, además de la artillería sueca en la orilla opuesta.

Drinkwater salió a cubierta antes de acostarse. El frío volvía a ser intenso, y había una fina capa de nubes altas. Trussel estaba en cubierta.

—¿Todo tranquilo, señor Trussel?

—Sí, señor, como una tumba.

—La luna saldrá sobre las dos quince, y el almanaque indica un eclipse.

—Ah, será mejor que avise a los hombres; hay muchos que todavía creen en brujerías y cosas por el estilo.

—Como quiera, señor Trussel. —Drinkwater pensó en su propia obsesión con Hortense Santhonax, y se preguntó si no habría algo de cierto en las antiguas supersticiones. Había momentos en que un hombre llegaba a sentirse víctima de un hechizo. También pensó en Edward, y en dónde podría encontrarse aquella noche. Trussel lo devolvió a la realidad.

—Si le digo la verdad, señor Drinkwater, creería en cualquier cosa que significara algún progreso. Este asunto se está volviendo interminable, ¿no está de acuerdo?

—Sí, señor Trussel, y los daneses han podido observar cada una de nuestras maniobras.

—Y se habrán formado una opinión muy pobre sobre ellas, con tantos retrasos. Nunca había visto tantas idas y venidas, ni siquiera cuando la gran flota estuvo anclada en Santa Helena. Su pequeña expedición en bote del otro día pasó desapercibida para todo el mundo.

El motivo del discurso del señor Trussel había quedado claro, y Drinkwater sonrió.

—Desde luego, señor Trussel, ese era su sentido.

—¿Su sentido, señor? —preguntó vagamente Trussel.

—Vamos, ¿qué se dice por el barco? ¿No hay rumores de que el misterioso hombre que embarcó en Yarmouth era en realidad un espía?

—Sí, señor. Eso es lo que dicen los rumores, pero no siempre creo en ellos.

—Pero en este caso son ciertos, señor Trussel, en este caso son ciertos. Buenas noches.

El señor Jex yacía despierto en su hamaca en forma de ataúd. Sentía una intranquilidad creciente ante el rápido paso de los acontecimientos. Las inútiles idas y venidas de la semana anterior, y el agotador manejo continuo de aparejos y velas, apenas le habían afectado, puesto que no tenía tareas especiales que desempeñar en tales ocasiones. Cierto que el mal tiempo le había mantenido enfermo y confinado en su camarote, pero al menos había sacado cierta satisfacción maltratando e insultando a su asistente, un hombre acobardado y miserable que no era apreciado por nadie. Pero incluso Jex había acabado venciendo su enfermedad, y la larga temporada que llevaban anclados había pacificado su inquietud interna. Al igual que su comandante en jefe, Jex no tenía ningún deseo de pasar frente a la fortaleza de Cronenburgo; pero mientras que Parker era solo excesivamente cauteloso, Jex era un cobarde. Le

resultaba cada vez más difícil concentrarse en sus columnas de cifras, incluso cuando estas demostraban un aumento en la fortuna de Héctor Jex que compensaba la cantidad sustraída por el teniente Drinkwater. En lugar de ello, encontraba en su mente imágenes inesperadas de cadáveres mutilados, cubiertas ensangrentadas sembradas de cuerpos destrozados, y las tinas del cirujano llenas de brazos y piernas.

Las sangrientas historias del teniente Rogers no perdían ningún detalle en la narración, y la desgraciada conducta de Jex en la batalla contra los lugres lo había convertido en una presa fácil para el ingenio cruel y despiadado de los demás oficiales. La falta de tacto y compasión de Rogers alimentaba las continuas referencias a la cobardía de Jex, de modo que el sobrecargo concibió un odio hacia el segundo de a bordo que empezaba a superar el que ya sentía hacia su comandante.

Respecto a este último, Jex se sentía impotente al haberse visto superado de nuevo por el señor Drinkwater. La notoria partida de Waters del barco parecía demostrar la veracidad de las afirmaciones de Drinkwater sobre el misterioso novato. Todo lo que Jex podía hacer era mantener la esperanza de averiguar si el asesinato de Newmarket había ocurrido o no, y si el marqués de la Roche-Jagu existía en realidad. No podía concebir que se hubiera informado de ello sin que se hubiera sabido en Newmarket, tanto si el incidente había tenido lugar como si no. Y era aquel deseo de vivir el tiempo suficiente para demostrar que el arrogante señor Drinkwater mentía el que se veía constantemente amenazado por su creciente horror ante una muerte prematura.

Mientras yacía allí, bajo la cubierta donde los hombres de guardia se maravillaban del eclipse lunar, se vio a sí mismo muerto, destrozado por una bala de cañón, con los intestinos derramándose de su vientre.

Drinkwater permaneció en pie bajo el sol contemplando la cubierta. Había hecho todo lo posible por adelantar al *Virago* hasta una posición donde pudiera asistir a las siete cañoneras si estas lo necesitaban, pero manteniéndose fuera del alcance de los cañones de Cronenburgo, con su vulnerable cargamento de explosivos y combustibles.

Miró más allá de los mástiles de las cañoneras en dirección a su objetivo. Ancladas en línea, justo fuera del arco de fuego conocido de los cañones daneses, se preparaban para bombardear el castillo.

A pesar del hecho de que ya había puesto el pie en suelo danés, su preocupación por la situación de Edward le había cegado hasta entonces a la realidad del territorio enemigo. Hasta el momento, lo había visto como una serie de puntos consignados en las cartas, una costa monótona llena de peligros ocultos y con una población advertida de su llegada con la suficiente antelación. Aquella mañana se dio cuenta de su extraña naturaleza. Tras levar anclas al amanecer, las cañoneras, con el barco de guerra *Edgar* y la fragata *Blanche* al frente, consiguieron ocupar las posiciones que habían tratado de alcanzar el día anterior. El castillo de Cronenburgo se cernía sobre ellos, un edificio de aspecto poco usual a ojos ingleses, habituados a las torres de estilo normando. Los muros de ladrillo rojo y las torres y cúpulas, con sus brillantes tejados de cobre verde, tenían una cualidad fantástica, casi de cuento de hadas, que al principio pareció desmentir por completo los terrores de sir Hyde Parker.

Pero cuando anclaron a las seis de la madrugada del treinta de marzo, la bandera danesa fue izada bajo la brisa del noroeste que marcaba la entrada del Sund. La cruz blanca sobre un campo rojo parecía el lamido de una lengua de dragón flotando sobre la fortaleza y los tejados de la ciudad de Elsinore.

Los hombres habían desayunado en sus puestos de combate, y Lettsom había subido a cubierta para presenciar personalmente los

progresos de la flota. Easton estaba señalando los lugares de interés.

—La ciudad es Helsingor, señor Lettsom, la que nosotros llamamos Elsinore, y el castillo se llama Cronenburgo, o Cronburgo en algunas cartas.

—Entonces ese es el castillo de Hamlet, ¿eh? ¿Es así, señor Drinkwater?

—Supongo que sí, señor Lettsom.

—Y me han dicho que tuvieron un eclipse la noche pasada.

—Creo que fue la luna la que tuvo un eclipse. Por suerte, a nosotros no nos afectó.

—Muy cierto, señor. —Lettsom hizo una breve pausa—. «El húmedo planeta, a cuya influencia está sujeto el imperio de Neptuno, padeció un eclipse…». Hamlet, caballeros, acto primero…

—Estaría harta la luna de tanto vernos echar el ancla, Huesos —intervino Rogers.

Lettsom ignoró al primer oficial y les ofreció otra cita:

—«Ved cómo la aurora, envuelta en su manto de púrpura, viene pisando el camino de aquella empinada colina que se ve hacia el oriente…».

—Pero la colina no es empinada, señor Lettsom, lo que demuestra que Shakespeare desconocía esta tierra.

—Cierto, señor, pero existe algo llamado licencia poética. Y aquí llega el señor Jex, en lugar de la aurora.

Los oficiales reunidos se echaron a reír cuando el sobrecargo apareció en cubierta, y el cirujano, en plena forma y disfrutando de la atención general, continuó con su charada teatral.

—Buenos días, señor Jex —dijo, y luego añadió en tono siniestro —: «He aquí una bestia incapaz de raciocinio».

Desconcertado por las carcajadas, pero consciente de que era el causante de ellas, Jex miró enfurruñado a su alrededor.

—«Un bribón silencioso y hecho de vil metal», ¿eh, señor Jex? —Ni el propio señor Lettsom podía contener la hilaridad, y Jex se puso realmente furioso.

—Cuide sus modales, señor Lettsom —gruñó—. No le he dado ningún motivo para insultarme.

—«Si damos a cada hombre su merecido, ¿quién escaparía al látigo?».

—Bueno —rio Rogers, reacio a permitir que Lettsom se quedara con todo el protagonismo—; tanto usted como su octava parte lo merecerían, señor Jex… —La hilaridad se extendió entre los marineros de la cubierta, que comprendieron perfectamente la alusión a la corrupción de Jex.

—«Sí, aunque seas casto como el hielo y puro como la nieve, no escaparás a la calumnia».

—Cierre la maldita boca… —estalló Jex, con el rostro sofocado ante aquella humillación pública.

—Caballeros, caballeros —intervino Drinkwater—, les ruego que lo dejen correr… Señor Jex, le aseguro que el cirujano no pretendía ofenderle, sino simplemente demostrar lo bien que conoce al Bardo. No estoy en absoluto convencido de que su memoria sea demasiado precisa.

—¡Señor! —protestó Lettsom, pero Drinkwater devolvió su atención a la flota.

—Veamos si hay algo podrido en el estado de Dinamarca, ¿de acuerdo?

—Señor Drinkwater, supera usted los poderes de mi musa —sonrió Lettsom—. Volveré a mi camareta, donde permaneceré triste como Aquiles en su tienda.

El cirujano y el sobrecargo fueron olvidados al instante cuando los catalejos ascendieron para observar cómo la flota levaba anclas y empezaba a dirigirse a Copenhague a través del Sund.

Dirigidos por el *Monarch*, el primer barco de la división de lord Nelson, los barcos de línea avanzaron hacia el sureste bajo la brillante luz del sol. Ofrecían un espectáculo magnífico a los espectadores a bordo del grupo de cañoneras, que esperaban con impaciencia su turno para intervenir en el drama de aquel día. El viento se había reducido a una agradable brisa del norte-noroeste

mientras el *Monarch* se aproximaba a Cronenburgo. Podían ver a sus gavieros moverse por la arboladura para soltar los juanetes de sus ligaduras.

—Señal del *London*, señor. Cañoneras en general, empiecen el bombardeo.

—Gracias, señor Easton. Señor Rogers, que las tripulaciones de los botes se preparen para prestar asistencia. Señor Tumilty, tal vez quiera compartir con nosotros sus opiniones durante la batalla.

—Me encantaría, Nathaniel. Fíjese bien en el *Zebra*. Me parece que sufrió daños graves en el arrecife el otro día, y, aunque creo que está bien construido, si Bobbie Lawson sobrecarga los morteros puede tener problemas.

—¿Es posible que el capitán Lawson sobrecargue los morteros, Tom?

—Para ganar las cinco guineas que me aposté con él a que no podría aguantar una carga por minuto durante más de media hora, es posible que se vuelva algo descuidado, Nathaniel, es posible…

Drinkwater se echó a reír justo cuando abrió fuego la primera cañonera.

—Ese es el *Explosion* —espetó Tumilty, concentrándose de repente. La onda expansiva viajó sobre el agua hacia ellos mientras en el combés del *Explosion* aparecían varias nubes de humo.

—Desde luego, hace honor a su nombre.

—Observarán la caída del proyectil antes de que nadie más dispare —informó Tumilty. Pudieron ver cómo el arco del proyectil alcanzaba su apogeo, y luego su atención se distrajo cuando las baterías de Cronenburgo empezaron a disparar. Durante un instante, el casco del *Monarch* desapareció tras una serie de chapoteos y del humo de su propio disparo cuando él y los barcos en su popa devolvieron sucesivamente el fuego del castillo. Eran las seis y cuarenta y cinco de la mañana.

Durante la hora siguiente, el aire fue desgarrado por las explosiones de los cañones. El atronar de las andanadas británicas era respondido por el fuego pesado de Cronenburgo. Más cerca, el

ladrido poderoso y atronador de los morteros de diez y trece pulgadas envolvió los mástiles inferiores de las cañoneras en pesadas nubes de humo. Al no recibir ninguna señal de las naves a las que apoyaba, los hombres del *Virago* no tuvieron más remedio que permanecer ociosos, disfrutando de un espectáculo raro y memorable.

—Los suecos no disparan, señor —dijo Rogers—. El *Monarch* se está desviando hacia su lado del canal.

La división central de Parker se encontraba ya frente a ellos, con los juanetes izados en todos los barcos, pero manteniendo las velas mayores en los brioles para no estorbar la puntería ni la navegación de la flota a través del Sund.

—Es un hermoso espectáculo, Nathaniel —dijo Tumilty—; en momentos como este, uno casi podría convencerse de que la guerra es algo glorioso.

—Por desgracia, Tom, es cierto. Mira el *Elephant*, el barco de dos cubiertas con la bandera azul en el calcés de trinquete. Es el barco insignia de Nelson; mira cómo no dispara. ¡Así es el desprecio de la vieja Inglaterra, por Dios!

—Si esta es la guerra al estilo inglés, espera a ver la versión irlandesa. —Tumilty sonrió alegremente—. No es el frío desprecio, sino la cálida furia lo que pone en fuga al enemigo.

Ambos se echaron a reír.

—Ahí va el viejo *Isis*. Fíjese bien, señor Q., posiblemente sea la última vez que vea un barco de cincuenta cañones en la línea de batalla. Supongo que lo han incluido por su bajo calado.

Más allá de los barcos de guerra, en el lado sueco del Sund, los navíos más pequeños se habían puesto en marcha. Los bergantines y fragatas remolcaban las lanchas, los balandros y los brulotes *Otter* y *Zephyr*. Las barcazas y cúteres avanzaban hacia el sur, protegidos por la división de retaguardia del almirante Graves. Solo el *Blanche* y el *Edgard* se quedaron para cubrir a las cañoneras. A las ocho menos cuarto, la última fragata de repetición izó una serie de señales.

—Señal del *Jamaica*, señor. «Repetición del barco insignia, las cañoneras deben cesar el fuego y acercarse al almirante». —El señor Quilhampton cerró el libro de señales.

—Eso es un toque de irlandés naval, señor Tumilty —dijo Rogers, dando un codazo al oficial de artillería—. Significa que Parker quiere que hagamos de presa.

—¿De veras, señor Rogers? —dijo Tumilty, llamando a su segundo oficial a la toldilla mientras Drinkwater y Rogers vociferaban órdenes por los altavoces para poner en marcha al *Virago*.

La orden fue obedecida a toda prisa. Los gavieros corrieron arriba para soltar las gavias mientras el grupo del castillo de proa empezaba a manejar el molinete. Hubo mucho movimiento en las batayolas para orientar escotas y drizas.

—Y bien, Hite —dijo Tumilty, inclinándose sobre la barandilla y dirigiéndose al artillero, que llevaba un reloj y un cuaderno en las manos—, ¿qué ha sucedido?

—El señor Lawson ha disparado durante treinta y siete minutos, señor, empleando los dos morteros, y según mis cuentas ha lanzado cuarenta y un proyectiles.

Tumilty lanzó un silbido.

—Vaya, debe de haber hecho trabajar a los pobres artilleros como diablos, ¿eh, Hite?

—Sí, señor.

—¡Y yo he perdido cinco guineas, maldita sea!

—¿Ha perdido su apuesta, entonces? —preguntó Drinkwater, mientras se dirigía hacia delante para observar mejor al grupo del castillo de proa.

—Desde luego que sí.

—Y parece alegrarse mucho.

—¿Por qué no iba a alegrarme? ¿Y por qué no iba a alegrarse usted, dado que va a beneficiarse de ello?

—¿Yo? Sigan tirando, señor Q. Dense prisa con la serviola, señor Matchett. Timón al sureste, señor Easton… ¿Por qué iba a alegrarme de su mala fortuna, Tom?

—Bueno, he apostado cinco más a que el *Zebra* no podrá participar en el siguiente bombardeo, y a que el *Virago* estará en la línea.

Drinkwater estudió con curiosidad al pequeño irlandés antes de volver a dirigir su atención a la navegación del *Virago*, hasta que este hubo ocupado su puesto tras la línea de cañoneras.

Frente a la orilla sueca, los barcos pequeños dejaron atrás la costa danesa mientras los frustrados cañones de Cronenburgo enmudecían.

A las nueve en punto habían pasado los bajíos, y al mediodía anclaron con el resto de la flota frente a la isla de Hven.

—Me pregunto qué daños habrán causado los morteros, Tom.

—Lo que debería interesarle no es el daño que hayan sufrido Elsinore o Cronenburgo, Nat —dijo Tumilty, encogiéndose de hombros—, sino el que haya sufrido el *Zebra*.

Capítulo 15

30 de marzo-1 de abril de 1801

La rada de Copenhague

—Cristo, otra vez hace frío. —Rogers golpeó la cubierta con los pies mientras su aliento humeaba en el gélido aire. Aún no había oscurecido, pero hacía rato que el breve calor del sol se había desvanecido. Junto al barco flotaban lentamente grandes trozos de hielo, y Lettsom, vigorizado por el aire fresco tras haberse pasado todo el día abajo, bien rodeado de pieles de oveja, los observaba con curiosidad desde la barandilla.

—¡No creo que pueda soportar mucho más tiempo seguir esperando sin saber nada de lo que ocurre, Lettsom!

—Me parece que no tiene elección —repuso Lettsom, irguiéndose.

—No —gruñó Rogers, furioso y resentido.

—Supongo que le gustaría saber qué averiguaron esos dos barcos…

—Sí, el *Amazon* y el *Cruizer* se adelantaron con el lugre *Lark*, su capitán conoce bien los accesos a Copenhague. Alguien dijo que se creía que Nelson iba en el lugre, pero… —Se encogió de hombros con resignación—. Que les den; supongo que ya nos avisarán cuando quieran que nos disparen.

—¿Cómo se toma el retraso el comandante? Parece un hombre muy activo.

—¿Drinkwater? Es un tipo raro. Lo ascendieron en el noventa y nueve, pero por culpa de algún lío administrativo se quedó sin su nombramiento. Se lo tomó bastante bien; si hubiera sido yo, hubiera montado una auténtica bronca.

—No lo dudo —dijo secamente Lettsom—; creo que nuestro señor Drinkwater es una especie de estoico, lo que ya es bastante raro. ¿Qué opina de ese asunto del espía?

—¿Qué se puede opinar? —dijo Rogers, encogiéndose de hombros—. Como le he dicho, Drinkwater es un tipo raro. Ya andaba metido en asuntos de espionaje desde antes de la guerra; pregunte a Tregembo si quiere saber más sobre nuestro comandante. El muy embustero le contará unas historias exageradísimas sobre un joven guardiamarina que degolló a un gabacho y se quedó con la espada del *monsieur*, o que recuperó una presa americana después de que su tripulación original hubiera derrotado a sus captores. En resumen, es un auténtico misterio por qué nuestro Nathaniel no está al mando de esta maldita expedición contra el maldito zar… Y, si le digo la verdad, no lo haría peor que ese idiota de Parker, y eso que él tiene a lord Nelson para pincharle el trasero.

—Cierto, señor Rogers, pero parece que el señor Drinkwater fue especialmente seleccionado por su discreción para desembarcar a ese espía. Yo diría que lo consiguió con bastante éxito, ¿y usted?

—Supongo que sí… Eh, ¿qué está pasando al lado del *Cruizer*? —Rogers tomó el catalejo nocturno de la estantería y estudió atentamente la silueta gris del bergantín a media milla de distancia, parcialmente oculto a sus ojos por el casco del *Blanche*—. ¡Dios mío, está zarpando!

Lettsom observó la creciente oscuridad y tuvo que confesar que no veía nada digno de mención.

—¡Allí, hombre! ¿Está ciego? Menudo cirujano debe de ser, si no puede ver un maldito bergantín ponerse en marcha con todos los botes a su lado.

—No, no veo nada. ¿Quiere que informe al capitán cuando vaya abajo?

—Sí, se lo agradecería. —Rogers se volvió—. ¡Castillo de proa! ¿Es que no ven nada extraño en el lado de estribor? ¡Mantengan los ojos abiertos, maldita sea, si no quieren que un guardacostas danés se les acerque y les mee encima mientras duermen!

—¡A la orden, señor! —Lettsom distinguió el tono de agravio en la réplica.

En el camarote, informó a Drinkwater sobre el *Cruizer*.

—Gracias, señor Lettsom. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar un vaso de vino y unas galletas conmigo? Supongo que mañana sabremos lo que ocurre; entretanto, creo que beber algo para calentarnos antes de ir a dormir no sería una mala idea, ¿eh?

—Desde luego, señor, gracias.

—Señor Lettsom, sus versos no me gustan mucho, pero me han dicho que tiene mucho talento con la flauta. Tal vez quiera tocar algo.

—Será un placer, señor Drinkwater. ¿Conoce la obra de Lully?

—No. Por favor, ilústreme.

La flota había zarpado de Hven al amanecer, dirigiéndose hacia el sur, y, a la sazón, se encontraba anclada frente a los tejados y campanarios de Copenhague, en el extremo norte de la rada. Se había celebrado otra reunión a bordo del *London*, a la que fueron convocados los oficiales de artillería. Quilhampton regresó de acompañar a Tumilty al barco insignia con una noticia para Drinkwater.

—El *Amazon* y el *Cruizer*, señor, se adelantaron con el lugre *Lark*. Lord Nelson ha podido explorar las posiciones danesas, según me ha dicho un guardiamarina del *London*.

—Seguro que sabremos todos los detalles cuando Tumilty regrese —asintió Drinkwater—. Se lo agradezco, señor Q. —Drinkwater tomó los viejos cuadernos de Blackmore y se inclinó sobre la carta, perdido en sus pensamientos.

Copenhague, la capital danesa, estaba situada a ambos lados del estrecho que dividía el extremo oriental de Zelanda y la isla más pequeña de Amager. El estrecho formaba un puerto interior, y se adentraba hasta el corazón de la ciudad. Al este, el mar formaba una gran rada abierta, separada de la parte principal del Sund por la isla baja y arenosa de Saltholm, que albergaba poco más que unas cuantas cabañas y una buena cantidad de barrón. Pero la rada era engañosa. Además de los bajíos alineados junto a las orillas de Amager y Saltholm, que convergían en el extremo sur frente a Dragor en Los Bajos, había un gran banco de barro elíptico, llamado Zona Intermedia, que dividía la rada en dos canales navegables. El occidental, que desde la perspectiva de la flota británica conducía primero hacia Copenhague y luego hacia el sur, se llamaba Canal del Rey. El oriental, que avanzaba hacia el sur junto a la costa de Saltholm y fuera del alcance de los cañones de Copenhague, era conocido como Canal de Holanda.

El problema de atacar Copenhague estribaba en decidir si entrar en el Canal del Rey desde el norte, lo que podía atascar a los barcos en el extremo sur si un viento desfavorable les impedía regresar por el Canal de Holanda, o concentrarse en el extremo sur para abrirse paso hacia el norte por el Canal del Rey cuando cambiara el viento.

Drinkwater sufrió una interrupción repentina cuando la puerta se abrió y alguien arrojó unas cuantas monedas de oro sobre la carta que tenía ante él. Levantó la vista, estupefacto. El rostro normalmente sofocado de Tumilty estaba azul a causa del frío, y de la nariz le colgaba una enorme gota. Pero su expresión era de total felicidad.

—Aquí está mi parte de la apuesta, Nathaniel, y con el mismo entusiasmo me he desprendido de otras cinco ante el capitán Lawson, tras su fantástica actuación de pirobolista con el *Zebra*.

—¿Y cómo está el *Zebra*, Tom? —preguntó cautelosamente Drinkwater.

—¡No se lo podrá creer! ¡Se les ha roto el afuste del mortero de trece pulgadas! Y además se les estropeó un tablón de aparadura en

el arrecife, y aunque no es nada que su comandante considere serio, tiene a los hombres bombeando durante una hora a cada guardia… Si vuelven a usar los morteros les entrará todo el Báltico en la sentina.

—¿Y el *Virago*? —preguntó Drinkwater, levantándose para servir dos vasos de vino.

—Todavía nada firme, Nathaniel. Las mentes de los oficiales del barco insignia no toman decisiones con la misma facilidad que su humilde servidor, pero solo es cuestión de tiempo hasta que el sentido común recomiende que el *Virago* llene ese vacío, y ahí está mi dinero como acto de fe. —Se llevó el vaso a los labios, dirigiendo a Drinkwater uno de sus guiños de conspirador.

Drinkwater digirió la noticia.

—¿Qué ha averiguado sobre los planes para el resto de la flota?

—Oh, Parker ha aumentado el tamaño del destacamento de Nelson, añadiéndole el *Edgar* y el *Ganges*.

—Eso hacen doce barcos de línea. ¿Cree que pretende que Nelson se encargue del ataque?

—Estoy seguro de ello —asintió Tumilty—. Fremantle está al cargo de esos malditos botes, y hay alguna otra señal. Mire, está todo en estas órdenes.

Tumilty arrojó los papeles sobre la mesa. Añadió con aire indiferente:

—El *Isis* perdió siete hombres al pasar junto a Cronenburgo cuando uno de sus viejos cañones estalló. —Vació su vaso, se sirvió otro y continuó—: Parece que Nelson se adelantó ayer por la tarde en un lugre…

—El *Lark*.

—Exacto; y anoche Brisbane se llevó el *Cruizer* y colocó un par de boyas en el extremo norte del Canal de Holanda. ¿Sabe dónde está?

Drinkwater señaló las cartas que tenía frente a él. Tumilty miró por encima de su hombro.

—Ah, y ayer Nelson vio que los daneses derribaban las balizas frente a Dragor…

—Aquí, en el extremo sur del Canal que conduce a Copenhague desde el sur. Si hubiéramos pasado por el Gran Belt, hubiéramos tenido que cruzar frente a los cañones de Dragor, y, como puede ver, hay menos espacio que en el Sund.

—Cierto, cierto… aparentemente, toda la operación está ahora en suspenso porque las balizas y boyas han sido retiradas de los canales de acceso. Hay una hilera de fuertes y baterías flotantes frente a Copenhague, dominando los accesos desde el norte y el sur. Ante ellos hay un bajío…

—Aquí —señaló Drinkwater—. La Zona Intermedia, entre los bajíos de Saltholm y la propia Copenhague.

—Nelson quiere atacar desde el sur, esperando un viento favorable para que la brisa lo empuje hacia el norte si se ve obligado a retirarse. La posición parece formidable…

—Y si no hay boyas… —Drinkwater se interrumpió, y en sus ojos apareció una expresión remota. De repente, golpeó los papeles con una mano.

—Dios mío, ¿por qué demonios no se me ha ocurrido antes…? ¿Dónde diablos está ahora lord Nelson?

—¿Nelson? Bueno, está todavía en el *London*, o puede que en el *Elephant*… Eh, ¿adónde va?

Drinkwater abrió de golpe la puerta de su camarote y gritó:

—¡Preparen un bote de inmediato!

Luego volvió a entrar y tomó su capa, sombrero y espada.

—Me voy a ver a Nelson.

—¿Y qué hay de sus órdenes? —Tumilty señaló el paquete que yacía sin abrir sobre el escritorio.

—¡Oh, al diablo con ellas! No iremos a ninguna parte hasta que haya boyas en esos canales.

La barcaza de Nelson se encontraba junto al *Elephant* cuando se acercó el bote del *Virago*, aún no se había apartado del costado del barco de guerra, aunque el almirante ya se encontraba a bordo cuando el bote del *Virago* chocó suavemente contra ella, y un teniente muy alto saltó a la barcaza, se tambaleó un segundo sobre una bancada, se agarró a un remo, y murmurando «con su permiso», trepó por el costado del *Elephant*.

Se llevó la mano al sombrero ante el alcázar y se anunció al atónito centinela. Luego agarró del brazo a un guardiamarina que pasaba y miró a su alrededor. Vio que unos cuantos oficiales desaparecían bajo la toldilla, y Drinkwater supuso que estarían siguiendo a Nelson hacia su camarote.

—Llévame ante el vicealmirante ahora mismo, inútil —dijo al muchacho en un gruñido.

Nelson estaba despidiendo al grupo de oficiales, frotándose la frente y alegando fatiga cuando Drinkwater se abrió paso hasta ellos.

—¿Qué desea? —Drinkwater se encontró frente a un hombre alto con uniforme de capitán. El guardiamarina había desaparecido.

—Con su permiso, señor, quisiera hablar con el vicealmirante.

—¿Qué demonios pasa, Foley?

—Un oficial que solicita hablar con usted. —Foley se volvió y Nelson apareció en el umbral del gran camarote.

—Milord, le ruego un instante de su tiempo…

Nelson tenía el ceño fruncido.

—¡Yo le conozco!

—Suplico a milord que me permita asistir en las tareas de exploración y balizamiento necesarias para la llegada de la flota a Copenhague… —Notó la mano de Foley sobre su brazo.

—Vamos, señor mío, no es el momento…

—No, espere, Foley. —El único ojo de Nelson centelleaba, aunque tenía el rostro gris de fatiga—. Oigamos lo que tiene que decir el

teniente.

—Durante el último período de paz, serví en los yates de balizamiento de la Trinity House…

—La Trinity House nos ha proporcionado unos pilotos que no comparten su entusiasmo, señor, eh…

—Drinkwater, milord. No me ha entendido. Esos hombres son de la Trinity House de Hull, y desconocen las técnicas de balizamiento. Los yates de la London House se dedican continuamente a ello.

Hubo una pausa, y luego Nelson preguntó:

—¿No le he visto en alguna parte, señor Drinkwater?

—Sí, señor, en Siracusa, en el noventa y ocho. Yo era el segundo de a bordo del bergantín *Hellebore*…

—¿El *Hellebore*? —Nelson frunció el ceño.

—Usted lo envió al mar Rojo a advertir al almirante Blankett de las intenciones francesas en Egipto.

—Ah, ya recuerdo. Y todo para nada, ¿eh, señor Drinkwater? —Nelson esbozó una sonrisa de agotamiento.

—Desde luego que no, milord, destruimos una escuadra francesa y capturamos un hermoso barco de treinta y ocho cañones.

—Ah… —Nelson volvió a sonreír con su boca ancha y expresiva que traicionaba lo apasionado de su naturaleza y que demostraba que aún era un hombre joven.

—Señor Drinkwater —dijo, tras considerarlo un momento, hablando con el agudo acento de Norfolk que nunca trataba de disimular—, su celo le honra. ¿En qué barco está?

—Estoy al mando de la lancha cañonera *Virago*, señor. Tiene dos morteros y un teniente de artillería tan impaciente por usarlos como yo mismo… —Drinkwater sostuvo la penetrante mirada del vicealmirante.

—Ese irlandés colorado que estaba esta mañana en la reunión del *London*, ¿eh?

—El mismo, milord.

—Tomaré nota de sus peticiones y los emplearé a usted y a su barco del modo que parezca más aconsejable. Informaré al capitán

Brisbane del *Cruizer* de su familiaridad con el asunto que nos ocupa. Entretanto, debo pedirle que me excuse. Estoy realmente cansado… Foley, tenga la amabilidad de despedir al señor Drinkwater.

—Gracias, señor. —Drinkwater se retiró, pensando que nunca se había encontrado con que un almirante se excusara ante él, ni con que un capitán veterano lo acompañara a su bote.

—Espero que sea capaz de hacer un buen trabajo, señor Drinkwater —observó Foley.

—No tengo ninguna duda al respecto, señor.

—La amabilidad del almirante va más allá de los límites de la de los demás —añadió el capitán con un toque de ironía, entregando al importuno Drinkwater al oficial de guardia.

Pero Drinkwater ignoró el suave reproche. Pensaba que el malentendido construido sobre su presencia en los aposentos de lady Parker en Yarmouth se habría borrado por completo. Había observado la cualidad especial de Nelson en Siracusa, y de repente comprendió en qué consistía. En contraste con la tradición de búsqueda de poder y prestigio personales que había dividido, y dificultado, las operaciones de la flota durante generaciones, Nelson estaba destinado a capitanear hombres con un propósito común, cuya lealtad hacia los demás pasaría por encima de cualquier consideración egoísta. Era posible que no triunfaran ante las bien preparadas defensas de Copenhague, pero sería un fracaso sin deshonor. Para usar las últimas palabras de Edmund Burke, si tenían que morir lo harían con la espada en la mano.

—Bien, caballeros. —Drinkwater paseó la mirada en torno al círculo de caras: Rogers, los suboficiales, la casaca roja de Tumilty, el rostro delgado de Quilhampton—. Bien, debemos dividir nuestras fuerzas. El señor Tumilty continuará los preparativos con su grupo, bajo las órdenes directas del señor Rogers, que asumirá el mando del barco en mi ausencia. Las tres guardias corresponderán a los señores Trussel, Matchett y Willerton, que también se ocuparán de las demás

tareas que les puedan ser encargadas. Los señores Easton y Quilhampton me proporcionarán los materiales escritos en esta lista, y seleccionarán una tripulación para el bote, que debe estar adecuadamente equipada contra el frío. Señor Lettsom, usted y el señor Jex se encargarán, además de sus tareas establecidas, de asistir a los demás oficiales si lo precisan, o si el señor Rogers o yo mismo lo consideramos necesario. Necesitamos hacer un gran esfuerzo, caballeros. No creo que deba recordarles cuál es su deber, pero tendremos poco descanso en los días que se avecinan, hasta que el asunto del que vamos a ocuparnos llegue a su final. Cuál sea ese final depende en gran parte de nuestros esfuerzos. ¿Comprendido?

Hubo un coro de asentimiento.

—Muy bien, ¿alguna pregunta?

—Sí, señor. —Era Matchett, el timonel.

—¿Sí?

—¿Estaremos en la línea de las cañoneras, señor, tal como me han dicho? —Drinkwater dirigió una mirada a Tumilty, cuyos ojos inocentes contemplaban la cubierta.

—No puedo decírselo en este momento, señor Matchett. —Un murmullo de decepción recorrió la pequeña asamblea—. Todo lo que puedo decirles es que he presentado nuestro caso al mismo lord Nelson no hace ni una hora…

Los rostros se animaron perceptiblemente.

—Eso es todo, caballeros.

—¡Señor! ¡Perdone, señor!

—Sí, ¿qué sucede? —Drinkwater apartó la vista del timonel para dirigirla al señor Quilhampton.

—Para esta exploración, señor, el cuaderno y la tablilla…

—¿Sí?

—Bueno, señor, puedo sostener un lápiz con la mano derecha, pero… —Quilhampton levantó el gancho en que finalizaba su brazo

izquierdo.

—Maldita sea, se me había olvidado por completo. Acepte mis disculpas, señor Q… —Drinkwater olvidó por un momento las instrucciones que estaba dando a Matchett y se frotó la frente.

—¿Por qué no va a ver al señor Willerton, señor? El carpintero podría encajarle un gancho de madera capaz de sostener cualquier cosa, señor.

—Encárguese, señor Q. Muchas gracias, señor Matchett. Y ahora, al asunto de las boyas. Quiero todas las redes que puedan reunir, más o menos de una braza cuadrada; usen cualquier tipo de soga, pero la malla debe ser lo bastante pequeña para impedir el paso de una bala de veinticuatro libras. Llenen el bote de rollos de soga de diez brazas de longitud y tres pulgadas de anchura, suficiente para las redes que hayan fabricado. Luego quiero algunos de esos tablones de pino que sobraron de las santabárbaras, ya sabe, los que Willerton ha tenido escondidos desde Chatham, con cordel suficiente para atarlos en forma de cruz. No, maldita sea, usaremos clavos. Luego quiero una docena de perchas ligeras, palos de bichero, atacadores de cañón de sobra, ese tipo de cosas, todos con tela de señales. Que los hombres de guardia se ocupen de eso al momento.

—¿Cuántas balas para cada red, señor?

—Cuatro serían demasiado pesadas para manejarlas por encima de la regala; que sean tres.

—Entonces podríamos hacer las redes un poco más pequeñas, señor.

Drinkwater asintió.

—Encárguese de ello, pues. —Se volvió hacia la popa y vio al sobrecargo—. ¡Oh, señor Jex!

—¿Señor?

—Señor Jex, el señor Tumilty me ha pedido que le recuerde especialmente que usted y su grupo de bomberos deben estar adecuadamente familiarizados con el manejo de las bombas y

mangueras. Cuando entremos en acción, sus esfuerzos serán necesarios mientras los morteros estén en uso.

—¿Cuando entremos en acción, señor? —preguntó Jex, inseguro —. Pero creí que el asunto aún no estaba…

—Espero que lo sepamos pronto… ah, señor Willerton, ¿puede ayudar al señor Q.? Les queda poco tiempo…

Drinkwater no vio el pálido rostro del señor Jex contemplando su espalda con incredulidad.

Media hora más tarde, Drinkwater se presentó ante Brisbane, a bordo del *Cruizer*.

—Mire, Drinkwater, lo que pudimos hacer anoche para balizar el canal fue muy poca cosa. —Brisbane se inclinó sobre la lámina de papel extendida sobre el escritorio del camarote del *Cruizer*. Sobre ella, el oficial de derrota del bergantín, William Fothergill, había trazado la silueta de las islas de Saltholm y Amager. En esta última se encontraba la ciudad de Copenhague. También estaban dibujados los límites aproximados de los bajíos.

—Estamos tratando de encontrar la línea de cinco brazas que nos daría agua suficiente para la escuadra de Nelson. Por suerte para nosotros, la marea aquí es despreciable, aunque un fuerte viento del sur puede reducir el nivel del agua en la Zona Intermedia.

—Eso creo, señor.

—Anoche sondeamos el límite oriental del Canal de Holanda, aquí, a lo largo de la orilla de Saltholm, y colocamos cuatro boyas…

—¿Qué emplean para las boyas, señor?

—Barricas de agua con tres balas de munición doble, ¿por qué?

—Con todos los respetos, señor, aunque no es una mala idea, los barriles pueden resultar difíciles de ver, particularmente si el mar está cubierto de niebla como ha ocurrido estas tres últimas mañanas. ¿Puedo sugerir tablones, o perchas cortas, atadas o clavadas en forma de cruz, con un agujero en el medio para instalar un palo ligero? Se ata una soga a los extremos de cada tablón y se unen todas en una vinatera en la base del palo; así se obtiene un enganche que ayuda al palo a mantenerse erguido. Si en el palo

fijamos tejido de señales o un banderín, creo que el método le resultará satisfactorio…

—Muy buena idea, señor —intervino Fothergill—, y si es necesario, se puede colgar una linterna del palo.

—Desde luego. —Los tres hombres levantaron la vista de la carta, sonriendo.

—Muy bien, señor Drinkwater. Ahora el señor Fothergill le dibujará lo que hemos hecho hasta el momento, y luego esta carta llegará a manos del capitán Riou, a bordo del *Amazon*. A partir de ahora, todos los informes de la expedición han de regresar al *Amazon*, donde completaremos esta carta. Tengo entendido que tienen un verdadero pelotón de guardiamarinas y asistentes haciendo copias para todos los barcos a medida que va llegando la información.

La reunión se dio por finalizada, y Drinkwater ordenó a sus remeros que apresuraran el regreso al *Virago*. Su mente ya había empezado a prepararse para las horas que se avecinaban. Al sur, el *Amazon* se encontraba anclado frente a Saltholm, junto con el *Lark*, el otro bergantín, el *Harpy*, y el cúter *Fox*. Había botes con sondadores, y sus ateridas tripulaciones se abrían paso entre los témpanos de hielo, que les recordaban que, mucho más al este, el hielo se estaba rompiendo, y que cada día estaba más cerca la llegada de una flota rusa. Incluso antes de que llegaran al *Virago*, el *Cruizer* había vuelto a zarpar, con lord Nelson a bordo para reconocer la posición enemiga.

Caía la tarde del día treinta y uno cuando Drinkwater y sus dos botes se separaron del costado del *Virago*. Cada uno de ellos remolcaba en su popa los materiales para dos boyas, desmanteladas y atadas para no estorbar los esfuerzos de los remeros. Los dos botes iban cargados de redes de munición redonda en la sentina y pequeñas barricas de agua bajo las bancadas. Cada remero tenía los pies apoyados en un rollo de soga y un machete. Los remos llevaban

sujeción doble, y había dos hombres de repuesto encogidos en la proa. Todos, oficiales y marineros, iban cubiertos con pieles de oveja y bufandas de lana, manoplas y toda clase de gorros. Todos habían tomado una ración doble de alcohol antes de abandonar el barco, y había dos barriles de ron estibados bajo las escotas de popa de cada bote. El señor Jex se había quejado del gasto, pero Drinkwater lo había ignorado.

Quilhampton iba sentado en popa, junto a su comandante. Su nueva mano izquierda había sido confeccionada a toda prisa a partir de un trozo de roble, y era capaz de sostener al mismo tiempo el timón y un cuaderno.

—De momento, bastará —había dicho Quilhampton, para añadir con una sonrisa—: Y es resistente al frío.

Drinkwater sintió la presión de aquella mano tosca contra su brazo mientras Quilhampton hacía virar el bote para evitar un témpano. En sus propias manos llevaba manoplas de piel sobre un par de medias de seda. Los experimentos le habían demostrado que podía manejar un lápiz dejando que las manoplas colgaran del cordel, y usando los dedos a través de las medias.

Se dirigieron al *Amazon*, alcanzando la fragata una hora después del ocaso, y Drinkwater se presentó ante el capitán Edward Riou. No mucho mayor que el propio Drinkwater, Riou se había ganado su reputación diez años atrás, salvando al *Guardian* después de chocar contra un iceberg en el Pacífico. Poseía la misma energía, y había abandonado el mando de un barco de guerra para desempeñar su misión especial en la fragata *Amazon*. Fijó sus ojos brillantes e inteligentes en Drinkwater mientras este le explicaba sus ideas para balizar los bordes de los bajíos.

—Verá que Brisbane ha anclado el *Cruizer* en el extremo norte de la Zona Intermedia, con linternas izadas como marca para todos los botes de exploración. He ordenado a los capitanes y oficiales que ahora están sondando que anclen sus botes en la línea de las cinco brazas, hasta que los releven las lanchas con las boyas, pero admito que su idea es mejor. A la luz de su experiencia, entonces, deberá

usted llevar sus botes hasta el extremo sur del Canal de Holanda, y averiguar hasta dónde llega la Zona Intermedia por el sur. Es esencial que ambos límites del Canal estén balizados por la mañana, y, si es posible, que hayamos descubierto su alcance por el sur. Lord Nelson desea poner en marcha la escuadra mañana, y lanzar su ataque contra la línea danesa desde una posición cercana al extremo sur de la Zona Intermedia.

Los dos botes del *Virago* se encontraban regala contra regala en la oscuridad. Mientras Quilhampton supervisaba el reparto del ron, Drinkwater dio a Easton sus últimas instrucciones.

—Iremos hacia el oeste guiándonos por la brújula, señor Easton, hasta que encuentre usted cinco brazas; entonces ha de soltar el ancla y encender una luz. Yo lo rodearé, para establecer la tendencia general del fondo, a una distancia de sesenta o setenta yardas. Si quedo convencido de que hemos descubierto el borde del banco, me alejaré de usted hacia el sur-sureste hasta encontrarme aproximadamente a un cable; luego viraré al oeste y sondaré en busca de la línea de cinco brazas. Le enviaré una señal de tres luces cuando esté anclado. Si su rumbo no se ha alterado de forma significativa, podremos dar por sentado que la línea del banco es constante entre los dos botes. Si hay un cambio grande, nos mostrará la tendencia del banco hacia el este o el oeste, y lo balizaremos. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

—Muy bien, ahora instalaremos una boya en nuestra primera posición, para determinar el punto de partida, de modo que prepárese para tomar el rumbo desde el *Cruizer* cuando esté instalada.

—A la orden, señor.

—Muy bien, empecemos. Adelante, señor Q.

La noche era muy fría, y los sondadores quedarían empapados. El viento seguía soplando del norte, y el mar, aunque tranquilo,

resultaba muy molesto en el interior de los botes, enviando pequeñas salpicaduras de espuma helada a los rostros de los marineros, creándoles al principio un dolor intolerable, que al poco rato los aturdía y convertía a los remeros en autómatas. Justo antes de perderse mutuamente de vista, los dos botes viraron al oeste, con las brújulas en los tablones del fondo, iluminadas por linternas a los pies de los oficiales. Delante canturreaban los sondadores, con la sondaleza acortada hasta las cinco brazas, para no perder el tiempo con profundidades mayores.

Drinkwater se frotó el brazo derecho allí donde tenía la herida, que le dolía cada vez más cuanto más tiempo pasaban en aquel clima frío. Las fibras agarrotadas propagaban un dolor sordo por todo su pecho a medida que transcurrían las horas, y Drinkwater maldijo a Edouard Santhonax, el hombre que le había infligido la herida.

El grito de «¡Fondo!» fue casi simultáneo en los dos botes, y Drinkwater indicó con la cabeza a Quilhampton que rodeara al de Easton, escuchando al sondador mientras el chapoteo sobre la proa del otro bote indicaba el lugar donde Easton había echado el ancla. Drinkwater tomó la brújula de mano. Necesitaría la linterna para leerla, pero estaban más o menos al oeste de Easton.

—Cinco, cinco, sin fondo, cinco, cuatro, tres, ¡bajando rápido, señor!

—Muy bien, viren hacia el norte —dijo a Quilhampton, contemplando la silueta oscura del otro bote, que había virado a barlovento.

—Tres, tres, cuatro, tres, cuatro, tres…

—Otra vez a estribor, señor Q. —Los remos golpearon rítmicamente los toletes y la espuma salpicó el interior del bote.

—… Tres, tres, cuatro, cuatro, cinco… sin fondo, señor, sin fondo… —Drinkwater miró en dirección a Easton y luego observó la brújula. Easton había encendido una luz; era de suponer que había tomado nota de su posición y podía permitirse exhibir la linterna en la regala.

—Rumbo al sur, señor Q. Pase cerca de su popa para poder hablar con ellos.

—A la orden, señor.

—¿Todo bien, señor Easton?

—Sí, señor. Hemos anclado la plomada y tenemos la primera boya casi lista… —El sonido del martilleo les llegó desde el bote.

—Mantenga la luz encendida, señor Easton. Rumbo sursureste, señor Q, durante tres minutos, y luego al oeste.

A su lado, Quilhampton empezó a susurrar:

—Uno, y dos, y tres, y cuatro…

Drinkwater mantuvo los ojos fijos en la luz a bordo del bote de Easton. Finalmente, sintió la presión del timón cuando Quilhampton viró al oeste. Escuchó el canturreo del sondador.

—Sin fondo, sin fondo, sin fondo… ¡sin fondo, cinco!

—¡Alto todo el mundo! ¡Echen el ancla!

Un chapoteo respondió a la orden de Quilhampton, seguido por el rumor del cáñamo sobre la regala.

—Remos… remos al bote.

Los hombres tiraron de los remos e inclinaron las cabezas sobre sus brazos cruzados. Las espaldas se curvaron cuando la monótona labor cesó por un tiempo. Drinkwater anotó la posición de la débil luz de Easton, y descubrió que se encontraba al norte cuarta al nordeste medio este.

—Repartan agua y galletas, señor Q. —Levantó la voz—. Cambio de lugar, muchachos, con cuidado. Repartiremos ron cuando hayamos instalado la primera boya. Bien hecho, sondador. ¿Estás muy mojado, Tregembo?

—Jodidamente empapado, señor. —Hubo un murmullo bajo de risas por todo el bote.

—Te está bien empleado, por presentarte voluntario —dijo una voz anónima en la oscuridad, y todos volvieron a reír.

—Bien, ahora esperaremos al señor Easton. Haga la señal de tres luces, señor Q.

Quilhampton levantó la linterna de los tablones del fondo y la elevó tres veces, recibiendo en respuesta un movimiento de la de Easton, pero luego la linterna del oficial de derrota reapareció en la regala, y no pareció ocurrir nada durante largo rato. Un murmullo inquieto recorrió el bote mientras el sudor se secaba sobre los remeros y el frío amenazaba con agarrotar sus músculos mal nutridos y exhaustos.

—Creo que está teniendo algún problema para instalar la boya —dijo Drinkwater, y, unos momentos después, la luz se apagó. Al cabo de cinco minutos, Easton les estaba llamando.

—Hemos encontrado un bote del *Harpy*, señor. Querían saber qué diablos estábamos haciendo en su sector.

—¿Qué les ha dicho?

—Que éramos del *Virago* y que estábamos cumpliendo órdenes de lord Nelson. Ha usado el santo y seña de «Westmoreland», y yo he replicado «Northumberland».

—¿Y ha quedado satisfecho?

—Bueno, ha dicho que nunca había oído hablar del *Virago*, señor, pero que lord Nelson le resultaba familiar, y me ha preguntado si tendríamos la amabilidad de averiguar hasta dónde llegaba este maldito banco.

—Estaré encantado de complacerle… sonde a mi alrededor, y continúe hacia el sur.

—¿Cree que los daneses nos atacarán, señor? —preguntó Quilhampton.

—Para ser sincero, no lo sé; si los franceses estuvieran haciendo algo así en Spithead, no creo que los dejáramos tranquilos. Por otra parte, parece que han hecho muchos preparativos para recibirnos, y tal vez quieran que nos confiemos. En todo caso, sería prudente mantener los ojos bien abiertos, ¿eh?

—Sí, señor.

Esperaron lo que les pareció una eternidad antes de que las tres luces aparecieran en el bote de Easton; luego, continuaron hacia el sur, con los hombres ateridos de frío y ansiosos por entrar en calor.

Tras sondar en torno al bote del oficial de derrota, lo dejaron en su popa, y la sondaleza volvió a caer por la borda mientras los remos golpeaban suavemente los toletes.

Cuando el sondador encontró la línea de las cinco brazas, el bote fue anclado a la red de munición redonda con su cable de diez brazas, y Drinkwater ordenó estibar los remos a bordo mientras preparaban la boya. Levantando los cuatro tablones y dos perchas, los hombres los izaron a bordo, goteando sobre sus piernas, y cortaron las amarras.

—Asegúrese de que los agujeros de los tablones coinciden antes de clavarlos, señor Q., o tendremos problemas…

Arrastraron los pesados e incómodos tablones a través del bote, los situaron en forma de cruz, y, sosteniendo la linterna en alto, alinearon los agujeros. Clavar los tablones resultó más difícil de lo previsto, dado que el punto donde golpeaba el martillo no tenía soporte. Finalmente los clavos estuvieron en su sitio, y se emplearon cordeles para reforzarlos.

La brida de cuatro brazos fue levantada, y pasaron la percha por el centro de la estructura. Finalmente, mientras Easton acababa de rodearlos y ponía rumbo al sur, ajustaron el cable del ancla a la brida y se prepararon para soltarla.

—Tres luces, señor —informó Quilhampton.

—Sí —dijo Drinkwater, levantando su brújula de mano—, y me parece que el banco se curva un poco al oeste. Muy bien —dijo, cerrando de golpe la tapa de la brújula—, ¡suelten la boya!

Miró hacia atrás mientras se alejaban. La delgada línea de la percha desapareció pronto en la oscuridad, pero el tejido de señales se destacaba justo por encima del horizonte, contra un cielo algo más claro.

Siguieron trabajando durante toda la noche, celebrando de vez en cuando sus éxitos con tragos de ron. La desviación al oeste no aumentó, aunque Easton instaló una segunda boya antes de que el banco virara de nuevo hacia el sur.

El bote de Drinkwater estaba haciendo su quinto viaje hacia el oeste, y el cielo empezaba a clarear en el este cuando Drinkwater se dio cuenta de que algo iba mal.

—¡Remos! —ordenó, y los hombres se detuvieron, poniendo los remos en posición horizontal. Drinkwater se inclinó sobre la pequeña brújula y comparó sus resultados con la del fondo del bote. La embarcación de Easton estaba en la cuadra de estribor. Por delante, le pareció distinguir la costa baja de Amager surgiendo de la oscuridad, pero no podía estar seguro. El bote aminoró la velocidad cuando lo rozó un témpano de hielo.

—Creo que hemos pasado de largo del banco, señor Q. Vire al norte, y sigan usando la sondaleza ahí delante.

—¡A la orden, señor!

Al aumentar la luz, les quedó claro que habían calculado mal la distancia de Easton y que habían rebasado el límite del banco, pero, tras quince ansiosos minutos, Tregembo volvió a tocar fondo.

Mientras pugnaban por instalar su segunda boya, Easton se les acercó.

—No se moleste en rodearme, señor Easton, esto es el final del banco.

—Bien hecho, señor.

—Y también usted y su tripulación. Puede trasladarse aquí, señor Easton, con sus anotaciones. Señor Q., usted conducirá el bote del señor Easton de regreso al barco.

—A la orden, señor.

—Boya lista, señor.

—Muy bien, aguanten un momento… —Los dos botes se tocaron, y Easton y Quilhampton se intercambiaron—. Un trago de ron antes de irnos, ¿eh?

Los hombres consiguieron emitir un débil vítor, y, a la creciente luz, Drinkwater vio los rostros sofocados y los ojos hundidos de las dos tripulaciones. El viento seguía soplando del noroeste, y les esperaba un buen esfuerzo remando contra el viento. Un pesado témpano de hielo golpeó el costado del bote.

—¡Apártelo, Cottrell!

No hubo ningún movimiento en la proa.

—¡Cottrell! ¿Me oye?

—Perdone, señor, pero Cottrell está muerto, señor.

—¿Muerto? —Drinkwater se levantó y avanzó hacia delante, dándose cuenta de repente de hasta qué punto se le habían agarrotado los músculos, después de tanto rato agazapado sobre la linterna, cartas y brújulas. Estuvo a punto de caer por la borda, y solo lo evitó agarrándose al hombro de un marinero. Era el de Cottrell, que cayó hacia un lado igual que un tronco. Su rostro estaba cubierto por una delgada película de cristales de hielo, y sus ojos miraban acusadoramente a Drinkwater.

—Túmbenlo en el fondo. —Drinkwater regresó a popa y se sentó.

—Imposible, señor, está rígido como una tabla.

Drinkwater blasfemó entre dientes.

—¿Lo tiro por la borda, señor?

No le gustaba tener que dar aquella orden.

—Sí —replicó—. Pobre Jack… No hay más remedio, muchachos.

—No era un mal tipo, ¿verdad?

Hubo un chapoteo en la proa. El cuerpo rodó una sola vez y desapareció. El silencio se apoderó del bote, y Quilhampton dijo:

—¿Permiso para continuar, señor?

—Continúe, señor Q.

—¡Señor! —El susurro de Tregembo era áspero y urgente.

—¿Qué diablos pasa?

—¡Me ha parecido ver un bote!

Tregembo señaló hacia el noroeste, en dirección a Copenhague. Drinkwater se puso en pie con dificultad. Pudo ver una gran lancha avanzando hacia el sur. Podía ser británica, pero también danesa. Pensó en llamar de nuevo al señor Quilhampton, que había empezado a alejarse de ellos, pero si el bote extraño no los había visto aún, no quería arriesgarse a que los daneses descubrieran la boya que marcaba un punto tan importante en el extremo sur de la

Zona Intermedia. Tal vez podrían retirar el tejido de señales, el palo desnudo sería mucho más difícil de ver…

Descartó la idea, consciente de la dificultad de volver a localizar el banco y la propia boya, particularmente en circunstancias diferentes a las que habían disfrutado aquella noche.

Finalmente, decidió ser atrevido.

—¡Suelten la boya!

Tomó el timón y se inclinó hacia delante para ojear la brújula.

—¡Todos juntos! —Hizo virar el bote hacia el noroeste.

Dirigiéndose directamente hacia Copenhague, era difícil que evitaran ser vistos desde la gran lancha. Era vital que los observadores de la lancha no vieran la boya en el extremo sur de la Zona Intermedia.

Los hombres estaban exhaustos, y remar contra el viento tras el trabajo de toda la noche fue demasiado para ellos. A su fatiga se añadía una concentración de témpanos que dificultaba su tarea todavía más. A los pocos minutos, resultó obvio que habían sido vistos desde la lancha. Drinkwater hizo virar el bote hacia el nordeste, cruzando la Zona Intermedia, para alejar a la lancha que los perseguía de la boya del sur. De vez en cuando, miraba por encima del hombro. Se negó a pensar en la irónica ignominia de una captura, y pidió un esfuerzo mayor a sus hombres. Pero estos podían ver la lancha, y sabían que estaban derrotados.

—¡Un momento, señor, es uno de los malditos pontones!

—¿Eh? —Drinkwater se volvió, aterido por el frío y los esfuerzos de la noche. Podía ver el otro bote con toda claridad.

—¡Ah del bote! «¡Spencer!». —Drinkwater se devanó los sesos en busca del santo y seña que le había dado Riou.

—«*Jervis!*» —gritó, y luego, volviéndose a sus hombres—: ¡Remos! —Los marineros descansaron.

El gran bote se acercó, con cuarenta marineros a los remos, que claramente no habían pasado la noche luchando contra témpanos y sondalezas.

—¿Qué barco? —Había un teniente muy alto en la popa.

—El *Virago*, al mando del teniente Drinkwater.

—Buenos días, teniente, me llamo Devies, en misión de exploración de las baterías de Dragor. Hay muchos botes por el hielo. ¿Nos han tomado por daneses?

—Sí.

—Ah, bien, señor, hoy es el día de los Inocentes… Que pase un buen día.

El gran bote se alejó.

—¡Que me cuelguen! —dijo Drinkwater, y, como para confundirlo más aún, el viento empezó a virar al oeste—. Que me cuelguen —repitió—. Adelante, muchachos, es hora de desayunar.

Capítulo 16

1 de abril de 1801

El día de los inocentes

Los fatigados remeros de Drinkwater se detuvieron junto al *Amazon* mientras la fragata se ponía en marcha. A petición de Drinkwater, Riou permitió que su bote regresara al *Virago* al mando del oficial de derrota, mientras él permanecía a bordo para comunicar sus hallazgos a Fothergill.

Antes de abandonar el alcázar para entrar en el camarote, donde Fothergill y otros agotados oficiales estaban reuniendo la información, Riou preguntó:

—¿Hasta dónde ha llegado, señor Drinkwater?

—He encontrado el extremo sur del banco, señor, y lo he marcado con una boya de palo.

—Excelente. He llamado al *Cruizer*, como puede ver. Lord Nelson se reunirá con nosotros, y nos llevaremos al *Harpy*, el *Lark* y el *Fox* por el Canal de Holanda…

—Señor —le interrumpió un guardiamarina—, perdone, señor, pero se acerca la barcaza de lord Nelson, señor…

—Disculpe… —Drinkwater se dirigió a popa mientras Riou se encaminaba a recibir al vicealmirante. Pronto se encontró perdido en una maraña de cartas y comprobaciones, trabajando junto a Fothergill mientras los hallazgos de la noche eran cuidadosamente reflejados en la carta principal. Trabajaron durante una hora,

totalmente concentrados, mientras el *Amazon* avanzaba hacia el sur. Cuando salieron al alcázar a respirar un poco de aire, ambos miraron a proa. Un suboficial se acercó a Fothergill para informarle de lo que estaba ocurriendo.

—El *Cruizer* ha echado el ancla frente al extremo norte de la Zona Intermedia, con el *Harpy* a una milla al sur y el *Lark* a una milla más.

—De modo que el almirante no confía en nuestras boyas, ¿eh? —sonrió Fothergill, demasiado exhausto para protestar.

—Es más probable que no confíe en que podamos verlas. Tal vez incluso crea que podemos derribarlas.

—Los botes que están en posición tienen que izar señales para que las repitamos a estribor —añadió el suboficial.

Drinkwater oyó que lo llamaba el capitán Riou.

—¿Señor?

—Buenos días, Drinkwater —sonrió el vicealmirante—. Tengo entendido que ha encontrado usted el final de la Zona Intermedia. —Nelson cruzó la cubierta justo cuando esta se inclinaba salvajemente. El vicealmirante cayó contra Drinkwater, que lo atrapó, sorprendiéndose de la fragilidad y ligereza de su cuerpo.

El *Amazon* se había acercado demasiado a la orilla de Saltholm para evitar el rebote ocasional de algún disparo de las baterías danesas a dos millas de distancia, y mientras Riou ordenaba resueltamente izar más vela y obligaba a la fragata a avanzar sobre el barro, Nelson se volvió hacia el grupo de hombres de aspecto desdichado, vestidos con casacas de paisano, que Drinkwater comprendió que eran los pilotos de la Trinity House de Hull. Recordó la pobre opinión que tenía Nelson de su entusiasmo.

—Ahí tienen, caballeros —bromeó—; una demostración práctica de la necesidad de mantenernos en el canal. —El vicealmirante se volvió de nuevo hacia Drinkwater, ignorando tranquilamente las dificultades de Riou para llevar al *Amazon* a aguas más profundas.

—El extremo sur del bajío, señor Drinkwater…

—Está marcado con una boya de palo, milord.

—Bien. —El vicealmirante hizo una pausa, y luego se volvió a un grupo de oficiales con los hombros llenos de charreteras—. Almirante Graves, capitanes Dommett y Otway, les presento al señor Drinkwater, caballeros, el teniente al mando de la cañonera *Virago*.

Drinkwater consiguió inclinarse rígidamente.

—El señor Drinkwater ha instalado una boya de palo al sur de la Zona Intermedia… —Hubo un murmullo de apreciación totalmente exento de condescendencia.

—¿Bastará con una sola boya, milord? Si la división ha de usarla para señalar el fondeadero, yo sugeriría una marca más sustancial. —Era el vicealmirante Graves, y Dommett asintió.

—Estoy de acuerdo con el almirante Graves, milord.

Nelson se volvió al otro capitán.

—¿Otway?

—Sí, milord, estoy de acuerdo.

—Con su permiso, milord…

—Sí, Drinkwater, ¿qué sucede?

—Hay mucho movimiento de hielo bajando del sureste. He observado que las boyas de palo simplemente giran a causa de los témpanos, pero temo que un objeto mayor, como un bote…

—Oh, lo dudo, Drinkwater —intervino el capitán Otway—. Un bote es un objeto muy grande, con una popa capaz de desviar los témpanos, con su mástil y su bandera…

—Y una linterna —añadió Graves.

Drinkwater se sonrojó mientras Nelson confirmaba la idea.

—Muy bien, entonces, usaremos un bote. No se desanime, señor Drinkwater, su esfuerzo habla muy bien de usted, y el capitán Dommett le entregará las órdenes de poner su cañonera en la línea cuando ataquemos a los daneses.

—Gracias, milord.

—Y ahora tenga la amabilidad de ordenar a Fothergill que, a su regreso al *Cruizer*, deje uno de los botes del bergantín instalado de acuerdo con nuestra decisión.

Drinkwater dormía en una silla de la sala de oficiales del *Amazon* cuando la fragata alcanzó el extremo del Canal de Holanda, avistó su boya y viró al norte para ordenar al *Fox* que anclara al sur del *Lark*. Nelson había decidido que había espacio suficiente para anclar a toda su división frente al extremo sur de la Zona Intermedia, fuera del alcance de los cañones daneses. El viento había vuelto a virar, y el *Amazon* tuvo que cambiar laboriosamente de amura por el Canal de Holanda para informar a sir Hyde Parker. El retraso permitió a Drinkwater deshacerse de buena parte de su agotamiento.

Fue acompañado al *Virago* por Fothergill, que le entregó su copia de la carta antes de dirigirse al *Cruizer* para emprender su propio viaje hacia el sur y reemplazar la boya de Drinkwater.

—La cartografía no está a la altura de su trabajo, señor Drinkwater, pero servirá.

Drinkwater desplegó una esquina de la carta.

—Obra de un guardiamarina, si no me equivoco. —Sonrió a Fothergill—. A su servicio, señor Fothergill… —Tendiendo la mano hacia los guardamancebos, trepó por el costado del *Virago*, con la carta enrollada en su pecho.

—Bienvenido, señor —dijo Rogers.

—Gracias. ¿Dónde está el señor Tumilty?

—Aquí, señor, aquí estoy, Nathaniel…

—Le debo cinco guineas, Tom…

—¿De veras? ¿Qué le había dicho, señor Rogers? Y usted me debe cinco más. —Tumilty se echó a reír alegremente—. Y es el día de los Inocentes, desde luego.

—¿Todo listo, señor Drinkwater?

Drinkwater se inclinó sobre la barandilla para contemplar a Nelson en su barcaza. Su figura no era demasiado impresionante,

con su sombrero de dos picos torcido y una vieja casaca a cuadros en torno a sus flacos hombros.

—Solo esperamos su orden de levar anclas, milord.

—Muy bien. Diga a ese diablo irlandés que se encargue de que cada disparo cuente.

—A la orden, señor. —Nelson hizo una señal al timonel, y la barcaza se dirigió al siguiente barco de la división.

Una hora más tarde, la mayor parte de la fuerza británica bajo las órdenes de lord Nelson había puesto rumbo al sur, dejando a los dos barcos de tres cubiertas, el *Saint George* y el *London*, cuatro barcos de setenta y cuatro cañones y dos de sesenta y cuatro con sir Hyde Parker en su fondeadero al extremo norte de la Zona Intermedia. Mientras pasaban lentamente con poca vela entre las hileras de boyas improvisadas y los botes de advertencia anclados, Drinkwater pudo fijar su catalejo en el horizonte del oeste.

La preocupación por otros asuntos no le había dejado tiempo para estudiar el objeto de todos sus esfuerzos, la ciudad de Copenhague. Por encima de la extensión de tejados bajos destacaba la silueta del palacio de Amalienburgo, y también varias torres fantásticas y exóticas. La del campanario de la antigua iglesia del Salvador era alta y alargada, con una escalera exterior que ascendía por su costado, mientras que la del Borsen era igualmente alta y estaba rodeada de cuatro enormes serpientes.

Pero en primera línea estaban las fortalezas de Trekroner, las Tres Coronas y las baterías del Lynetten, protegiendo los accesos a la ciudad en combinación con la línea de barcos de bloqueo, barcos de guerra, baterías flotantes, fragatas y cañoneras, que formaban una formidable barrera defensiva. El enemigo estaba a poco más de dos millas de distancia, justo fuera del alcance de tiro, aunque hubo algún disparo ocasional contra los británicos mientras estos cruzaban con todo descaro por delante del frente danés.

Nelson hizo pocas señales a sus barcos. A las cinco y media, ordenó al *Ardent* y al *Agamemnon* que se encargaran de la guardia nocturna, y poco después de las ocho, con el viento amainando y

finalmente cesando, el último barco echó el ancla en la abarrotada rada. Era el *Cruizer*, ya apartado de su puesto como barco de referencia.

Cuando el *Virago* se disponía a echar el ancla, sobre las seis quince, Nelson envió la señal con la contraseña para la noche.

—Un marinero sobre un gallardete rojo. ¿Qué significa eso, señor Q.?

—Er… «Winchester», señor.

—Muy bien. Diga a todos los oficiales que quiero que cenen conmigo, dentro de una hora. Creo que tendremos más trabajo durante esta noche.

—A la orden, señor.

No podría considerarse una cena, ya que el fuego de la cocina se había extinguido, y Tumilty y Trussel habían empezado a hacer sus preparativos para la acción, pero Jex podía improvisar algo, y Drinkwater deseaba hablar con todos ellos.

Miró hacia el combés en la oscuridad creciente. Un grupo de artilleros bajo las órdenes del suboficial artillero, Hite, estaba limpiando la cámara del mortero de popa para eliminar cualquier escama. Se preguntó cómo se las habrían arreglado los soldados entre las cubiertas, porque había muy poco espacio para todos. Habían colgado las hamacas en el pañol de las jarcias, y no creía que Tumilty o Rogers hubieran dedicado demasiados esfuerzos a su comodidad.

A las ocho, justo cuando los oficiales del *Virago* se sentaban a comer, se informó de que algunas baterías de obuses en tierra habían empezado a disparar, pero la actividad cesó pronto. El señor Quilhampton, tiritando en la toldilla y excluido de la cena, anotaba en el diario del *Virago* las diversas señales llegadas del *Elephant* por bote o cohete. Sobre todo, las señales se referían a la dirección de los botes de los bergantines y cañoneras mientras el almirante tomaba sus disposiciones finales. Las cañoneras quedaron relativamente tranquilas.

Pero no por mucho tiempo. Mientras el señor Tumilty se explayaba sobre el futuro empleo de sus amados morteros, el señor Quilhampton tuvo su venganza por la cena perdida.

—Disculpe, señor, pero hay un bote del barco insignia. Lord Nelson le envía sus respetos y le pide que tenga la amabilidad de acudir de inmediato.

—Parece que tendrán que excusarme, caballeros —dijo Drinkwater, poniéndose en pie—. Por favor, no se molesten por mí; les recomiendo que descansen. Probablemente mañana nos espera mucho trabajo. —Sonó un vítor, y solo Jex permaneció en silencio mientras Quilhampton añadía:

—Hace mucho frío, señor.

—Creo que podré arreglármelas, señor Q., gracias —replicó secamente Drinkwater.

Drinkwater descendió hacia el bote. En el bolsillo llevaba un cuaderno, un lápiz y una brújula. Mientras tomaba asiento junto al desconocido guardiamarina, se dio cuenta de hasta qué punto era cierta la observación del señor Quilhampton. El frío era intenso, y los témpanos eran aún más numerosos que antes. La corriente también era fuerte, empujándoles hacia el norte, en dirección al Sund. El viento había cesado. Sobre la superficie del agua, las bajas columnas de «humo marino» casi ocultaban el propio bote, aunque la visibilidad era clara al nivel de los ojos.

Cruzaron la popa del *Elephant*. Las ventanas estaban inundadas de luz, y había sombras de movimiento visibles en el interior.

—El almirante está cenando con los capitanes de la flota, señor —explicó el guardiamarina, llevando el bote hasta la cuarta del barco de dos cubiertas, junto a la entrada.

Drinkwater se presentó ante el oficial de guardia, que lo condujo a la antesala. Allí había varios oficiales reunidos, sobre todo vestidos con las casacas azules de comandante. También había un grupo de pilotos, que parecían más preocupados que la última vez que Drinkwater los había visto. Desde el otro lado de las puertas que

daban al camarote del *Elephant* les llegaban rumores de conversaciones.

Un hombre con uniforme de teniente se separó de un pequeño grupo de comandantes y se acercó a Drinkwater con la mano tendida.

—Buenas noches. John Quilliam, tercer oficial del *Amazon*.

—Buenas noches. Nathaniel Drinkwater, al mando del *Virago*. —Se estrecharon las manos.

—El capitán Riou habló muy bien de usted después de su visita al *Amazon* del otro día.

Drinkwater se sonrojó.

—Muy amable por su parte. —Cambió de tema—. Confío en que su fragata no sufriera daños al embarrancar.

—Creo que habrá perdido algo de cobre, pero podrá hacer el trabajo de esta noche… —Quilliam sonrió cuando resonó un vítor en la estancia contigua.

—No haga caso, Drinkwater; milord no permitirá que eso interfiera con nuestra misión nocturna.

—Que es…

—Hay una pequeña disputa sobre el agua del Canal del Rey. Los pilotos se inclinan a pensar que es más profunda en el lado de la Zona Intermedia. Briarly, el comandante del *Bellona*, se opone, mientras que el capitán Hardy y el capitán Riou están indecisos. El almirante ha hecho preparar dos botes, uno para Briarly y para mí y el otro para usted y Hardy…

—¿Yo?

Quilliam volvió a sonreír, pero cualquier explicación sobre por qué Drinkwater había sido especialmente seleccionado se perdió cuando las puertas dobles se abrieron, y apareció un asistente con coleta y uniforme inmaculado, seguido por un reluciente grupo de oficiales vestidos de encaje dorado. Todos sonreían y se estrechaban las manos tras haber cenado bien y con la perspectiva de raciones de combate al día siguiente. Drinkwater reconoció al almirante Graves y al capitán Foley, y también le resultaban familiares «Bounty» Bligh

del *Glutton*, Edward Riou y George Murray del *Edgar*, pero los demás eran desconocidos para él. En la parte trasera del grupo, el almirante, menudo y manco, con el pecho lleno de condecoraciones y cruzado por la cinta roja de la orden de Bath, había apoyado la mano izquierda en el codo de un alto capitán que se agachó instintivamente al pasar bajo las vigas del umbral.

—Ah, Quilliam —dijo lord Nelson, distinguiendo a los dos tenientes—. ¿Está todo listo?

—Sí, señor.

—¿Y ha informado al teniente Drinkwater? —Quilliam asintió—. Muy bien, capitán Hardy, le entrego a estos dos oficiales y confío en usted para averiguar la verdad sobre este asunto.

—Muy bien, milord —gruñó el capitán, volviéndose hacia los dos tenientes—. Vengan, caballeros… Señor Briarly, en marcha.

Bajaron a los botes y se disponían a dejar el costado del *Elephant* cuando la voz aguda de Nelson los llamó.

—¿Llevan los remos ahogados?

—Sí, milord.

—Muy bien, si los guardacostas daneses les descubren, remen como diablos, y salgan del medio tan rápido como puedan.

Hubo un murmullo de asentimiento entusiasta procedente de los marineros a los remos.

—Buena suerte, pues.

Hardy, capitán del *Saint George*, anclado a ocho millas al norte, había traído su propio bote. Un guardiamarina joven y de expresión despierta estaba inclinado contra el timón. Iba abrigado con una elegante casaca de piel de oso, proporcionada por algún padre indulgente, y conocedor con semanas de antelación del destino de la flota.

—He preparado un palo largo para sondar, señor Drinkwater. Hará menos ruido que la sondaleza.

—A la orden, señor.

Drinkwater se preguntó hasta qué punto iban a acercarse al enemigo, para que aquellas precauciones fueran necesarias. Remaron en silencio durante unos minutos, y Drinkwater observó el rumbo por la luz de la linterna en los tablones del fondo.

—Esta corriente del norte es muy fuerte…

—Unos dos nudos, señor.

—¿Instaló la marca en el extremo sur de la Zona Intermedia?

—Sí, señor. Coloqué una boya encima, y lord Nelson ordenó que la boya fuera sustituida por un bote.

—Esperemos poder encontrarlo en la oscuridad.

Lo encontraron. Tras media hora de remar hacia el este y luego al oeste al encontrar las cinco brazas, descubrieron que la fuerza de la corriente era considerable y los había despistado. Pero, tras establecer la posición del bote anclado a partir de las luces del almirante, colgadas en la arboladura del *Elephant*, empezaron a acercarse.

—Sugiero que rememos en torno al bote, señor, para asegurarnos de que no se ha movido significativamente, y de que continua señalando el extremo sur del bajío.

Hardy gruñó con aprobación, y Drinkwater dio las instrucciones al guardiamarina mientras un hombre sumergía el largo palo como si fuera una percha, estudiando las marcas blancas y negras pintadas sobre él.

—Parece que aguanta, señor. Estaba preocupado, porque solo tenía amarras para una boya de repuesto. Creo que el señor Fothergill debió ponerle un ancla auténtica.

—No importa, señor Drinkwater. El tiempo dedicado a las labores de reconocimiento nunca es tiempo perdido.

Siguieron hacia el oeste, dejando atrás el borde del banco y cruzando el Canal del Rey, que corría hacia el norte, en paralelo a la costa de Amager, el puerto de Copenhague y la línea defensiva de los cañones daneses. El agua adquirió profundidad rápidamente, y les llegó el grito de «sin fondo», hasta que el suelo empezó a ascender gradualmente en el lado de Amager.

Hardy viró el bote hacia el norte, mientras un marinero en proa apartaba el hielo con un bichero y los remeros trataban de trabajar al unísono pese a los témpanos que dificultaban constantemente sus esfuerzos.

—Parece haber entre seis y ocho brazas en el canal principal, señor —dijo Drinkwater en voz baja tras agazaparse en el fondo del bote y consultar su cuaderno. No estaba en absoluto seguro de cuál era su posición exacta, pero el rumbo que habían tomado al abandonar el *Elephant* aún era razonablemente preciso—. La Zona Intermedia parece ser empinada, con una pendiente algo más baja en la costa de Amager.

Hardy miró por encima de su hombro y asintió.

—Ahora creo que será mejor camuflar la linterna y envolverla en lona… ni una palabra ahora, muchachos. Remen con golpes breves y dejen que la corriente haga el trabajo… señor Fancourt… —Hardy señaló a babor y el guardiamarina asintió. Drinkwater levantó la vista, y sus ojos tardaron varios minutos en volver a ajustarse después de la luz amarilla de la linterna.

Entonces vio al enemigo, oscuro, enorme y amenazador delante de ellos. El barco más al sur de la línea danesa era un antiguo navío de guerra. Los mástiles que se elevaban en el cielo nocturno mostraban que había sido desmontado y que no estaba preparado para navegar, pero dos hileras de portas de cañones eran claramente visibles, y estaba anclado con cadenas por la proa y la popa.

Reinaba un silencio absoluto, interrumpido solo por el ocasional chapoteo y goteo cuando el propio Hardy manejaba el palo de sondar. Podían oír voces hablando en una lengua totalmente desconocida, pero no fueron descubiertos. Estaban tan cerca mientras sondaban en torno al barco enemigo, que les pareció que en alguna ocasión el extremo superior del palo se asomaba por encima de la borda enemiga.

Con gran atrevimiento, Hardy volvió a cruzar el canal mientras Drinkwater anotaba los datos a ciegas, con la esperanza de poder

entender los garabatos más tarde. Satisfecho al fin, Hardy se volvió hacia el guardiamarina.

—Muy bien, señor Fancourt: puede volver con el almirante.

Sonaron seis campanadas en el castillo de proa del *Elephant*, y los centinelas estaban gritando «¡sin novedad!», cuando llegó el bote de Hardy. Drinkwater siguió al capitán bajo la toldilla y hacia el camarote, brillantemente iluminado. Briarly y Quilliam habían regresado antes que ellos. Agrupados en torno a la carta principal, que mostraba muchos más detalles que cuando Drinkwater la había visto por última vez, estaban Nelson, Riou y Foley.

Nelson levantó la vista.

—Ah, Hardy, de modo que ha vuelto… señor Briarly, sirva un vaso a estos dos… bien, ¿qué puede decirnos, Hardy?

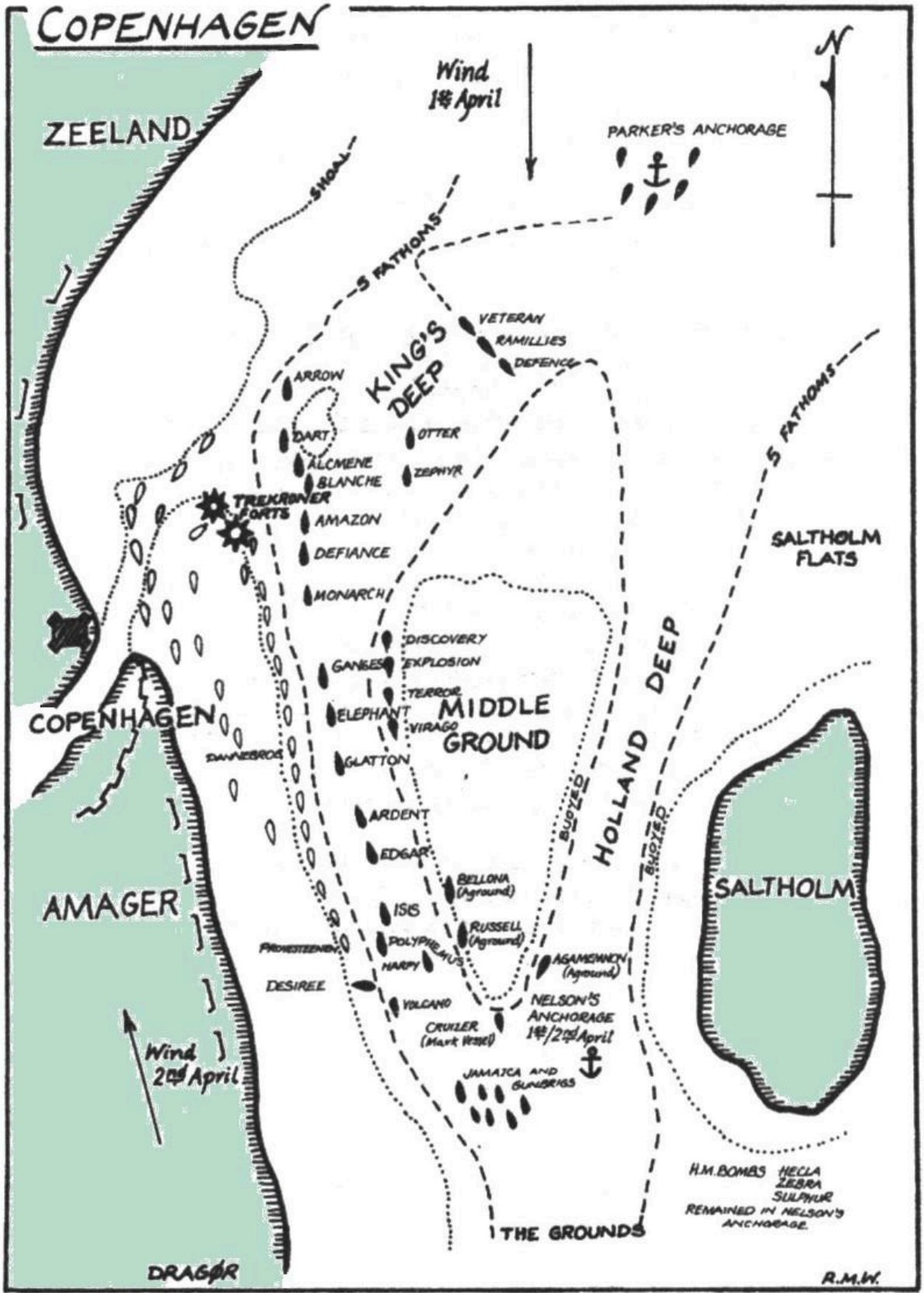
Drinkwater estuvo a punto de derramar el ron que le entregó Briarly. Tiritaba de frío, y aunque no hacía un calor excesivo en el camarote, las velas daban una sensación de temperatura muy elevada tras las horas pasadas en el bote. Tragó el ron con agradecimiento y dominó lentamente sus temblores. Estaba claro que había una discusión sobre las profundidades relativas de los canales.

—Llamen a los pilotos —dijo Nelson al fin. Al cabo de cierto tiempo, los experimentados hombres entraron en el camarote. También habían cenado y bebido bien, y hablaban con un fuerte acento de Yorkshire. Drinkwater escuchó el debate en torno a la mesa de la carta. Se sirvió un segundo vaso de ron y empezó a sentirse mejor cuando el alcohol le calmó el dolor del brazo. Finalmente, Nelson interrumpió la discusión.

—Caballeros, caballeros, parece que la profundidad mayor está en el Canal del Rey, en el lado de la Zona Intermedia; pero, si lo que dice el capitán Hardy es cierto para todo el canal, puede ser peligroso fiarnos estrictamente de esa idea, pues lo empinado del fondo en ese lado no nos advertirá con la suficiente antelación de la

proximidad del banco. Foley, debemos incluir alguna referencia a ello en las órdenes. Los capitanes deben prestar atención a ese asunto y estar muy atentos a las informaciones de los sondadores. No creo que haya peligro para la flota si se recuerda esta precaución. La boya del señor Drinkwater en el extremo sur de la Zona Intermedia será clave para la empresa. Caballeros, les deseo buenas noches…

Drinkwater regresó al *Virago* en un bote prestado. Tenía la mente aturdida por la fatiga y el ron de Nelson. Pero el dolor del brazo casi había desaparecido, junto con sus preocupaciones por la opinión que pudiera tener el vicealmirante de él.


COPENHAGEN
Wind 1st April
N
ZEELAND
PARKER'S ANCHORAGE
SHOAL
5 FATHOMS
KING'S DEEP
VETERAN
RAMILLIES
DEFENCE
ARROW
DART
ALCMENE
BLANCHE
OTTER
ZEPHYR
TREKRONER FORTS
AMAZON
DEFIANCE
MONARCH
5 FATHOMS
SALTHOLM FLATS
DISCOVERY
EXPLOSION
TERROR
VIRAGO
GANGES
ELEPHANT
MIDDLE GROUND
HOLLAND DEEP
COPENHAGEN
DAMMEBROD
GLATTON
ARDENT
EDGAR
BUOYED
BUOYED
BELLONA (Aground)
RUSSELL (Aground)
AGAMEMNON (Aground)
ISIS
POLYPHEMUS
HARPY
PROVESTEENEN
DESIREE
VOLCANO
CRUIZER (Mark Vessel)
NELSON'S ANCHORAGE 1st/2nd April
JAMAICA AND SUNDRIES
SALTHOLM
AMAGER
Wind 2nd April
H.M. BOMBS HECLA ZEBRA SULPHUR
REMAINED IN NELSON'S ANCHORAGE
THE GROUNDS
DRAGØR
R.M.W.

Capítulo 17

2 de abril de 1801, mañana

Los últimos errores

Drinkwater fue despertado a las ocho campanadas de la guardia media. Tenía mal sabor de boca y estaba de un humor pésimo. El frío del camarote había hecho regresar el dolor de su brazo, y la falta de sueño le hacía sentirse peor que nunca. Apareció Rogers, que acababa de relevar a Trussel, con la noticia de que el viento había virado al sureste.

—Parece que nuestra suerte ha cambiado al fin, señor.

—¡Ja! Tráigame agua caliente…

—Tregembo se está encargando…

—¿Tregembo?

—Se pasó el día de ayer limpiando su mejor uniforme y afilando su espada. Hubo mucha actividad anoche. El *Blanche* perdió el ancla, y había muchos botes remolcándolo. —Rogers levantó la botella y sirvió una buena cantidad—. Tome, Nat, beba esto, se sentirá mejor. —Le tendió el vaso.

—¡Dios mío! —Drinkwater se estremeció cuando el alcohol le azotó el estómago vacío—. Gracias, Sam.

—He avisado a todos los hombres, y he ordenado que encendieran el fuego de la cocina para que todos lleven un buen lastre de gachas y melaza.

—Muy bien. ¿Disfrutó de la cena?

—Sí, gracias. El viejo Lettsom nos tocó algunas melodías muy alegres, y Matchett nos cantó «Tom Bowling» y algunas otras obras de Dibdin. —Hizo una pausa y pareció considerar algo.

—¿Qué sucede?

—Jex, señor.

—¿Oh?

—Actuó de forma muy extraña. Nos dejó de golpe en mitad de la cena, y lo encontramos sentado en el bauprés, encogido como una garrapata y llorando a lágrima viva.

—¿A qué hora fue eso? ¿Lo vio alguno de los hombres?

—Bueno, algunos lo vieron, señor. Ocurrió sobre las diez de la noche. Lettsom nos ordenó que lo acostáramos, aunque yo era partidario de arrestarlo…

—No, no. Ha sido usted muy duro con él, Sam.

—Es un maldito cobarde, señor…

—Esa es una acusación muy seria. ¿Tiene alguna prueba?

—Sí, durante la batalla contra los lugres lo encontramos escondido entre las velas de repuesto.

—¿Por qué no me informó entonces? —preguntó Drinkwater con vehemencia, levantándose. Rogers permaneció un instante en silencio.

—Pensé que no tenía sentido molestarle…

—Diga mejor que se calló porque le convenía. —Drinkwater se enfureció de repente—. Jex es el peor tipo de sobrecargo, Sam, pero yo le había tomado la medida, y ahora usted lo ha empujado hasta ese extremo… —Drinkwater se calló cuando Tregembo llamó a la puerta y entró en el camarote. Llevaba una enorme jofaina de agua humeante que depositó sobre el baúl, y empezó a hacer sus preparativos, sacando el mejor uniforme de Drinkwater y ropa interior limpia.

—Eres peor que una maldita esposa, Tregembo —dijo Drinkwater, recobrando en parte el buen humor mientras el ron se extendía por su cuerpo—. Muy bien, señor Rogers —dijo al fin—, olvidemos el

asunto. Mientras Jex desempeñe hoy bien su cometido, no hablaremos más del tema.

—A la orden, señor —replicó Rogers en tono inexpresivo, abandonando el camarote.

En cuanto Tregembo hubo salido, Drinkwater se desnudó, separó un poco de agua para afeitarse y depositó la jofaina de agua en el suelo. Durante unos gélidos instantes, se sumergió todo lo que pudo, pasándose a toda prisa una barra de jabón y secándose rápidamente. Bañarse y ponerse ropa interior limpia servía sobre todo para reducir la posibilidad de infección de cualquier herida que pudiera sufrir, pero, de hecho, le elevó notablemente la moral, y cuando salió a cubierta al amanecer, con su impermeable encima de dos camisas y su mejor casaca, había olvidado su agotamiento de la noche.

Recorrió la toldilla bajo la creciente luz, levantando la vista ocasionalmente hacia el gallardete del calcés para comprobar que el viento no había virado. Apenas podía creer que, después de tantos retrasos, decepciones y esfuerzos, el viento que les había frustrado durante tanto tiempo empezara a soplar del modo necesario como si obedeciera alguna orden.

Tregembo se le acercó con aspecto compungido.

—Señor Drinkwater, señor.

—¿Eh? ¿Qué sucede, Tregembo?

—Su espada, señor, ha olvidado su espada.

—Ah… er, sí, lo siento, y gracias por haberte encargado de ella ayer.

Tregembo gruñó y le entregó el arma. Drinkwater la tomó. La vaina de cuero estaba muy desgastada, y la férula de cobre en el extremo llena de arañazos. Las costuras de la vaina habían desaparecido en un punto, y los anillos casi se habían desgastado por los enganches al cinturón. La desenvainó a medias. El acero, delgado y afilado, centelleó; la empuñadura estaba llena de marcas y abolladuras donde había recibido más de un golpe, y el pesado pomo, que servía para equilibrar la hoja y hacía que el arma fuera

de manejo tan agradable, le hizo pensar en un combate en la cubierta de un lugre francés en el que había acabado con un hombre gracias al peso de su arma. Recordar la muerte de aquel francés desconocido le hizo pensar en Edward, y contempló el horizonte al noroeste, donde las torres de Copenhague empezaban a surgir de la noche. Podía ver la línea de barcos daneses, incluso distinguir pequeñas manchas de color donde sus insignias rojas se agitaban sobre las baterías. Se abrochó la espada.

Le asaltó la sensación de que algo iba mal, y tardó algún tiempo en identificar la causa. El bote que marcaba el extremo sur de la Zona Intermedia había desaparecido.

Estaba claro que Nelson no había dormido. Drinkwater supo más tarde que se había tumbado en la hamaca y se había pasado la noche dictando. Informó de la marca desaparecida, solo para oír que Nelson ya había sido informado y había ordenado a Brisbane que trasladara al *Cruizer* a la zona y echara allí el ancla para servir de marca.

—Gracias a usted y a Hardy tenemos el rumbo desde el *Elephant*, de modo que Brisbane no debería tener problemas.

—Sí, milord.

—Venga, Drinkwater, sírvase algo de café de esa mesa…

—Gracias, milord.

—Debería haber algo de comer. Llamaré pronto a todos los capitanes, de modo que más vale que espere. Ah, Foley… — Drinkwater hizo lo que le ordenaban, desayunó y trató de no espiar las complejas conversaciones de Nelson con varios oficiales, secretarios y mensajeros que parecían entrar en el camarote en una procesión sin fin.

A las siete en punto, todos los comandantes de la división de Nelson se habían reunido a bordo del *Elephant*. Entre las casacas azules, los

uniformes escarlata del coronel Stewart y del teniente coronel Brock, al mando del destacamento del Cuadragésimo Noveno de infantería, ponían una mancha de color, mientras que el verde mate del uniforme del capitán Beckwith reflejaba un aspecto más siniestro de la guerra.

Aparte del consejo celebrado a bordo del barco insignia, la flota británica bullía de actividad. Drinkwater no tuvo más remedio que confiar en las energías de Rogers y Tumilty para preparar al *Virago* para la acción, pero había descubierto que, en su posición de comandante en una operación tan compleja como la que pretendía poner en práctica Nelson, lo más importante era comprender bien las intenciones de su almirante. En las cubiertas de los barcos de guerra, los soldados de infantería uniformados de rojo practicaban el tiro dirigidos por sus sargentos y eran observados por los indolentes suboficiales. Los segundos y tenientes comandaban los grandes pontones, mientras en todos los barcos las eslingas de cadena eran pasadas en torno a las vergas, se derribaban los mamparos, se bajaban todos los botes que no estaban ya en el agua para remolcarlos en la popa, se ataban las redes y se echaba arena en las cubiertas. Los oficiales levantaban la vista con frecuencia hacia el calcés para ver si el viento continuaba favorable.

Nelson explicó la táctica que tenía intención de usar describiendo antes la línea de defensa danesa.

—El enemigo tiene dieciocho barcos a lo largo del lado occidental del Canal del Rey. Tienen unos setecientos cañones, de los cuales estimamos que la mitad son de un calibre mayor de veinticuatro libras. En el extremo norte, la línea está apoyada por los fuertes de Trekroner. También por las baterías de la orilla, como las del Lynetten… —Todos los oficiales se inclinaron sobre su copia de la carta para tomar notas. Nelson continuó—. Creemos que la fuerza de las baterías es considerable, y es posible que tengan hornos para calentar proyectiles. El Trekroner también parece estar apoyado por dos barcos de bloqueo adicionales.

»El canal de acceso al puerto, los astilleros y el arsenal se encuentra detrás de los fuertes de Trekroner, y se une con el Canal del Rey justo al norte de los fuertes. Creemos que está bloqueado por una cadena, y cubierto por el fuego de las baterías de tierra. Otros barcos, uno de setenta y cuatro cañones, una fragata pesada, y algunos bergantines y barcos menores, están anclados en esta línea.

»También hay baterías montadas en Amager, apoyando el extremo sur de la línea. En total, las defensas danesas ocupan cuatro millas.

El almirante hizo una pausa y tomó un sorbo de agua. Drinkwater pensó que su rostro parecía gris de preocupación, pero había cierto destello amenazador en su ojo sano mientras observaba las expresiones de sus capitanes, como si buscara un signo de debilidad. Se aclaró la garganta y continuó:

—Cuando salgan, mi secretario entregará a cada uno de ustedes sus órdenes por escrito respecto a su posición en la batalla. Son todo lo concisas posible, y están escritas sobre cartón para que sea fácil manejarlas. Sin embargo, tengo intención de explicarles el plan general para evitar confusiones innecesarias.

»Como ya saben, todos los barcos de línea deben tener el ancla lista para soltarla por la popa. La echarán inmediatamente al encontrarse frente a su objetivo asignado. El *Edgar* irá delante, con el señor Briarly sirviendo temporalmente a bordo. Pueden abrir fuego a discreción. El capitán Riou del *Amazon* debe llevarse al *Blanche*, el *Alcmène*, el *Arrow* y el *Dart* y cooperar con la vanguardia para silenciar los cañones de la entrada del puerto, o según lo requieran las circunstancias. Las cañoneras tomarán posición en el exterior de los barcos de línea, y arrojarán sus proyectiles contra el astillero y el arsenal. El capitán Rose, de la fragata *Jamaica*, llevará los bergantines a sus puestos para disparar contra el extremo sur de la línea, impidiendo así que se refuercen las baterías flotantes desde la orilla. El capitán Inman del *Desirée* también ocupará ese puesto. El capitán Fremantle, con quinientos marineros, concertará su acción

con el coronel Stewart y el Cuadragésimo Noveno regimiento, que embarcarán en los pontones y tomarán los fuertes de Trekroner en cuanto su fuego haya sido silenciado. —Nelson paseó la vista por los oficiales reunidos—. Parece algo formidable para los que no tienen experiencia en la guerra —dijo, con una sonrisa inspiradora—, pero, a mi juicio, con diez barcos de línea, creo que puedo aniquilarlos. —Hubo un murmullo de asentimiento—. Eso es todo. ¿Alguna pregunta? Muy bien, entonces. A sus puestos, caballeros, y éxito para los ejércitos de su majestad.

Los capitanes, comandantes y tenientes con mando fueron desfilando y recogiendo sus instrucciones escritas, y Drinkwater, buscando su bote entre la maraña de embarcaciones apiñadas junto al costado del *Elephant*, se vio abordado por el señor Briarly, del *Bellona*.

—Un momento, señor mío. Necesito su apoyo. Lord Nelson ha mandado llamar a los suboficiales y a esos malditos pilotos. Todavía están discutiendo sobre el acceso al Canal del Rey. ¿Sabe que el bote de Fothergill ha desaparecido esta mañana?

—Sí, un témpano de hielo debe haberlo desviado. Yo avisé de que…

Briarly asintió.

—Le oí —interrumpió con impaciencia—. Mire, señor Drinkwater, al parecer el vicealmirante tiene en cuenta sus opiniones. ¿No podría persuadirlo de que, aunque puede que haya más agua en el lado de la Zona Intermedia, el fondo es tan empinado que un pequeño error de cálculo…?

—Señor Briarly, el vicealmirante le ha designado a usted para guiar a la flota con el *Edgar*, y supongo que el resto lo seguirá. —Drinkwater estaba cada vez más preocupado por los preparativos a bordo del *Virago*.

—He salido esta mañana al amanecer, y si cada barco tiene en cuenta esas señales… —Señaló unas cuantas marcas, que aseguraban la entrada al Canal del Rey.

—¿Está seguro de ello?

—Completamente.

—¿Y se lo dirá al almirante? —Briarly asintió—. Entonces estoy seguro de que todo saldrá bien, señor Briarly. No creo que necesite mi ayuda, y le ruego que me permita regresar a mi barco…

—Buenos días, Drinkwater. —Drinkwater se volvió para encontrarse con Martin junto a su otro codo.

—Buenos días, señor —dijo Drinkwater con aire ausente, rebuscando en su bolsillo y recordando que había dejado en la chaqueta su brújula portátil. Le hubiera gustado comprobar la posición del *Cruizer*, para asegurarse de que Brisbane lo había anclado en el lugar correcto. Briarly ya se había ido a intentar convencer a los pilotos.

—Estará usted en la batalla, Drinkwater —dijo Martin—, gracias a mí.

—¿A usted, señor? —Drinkwater levantó la vista, estupefacto. Martin asintió.

—Hablé en su favor el otro día cuando visité a lord Nelson.

Drinkwater ahogó una carcajada irrespetuosa.

—Ah… ya comprendo… er, le estoy muy agradecido, señor. —Y luego añadió con irresistible malicia—: Informaré a lord Dungarth de mi agradecimiento hacia usted.

Martin le sorprendió más aún al no captar el sarcasmo.

—Me alegraría mucho que lo hiciera, querido amigo, me alegraría mucho.

Cuando regresaba en el bote hacia el *Virago* recordó que no había comprobado la posición del *Cruizer* desde el *Elephant*.

—El almirante acaba de izar el número catorce, señor —informó Rogers cuando Drinkwater volvió a encontrarse en el *Virago*—. «Prepararse para la batalla y para echar el ancla de popa con coderas en el cable de la esperanza».

—Muy bien.

—El barco está listo para la acción, señor.

—Muy bien, haré mi inspección ahora. ¡Señor Easton! Señor Easton, tenga la amabilidad de estar pendiente de las señales del

barco insignia. Tome —dijo, entregando las instrucciones al oficial de derrota—. Estúdielas. No creo que tengamos que levar anclas antes que los barcos de línea.

Drinkwater se dirigió abajo, seguido por Rogers. En el camarote, los mamparos habían sido retirados para que las carroñadas de popa y los cañones de persecución pudieran ser disparados si era necesario.

—Solo los jefes de pieza y los «monos de la pólvora» deben permanecer junto a estos cañones, señor Rogers. Todos los demás hombres han de concentrarse en cubierta, para orientar vergas, apagar fuegos o ayudar con los proyectiles del señor Tumilty…

—A la orden, señor.

Drinkwater contempló el lugar donde había estado su escritorio durante tanto tiempo. En el suelo habían abierto la escotilla que comunicaba con la santabárbara. Un alférez de artillería armado con un fusil corto montaba guardia frente a ella.

—El señor Trussel y el artillero Hite están abajo, señor. Las cortinas de fieltro están empapadas, y el señor Tumilty está satisfecho.

Aparecieron dos hombres, cada uno con una caja.

—Las cajas de pólvora del señor Willerton, señor, revisadas en busca de agujeros. Han pasado la prueba. —Drinkwater recordó lo estricto que era Tumilty en aquel aspecto. Una caja de pólvora agujereada dejaba un rastro gradual desde la cubierta a la santabárbara.

—Muy bien. —Dirigió una inclinación de cabeza de aprobación a los hombres y regresó a la toldilla, recorriendo la longitud del combés junto a las carroñadas.

—La misma disposición para las baterías del combés, señor Rogers…

—A la orden, señor.

Drinkwater subió al castillo de proa, donde Matchett tenía a su grupo de marineros veteranos en sus puestos.

—¿Tienen el ancla lista?

—Sí, señor. Con una codera en el cable en cuanto la levemos y esté a la vista.

—Muy bien, señor Matchett. Dejen la codera suelta cuando volvamos a anclar. Son los barcos de línea los que lord Nelson deseaba anclar por la popa para que puedan entrar rápidamente en acción y evitar los retrasos y riesgos de ser barridos al girar. Probablemente, nosotros anclaremos por la proa.

—A la orden, señor.

—Buena suerte, señor Matchett… Señor Willerton, ¿qué diablos está haciendo?

Willerton apareció súbitamente junto a los beques con un bote de pintura roja en la mano y los ojos de un azul inocente bajo el sol que empezaba a asomar entre las nubes.

—Ocuparme de mi dama, señor, dándole una buena lengua y unos labios bien rojos para besar a los gabachos, señor.

—No son gabachos, señor Willerton —sonrió Drinkwater—. Son daneses.

—A mi dama no le importa, señor.

Drinkwater soltó una carcajada y se volvió hacia la popa, haciendo una seña a los hombres que esperaban junto al molinete.

—Pueden izarla casi hasta el final, muchachos.

Saltando abajo por la escotilla de proa, tropezó con el teniente Tumilty, que ya no mostraba su habitual buen humor, sino una expresión de severa concentración. También actuaba de modo extrañamente formal.

—Buenos días, señor. Mis preparativos están casi terminados. Si lo desea, le mostraré los arreglos que he hecho.

Se dirigieron a popa por la bodega, donde los ochenta marineros del *Virago* habían dormido y comido durante todo aquel tiempo, pasando junto a los cables que quedaban y el espacio abierto para los artilleros.

En el extremo opuesto, una escotilla se abría hacia la cámara de proa, dando acceso a la santabárbara bajo el camarote de Drinkwater. Tumilty levantó un brazo.

—No puede pasar más adelante, señor, sin las botas de fieltro.

—Por supuesto —dijo Drinkwater, a punto de chocar con Tumilty.

—Hite y Trussel están llenando las carcasas, los proyectiles vacíos, con pólvora blanca. Hobbs actuará de centinela, y los ayudará si la acción se prolonga… —Drinkwater dirigió una inclinación de cabeza a otro artillero, que no llevaba fusil encontrándose tan peligrosamente cerca de la santabárbara, sino una porra—. Una vez llenos, los cartuchos pasan por aquí hasta la siguiente pieza. —Tumilty se volvió hacia delante, indicando los enormes montones de madera bajo el mortero de popa, el de trece pulgadas, que formaban una cavidad donde se alojaban los cartuchos. Sobre su cabeza se había abierto una pequeña escotilla que permitía el paso de algo de luz.

—Nosotros, o mejor dicho, los hombres de Rogers, pasarán los cartuchos cargados por esa escotilla hasta el mortero de encima…

—¿Y las mechas? —preguntó Drinkwater.

—Como puede ver, los cartuchos son todos de madera agujereada para el almacenaje. Cortaremos las mechas en el castillo de proa. Estará libre de marineros en cuanto Matchett deje de hacer el bobo con sus anclas; tendrá que venir a popa, a pasar cartuchos. He preparado fundas de cuero para proteger las mechas de las chispas. El sargento, o yo mismo, cortaremos las mechas. Así se controla el tiempo de explosión. El tiempo de vuelo, y por lo tanto el alcance, depende de la carga contenida en la cámara del mortero. Como iba diciendo, la mecha tiene una composición especial, y arde cuatro décimas partes de pulgada por minuto. Un vuelo de mil yardas tarda dos coma cincuenta y seis segundos; de modo que ya lo ve, Nathaniel, este es un asunto para científicos, ¿eh?

—Desde luego, Tom, lo es… ¿Y los cartuchos de diez pulgadas de delante?

—Subirán por medio de ganchos. He hecho que todos los hombres practiquen en sus puestos en dos ocasiones durante su ausencia, y todos saben lo que deben hacer. Creo que empezaremos

despacio, pero deberíamos poder disparar más de un cartucho por minuto desde cada pieza cuando hayamos calculado la distancia.

—¿Y los peligros del fuego? Tengo entendido que son considerables…

—El grupo del señor Jex está bien preparado. Tenemos marineros mojados listos para bajar al costado, cubos y tinajas de agua por toda la cubierta y en las cofas… estoy seguro de que no habrá visto nada parecido en su vida, Nathaniel. —Tumilty sonrió, recobrando un poco de su antiguo humor.

—¡Señor! ¡Señor! —Quilhampton trepó sobre un montón de soga y agarró el brazo de Drinkwater—. Perdone, señor, pero el señor Rogers me ordena que le informe de que el almirante ha izado el número sesenta y seis y el aviso, señor. «Orden general de levar anclas, primero los barcos de sotavento».

—Gracias, señor Q., subiré enseguida.

Drinkwater llegó a la toldilla, metió la mano en su bolsillo trasero y extrajo su catalejo Dollond. La flota estaba ya en movimiento. En la amura de babor, justo al otro lado de la cañonera *Volcano*, el hermoso *Agamemnon* estaba izando las gavias. El *Edgar* estaba ya en marcha, con las vergas orientadas y la lona llenándose de viento. El agua se volvió blanca bajo su proa, y en algún lugar alguien lanzó un grito y tres hurras. Varios barcos vitorearon a sus consortes cuando el poderío naval británico se puso en movimiento. La fatiga, tensión, dolores y preocupaciones de Drinkwater se desvanecieron cuando los latidos de su corazón se aceleraron y el familiar cosquilleo de excitación le recorrió la espalda.

Podían estar muertos al cabo de una hora, pero, por Dios, ¡merecía la pena vivir aquel momento! Trató de disimular su absurdo entusiasmo, y se volvió hacia popa para empezar a recorrer la toldilla, en un esfuerzo por reprimir sus emociones y parecer tranquilo.

Las banderas de señales subían y bajaban por los penoles del *Elephant* mientras los atareados marineros sudaban para transmitir

las órdenes de último minuto de Nelson a los barcos. Por suerte, ninguna de ellas hacía referencia a las cañoneras.

—El *Agamemnon* tiene problemas, señor —observó Rogers, señalando con la cabeza en dirección al barco de sesenta y cuatro cañones.

—La maldita corriente es excesiva para él. No tiene bastante salida…

—Se cruzará con la proa del *Volcano* si no tiene cuidado…

—¡Y con la nuestra, por Dios! ¡Suelten cable, señor Matchett, suelten cable! —Podían ver a los hombres del castillo de proa del *Volcano* soltando cable a toda prisa mientras el barco de guerra trataba de rebasar a la pequeña cañonera y la corriente lo empujaba rápidamente hacia el norte.

Observaron impotentes mientras el gran barco se arrastraba torpemente junto a su proa, no conseguía ponerse a barlovento del barco mayor, el *Cruizer*, y echaba el ancla en el lado equivocado de la Zona Intermedia. En cuestión de minutos un pontón recibió órdenes de acudir en su ayuda, con otra ancla que la permitiera ceñirse al viento.

El *Edgar*, con el señor Briarly al timón, empezó a avanzar aislado, y las señales aparecieron de nuevo en las vergas del *Elephant* cuando Nelson ordenó al *Polyphemus* que ocupara el espacio vacante, seguido por el viejo *Isis*. Drinkwater observó el siguiente barco con cierto interés.

El *Bellona* siguió al *Isis*, cruzando cerca del bauprés del *Cruizer* para adentrarse en el Canal del Rey. Drinkwater se preguntó si su piloto podría ver las marcas y señales a través del humo del *Edgar*, que había entablado combate con el *Provesteenen*, el barco danés situado más al sur, en torno al cual Hardy y él habían sondado la noche anterior. Más allá del *Isis*, Drinkwater podía ver al *Desirée*, que se había puesto en marcha enseguida y ya había anclado y giraba sobre su codera para abrir fuego sobre el *Provesteenen*.

El *Russell*, un antiguo barco de Camperdown y un viejo conocido de Drinkwater, se encontraba detrás del *Bellona*, y los gavieros del

Elephant estaban arriba mientras el barco insignia del almirante se adelantaba para ocupar su puesto en la popa del *Russell*. El *Ardent* y el *Glutton* de Bligh estaban izando las velas.

—Dios mío —murmuró Drinkwater—. Creo que están ignorando el consejo de Briarly. —El *Bellona* parecía haber tomado un rumbo algo más al este que los primeros barcos, y vieron que entre el *Isis* y el *Bellona* se abría una separación repentina—. ¿Qué demonios…? ¡El *Bellona* ha embarrancado! —exclamó Drinkwater muy serio—. ¡Ha chocado con la maldita Zona Intermedia, y, miren, por amor de Dios, el *Russell* lo ha seguido!

—El gato está suelto en el palomar —dijo Rogers.

Capítulo 18

2 de abril de 1801, tarde

La señal fantasma

Los espectadores del *Virago* no supieron nada del pequeño drama que tuvo lugar en el alcázar del *Elephant* cuando Nelson en persona empuñó el timón del barco de guerra. Oyendo que los pilotos aconsejaban al oficial de derrota pasar por estribor de los embarrancados *Bellona* y *Russell*, el almirante ordenó virar el timón, dejando los barcos con problemas a estribor y evitando una catástrofe completa. Todo lo que Drinkwater, Rogers y Easton pudieron ver fue a los primeros barcos británicos con las gavias izadas, moviéndose lentamente hacia el norte, envueltos en una creciente nube de humo mientras cañón tras cañón de la línea danesa abría fuego contra ellos. Tumilty y Lettsom se habían unido al grupo de oficiales en la popa, y la barandilla del *Virago* estaba abarrotada de hombres que contemplaban la batalla.

Siguiendo al *Elephant* llegaron el *Glutton*, el *Monarch*, el *Defiance* y el *Ganges*, superando el extremo sur de la Zona Intermedia, donde las fragatas de Riou, dirigidas por el *Amazon*, estaban alineadas para marcar la entrada al Canal del Rey.

Los pequeños bergantines de Rose, con sus nombres de insecto (*Biter, Sparkler, Ticker*), estaban soltando las gavias, aparentemente tan ansiosos de ponerse al alcance del fuego enemigo como sus compañeros mayores. Los pontones de Fremantle también estaban

activos. Había tres o cuatro agrupados en torno a la proa del *Agamemnon*, ayudándolo con las anclas, y convergiendo sobre el *Bellona* y el *Russell*, sometidos al fuego del *Provesteenen* y las baterías de obuses de Amager.

—Vaya, el viejo Parker se mueve. —Los telescopios viraron al norte, donde la división del comandante en jefe se había puesto en marcha para volver a anclar en el extremo norte de la Zona Intermedia.

—Me pregunto si podrá ver al *Bellona* y al *Russell* embarrancados —comentó Easton.

—Le dará un ataque si los ve; dos barcos de línea tendrán un efecto muy malo sobre los demás —opinó Rogers.

—Sus amigos soldados amantes del fuego van a salir chamuscados, señor Rogers —dijo filosóficamente Lettsom—. Aquí tiene un cuarteto:

> Ved allí los cañones patrios,
> bien dispuestos a pelear;
> ¿quién fue el que metió la pata
> y dio la orden de embarrancar?

Rogers estalló en carcajadas, e incluso Drinkwater, observando atentamente el progreso de la acción, no pudo contener una sonrisa. Se dirigió al cuaderno y leyó la última entrada de Easton: «Diez en punto, barcos de vanguardia en combate, cañoneo generalizado a medida que los barcos de línea ocupan su posición».

Al norte de ellos, la mayor parte de la escuadra de Parker estaba echando el ancla. Pero cuatro de sus barcos se dirigían a Copenhague contra el viento y la corriente para entrar en acción.

En la popa de las cañoneras, el *Jamaica* y los bergantines se estaban encontrando con un problema similar. El abarrotado fondeadero no había permitido que todos los barcos avanzaran lo suficiente hacia el sur para rebasar la Zona Intermedia con el viento reinante, y, aunque Drinkwater pensó que los bergantines de bajo

calado podían haber corrido el riesgo de pasar por el lado interior del *Cruizer*, era evidente que la cautela de Parker se había convertido en una epidemia en la flota.

—Señal del *Explosion*, señor. «Cañoneras en general, leven anclas y formen línea de batalla».

El ruido del cañoneo alcanzó al señor Jex, agazapado en la bodega. Estaba frente a los grandes rollos de cable de repuesto, en la pasarela del carpintero contra el costado del barco. Había abandonado la cubierta con el pretexto de comprobar la entrada de agua de mar. Desde allí el agua se llevaba a cubierta con la bomba de incendios, donde brotaría de las dos mangueras que su grupo había instalado en la cubierta. La espita se había abierto horas atrás, y Jex se limitó a agazaparse sobre ella. El miedo lo había convertido en una masa de gelatina temblorosa. Podía oír desde arriba el sonido del cañoneo, todavía distante, y el claro gorgoteo del agua bajo un casco en movimiento: el *Virago* iba a entrar en acción.

Durante cinco minutos, Jex permaneció aterrado junto al costado del barco antes de recobrarse. Poniéndose en pie de modo incierto, empezó a dirigirse al pañol de las bebidas alcohólicas.

Drinkwater contempló el palo mayor del *Cruizer* por entre las agujas de su brújula de mano.

—¡Maldición! No pasaremos junto al *Cruizer*. Señor Easton, ¿puede tender las brazas un poco más?

Easton miró arriba y sacudió la cabeza.

—Demasiada presión sobre las jaretas, señor.

Rogers acudió y permaneció ansiosamente junto a Drinkwater mientras este seguía observando a través de la brújula. Blasfemaba entre dientes.

—¡En buena vela, Tregembo! —Drinkwater sentía que el sudor le empapaba las axilas. Apartó la vista del *Cruizer* durante un segundo

y vio que la popa del embarrancado *Russell* se encontraba perceptiblemente más cerca.

—El *Hecla* tiene el mismo problema, Nat —murmuró Rogers para animarlo.

—¡Menudo consuelo! —espetó Drinkwater, furioso de repente. ¿Iban a embarrancar ignominiosamente después de tantas tribulaciones? Cerró la brújula y se guardó el pequeño instrumento.

—¡Icen toda la vela, señor Rogers, y aprisa!

Rogers ni siquiera se molestó en repetir la orden.

—¡Ah de las gavias! ¡Arriba y suelten las gavias! ¡Castillo de proa! ¡Icen los dos foques!

Easton había saltado al combés y estaba empujando a los marineros hacia las drizas de los juanetes.

—Haga que estos malditos soldados se muevan, Easton. ¡Ustedes! Arriba y suelten la vela mayor…

La lona cayó hacia abajo, se ahuecó y se llenó. El *Virago* aceleró un poco. Aquí y allá se vio el centelleo de algún cuchillo, cortando alguna cuerda enganchada en una roldana, pero los largos días pasados batallando contra galernas, o izando y reduciendo vela dieron sus frutos, y los hombres del *Virago* reaccionaron bien en un momento de urgencia.

La cañonera aumentó su velocidad, inclinándose hacia sotavento con el agua espumeando en su costado.

—¡Timón arriba y aflojen un punto! —Drinkwater no había apartado la mirada de la popa del *Cruizer*. De repente, los hombres levantaron la vista de sus sogas para contemplar muy de cerca el bergantín mientras pasaban junto a él a toda velocidad, con una hilera de rostros que observaban a la vieja cañonera en su camino hacia el combate.

Brisbane se quitó el sombrero.

—¡Al ataque, Drinkwater, por Dios! ¡Al ataque, y cuidado con el banco!

Drinkwater sintió un escalofrío de excitación, que se convirtió en miedo cuando la cubierta se sacudió bajo sus pies.

—¡Maldita sea! —exclamó Rogers, fuera de sí a causa de la frustración; pero, de repente, se encontraron libres, y un débil vítor se elevó entre los que habían comprendido que, durante un instante, su quilla había chocado con la Zona Intermedia.

En cuestión de un momento podrían prepararse para la batalla.

—¡Amura de babor, señor!

Drinkwater levantó la vista. Por detrás de la proa del *Cruizer* había hecho su aparición el *Explosion*, que acababa de ceñirse al viento para dirigirse a ocupar el puesto que le habían asignado. Drinkwater no podía orzar sin colisionar o perder el control del *Virago*, y tampoco se atrevía a aminorar la marcha, ya que el *Russell* le indicaba que el banco se encontraba peligrosamente cerca de su lado de estribor. Decidió continuar, consciente de que Martin le estaba gritando algo a través de un altavoz.

—Maldito capitán Martin —murmuró para sí, pero un coro de «¡eso, eso!» de Rogers y Easton le indicó hasta qué punto había estado concentrado. Martin había recibido la orden de izar más vela para corregir el rumbo del *Explosion*.

—Timón arriba, Tregembo… ¡reduzcan vela de nuevo!

En la popa, Martin seguía gritando mientras el *Explosion*, seguido de cerca por el *Volcano*, el *Terror* y el *Discovery*, rebasaba el *Cruizer* y la Zona Intermedia.

—Por lo que vamos a recibir, te estamos… ¡Jesús! —Una tormenta de munición barrió la cubierta del *Virago*. Habían dejado atrás al *Desirée*, anclado en perpendicular a la línea danesa con una codera en el cable, y tenían al *Polyphemus* en su cuadra de babor. También estaba anclado, aunque por la popa. Mientras el *Virago* cruzaba el espacio entre el *Polyphemus* y el siguiente barco anclado, el *Isis*, recibió una andanada del *Provesteenen* que destrozó cordaje y velas y dañó el trinquete. Por el lado de estribor ya habían rebasado al *Russell*, que había izado la señal de petición de auxilio, y se encontraba rodeado de pontones tendiendo cables en proa y en

popa mientras a su alrededor llovían las balas de cañón. Al pasar junto al *Bellona*, oyeron una terrible explosión y los gritos desgarraron el aire.

Junto a Drinkwater, Tumilty lucía una sonrisa angelical.

—Ha estallado un cañón —explicó, en beneficio de quien pudiera estar interesado. Los cañones del *Bellona* estaban devolviendo el fuego danés, y Drinkwater miró hacia delante. Desde aquella distancia, las defensas enemigas tenían un aspecto diferente. Vistas de lejos, la exigua colección de lanchas, balsas, barcos de guerra sin mástiles, baterías flotantes, transportes y fragatas había presentado un aspecto barato y deslucido en comparación con la formalidad del poderío naval británico con sus velas, banderas de señales y muros de madera. Pero desde el extremo sur del Canal del Rey, las cosas eran distintas. El *Bellona* y el *Russell* serían ya de poca utilidad, aunque ambos devolvían el fuego y lucharían durante todo el día por salir del banco. Contra los barcos restantes, la artillería concentrada de las defensas danesas parecía formidable. Escupiendo fuego y humo, las relampagueantes hileras de cañones eran el espectáculo más impresionante que Drinkwater hubiera visto nunca.

La separación entre los barcos británicos se había hecho mayor a causa de la ausencia del *Bellona* y el *Russell* en la línea. Las balas gemían por encima de las cubiertas, abriendo agujeros en las velas y levantando chispas ocasionales en el maderamen del *Virago*.

Hubo un grito cuando la cañonera sufrió su primera baja, un artillero excesivamente curioso que dio media vuelta y cayó atravesado sobre la escotilla del mortero de diez pulgadas mientras su cabeza volaba en pedazos por encima de la borda.

Los daneses defendían sus hogares, y seguían disparando a base de enviar refuerzos constantes desde la ciudad para relevar a sus fatigados hombres y mantener el diluvio de fuego contra los británicos.

El palo del velacho del *Virago* saltó por los aires cuando pasó junto al *Edgar*, que peleaba contra el *Jutland*, un antiguo barco sin mástiles de dos cubiertas. Rogers saltó hacia delante, incapaz por

temperamento de pasar mucho tiempo inactivo en semejantes circunstancias. Empezó a encargarse de la limpieza mientras Drinkwater se concentraba en los gritos de los sondadores en las cadenas de estribor. Más allá del *Jutland*, las extrañas silueteas cuadradas de dos baterías flotantes y una fragata disparaban contra el *Edgar* y el barco siguiente, el *Glutton* de Bligh. El antiguo navío de la Compañía de las Indias Orientales, que en una ocasión había logrado que toda una escuadra se rindiera ante sus mortíferas baterías de carroñadas, se defendía de un fuego terrorífico. La mayor parte de sus esfuerzos se concentraban en su oponente inmediato, otro barco sin mástiles, el *Dannebrog*, barco insignia del comandante danés, el comodoro Olfert Fischer. Pero el *Virago* no pasó tranquilamente; hubo otros tres heridos y un muerto cuando los azotó la tormenta de proyectiles.

—Llévelo un poco a estribor, señor Easton, y, señor Q., avise al señor Matchett de que esté atento a mi señal de echar al ancla; ya estamos casi en nuestro puesto, delante del almirante.

Los dos oficiales repitieron las órdenes.

Drinkwater estudió el *Elephant* durante un momento. Pudo ver el grupo de oficiales sobre el alcázar, centelleando al sol. Más allá del barco insignia estaba el *Ganges* y luego un espacio vacío, lleno de botes que recorrían la línea. Apenas visibles entre la niebla eran el *Monarch* y el *Defiance*, el barco insignia de Graves, y en algún lugar por delante de ellos, soportando toda la intensidad del fuego de las baterías pesadas de los fuertes de Trekroner, estaban Riou y sus fragatas.

—Barco a barlovento, señor Easton. —El *Virago* empezó a virar—. Puede empezar sus preparativos, señor Tumilty. —Mientras se acercaban al *Elephant*, el irlandés había estado estudiando sus objetivos y tomando oscuras mediciones con algo que parecía una especie de compás.

Ante su estupefacción, Tumilty le guiñó un ojo.

—Y ahora, mi querido Nathaniel, verá usted por qué hemos traído todo esto hasta aquí. —Como un duende, saltó al alcázar y

empezó a vociferar instrucciones a sus artilleros.

Drinkwater sintió el viento en el rostro y dejó caer el brazo cuando la gavia mayor golpeó contra el mástil.

—¡Brioles y palanquines! ¡Suelten las drizas! ¡Arriba y recojan! —Rogers hizo una pausa, pasando la vista por la cubierta para ver si sus órdenes eran obedecidas—. Usted, arriba… ¡Segundo contramaestre, envíe a ese hombre arriba, maldita sea, y tome nota de su nombre!

El ancla del *Virago* cayó justo cuando el sondador gritaba: «¡Marca de cinco!».

—Perfecto, por Dios —murmuró Drinkwater para sí, satisfecho con su maniobra, y pensando repentinamente en Elizabeth.

—¿Cuánto soltamos, señor? —le estaba preguntando Matchett desde delante.

—Medio cable, señor Matchett —gritó a través del altavoz. Sintió que el *Virago* daba un tirón circular cuando su ancla tocó el fondo y el barco se detuvo. Permaneció quieto, girando unos pocos grados a causa de la corriente.

—Barco detenido, señor —informó Easton, enderezándose tras anotar su posición.

—Muy bien, señor Easton. —Drinkwater miró a su alrededor. En su popa, el *Terror* estaba virando para echar el ancla, mientras que el *Explosion* y el *Discovery* seguían su camino más allá del *Virago*. No había rastro del *Volcano*, aunque Drinkwater supo más tarde que había recibido orden de anclar y bombardear la batería de obuses de Amager en el extremo sur de la línea.

Levantó el sombrero en dirección a Martin cuando el comandante pasó junto a ellos, en parte por bravuconería, y en parte para aplacar al susceptible capitán. Hacia el sur, la confusión causada por los barcos embarrancados se había resuelto con el *Isis* echando el ancla antes de tiempo para cubrir al *Bellona* y al *Russell*. A consecuencia de ello, se había producido una peligrosa extensión de la línea de barcos al norte del *Elephant*, con las fragatas ligeras recibiendo un castigo tremendo de los fuertes de Trekroner y las

baterías de Lynetten y Quintus, entre otras, más los cañones de la línea interior, comandados por Steen Bille. Toda la zona era una masa de humo y fuego, mientras los tres barcos de reserva de Parker, el *Ramilles*, el *Defence* y el *Veteran*, no hacían ningún movimiento por acudir en ayuda de Riou.

—¡Señor Drinkwater! ¡Estoy listo para abrir fuego si puede estabilizar un poco el barco!

Drinkwater devolvió su atención a la cañonera. Rogers tenía a un grupo de hombres en popa, con los brazos extendidos sobre sus cabezas donde estaban preparados para rellenar los cartuchos; grupos de artilleros, solo con tirantes bajo el azote del viento, se arremolinaban en torno a los morteros, que, con su aspecto de calderos enormes y alargados, dirigían sus hocicos romos y de aspecto inofensivo a estribor, hacia el cielo de Copenhague.

—Señor Easton, suelten la gavia de mesana y déjenla junto al mástil. Fuego a discreción, señor Tumilty.

—Gracias, señor. ¿Tendría la amabilidad de observar la caída del proyectil?

Drinkwater asintió. Tumilty saltó de nuevo hacia el castillo de proa, donde se inclinó tras el protector de cuero y luego se encaminó a popa junto al sargento, en dirección al mortero de trece pulgadas. Colocando la mecha preparada en el primer cartucho, Tumilty supervisó el descenso de la monstruosa bala, de más de un pie de diámetro y que contenía diez libras de pólvora blanca, hasta la cámara del mortero. Ya había cargado la pólvora que consideraba necesaria para arrojar la carcasa por encima de las líneas de barcos enemigos hasta el corazón de la capital danesa.

Tras entregar el botafuego a su sargento, saltó a la toldilla y extrajo su telescopio de bolsillo.

—*Festina lente*, ¿eh, Nathaniel? ¡Fuego!

El rugido fue inmenso, ahogando el estampido de los cañones de las flotas, mientras los rodeaba el apestoso humo blanco.

—¡Fíjese en la trayectoria! ¡Fíjese! —vociferó Tumilty, moviendo el telescopio arriba y abajo mientras una débil línea blanca trazaba

un arco sobre el cielo azul para caer con velocidad creciente sobre los tejados de la ciudad.

En el afuste, los hombres se apelotonaron, refrescando la cámara del cañón. La elevación continuó en los cuarenta y cinco grados establecidos.

Drinkwater observó el arsenal de Copenhague, tratando de ver dónde estallaba el proyectil. No vio nada.

—Ha pasado de largo, por Dios —dijo alegremente Tumilty—. Y por lo menos la mecha no ha sido prematura. —Drinkwater lo observó afanarse de nuevo en torno al mortero cuando el grupo de los cartuchos empezaba a trabajar. El de diez pulgadas había sido preparado, pero Tumilty había decidido esperar a quedar satisfecho con la actuación del mortero de popa.

Aunque sintió el estremecimiento de la cubierta en el momento del disparo, y jadeó cuando el humo y la onda expansiva pasaron sobre él, Drinkwater estaba preparado para el siguiente disparo. La carcasa descendió sobre el arsenal, y Drinkwater la vio estallar al chocar contra el suelo.

—Un poco corto, señor Tumilty, en mi opinión. —La caída del tercer disparo también fue corta, pero en el siguiente Tumilty demostró la veracidad de su pretensión de ser el mejor pirobolista de la artillería real. La explosión fue enmascarada por los muros del arsenal, pero Tumilty se declaró encantado con el resultado, y abandonó la toldilla para supervisar los dos morteros desde el combés.

Obedientes, Easton y Drinkwater informaron lo mejor posible de la caída de los proyectiles. De vez en cuando, Tumilty hacía una pausa para cruzar los afustes, pero mantuvo un fuego continuo. Bajo sus pies, Drinkwater era consciente de que el *Virago* se había convertido de repente en un torbellino de actividad. Todas las peculiaridades de su diseño se habían construido pensando en aquel momento: las curiosas escotillas, las pantallas contra el fuego, los nichos para las linternas; los enormes ligazones y pesados escantillones, las escotillas octagonales… El señor Trussel y el

artillero Hite recibían instrucciones de Tumilty y preparaban los cartuchos de franela en el pañol de rellenado. El sargento de artillería cortaba las mechas en el abandonado castillo de proa. En el combés, los marineros y soldados corrían en todas direcciones llevando carcasas, mechas, cartuchos y cubos de agua para refrescar los morteros. Dirigiendo el conjunto se encontraba el teniente Tumilty, con el rostro púrpura por el esfuerzo y justificando con su actividad continua el lema de su regimiento, pues parecía encontrarse en todas partes al mismo tiempo como un ser infernal.

Como disparaban por encima de la batalla principal, Drinkwater pudo ver algo del progreso de esta. El daño sufrido por los barcos británicos empezaba a resultar obvio. Varios habían perdido mástiles, y otros habían izado señales pidiendo socorro. Entre los chapoteos de los proyectiles, los pontones y botes de la flota seguían en movimiento, trasladando anclas con notable sangre fría. A través de aquel diluvio de fuego, Brisbane retiró al *Cruizer* de su puesto ya inútil como marcador del extremo sur de la Zona Intermedia, y lo llevó a lo largo de toda la línea en apoyo de Riou. De la línea danesa, Drinkwater podía ver poco más que los cascos y lanchas a su lado. Uno de ellos parecía haber salido de la línea, y otros varios parecían haber arriado las banderas, pero como volvían a aparecer al momento siguiente, no podía estar seguro de lo que estaba ocurriendo. El *Terror*, el *Explosion* y el *Discovery* estaban arrojando proyectiles contra Copenhague. Ni el *Hecla*, ni el *Zebra* ni el *Sulphur* parecían haber superado la Zona Intermedia para incorporarse a la acción.

—¡Fuego! ¡Fuego! —Drinkwater giró sobre sus talones. Había un resplandor de llamas a lo largo de la barandilla de babor, pero Rogers estuvo a la altura—. ¡Grupo de incendios, mangueras al lado de estribor del combés!

Drinkwater buscó en vano a Jex, pero allí estaban sus hombres, arrastrando una manguera ya hinchada hacia los travesados de la barandilla donde se había prendido fuego.

—Estopa a medio quemar, Nathaniel —gritó Tumilty tranquilamente, habiendo identificado la causa del fuego.

—¿Dónde diablos está el señor Jex? —gritó Drinkwater, frunciendo el ceño.

—No lo sé, señor —replicó Rogers, mientras se ocupaba de que los hombres cortaran las amarras de los travesaños encendidos y los arrojaran por la borda. Una bala pasó gimiendo por encima de su cabeza, y se agachó.

—¡Señor Easton!

—¡Señor!

—¡Encuentre a Jex!

—¡A la orden, señor!

Pero Easton no había abandonado aún la toldilla cuando apareció Jex por entre el humo procedente del mortero de diez pulgadas en la proa. Estaba borracho y en mangas de camisa.

—¡He oído el grito de fuego! —gritó, levantando las manos por encima de la cabeza y dirigiéndose a un cáncamo—. Aquí estoy, bastardos, en mi jodido puesto de combate, que Dios os maldiga a todos…

Los hombres se volvieron a mirar al sobrecargo cuando este llegó al mortero de popa y volvió a quedar cubierto por el humo de un disparo. Emergió ante los atónitos espectadores como un espectro teatral, con el rostro fláccido y las mejillas empapadas en lágrimas. Drinkwater oyó una risita procedente del grupo de la escotilla.

—Bastardos, sois todos unos bastardos… —Jex sacudió los brazos en un gesto que los abarcaba a todos.

—¡Señor Jex…! —empezó a decir Drinkwater, pero quedó en silencio cuando el brazo derecho de Jex salió volando, dio la vuelta y golpeó a un gaviero en el rostro. El atónito marinero levantó las manos y atrapó la extremidad arrancada.

—¡Dios! El sobrecargo me ha devuelto su octava parte…

El grotesco chiste puso fin al breve espacio de silencio en la cubierta del *Virago*. Jex contempló estúpidamente su lejano brazo, y

luego los chorros de su sangre que brotaban de la herida. Empezó a chillar y a correr por la cubierta.

Rogers lo derribó con el extremo de una verga ardiente que iba a arrojar por la borda. Jex cayó a cubierta, pateando y arqueando la espalda, mientras la mancha roja crecía sobre los tablones.

—Jesucristo —murmuró Easton, que lo observaba con fascinación.

Finalmente, Jex quedó inmóvil. Saltando de la barandilla tras haber arrojado por la borda todos los palos en llamas, Rogers señaló el cuerpo y llamó a dos marineros que permanecían aturdidos junto a una carroñada de estribor.

—Tiren esa cosa por la borda.

Luego el mortero de popa de Tumilty volvió a rugir.

—¡Señor Drinkwater, señor! ¡Señal del comandante en jefe, señor!

—Bien, señor Q., ¿cuál es?

—El número treinta y nueve, señor: «Interrumpir el combate, señor».

—¿«Interrumpir el combate»? ¿Está seguro? —Drinkwater levantó su catalejo Dollond y lo dirigió al norte. El *Ramilles*, el *Veteran* y el *Defence* seguían avanzando a barlovento, y pudo ver al *London* todavía anclado, con la bandera azul del almirante en el palo mayor. Y también estaban las rayas horizontales azules y blancas de la bandera número tres, por encima de la roja, blanca y azul del número nueve.

—Señor Easton, ¿qué hora tiene?

—La una y veinte minutos, señor.

—Debe anotar la recepción de esa señal, señor Easton… Señor Matchett… ¿dónde diablos está el contramaestre?

—Aquí, señor.

—Prepárense para levar anclas.

—A la orden, señor.

Drinkwater volvió a mirar al *London*. No había error posible. Definitivamente, era el número treinta y nueve.

—Alto el fuego, señor Tumilty… Señor Rogers, hombres a sus puestos para ponernos en marcha… —Drinkwater miró ansiosamente a su alrededor. Interrumpir el combate iba a ser difícil. Los barcos de guerra solo tenían que cortar los cables; ya estaban encarados al norte, y la corriente los llevaría pronto lejos de la acción, pero las cañoneras tenían que levar anclas y virar. El *Virago* no podría virar a babor, apartándose de los cañones daneses, a causa de la Zona Intermedia en cuyo borde había echado el ancla. Virar a estribor pondría el barco bajo un fuego devastador. Drinkwater tragó saliva. Si levaba anclas inmediatamente, podría conseguir algún refugio tras los barcos de guerra, pero se enfrentaba a dos peligros al hacerlo. El primero era que, con la corriente dominante, podría chocar con uno de los barcos mayores; y el segundo era que huir demasiado precipitadamente de la línea de batalla podría interpretarse como cobardía.

—¿Por qué demonios quiere que cese de disparar? —El rostro púrpura y beligerante de Tumilty apareció por entre el humo.

—¡El comandante en jefe ha dado orden de interrumpir el combate, maldita sea!

—¿Por qué diablos?

—¡Haga lo que se le ordena, Tumilty! —espetó Drinkwater.

—Disculpe, señor. El barco insignia solo ha dado acuse de recibo de la señal…

—¿Eh? —Drinkwater miró adonde señalaba Quilhampton. El *Elephant* no había repetido la orden de Parker. Miró a popa y vio que el *Explosion* había repetido el número treinta y nueve.

—¿Qué demonios…?

—¿Puede ver al *Defiance*, señor Q.? —Quilhampton miró por encima de la cuarta de estribor y bajó el enorme catalejo.

—No puedo estar seguro, señor, pero creo que el almirante Graves ha izado una señal. Aunque si lo ha hecho, no es en un lugar muy visible…

—¿No muy visible? —Drinkwater frunció de nuevo el ceño y devolvió su atención al *Elephant*. Nelson se había limitado a señalar a Parker el acuse de recibo del número treinta y nueve, pero no había repetido la orden a sus barcos, y el número dieciséis, la señal de «entrar en acción», izado al principio de la batalla, continuaba ondeando.

Drinkwater trató de aclarar sus ideas mientras continuaba el estampido de los cañones. Estaba claro que Nelson no quería obedecer. Desde el distante puesto de observación de Parker, debía resultar obvio que Nelson tenía problemas. El *Bellona* y el *Russell* habían embarrancado, y sus señales de petición de auxilio resultaban bien visibles; había una congestión de barcos en el extremo sur de la línea, que, combinada con la presencia de algunas cañoneras y los bergantines en el fondeadero del sur, sugería que algo terrible había sucedido a la división de Nelson. El *Agamemnon*, tras repetidos intentos de pasar junto al *Cruizer*, había abandonado y enviado a sus botes en auxilio de la flota, mientras que el *Cruizer*, el barco de referencia, había abandonado su posición para apoyar a Riou.

Parker podía ver más claramente el extremo norte de la línea. Las fragatas combatiendo en sus posiciones presagiaban el desastre, mientras que sus tres barcos de guerra serían claramente incapaces de ayudar a Riou, pues estaban demasiado lejos.

—El cobarde de Parker ha perdido el valor, ¿eh? —dijo Rogers, empleando el catalejo junto a Drinkwater.

—Creo —dijo Drinkwater—, que le está dando a Nelson la oportunidad de escapar mientras pueda. Pero me parece que no se da cuenta del caos que se provocará si Nelson intenta interrumpir el combate en esta situación…

—¡Bueno, Nelson no se mueve! —Rogers señaló con la cabeza hacia el *Elephant*.

—No. —Drinkwater hizo una pausa—. Diga a Matchett que prepare de nuevo el cable, Sam… ¡Señor Tumilty! ¡Abra fuego! —Un

vítor recorrió la cubierta del *Virago*, y al instante siguiente su combés se llenó de humo y ruido cuando rugieron los morteros.

—Señal al *Virago*, número doscientos catorce, «que acuda un teniente al barco insignia», señor —dijo rápidamente Quilhampton.

—Muy bien, avise al teniente Rogers, señor Q. —Quilhampton fue en busca del primer oficial, que había desaparecido en la toldilla. Detrás de ellos, el *Explosion* arrió el número treinta y nueve.

Transcurrieron veinte minutos antes de que regresara Rogers. Estaba eufórico.

—¡Por Dios, señor, debería verlo desde allí! El propio Nelson dice que nunca se había encontrado bajo un fuego tan intenso, y los daneses se niegan a rendirse. Arrían las banderas, y luego disparan contra los botes enviados a capturarlos…

—¿Qué quería el almirante? —interrumpió Drinkwater.

—Oh, se había fijado en que los proyectiles del *Virago* iban muy bien dirigidos, y nos piden que lancemos algunos sobre los fuertes de Trekroner.

—¡Señor Tumilty! —gritó Drinkwater entre el tumulto. Hizo un signo al irlandés de que acudiera a la toldilla—. Nelson quiere que disparemos contra los fuertes de Trekroner.

Los ojos de Tumilty se iluminaron.

—Muy bien. Pondré munición de una libra en el de diez pulgadas; ¡esos idiotas van a saltar por los aires si no tienen casamatas!

Tumilty tardó diez minutos y cuatro disparos de prueba en calcular el tiro. Los fuertes de Trekroner estaban a máxima distancia, y la duplicación de la cantidad de pólvora utilizada para alcanzar el arsenal hizo que el *Virago* temblara hasta la quilla.

La munición de una libra llegaba en cajas, y se introducía en el mortero en bolsas de tela elástica, cien bolsas por cada disparo. A Drinkwater le resultó más fácil seguir su trayectoria que la de las carcasas, ya que los proyectiles se abrían ligeramente durante el vuelo.

Durante media hora, el *Virago* continuó con aquel bombardeo, hasta que Quilhampton informó de que una bandera de tregua había

aparecido en el calcés del *Elephant*. A lo largo de ambas líneas, el fuego empezó a flaquear, y un aire de incertidumbre recorrió la flota.

Mirando hacia el norte, Drinkwater vio que el *Amazon* dirigía la escuadra de fragatas hacia los barcos anclados de Parker, y dedujo correctamente que Riou, incapaz de ver la señal de Nelson de continuar la batalla, había obedecido la orden de Parker de retirarse. Más tarde, Drinkwater supo que Riou había sido partido en dos por una bala redonda un instante después de dar la orden.

Un fuego irregular recorría aún las líneas de batalla cuando los observadores vieron botes de ambos contendientes reunidos en torno al *Elephant* bajo banderas de tregua. Cuando el sol empezaba a descender, pareció que se había alcanzado algún tipo de armisticio, pues Nelson dio la señal de levar anclas. Un teniente recorrió la línea de cañoneras, ordenándoles trasladarse más cerca de los fuertes de Trekroner y permanecer allí hasta nueva orden del almirante.

—Tendremos toda la ciudad a nuestro alcance —sonrió Tumilty, cubierto de hollín.

—Creo, caballeros —dijo Drinkwater, cerrando de golpe su catalejo Dollond—, que vamos a ser el as de triunfo.

Capítulo 19

2 al 9 de abril de 1801

El as de triunfo

—¡Oh, Dios mío! —Drinkwater contempló el interior del bote junto al *Virago*. A la luz de la linterna, pudo ver el cuerpo de Easton yaciendo inerte entre las escotas de popa.

—¿Dónde está el otro bote? El del señor Quilhampton —quiso saber, de repente terriblemente angustiado.

—Aquí, señor —dijo la voz familiar cuando su cúter rodeó la popa. También había hombres heridos a bordo.

—¿Qué diablos ha ocurrido?

—El *Elephant* nos ha ordenado llevar un cable, señor, y entonces, cuando ya lo habíamos hecho, el capitán Foley nos ha ordenado asegurar una de las presas danesas…

—¿Foley?

—Sí, señor. Lord Nelson regresó al *Saint George* cuando el *Elephant* embarrancó tratando de huir hacia el norte…

—Continúe…

—Bueno, señor, nos acercamos a la presa sobre las dos en punto y los muy bastardos abrieron fuego contra nosotros…

Drinkwater se apartó de la barandilla para encontrarse con que Rogers había surgido de la oscuridad.

—Saque a esos hombres, señor Rogers, y luego llévese a una tripulación de hombres descansados al *Monarch*.

—¿El *Monarch*, señor?

—He enviado a Lettsom allí hace poco, necesitaban un cirujano.

—Maldita sea…

Drinkwater hizo lo que pudo mientras esperaban la llegada del cirujano. Era bien poco, pero le ocupó toda la noche, y el amanecer siguiente lo encontró dolorido. Era un día tranquilo, y una ligera niebla cubría el Canal del Rey.

Las horas de oscuridad habían sido un caos. Tras los esfuerzos de las noches anteriores y el día de la batalla, Drinkwater estaba agotado. Los barcos británicos no habían abandonado la batalla sin dificultades. Además del *Elephant*, había embarrancado el *Defiance*. El *Monarch*, que había sufrido daños muy severos en la batalla y perdido muchas vidas, quedó inutilizado para la navegación, y había tratado de llegar a tierra solo para chocar con el *Ganges*, embarrancar y caer bajo el fuego renovado de los daneses. Por azar, el impacto del *Ganges* arrancó al *Monarch* del barro y ambos barcos pudieron escapar en la creciente oscuridad. Uno de los barcos daneses había estallado con un estrépito horrible, y el aire seguía oliendo a quemado.

Drinkwater había llevado su propio barco a través del Canal del Rey durante la tarde, respondiendo a la señal del *Elephant*, que pidió un bote para arrastrar sus cables, y a la del *Monarch*, que solicitó un cirujano. El *Virago* estaba anclado más cerca de la ciudad, dominando los fuertes de Trekroner con sus morteros aún calientes, en compañía del *Explosion*, el *Terror* y el *Discovery*.

Un sol naciente empezó a consumir la niebla, revelando que la mayor parte de la flota británica se había reunido con sir Hyde Parker en el extremo norte de la Zona Intermedia. Lettsom regresó con Rogers, la tripulación de cuyo bote había trabajado endiabladamente. Al sur, el *Bellona* y el *Russell* habían desaparecido, el primero a base de tomar cable del *Isis* y remolcarse a sí mismo. El *Desirée* también parecía haber escapado. Más cerca de ellos, el *Defiance* se mantenía inmóvil, pero cuando Drinkwater envió a los hombres a desayunar, también se había puesto en marcha.

Cerrando las santabárbaras y exhortando a sus oficiales a emplear la máxima cautela, teniendo en cuenta el estado de agotamiento de los hombres, Drinkwater hizo encender el fuego de la cocina y todos disfrutaron de gachas calientes. Drinkwater sabía que no podría descansar, y continuó en cubierta. La excitación y los esfuerzos de las últimas horas le habían incapacitado para el sueño, y, aunque sabía que la reacción llegaría, por el momento recorría la toldilla.

La línea danesa ofrecía un espectáculo que nunca olvidaría. Desde su posición durante la batalla, la visión de Drinkwater había estado oscurecida por el humo. Solo había podido ver los costados de los barcos británicos que no disparaban, con lo que no se había formado una opinión fiable sobre los efectos de la artillería. Pero aquel día pudo contemplar cómo habían quedado los barcos daneses.

Los costados de muchos barcos de bloqueo estaban completamente destrozados, con enormes agujeros en el maderamen. Muchos estaban fuera de su posición, empujados hacia los bajíos frente a Amager. Algunos todavía ondeaban la bandera danesa. Observando las apariencias respectivas de las dos líneas protagonistas, la maltrecha línea danesa al oeste y los barcos británicos lamiéndose las heridas al nordeste, Drinkwater concluyó que ambos estaban muy castigados. La posesión del campo estaba en manos daneses, dado que no había habido desembarco de tropas ni captura de los fuertes del Trekroner por los hombres de los pontones.

Y entonces su mente recordó sus palabras de la noche anterior. Allí estaban ellos, la pequeña línea de cañoneras, las deformes Cenicientas de la flota, permaneciendo en el campo de batalla por el honor de Gran Bretaña y convirtiendo un empate en una victoria.

—¡Señor, se acerca un bote, y creo que el almirante va en él!

—¿Qué sucede? —Drinkwater despertó bruscamente cuando la cabeza vendada de Quilhampton apareció en la puerta. Se desperezó. La cabeza, las piernas, y, sobre todo, la vieja herida, le dolían insoportablemente. Era imposible que hubiera dormido más de media hora.

—¿Qué ha dicho? ¿Lord Nelson?

—Sí, señor.

Drinkwater se arrastró hasta la cubierta para ver que la barcaza del vicealmirante se acercaba al *Explosion*. Pasó junto a la línea de cañoneras. El pequeño almirante llevaba su extraña casaca a cuadros e iba sentado junto a Hardy, bastante más alto que él. Los hombres del *Virago* se alinearon en la barandilla y dedicaron al almirante un vítor espontáneo. Nelson se levantó el sombrero al acercarse.

—Buenos días, Drinkwater.

—Buenos días, milord.

—He estado en más de un centenar de batallas, señor Drinkwater, pero la de ayer fue la más intensa. Estoy complacido con su conducta, y no me olvidaré de usted en mi informe a Sus Señorías.

—Muy agradecido, milord. —Drinkwater observó cómo el bote se alejaba. Junto a él, apareció Lettsom, apestando a sangre.

—El vicealmirante ha pagado un alto precio en sangre por sus honores —dijo tristemente el cirujano.

—¿Cómo estaba el *Monarch*?

—Hecho un desastre. Cincuenta y seis muertos, incluyendo a Mosse, su capitán, y ciento sesenta y cuatro heridos graves. Dicen que el primer oficial, Yelland, hizo un verdadero milagro para sacar el barco. Sin duda será ascendido… —Lettsom se interrumpió, pero su tono de amargura era claro. Nunca se sabría cuántos cirujanos con sus ayudantes habrían trabajado aquel día con la misma habilidad.

—Se acercan unos pontones, señor.

—Señor Q., ¿me hará el favor de dejar de marearme con sus continuos informes?

—A la orden, señor.

Drinkwater se sintió inmediatamente avergonzado de su estallido. La expresión abatida de Quilhampton demostraba sus sentimientos.

—¡Señor Q.! Le ruego que me disculpe.

Quilhampton se animó al instante.

—No pasa nada, señor.

Drinkwater miró hacia los pontones.

—Hágame saber qué pretenden, señor Q.

Fue abajo y se durmió inmediatamente.

Despertó al olor del humo sobre el mar. Al salir a cubierta, encontró a un indignado grupo de oficiales en la toldilla.

—¿Qué demonios significa esta concentración? —Estaba realmente malhumorado, habiendo dormido lo suficiente para recuperar algo de energía, pero no para vencer el agotamiento.

—El viejo amargado ha ordenado que quemen las presas —dijo Rogers, indignado—. No tendremos dinero por captura, maldito sea.

En una flota que había subsistido durante semanas a base de rumores y chismes, nada había ofendido tan velozmente a los marineros. Era cierto que había poco de valor a bordo de los barcos daneses, pero uno o dos eran buenos navíos, que solo carecían de mástiles y perchas. Solo el *Holstein* se salvaría, convirtiéndose en barco hospital para los heridos. Se decía que Nelson estaba furioso con Parker, y que había discutido con su comandante en jefe, defendiendo a los marineros de la flota, y argumentando que su única recompensa era la esperanza del dinero de las capturas.

El vicealmirante parecía infatigable. Se sabía que había negociado la tregua, y aquella noche fue a tierra a cenar con sus antiguos enemigos. Aunque no se había firmado ningún tratado formal, la flota estaba convencida de que los daneses habían sido derrotados.

Drinkwater cerró el libro de oraciones y se puso el sombrero. El evangelio de la resurrección había sonado a hueco en aquel Domingo de Pascua.

—¡Cúbranse! —gritó Rogers. Drinkwater se adelantó para dirigirse a los hombres.

—Muchachos, no tengo intención de leerles las Ordenanzas de Guerra simplemente para darles las gracias por su excelente comportamiento del jueves. —Los hombres lanzaron un vítor, y Drinkwater comprendió vagamente que era en su honor. El griterío cesó—. Pero… pero puede que aún no hayamos acabado el trabajo… —Los hombres volvieron a callar, contemplándolo con aprensión—. Esta mañana he recibido la noticia de que la tregua termina a mediodía. Si no recibimos una explicación satisfactoria sobre por qué no se han aceptado nuestros términos, tenemos órdenes de bombardear la ciudad.

Se dirigió abajo, y Rogers despidió a los hombres.

—¡Señor! El señor Rogers dice que le informe de que hay botes yendo y viniendo entre la costa y el Trekroner…

Drinkwater salió a cubierta y miró por el catalejo. No había duda; los daneses estaban reforzando las defensas.

—En eso han quedado los brindis de fraternidad eterna de lord Nelson con los daneses —remarcó agriamente Rogers.

—Prepare un bote, Rogers, y tome el mando del barco en mi ausencia.

El bote no podía ir lo bastante aprisa para Drinkwater, y faltaban pocos minutos para mediodía cuando trepó por el costado del *London* e informó al comandante en jefe. Parker lo dejó estupefacto recordando su nombre.

—Ah, Drinkwater, el oficial de guardia dice que tiene usted información relativa a los fuertes de Trekroner. —Drinkwater asintió

—. Por cierto, mi esposa me ha escrito y me ha pedido que le dé recuerdos; parece que no me mostré debidamente agradecido por su servicio hacia ella cuando coincidimos el año pasado.

Drinkwater se inclinó.

—Su esposa es muy amable, señor. —Estaba desesperadamente ansioso por comunicar la noticia relativa a los refuerzos daneses—. Los daneses están llenando el Trekroner de hombres, señor, refuerzos…

—Creo que puede tranquilizarse en ese sentido, señor Drinkwater. Los enviados daneses acaban de marcharse. La tregua se ha prorrogado. —Drinkwater no se preguntó hasta mucho más tarde si lady Parker había querido insinuar algo con su amabilidad.

Durante dos días, la flota británica reparó los daños sufridos, se apoderó de los efectos aprovechables que quedaban en las presas restantes, y quemó sus cascos. Un viento del suroeste extendió una fría lluvia sobre ellos, y de nuevo todo fue incertidumbre. Los marineros trabajaban en los remos de los pontones mientras viajaban entre los barcos capturados y vaciados y el fondeadero británico.

El cúter *Fox* zarpó a explorar los bajíos del sur, más allá de Dragor, en un intento de encontrar un canal apropiado para los profundos cascos de los barcos de primera clase que les permitiera salir al Báltico. Ansioso por ayudar, Drinkwater recibió la orden de permanecer en su cañonera y mantener sus morteros apuntando hacia la ciudad de Copenhague.

Nelson y el coronel Stewart volvieron a cenar en tierra y la tregua se prorrogó de nuevo. Llegó la noticia de que iba a ser posible enviar cartas a Inglaterra. Drinkwater se sentó frente a su restaurado escritorio, abrió el tintero e hizo una pausa antes de atraer hacia sí una hoja de papel. Había una tarea que era consciente de haber postergado desde la batalla. En lugar del papel de escribir, tomó el libro de reclutamiento y lo abrió.

Pasó el dedo por la lista de nombres, deteniéndose en Easton. Hizo una breve pausa, recordando el rostro del hombre; luego

apretó los labios con firmeza y trazó cuidadosamente las letras «MAS», que significaban «muerto en acto de servicio». Repitió el proceso junto al nombre de Jex, reprimiendo una sensación de alivio poco cristiano que le hizo apretar los labios todavía más, y luego siguió recorriendo la lista y trazó las crípticas iniciales junto a otros cuatro nombres.

Al final de la columna volvió a detenerse. Luego, sumergiendo la pluma en el tintero con repentina resolución, escribió «MAS» junto a la entrada de «*Edtvard Waters, marinero voluntario*», echó arena sobre la página e hizo el libro a un lado.

Descubrió que la mano le temblaba levemente al empezar su carta a Elizabeth.

Cañonera de su majestad Virago
Rada de Copenhague
Miércoles, 8 de abril de 1801

Queridísima Elizabeth:

El Cruizer está a punto de zarpar con despachos, y tengo el tiempo justo para decirte que el pasado jueves la flota entró en combate frente a esta ciudad. La batalla fue encarnizada, pero escapé ileso, de modo que tus plegarias fueron contestadas. Han caído muchos hombres valientes, pero puedes decir a Louise que James no sufrió más que un rasguño. Ha combatido muy bien y ha superado con creces las expectativas que había puesto en él. La paz aún no se ha confirmado, pero creo que es lo más probable. Leerás en los periódicos sobre las grandes hazañas de lord Nelson, y creo que el almirante se fijó en mí. Es posible que esto acabe bien, aunque no quiero ser demasiado optimista, pues Nelson no es el comandante en jefe.

Di a Susan que Tregembo se encuentra perfectamente.

Espero que continúes bien y que tu estado no te resulte muy molesto. Besa a Charlotte Amelia de mi parte y piensa en mí como tu afectuoso marido…

Firmó la carta, decepcionado porque su tono no fuera más personal. De algún modo, la lejanía de Elizabeth volvía su existencia

irreal. La realidad era el frío penetrante y el continuo dolor en su brazo derecho.

El cúter *Fox* regresó al fondeadero de la flota la tarde siguiente. Había encontrado un pasaje hasta el Báltico por encima de los bajíos. Al día siguiente, llegó la noticia de un armisticio de catorce semanas. Los daneses facilitarían a la flota agua y otros artículos de primera necesidad, y, a cambio, las cañoneras zarparían. También llegó a bordo otra noticia, una noticia que tuvo muy poco impacto sobre nadie a excepción del teniente Nathaniel Drinkwater.

Las tropas danesas y prusianas habían entrado en Hamburgo, y el puerto estaba cerrado a toda comunicación con Gran Bretaña.

Capítulo 20

10 de abril-19 de junio de 1801

La bahía de Kioge

—Señal general del barco insignia, señor: «Todos los barcos deben enviar un bote».

—Será para el correo. Encárguese, señor Rogers.

Todos los catalejos de la flota habían apuntado al *Lynx* cuando este llegó a la bahía de Kioge. El capitán Otway estaba a bordo con noticias del mundo exterior. Tras los esfuerzos y tribulaciones de las últimas semanas, casi cualquier noticia que no fueran chismorreos sobre la flota sería bienvenida.

Se habían hecho denodados esfuerzos para hacer pasar los barcos grandes, especialmente el *London* y el *Saint George*, por encima de los bajíos. Sus cañones y efectos habían sido cargados en barcos mercantes, mientras que los aligerados navíos de guerra, flotando muy alto, eran arrastrados hacia el Báltico. Siguiendo al *London*, el *Saint George* había embarrancado. Parker supo que la flota sueca estaba en el mar, y envió orden a Nelson de abandonar el *Saint George* y regresar al *Elephant*, anclado con el resto de barcos de guerra británicos en la bahía de Kioge. Nelson recorrió las veinticuatro millas en su barcaza, bajo un fuerte viento, para regresar a su antiguo barco insignia.

Mientras los barcos grandes zarpaban en busca de la escuadra de Carlscrona, las cañoneras y barcos menos importantes esperaron en

la bahía de Kioge, preguntándose si tendrían que zarpar a luchar contra los rusos. Pese a la reciente carnicería de la batalla, las relaciones con los daneses eran buenas, y el fondeadero se veía habitualmente animado por la visión de varias galeotas danesas entre los barcos anclados, vendiendo leche para el café de los oficiales, y queso y pollos a los que podían permitírselo.

Entonces regresó Parker con la noticia de que el zar Pablo había sido asesinado, y que su hijo Alejandro le había sucedido en el trono, declarando su amistad con Gran Bretaña. La noticia ya tenía tres semanas de antigüedad.

También llegaron las cartas traídas por el *Lynx*, pero a nadie le importó. La distribución del correo tuvo su efecto habitual. Los hombres con cartas corrieron a sentarse en rincones oscuros o en las cofas, para deletrear con dificultades los garabatos mal trazados de sus seres queridos. Los que no tenían permanecían enfurruñados o aparentaban indiferencia, según su temperamento. Lo más triste eran las cartas que llegaban para los muertos. Había una para Easton, perfumada con lavanda y escrita por una mano delicada y femenina. Yacía sobre el escritorio de Drinkwater, esperando para ser devuelta sin abrir y con sus condolencias.

Había tres cartas para Drinkwater. Una estaba escrita por Elizabeth, y otra por Richard White, pero fue la tercera la que abrió en primer lugar.

Querido Drinkwater:

Sus cartas me llegaron sin problemas, y deseo que acuda a verme de inmediato a su regreso a Londres.

Dungarth

Era fría y lacónica, y resucitó todas las dudas de Drinkwater respecto a su conducta con Edward. La muerte de Jex, aunque le había librado de las acusaciones procedentes de aquel sector, no le

había tranquilizado por completo. Fue un pequeño consuelo saber que las tropas danesas y prusianas habían abandonado Hamburgo.

Salió a cubierta y recorrió la toldilla durante más de una hora antes de recordar las otras cartas. Cuando se hubo calmado lo suficiente, regresó abajo y tomó la siguiente. Era de su viejo amigo Richard White, a la sazón capitán de barco y participando con su fragata en el bloqueo de Brest.

Mi querido Nathaniel:

Todavía seguimos aquí, subiendo y bajando por el Goulety a la vista de las baterías de Saint Matthew. Estoy harto de esta misión y del manejo incesante de hombres y barcos, pero supongo que tú dirías que no hay más remedio. Así opina el Primer Lord, y nadie está dispuesto a discutir con él. Oí que estabas al mando de una lancha, y si no puedes sacar nada mejor de ella, aquí me iría bien una cabera en quien poder confiar. Escríbeme y hazme saber si te gustaría servir como mi segundo.

Drinkwater dejó la carta. Si podía conseguir el traslado directo al barco de White, sin necesidad de visitar a Dungarth, podría pasarse años sirviendo en el bloqueo de Brest. El asunto de Edward Drinkwater perdería interés. Tomó la tercera carta y la abrió. Elizabeth había tenido razón desde el principio, no se le daba bien mentir, y sabía que tendría que enfrentarse a los hechos. Suspirando, empezó a leer.

Queridísimo Nathaniel:

Charlotte y yo estamos bien, aunque te echamos de menos. He engordado muchísimo. Louise es un gran consuelo, y me pregunta constantemente si he sabido algo de James.

Estamos ansiosas por saber qué ocurre en el Báltico, y espero cada día noticias tuyas. La inquietud crece en el país, y hay incertidumbre por todas partes. Anhelamos la paz y rezo diariamente por tu regreso sano y salvo, querido mío…

Drinkwater aguardaba en la antesala del *London*, tenso y nervioso, con el tema de Edward muy presente en su mente. Había pasado tiempo más que suficiente para que las autoridades hubieran organizado su arresto; tal vez el propio Otway había traído una orden… El sudor le resbalaba por los hombros. El atildado y menudo guardiamarina que le había traído la llamada de Parker le había «solicitado» que se vistiera de uniforme completo. Preguntándose si aquella petición no tendría algo de siniestro, se examinó la casaca y las calzas.

Su uniforme estaba lleno de moho por culpa del tiempo pasado en el baúl, y el encaje se había vuelto verde. Los esfuerzos de Tregembo anteriores a la batalla no habían tenido mucho éxito, y el olor a humo de pólvora era aún perceptible en la pesada tela. Drinkwater se sentía extremadamente incómodo mientras aguardaba.

El secretario de Parker apareció al fin y lo hizo pasar al camarote. Estaba ricamente decorado: los muebles relucían, y los frascos de cristal y los candelabros de plata centelleaban reflejando los puntos de luz que entraban desde el mar por las ventanas de popa, bailando sobre el saltillo de proa pintado de blanco.

—Ah, Drinkwater… —El anciano hizo una pausa, al parecer vencido por el peso de sus responsabilidades—. Voy a ser sustituido, ¿sabe? ¿Cree que hice mal?

—¿Yo, señor? —Que Parker le pidiera su opinión era ridículo. Se sintió fuera de lugar, consciente solo de la necesidad de actuar con tacto—. Er, no, señor. Creo que hemos conseguido el objetivo de nuestra empresa.

Parker lo miró atentamente, y luego pareció animarse un poco.

—No era una tarea fácil… —murmuró, más para sí que para Drinkwater. Por su siguiente comentario, resultó claro que el conocimiento que Parker tenía de su esposa había permitido al solitario anciano hablar libremente.

—Mi esposa me recuerda constantemente mi obligación hacia usted en sus cartas…

—Su esposa es demasiado amable, señor. —Drinkwater se sonrojó; aquella solicitud por parte de lady Parker se estaba volviendo algo embarazosa. Nelson había sacado una conclusión errónea; ¿no iría Parker a hacer lo mismo? ¿Acaso no se suponía que los maridos ancianos sospechaban continuamente de toda clase de infidelidades en sus jóvenes esposas?

—… Y lord Nelson se queja constantemente de que no he reconocido sus servicios tanto antes como durante la campaña reciente. Tengo entendido que estuvo usted al mando del *Virago* durante el bombardeo.

—Así es, señor. —El corazón de Drinkwater latía dolorosamente. Los ascensos nepotistas de Parker tras la batalla de Copenhague habían desatado una tormenta de furia, y habían hecho falta todos los poderes persuasivos de Nelson para lograr que un pequeño número de oficiales merecedores de ello ascendieran un paso en el escalafón.

Parker cogió un papel y se lo entregó a Drinkwater.

—Tal vez así dejarán en paz a un anciano.

Drinkwater tomó el nombramiento que lo convertía en capitán y comandante.

La cena de celebración en el camarote del *Virago* fue muy bulliciosa. Por cortesía, Drinkwater había invitado a lord Nelson, pero el nuevo comandante en jefe se había llevado sus barcos de guerra para demostrar el poderío naval británico ante los cañones de Carlscrona y Revel.

El oficial de mayor graduación presente era el capitán Martin, que hacía lo posible por ocultar su mortificación al no haber logrado un ascenso. Se consoló emborrachándose. En algún lugar siniestro, accesible tras una batalla sangrienta, Rogers había adquirido una antigua charretera, que entre todos obsequiaron a su comandante.

—Está un poco manchada, Drinkwater, pero hace juego con el resto de su atuendo —dijo Martin, mientras golpeaba el cristal con

una cuchara y pedía silencio—. Caballeros, les pido que levanten los vasos. ¡Por su charretera, Drinkwater!

—¡Por la charretera de Drinkwater! —Los vasos chocaron con la mesa, y Tregembo y los asistentes se movieron rápidamente para volverlos a llenar. Drinkwater contempló los rostros sonrientes. Rogers estaba sofocado y medio ebrio; Quilhampton, con una sonrisa seráfica, se deslizaba lentamente hacia abajo en su silla, mientras golpeaba la mesa con la hermosa mano nueva de madera que Willerton le había fabricado. Lettsom tenía un aire seco y como de pájaro; Tumilty estaba sofocado, y muy ocupado emborrachándose de veras.

—Y supongo que tendré que llamarte «señor», Nathaniel —gritó, tropezando con las palabras, y golpeando la espalda de Drinkwater de modo francamente insubordinado.

—¡Siéntese, maldito irlandés! —gritó Rogers.

—¡Quíteme las manos de encima! Y estoy de pie para hacer un hermoso discurso, desde luego… —Hubo abucheos y más gritos de «¡Siéntese!».

—Me sentaré con una sola condición… que el señor Lettsom recite unos versos en honor de la ocasión.

—¡Sí! ¡Componga una oda, Lettsom!

—¡Vamos, un poema!

Lettsom levantó la mano pidiendo silencio. Tuvo que esperar antes de poder hacerse oír.

Finalmente, sacó un papel de su bolsillo y adoptó una postura de orador:

En la ciudad de Copenhague,
del mar Báltico en la costa,
hubo hazañas y coraje
nunca vistos en la historia.

Nelson con su catalejo,
vigilaba a los daneses;

Parker dijo: «¡Vas muy lejos!».
Nelson dijo: «¡Ni lo pienses!».

Cientos de muertos y heridos
y el enemigo no cede
hasta que el *Virago* vino
a aplastar a los daneses.

Lettsom hizo una pausa mientras bebía de su vaso manteniendo una mano levantada, para acallar el aplauso embrionario. Luego continuó:

Nelson recibe halagos,
y Parker la culpa negra,
pero fue el viejo *Virago*
el que dio fama a Inglaterra.

Se sentó entre una tormenta de vítores y golpes en la mesa. El entusiasmo del señor Quilhampton parecía a punto de hacerle partir su nueva mano, hasta que alguien lo contuvo, momento en el que abandonó su lucha por mantenerse consciente y se deslizó bajo el manchado mantel.

Drinkwater estaba sentado, aplaudiendo la terrible musa de Lettsom.

—Sus versos son como el consejo de Polonio, Lettsom: más dulces cuanto más breve. —Drinkwater sonrió al cirujano mientras Tregembo depositaba otra botella ante cada oficial.

—La contribución del señor Tumilty, señor —susurró en el oído de Drinkwater.

—Ah, Tom, brindo por ti.

Tumilty se levantó.

—Capitán Drinkwater… —empezó, pronunciando cuidadosamente las palabras; luego se dobló lentamente y enterró su cabeza en los

restos de la tarta de higos.

—Qué inclinación tan elegante —dijo Martin, levantándose con aire inseguro para despedirse. Drinkwater lo acompañó a su bote.

—Buenas noches, Drinkwater.

Al regresar a su camarote, Drinkwater encontró a Rogers arrastrando a Tumilty hasta la hamaca vacía de Easton, mientras Tregembo acostaba a Quilhampton. Martin se había marchado, y solo se quedaron Lettsom y Rogers para compartir una última botella.

Tregembo limpió la mesa.

—Llévate un par de botellas, Tregembo, y compártelas con el cocinero y el despensero.

—Gracias, señor. Le dije que lograría este nombramiento, señor. —Sonrió y abandonó el camarote.

Lettsom sopló en su flauta.

—Usted, er, no parece demasiado complacido con todo esto, si me permite decirlo —dijo Lettsom.

—¿Es ese Waters el que le preocupa, señor? —preguntó Rogers.

Drinkwater pasó la mirada del uno al otro. Había un pequeño zumbido en sus oídos, y era muy consciente de la necesidad de tener cuidado con lo que decía.

—¿Y por qué iba a preocuparme Waters, caballeros?

Vio que Rogers se encogía de hombros.

—Me pareció una historia extraña en la que mezclarnos —dijo. Drinkwater le dirigió una mirada fría. De mala gana, contó su última mentira.

—¿Por qué cree que conseguí la charretera, Samuel, eh?

Lettsom ahogó cualquier reacción de Rogers en un diluvio de notas musicales de su flauta, y empezó a tocar una alegre melodía. Tocó durante varios minutos, hasta que Rogers se levantó para irse.

Cuando el primer oficial hubo salido, Lettsom bajó su flauta, le secó la saliva y la desmontó, guardándola en su bolsillo.

—Veo que cree usted en la providencia, señor Drinkwater.

—¿Qué le hace decir eso?

—Solo un hombre con algo de fe hubiera hecho lo que hizo usted…

—Habla usted en acertijos, señor Lettsom…

—El señor Jex confió en mí. He sabido lo de su hermano todo este tiempo.

—Dios mío —murmuró Drinkwater, sintiendo que una sensación gélida lo invadía. Se puso mortalmente pálido.

—Yo soy ateo, señor Drinkwater. Pero está usted protegido por mi juramento hipocrático. —Lettsom le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

Una semana más tarde, el almirante Pole asumió el mando de la flota. Los estados bálticos estaban en paz, y, al igual que lord Nelson, las cañoneras recibieron la orden de regresar a Inglaterra.

Capítulo 21

Julio de 1801

Hijo de la fortuna

El comandante Nathaniel Drinkwater llamó a la puerta de la elegante casa de la calle de Lord North. Bajo su nueva casaca de uniforme con su centelleante charretera, sudaba copiosamente. No era el calor de la tarde de julio lo que causaba su incomodidad, sino la aprensión por el resultado de su inminente entrevista con lord Dungarth.

Se abrió la puerta, y un criado lo acompañó a una antesala frente al vestíbulo. Haciendo girar nerviosamente entre sus manos su nuevo sombrero de dos picos, se sintió torpe y algo asustado mientras permanecía en el centro de la sala de espera. Al cabo de pocos minutos, oyó voces en el vestíbulo, y a continuación el mismo criado lo acompañó a un estudio lleno de libros, donde lo dejó solo de nuevo. Miró a su alrededor, e inmediatamente pensó en su retrato de Hortense Santhonax, pues, desde encima de la chimenea de Adam, le contemplaba la atractiva representación de una belleza rubia. Contempló el retrato durante algún tiempo. No había conocido a la condesa de Dungarth, pero se decía que el retrato de Romney no había hecho justicia a su hermosura.

—¿No conoció usted a mi esposa, Nathaniel? —Drinkwater no se había dado cuenta de que la puerta se había abierto, y se volvió para mirar al conde. Dungarth llevaba vestido de corte, y sus

zapatos no hacían ningún ruido sobre la rica alfombra india. Cruzó la habitación y se situó junto a su visitante, contemplando el cuadro—. ¿Sabe por qué detesto a los franceses, Nathaniel?

—No, milord. —Drinkwater recordó que Dungarth albergaba un apasionado odio hacia los jacobinos, lo que parecía estar en contradicción con sus antiguas simpatías liberales por los rebeldes americanos.

—Mi esposa murió en Florencia. Tuve que regresar con su cuerpo a través de Francia, en verano del noventa y dos. En Lyon la multitud descubrió que yo era un aristócrata y abrieron el ataúd… —Se volvió hacia una mesa lateral—. ¿Un vaso de oporto?

Drinkwater tomó el vino y se sentó a una señal de Dungarth.

—A veces hacemos cosas muy poco propias de nosotros por aquellos que amamos, y las consecuencias pueden durar toda una vida.

Drinkwater sintió que se le secaba la boca, y deseó beberse todo el vino de un trago, pero no confiaba en que su mano fuera capaz de llevar el vaso hasta sus labios sin derramarlo. Se sentó muy rígido, con la casaca lisa como una tabla, y el silencio que siguió a las palabras de Dungarth pareció interminable. Drinkwater ya no se encontraba en su alcázar. Tras la excitación de la batalla y el ascenso, el implacable progreso de la ley inglesa se disponía a engullirlo. El color empezó a desaparecer de su rostro, y sintió que se mareaba. Una imagen de Elizabeth flotó ante sus ojos, junto con la de Charlotte Amelia y la del niño aún no nacido, Richard Madoc.

—¿Recuerda a Etienne Montholon, Nathaniel? —dijo Dungarth de repente, en tono casual—. ¿El hermano supuestamente echado a perder de la zorra de Hortense Santhonax?

Drinkwater tragó saliva y se rehízo.

—Sí, milord. —Su voz era un graznido, y consiguió tragar parte del oporto, agradeciendo su calor en la boca del estómago.

—Bien, al parecer llegó a estar tan falto de fondos que decidió unirse a su hermana y a ese marido suyo. La emergencia del consulado en Francia está atrayendo a muchos jóvenes *émigrés*,

deseosos de su parte en *la gloire* de la nueva Francia. —La expresión de Dungarth era cínica—. La estrella ascendente de Napoleón Bonaparte conseguirá el apoyo de hombres como Montholon, que buscan quién les pague, y parejas como los Santhonax, que buscan un vehículo para su ambición.

—¿De modo que Etienne Montholon regresó a Francia, milord?

—En absoluto. Permaneció en este país, llevando su antigua vida de juego y disipación, como toda la población de *émigrés*. Sirvió a Bonaparte actuando como agente de información de los movimientos de la flota, sobre todo en Yarmouth y en relación con el bloqueo del Texel, pero más tarde vigilando también la escuadra de Parker. La intransigencia del gobierno danés se debió en gran parte a su conocimiento de las vacilaciones y retrasos de Parker… —Dungarth se levantó y volvió a llenar los vasos—. Etienne Montholon ha muerto; se hacía llamar *Le Marquis De La Roche-Jagu*, y fue asesinado por un amante celoso que lo encontró en la cama con su pareja en Newmarket…

El sentido de la historia de lord Dungarth golpeó a Drinkwater como un mazazo. Sintió que su cuerpo era víctima del desorden de su mente, que empezó a presentarle una desconcertante sucesión de imágenes: Edward tiritando en la orilla del río Yare, Jex diciéndole lo que sabía, Edward alejándose por la playa sin mirar atrás, la muerte ebria de Jex. Débilmente, oyó que Dungarth decía:

—Por una extraña coincidencia, el hombre sospechoso del doble asesinato tenía el mismo apellido que usted…

Drinkwater se volvió a mirar al conde a la cara. Una sonrisa irónica curvó los labios de Dungarth.

—Es curioso, ¿verdad? —dijo—. Lo fácil que es hacer temblar a un hombre que se encuentra perfectamente a salvo, cuando ni siquiera se inmuta bajo una lluvia de proyectiles.

—Yo, er, yo…

—Usted necesita un poco más de vino, Nathaniel…

Los vasos volvieron a llenarse, y Dungarth continuó con su historia.

—La capa del sospechoso fue descubierta en la orilla del río Yare, y se supone que se ahogó en un ataque de remordimiento. Aunque es curioso que prestara semejante servicio a su país, ¿eh? —Dungarth sonrió—. Por lo que respecta a la muchacha, una tal Pascale Vrignaud, sufrió el destino de muchas prostitutas. Una historia extraña, ¿no es así?

—Sí. —Drinkwater vació de un trago su tercer vaso de oporto.

—Pensé que le interesaría —añadió Dungarth, sonriendo—. No hace falta que piense más en el asunto. Bien, respecto a ese hombre que usted cree que puede convenirme, sea quien sea, lo envié desde Hamburgo a San Petersburgo, con cartas para el príncipe Vorontzoff. El príncipe había sido embajador en la corte de Saint James, y ha accedido a encontrarle empleo. Igual que usted, Nathaniel, ese Waters parece un hijo de la fortuna. Tiene la suerte del jugador, ¿no cree?

Drinkwater devolvió la sonrisa a Dungarth. No sentía ningún remordimiento por la muerte de Etienne Montholon, sino que lamentaba que su rescate de manos de los jacobinos hubiera costado las vidas de dos marineros británicos. Se preguntó si Hortense llegaría a averiguar el nombre del ejecutor de su hermano. Era un mundo pequeño y extraño. Vio cómo los engranajes del destino se movían unos dentro de otros, y recordó las observaciones de Lettsom sobre la providencia. Respecto a Pascale, Edward la llevaría en su conciencia. Pero Edward poseía la amoralidad del jugador, además de su suerte. Drinkwater sonrió ante lo acertado del último comentario de Dungarth. El conde se levantó y llenó sus vasos por cuarta vez.

—Debo darle las gracias por sus esfuerzos… en mi beneficio, milord —dijo Drinkwater con cautela, ansioso por no romper el delicado hielo de la ambigüedad que rodeaba aquel asunto.

—Solo nos queda —replicó Dungarth, sonriendo—, saber si ese Waters nos será de verdadera utilidad…

Drinkwater asintió.

—Y, por supuesto, brindar por su charretera…

Nota del autor

El papel desempeñado por Nathaniel Drinkwater en la campaña de Copenhague no es del todo ficticio. Previamente a la batalla, se llevaron a cabo múltiples misiones de exploración e instalación de boyas, principalmente por oficiales anónimos. Parece razonable suponer que Drinkwater fuera uno de ellos.

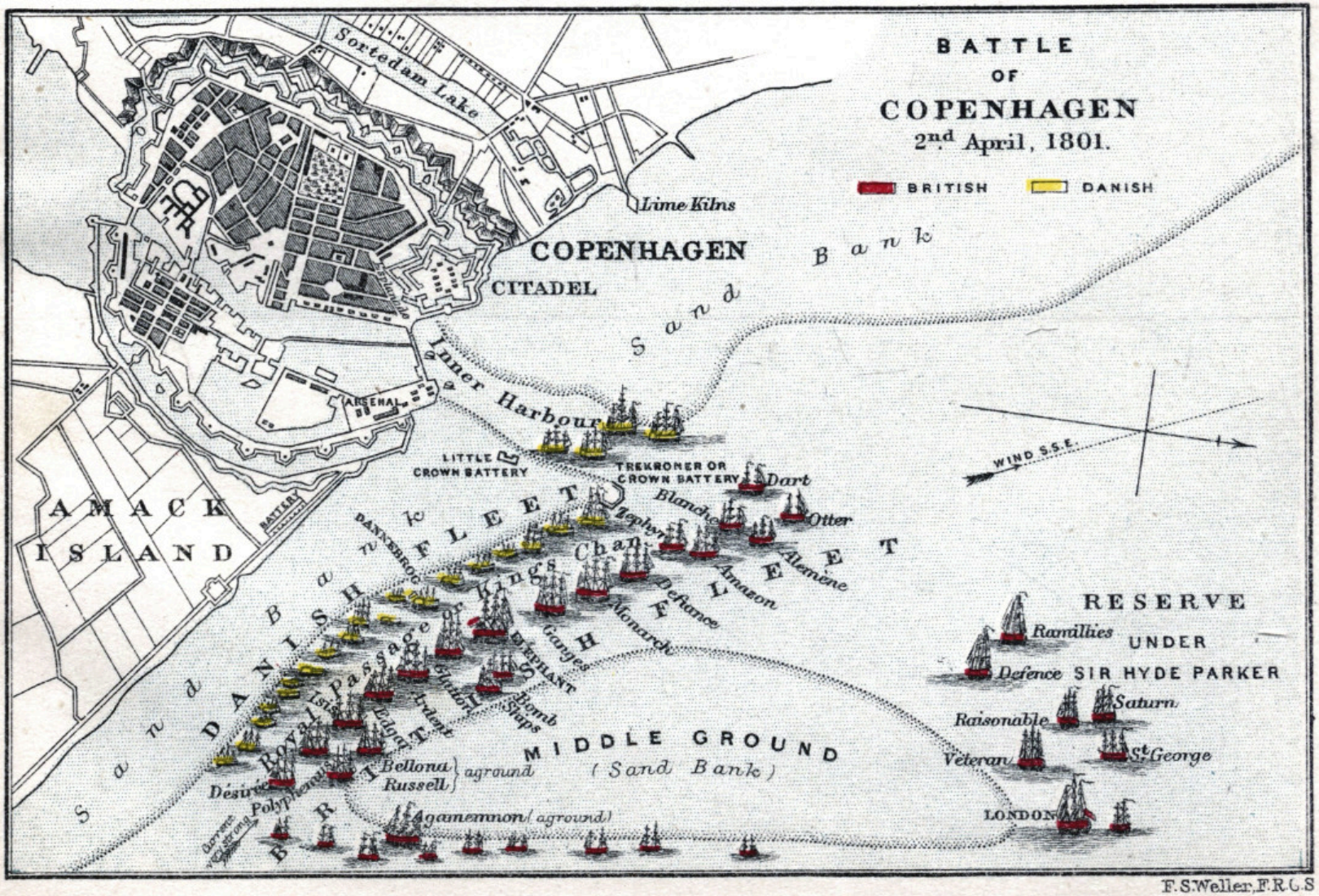
La cañonera de Drinkwater no figura en la lista de la flota de Parker, pero como teóricamente se trataba de una lancha auxiliar, el hecho no sería llamativo. Al tratar de navíos de línea, los historiadores tienden a pasar por alto los barcos menos importantes, incluso cuando, como ocurrió en Copenhague, fue la presencia continuada de las cañoneras que permanecieron frente a la ciudad tras la retirada de Nelson lo que finalmente persuadió a los daneses de abandonar su intransigencia. También se ha sugerido que el éxito de Nelson no se debió tanto a sus barcos de guerra, que experimentó ciertas dificultades en su lucha contra un enemigo que se negaba a capitular, como al efecto de las cañoneras, que lanzaban sus proyectiles contra la misma capital[1].

La presencia de la Artillería Real a bordo de las cañoneras no es demasiado conocida, y no fue hasta 1847 cuando los tres artilleros supervivientes recibieron su reconocimiento con la medalla del Servicio Naval General y la inscripción de «Copenhague», en confirmación del famoso lema de su regimiento: *Ubique*.

La evidencia sugiere que solo cuatro cañoneras llegaron a ocupar sus puestos, aunque las ilustraciones contemporáneas muestran siete. Es posible que una de las cuatro fuera el *Virago*.

La orden de sir Hyde Parker de izar la polémica señal número treinta y nueve ha sido un motivo de debate que se ha visto oscurecido por el mito. Dada la naturaleza vacilante de Parker, su extrema cautela y la apoteosis subsiguiente de Nelson, he tratado de presentar el asunto desde una perspectiva contemporánea.

Respecto al desembarco de Edward Drinkwater, el «Berlingske Tidende» del veintisiete de marzo de 1802 afirmaba que unos marineros británicos habían desembarcado cerca de Elsinore el día anterior «en busca de agua», sin cometer ningún acto violento. Ese desembarco no aparece corroborado en ninguna otra parte.



F.S.Weller, F.R.G.S

Longmans, Green & Co; London & New York.



RICHARD WOODMAN. Nació en Londres en 1944.

A los dieciséis años abandonó su cuidad natal para enrolarse a bordo de un buque. Desde entonces y hasta su retiro en 1997 no dejó de navegar en barcos de carga como el *Trinity House Service*.

Ha escrito más de cuarenta libros de los que aproximadamente la mitad son novelas, incluyendo las catorce de la serie de *Nathaniel Drinkwater*.

Notas

[1] Véase el *Diario de la Artillería Real*, vol. LXXVI, parte cuarta, 1949, octubre, páginas 285-294. **<<**

Índice de contenido

Cubierta

Cañones de guerra

Primera parte. El zar Pablo
- Capítulo 1. Un pez fuera del agua
- Capítulo 2. Un caballero errante
- Capítulo 3. La cañonera
- Capítulo 4. Un asunto de familia
- Capítulo 5. El pirobolista
- Capítulo 6. Pólvora y munición
- Capítulo 7. Batalla frente al Sunk

Segunda parte. Sir Hyde Parker
- Capítulo 8. Una obligación ilegítima
- Capítulo 9. Masa de pudin
- Capítulo 10. Una verdad enmascarada
- Capítulo 11. Nadir
- Capítulo 12. Un buen rodaballo
- Capítulo 13. Oficiales indecisos

Tercera parte. Lord Nelson

Capítulo 14. El Sund
Capítulo 15. La rada de Copenhague
Capítulo 16. El día de los inocentes
Capítulo 17. Los últimos errores
Capítulo 18. La señal fantasma
Capítulo 19. El as de triunfo
Capítulo 20. La bahía de Kioge
Capítulo 21. Hijo de la fortuna

Nota del autor

Sobre el autor

Notas